Manuel Vázquez Montalbán

Crónica sentimental de la transición

Folch & Folch



Crónica sentimental de la transición

Manuel Vázquez Montalbán

Crónica sentimental de la transición

Folch & Folch

Primera edición:
Junio 2023

Publicado en Barcelona por Folch&Folch Editors SL
Folch&Folch es una marca registrada de Suma Llibres SL
Aribau 153, 08036 Barcelona

Dirección editorial: Ernest Folch
Edición: Estefanía Martín
Diseño gráfico: Andy Noguerón
Maquetación y corrección: Moelmo
Papel tripa: Oria Ivory
Tipografía: Verdigris MVB Pro
Fotografías del autor: Jordi Camí
Distribución en España: UDL Libros

eISBN: 978-84-19563-27-9

Índice

Cuando se cuenta, se usurpa la memoria de los otros. Por el sólo hecho de estar ahí, se les roba su memoria, sus recuerdos, sus nostalgias, sus verdades. Cuando digo «nosotros» he tomado posesión. Pero sólo para el relato. Mi memoria o mi nostalgia me han hecho tejer hilos. Pero no forjar cadenas.

Simone Signoret,
La nostalgia ya no es lo que era

1. Marat, Sade y Franco

Éramos todos subnormales, y sobre todo, los que habíamos intentado poner una palabra detrás de la otra para conseguir ser altos, ricos, guapos y cambiar la Vida y la Historia, insensatez ni siquiera alertada por el mal aspecto que ya entonces tenían Rimbaud y Marx. Peter Weiss había puesto por escrito el final infeliz del testamento de la modernidad. Marat abrazaba hasta la asfixia el fantasma teologal de la revolución colectiva y Sade convertía en una sucia colección de gacetillas de *El Caso* la famosa revolución individual. Pero aún éramos jóvenes, sin duda más jóvenes que ahora, y especulábamos en las catacumbas-alcobas o en las alcobas-catacumbas sobre la revolución sexual y el sexo de la revolución, desdeñosos, aunque aplastados por el Caudillo, que a manera de pétreo comendador presenciaba nuestros jadeos desde su rincón de estatua activa, capaz de cazarnos en sus redes orgánicas en cuanto nuestros jadeos se apartaran excesivamente de los principios fundamentales de todo movimiento.

Los mozos franceses estaban más o menos igual, pero sin Franco. De Gaulle había sido otra cosa y Pompidou dejaba que su señora se fuera algunas noches de sarao con asesinato, filmado por Melville; Alain Delon como sospechoso principal. Los mozos norteamericanos morían en la guerra de Vietnam o enseñaban a los policías uruguayos a torturar. Nixon les dejaba morir y hacer, pero su asesor no era Carrero Blanco, sino un exjudío exalemán exintelectual que bebía champán en los zapatitos de Jill St. John y donde no llegaba con la mano llegaba con la punta del napalm. Oh, aquella nuestra pequeña parcela de libertad, camisón con ventanilla abierta al tránsito del bienestar al malestar. La condición humana, humana, humana condición la de que en todas partes cuezan habas y el alma del hombre sea caníbal, como demostraron los supervivientes de aquel avión caído en los Andes, al comienzo de la transición, de qué transición no importa. *¡Viven!*, gritaron los padres de los comedores y de los comidos. *¡Viven!*, gritaron los supervivientes, y el verbo, hecho de carne, carne humana, se hizo libro, *bestseller*, industrial, comercio editorial, imprevisible por parte de la Kristeva, Rafael Conte o Umberto Eco, prenovelista

entonces, empeñado en descubrir el sexo de Defoe o de James Bond. Y aunque algunas canciones daban la razón a la evidencia…

Black is black

… o predecían un calculado surrealismo en el destino…

Estrellas en el cielo,
estelas en el mar
y ese rostro tan sereno
con su blanca palidez

… nosotros seguíamos buscando el carro de Manolo Escobar por las mañanas y temiendo la canción simple del anochecer, simplificada en el cuplé posbiteliano de una protegida de Paul McCartney.

Qué tiempo tan feliz
que nunca ha de volver
y la canción alegre del ayer.
Por nuestra juventud
en que llenos de inquietud
tuvimos fe y deseos de vencer.

El grado cero del desarrollo

Fueron los sabios, reunidos al parecer en Roma, o en cualquier caso provistos de una tarjetita plástica que les dejaba entrar gratis en el Club de Roma, quienes descifraron los signos en el cielo y en el mar que los Four Tops habían dejado apenas insinuados. Y su diagnóstico merodeaba impropiamente, porque el lenguaje científico no puede merodear como el de los poetas ingleses de entreguerras o el de Jaime Gil de Biedma. Merodeaba para no decirnos cruelmente, de sopetón, se acabó lo que se daba, hay un parón en la acumulación. Es decir, otra crisis cíclica, exclamamos los que esperábamos una crisis cíclica tan literaria como la presenciada por Galbraith en 1929, desde las azoteas del Empire State Building. Pero cabeceaban los del Club de Roma, no, no, hemos llegado al grado cero del desarrollo universal y la división del trabajo se ha de redividir y la idea de progreso de Henry Ford y de Oscar Wilde ha

quedado más obsoleta que la ropa interior de felpa o la creencia de que todo el monte es orégano.

¿Viviríamos lo suficiente para pagar las letras del Seat 850?

Como si así fuera, el pulso de Franco no tembló y nombró un heredero principesco y principal, y poco después, su heredero fáctico en la persona del almirante Carrero, su leal colaborador desde los tiempos del fusilamiento y el foxtrot. Impresionante como anciano rey de reyes y almirante de almirantes, Franco presumía de no haber puesto jamás los pies en Bocaccio y para él Teresa Gimpera, jamás, entiéndanlo bien, jamás, le llegó ni a la suela del zapato a Juanita Reina. Para él los españoles se dividían en López-Bravo o en el Lute, sin término medio. Por eso doña Carmen recomendaba a sus nietos ser tan elegantes y tan gentiles como don Gregorio, o, en su defecto, tener el encanto de ese muchachito de Ávila tan prometedor, que es un maravilloso invento de Herrero Tejedor. En cuanto el Lute trataba de demostrarse y demostrarnos que el movimiento se demuestra huyendo y cuando le apresaban los guardias civiles y los fotógrafos, se abría el ceño y las heridas para profetizarse a sí mismo y tal vez, tal vez, a buena parte de sus compatriotas:

—Estoy cansado y he decidido entregarme.

Como todo el mundo, más o menos. Porque de las conclusiones del Club de Roma empezaba a manar el gas tóxico paralizante, inculcador del miedo como filosofía fin de milenio. Miedo a no ser tan altos, tan ricos, tan guapos como antes. Incluso miedo a que fuera incierto el chiste de Perich en el que un albañil le muestra a su hijo la escuadra, la plomada, la paleta y le dice:

—Hijo mío, cuando seas mayor todo esto será tuyo.

Este valle no es de reyes

A pesar de las previsiones sucesorias de Franco, Marat y Sade, turbulentas resistencias, no siempre pasivas, hacían presagiar la incomodidad del Valle de los Reyes. De secretos centros propagandísticos surgían chistes sobre el futuro Rey de España, vestidos viejos adaptados a la estatura del Príncipe y con el tiempo rehechos para que le sirvieran a Fernando Morán. Eran chistes que venían de la más antigua historia del poder burlado o de los países del Este, donde las víctimas del paraíso se vengaban de las supuestas torpezas de sus arcángeles burocráticos. El *De Se nueve*... y el del zapato... y el del..., los chistes a costa del Príncipe, doblemente heredero, trataban de desacreditarle, de rebajarle la estatura en relación con otros príncipes muy bien casados o casaderos: Carlos Hugo, el carlista luego carlista-leninista,

esposo de la princesa real que mejor ha llenado un bikini desde los tiempos de Teodora de Bizancio: Irene de Holanda, y Alfonso de Borbón, esquiador sin suerte, marido sin suerte, príncipe sin suerte, amante sin suerte, aunque entonces él y nosotros aún desconocíamos sus impotencias y nos temíamos una regencia del marqués de Villaverde.

Síntoma intranquilizante fue la elaboración y ubicación de las estatuas de cera de don Juan Carlos, doña Sofía y sus hijos en el Museo de Cera. Oprobiosas estatuas que no hubiera mejorado Robespierre tratando de reproducir a Luis XVI y María Antonieta, su tremenda e injusta fealdad era una declaración de principios antimonárquicos y su instalación a la vista del público pasó inadvertida arteramente para el Tribunal de Orden Público, tal vez demasiado entretenido mirándose el ombligo sucio de su legitimidad, administradora de la *independencia del poder judicial* con respecto a las consecuencias de la Guerra Civil treinta años después de su final.

Y del cielo caía herido el avión que conducía al heredero de Onassis y de una Niarchos, Tina, que luego se suicidaría por el procedimiento de recordar su vida. El lenguaje de los dioses cuando retiran su confianza a los reyes suele valerse inicialmente de una catástrofe. En Grecia murió el joven Onassis y meses después caería el régimen de los coroneles y ni siquiera las bragas incorruptas de Jacqueline Kennedy fueron capaces de levantarle el ánimo y la vista del suelo al gran Aristóteles. Un rey en un inútil exilio, Constantino, se presenta como alternativa institucional de los coroneles que él mismo ayudó a meter en palacio por la puerta trasera de la Constitución, y los reyes de Europa le respaldan porque es remero olímpico y buen mozo, aunque un tanto confiado con los militares, que donde no llegan con la mano, llegan con la punta de la espada. Y la apuesta de Constantino con la Historia, su intento de recoronación sería como un tráiler ejemplar que demostraría a reyes y prerreyes que quema más sobrevivir a la sombra de la espada que de la Constitución.

De la revista *¡Hola!* a *Le Nouvel Observateur*, Pablo VI y el cardenal Tarancón contemplaban aquella historia a cuatro manos y se prometieron separar en España la Iglesia del Estado, dar a los coroneles lo que era de los coroneles y al Rey lo que era del Rey. Y cuando Tarancón pedía audiencia al jefe del Estado, para comentar juntos *¡Hola!* y *Le Nouvel Observateur*, es un decir, en el pasillo topaba con la rotundez mobiliaria del almirante Carrero, ceño de gala, brazos en cruz y en los labios una leal oposición.

—Eminencia reverendísima, su reino no es de este mundo.

Enanos, enanos, enanos

Tan altos estaban los balcones de la legitimidad franquista que cuando algún factor la ponía en duda o en solfa desde dentro, se sospechaba la presencia de enanos infiltrados por las cañerías o en los macutos del correo. Ignorantes los intelectuales orgánicos del franquismo de la existencia de la *sociedad civil*, no podían avenirse a la idea de que la España real hiciera colas automovilísticas para poder ver en Perpiñán *El último tango en París* y el culo de Marlon Brando, mientras la España oficial seguía bajo palio los domingos y de putillas caras los jueves al atardecer.

Enanos infiltrados en el diario *Madrid* le sugirieron a Franco la conveniencia de que imitara la dimisión de De Gaulle y tiempo después el diario *Madrid* sería dinamitado por sus propios propietarios, aparentemente, aunque los más sensatos se explicaron el fenómeno como una acción indirecta providencial, porque Dios era esencialmente, es decir, en sí mismo, la negación del enanismo afranquista o antifranquista. Y la progresía descarriada se inyectaba cada semana extractos de *Triunfo* o *Cuadernos para el Diálogo*, drogadicción contemplada serena y generosamente por los intelectuales orgánicos del régimen, que sólo recurrieron a la suspensión de estas publicaciones o al secuestro de otras, para que no se salieran de padre. Muerto Picasso no se había acabado la rabia, y los centinelas de Occidente empezaron a pensar que el régimen había desaprovechado la ocasión histórica de que había dispuesto a raíz de la Guerra Civil. No sólo se había equivocado no exterminando a los exiliados y practicando la pena de muerte por delitos de guerra sólo hasta veinte y pico años después de la Guerra Civil, sino que la tolerancia consumista de la segunda parte de la década de los sesenta había permitido el renacimiento de la osadía democrática y comunista. En su maldad congénita y perversidad adquirida, los comunistas habían gastado sus mejores energías en convencer a buena parte de la burguesía española de que no era tan fascista como parecía o como ella misma se creía y que si se apuntaba a la Reconciliación Nacional conservaría la hegemonía, así bajo el franquismo como en lo que le sucediera.

Y frente a estas posiciones reconciliadoras, activadas por don Juan desde Estoril, Carrillo desde París, el Papa desde Roma, y Comisiones Obreras desde el interior de las fábricas o el Sindicato Libre desde las universidades, renacidos Viriatos retomaron el trompetín de la Cruzada y la antorcha Molotov para prender fuego a las librerías culpables de vender *Salario, precio y ganancia* de Marx o *La mujer eunuco* de Germaine Greer. Antonio Machado se llamaba la librería mártir madrileña convertida en preferido chivo expiatorio de los primeros incontrolados organizados por la *Sección de Incontroles del Régimen*. El fino olfato del almirante, formado en su juventud naviera, se había atrofiado un tanto durante su larga etapa de almirante de despacho. Pero el que tiene retiene, y las aletas de la nariz se disparaban ante los

azufres más ocultos, por lo que encargó al coronel San Martín que montara un servicio de Información adjunto a la Presidencia del Gobierno. Sobre la mala información de este servicio hay pruebas evidentes en la obra escrita por el citado coronel y publicada desde la cárcel, adonde fue a parar en 1981 por no haberse informado a tiempo, ni lo suficiente, así a comienzos de los años setenta como en 1981.

Y Antonio Machado, poeta vencido en la Guerra Civil, se infiltraba en el *hit parade* con música del cantante Joan Manuel Serrat, poco después de su espantá del festival de Eurovisión, donde fue sustituido por una cantante hija de socialista, futura esposa y separada de socialista, prueba en sí misma, evidencia se llama, de que al régimen no le quedaban en sus filas ni candidatos a representarle en el festival de Eurovisión. Pero sí le quedaban suficientes cruzados, mitad monjes mitad notarios, que se dedicaron a romperle la cara a la abogacía, allí donde estuviere, aunque su acción más directa y comentada fue la perpetrada contra el Colegio de Abogados de Barcelona, donde los incontrolados de nómina aplicaron a los leguleyos parademócratas y separatistas la dialéctica de los puños. Abogados e incontrolados tenían contrastados pareceres sobre la naturaleza de un Estado de derecho.

Me han cambiado la canción

Empezaba a hablarse de crisis de modelos y a discutirse cualquier legitimidad, sobre todo si damos a la palabra legitimidad carácter sinónimo de verdad y autenticidad. En las mentes de la juventud de entonces empezó a fraguar la idea, posteriormente acuñada por Pau Riba, de que *los únicos héroes de nuestro tiempo son los héroes del rock*. Incluso ya entonces amenazaba el descrédito o la segunda división del prestigio a los Beatles, Rollings, Bob Dylan o Joan Baez, animadores del consumo de nostalgia o de protesta de la década de los sesenta. Los Bee Gees habían quemado entonces rápidamente su propuesta de melancolía pasteurizada, delicadamente pasteurizada, y los héroes del rock duro eran a la vez hijos y padres del orgasmo sonoro en este mundo, en la desconfianza de que en el otro mundo el rock estuviera permitido. Encantadores estudiantes anarquistas barceloneses proclamaban *Cardem, cardem, que el món s'acaba!* (¡Jodamos, jodamos, que el mundo se acaba!) y los expertos decían que los cantantes del rock se corrían, materialmente se corrían, oigan, durante las actuaciones, poseídos por y poseedores de la multitud. Aquellos delanteros centro de la desesperación sonora tenían un alma frágil y el esqueleto venoso se les sostenía de sangre blanca en su mayor parte heroinada. Y las multinacionales, que trataban de

convertirlos en profetas del instante y en notarios de la nada, obligaban a que dos de cada cuatro héroes del rock se suicidaran antes de cumplir cualquier edad que les hiciera responsables de su cara. Podían escoger el procedimiento. Hubo quien se murió de sobredosis, hubo quien de asco y hubo quien pereció de gordura, como Cass Elliot, una de las Mamas de los Papas.

Aunque el inglés era entonces la decimoquinta o la decimosexta lengua hablada en España, muy por detrás del caló y no digamos del romanó, los jóvenes indígenas sabían cómo estaba la cotización de la música rockera o psicodélica en el mundo, y todo lo que no era franquismo era psicodelia. Pero en otro orden de cosas, quizá en el verdadero orden de las cosas, aquí se sabían las canciones de Raimon o de Lluís Llach o de Serrat, los progresistas, o *Eva María*, *Charly*, *El gato que está triste y azul*, *Eres tú*, *Ata una cinta amarilla alrededor del viejo roble*, todos los demás, que eran la inmensísima mayoría silenciada, que con el tiempo votaría a UCD. Y por encima de todo, el regalo de un piropo retrechero llegado desde Alemania: *¡Que viva España!*, en trompeta germánica o en la voz gargantil y sexuada de Manolo Escobar, español por encima de todo, español a pesar de que aquí le robaban el carro un día sí y otro también. Retengan el dato. Media España tenía pesadillas ante el anuncio del grado cero del desarrollo que le impediría pagar los plazos del 850 y la parcela, pero los letristas de la *canción española* seguían buscando el carro de Manolo Escobar. No se enteraban de que había cambiado la canción. De que la canción cambiaba una y otra vez, de un día para otro.

What have they done to my song, ma?

Preguntaba por entonces Melanie a su madre, en una de las canciones más hermosas de la época. ¿Qué han hecho con mi canción? ¿Dónde está mi canción, mamá? Era lo más hermoso que tenía, han venido éstos y me la han cambiado. E insistía Melanie. ¿Qué han hecho éstos con mi cabeza, mamá? Era lo que yo más apreciaba, y han venido éstos y me la han roto como si fuera un hueso de pollo. Pobre Melanie. Ella, que vivía intensamente el comienzo de la tercera década antes del final de milenio, no tenía respuesta para el desconcierto sonoro de los tiempos. ¿Cómo iba a tenerla Franco? Cuentan penúltimos testigos de sus andanzas por El Pardo, que en cierta ocasión se lo encontraron caminando deprisita, frotándose las manos y cantando una canción de una zarzuela de Sorozábal:

Hace tiempo que vengo al taller
y no sé a qué vengo.

Nadie se atrevió a contestarle lo que solía responder Gloria Alcaraz a Marcos Redondo en estas circunstancias:

Eso es muy alarmante,
eso no lo comprendo.

Pero evidentemente el general estaba tan desinformado que pensó que Carrero Blanco era un tapón que iba a conservar las esencias de su visión de la Historia, perpetuadora de la división de los españoles en *lutes* y *lopezbravos*. Y así salió aquella mañana de 12 de junio de 1973 la lista y la efigie de un nuevo gobierno presidido por el almirante. Retengan tres caras. *Carrero* mira como si oyera un ruido a su espalda. *Fernández-Miranda* busca entre la multitud el rostro de Suárez. Y *López Rodó* deja escapar un cierto rictus de dolor. Le duele el cilicio.

2. Adivina quién viene a cenar esta noche

Con los ojos ateridos de histórico frío, ya en la década de los cincuenta, el viejo Horkheimer se planteaba el tema de la conciencia creciente de la destrucción del sujeto revolucionario como un monotema caro a todos los vinculados a la Escuela de Frankfurt. Ya casi caídas las medias y los ligueros de los años sesenta, hizo fortuna el sujeto revolucionario de nuevo tipo predibujado por Marcuse, sujeto revolucionario que si bien no cometió la grosería de hacer la revolución, sí contribuyó a desarrollar la industria del póster y de la canción protesta. Aunque la pieza básica de la revisión crítica de la teoría crítica frankfurteriana se fecha en *Sociología y Filosofía*, elaborada en 1959, catorce o quince años después los convocados a las cenas políticas de don Antonio Gavilanes desconocían lo mal que ya estaba entonces la cosa en la conciencia marxista y pensaban que era urgente reconsiderar la tesis de que el liberalismo es pecado, porque con algo habría que hacer frente a la ofensiva prepotente del marxismo ibérico, una vez que se hubiera producido el «hecho biológico», eufemismo totalizador inventado por don Manuel Jiménez de Parga para designar la innombrable muerte del Innombrable.

Eran cenas políticas madrileñas toleradas por el almirante, destapadoras de nombres y ambiciones, tendencias, posturas y posturitas. Las revistas entonces mejor situadas hacia el futuro, por ejemplo, *Cambio 16* o *Mundo*, hacían salivar a los treintañeros ligeramente desafectos al régimen, metiéndoles en listas de «españoles con futuro» encubiertas propuestas de rearme asociativo y de liderazgos de centroderecha o centroizquierda. Y cuando en alguna cena política, con o sin Solís, estuviera o no estuviera frito Solís por lo que allí se decía, alguien insinuaba la necesidad de invitar a cenar al proletariado, se levantaba airado Barros de Lis y gritaba: «¿Y la burguesía qué? ¿Y la burguesía qué?», Estas y otras cosas empleaba Luis Carandell para sacar el color de la roña del show de Celtiberia, página de *Triunfo* que era un ajuste de cuentas a la obsolescencia del presente, disfrazado de ajuste de cuentas al pasado. ¡Qué eufemistas éramos todos! La muerte de Franco se llamaba «hecho biológico» y el encastillamiento de los defensores del continuismo se llamó *búnker* desde las páginas de *Ruedo Ibérico*, extendiendo el sentido de una

sorprendente declaración del sorprendentemente aperturista señor Fanjul, diputado a Cortes por el tercio familiar, mejor llamable tercio de quites, y preliberal activo, a pesar de ser superviviente del famoso episodio del Cuartel de la Montaña que había costado la vida a su padre, el general Fanjul, a manos de las hordas tártaras.

Cenas políticas con mucho consomé al jerez sin apenas clarificar y ternera a la jardinera o merluza a la vasca en el exilio. Y una noche salían los conspiradores con dos copas y dos ideas de más y se encontraban con que Fanjul decía: «No hemos de dejarnos matar entre las ruinas de la cancillería», y España estaba, o parecía estarlo, a las puertas del final de la Segunda Guerra Mundial en 1973. Y otra noche descubrían que habían cenado con el mismísimo Carrero, disfrazado de poeta concreto o de capador de codornices lector de León Felipe, pues muchos fueron los disfraces urdidos por el coronel San Martín para conseguir enterarse de los peligrosos conspiradores que eran el arquitecto Chueca y el cantautor Chapí.

El último profeta

Se dice que Leonard Cohen fue el último profeta rockero, el inútilmente prolongador del espíritu de compromiso crítico del rock de los sesenta. A España llegó algo tarde, tal vez por su condición de cantor lento, narrador de parsimoniosas historias que crecían hasta llegar a la sanción moral, inmutable la voz casi a solas, en contraste con el rock sinfónico, el beat, el vanguardismo, el California sound y a mucha distancia de lo que con el tiempo sería el punk, el new wave, el electropop y otras chucherías del espíritu que en la última rigurosa contemporaneidad han ayudado a la juventud a envejecer sin suicidarse.

Los correosos *teenagers* españoles del comienzo de los setenta lloraron la muerte de Otis Redding, Janis Joplin, Jimi Hendrix, Jim Morrison y la crisis creativa de Dylan o el cansancio sonoro de la Baez, curados de toda clase de espantos. La separación de los Beatles había sido catástrofe suficiente como para vacunar contra cualquier desgracia, y los feligreses asumían la muerte de los rockeros como un cupo necesario para que tuviera sentido lo mucho que cobraban por predicar el no, la nada y el nadie. ¿Acaso la muerte no es un ejercicio más de la suprema libertad del esqueleto? ¿Y no había muerto Cristo, el mismo Cristo Superstar? Lejos, muy lejos, carroza muy carroza el Mayo francés, los signos de la industria de la cultura anunciaban un bandazo de pesimismo con moralina, la inculcación de que era preciso cortar las rosas de la vida con sierra de bricolaje doméstico y congelar las sobrantes para el invierno. Ahí está *Love Story* para corroborar esta aventurada tesis o

el éxito mundial de *Jesus Christ Superstar*, musical poscristiano que sustituiría a *Hair* o *Calcuta*, superproducciones a todo color de la mercancía cultural de la libertad. ¿*Jesucristo Superstar* en la católica España? Aunque no conste por escrito, es muy probable que su excelencia el jefe del Estado exigiera una y otra vez a Carrero el juramento de que jamás autorizaría la representación de *Hair*, *Jesucristo Superstar* y otros síntomas de la decadencia de Occidente. ¿Se atrevería alguna vez el almirante a contestarle que ambos productos y otros similares eran síntomas de la posmodernidad?

—¿De la pos... qué?

—De la posmodernidad, Excelencia.

Aún no se sabía por entonces que vivíamos en la posmodernidad, porque aún casi nadie se tomaba en serio lo del grado cero del desarrollo. ¿Y acaso el concepto de modernidad y posmodernidad no deriva de la conciencia del menos cero del progreso? Pero al almirante la posmodernidad le hubiera parecido algo tan sospechoso y subversivo como García-Trevijano, y por eso estuvo aquí prohibida la posmodernidad tanto tiempo, y cuando Miguel Ríos se subió a lo más alto del *hit parade* universal cantando una versión pop del *Himno a la libertad*, del conocido dúo Schiller-Beethoven, por aquí se tituló *Himno a la alegría*, porque en España libertad no había, pero alegría, alegría, a espuertas, y sol...

¡Un rayo de sol, ohohohoh...!

Y qué distinto tono seguía teniendo la sana España en el contexto de la decadencia de Occidente. Mientras nuestros conjuntos seudorrockeros componían y cantaban canciones para adolescentes que aún debían volver a casa antes de las doce, en viaje de vuelta, antes de morir por exigencias del guion, Janis Joplin cantaba: «De nada sirve ser libre, chica. / Veo cómo miras el cielo. / Yo sé por qué esto te hace feliz. / Pero en realidad sólo te hace llorar. / Creo que tú también tienes buenas intenciones, / pues todas ellas logran transparentarse. / Cualquier cosa que des al mundo exterior / yo te lo devolveré».

Curiosa propuesta de madriguera cantada a voz en grito ante miles de personas. Tres años después del alumbramiento de una nueva nación universal, de la nación de la juventud, de la nación de Woodstock, los jóvenes del mundo descubrían estupefactos que nunca tendrían el suficiente dinero para envejecer con dignidad y poderse comprar un coche y una parcela como sus padres. Y, lógicamente, empezaban a sentirse estafados y volvían la espalda a la historia de la creencia de que así era más fácil disfrutar la vida. «El tiempo pasa, los amigos se van. / Yo sigo

adelante, pero nunca supe por qué», escribió y cantó la Joplin antes de morir.

El síndrome de Estocolmo

Los hijos de Rudi Dutschke y Cohn-Bendit trataban de zarandear a Willy González, también conocido por Felipe Brandt. Los jusos lanzaron el canto del cisne de la izquierda libre en la naturaleza libre en el congreso de Hannover de 1973, un año antes de que los jusos del PSOE preparasen la irresistible ascensión de Felipe González en Suresnes, una conspiración por bulerías que llevó a la secretaría general del PSOE a Isidoro por el conocido procedimiento de ir pidiendo paso: «¿Me permite? Con permiso. ¿Sería tan amable? Con su permiso». Brandt dejaba gritar a los jusos, en la confianza de que envejecerían, y escuchaba a Isidoro con ese placer que un veterano siente cuando descubre un joven más sensato que un buzo. Por aquel entonces, don Emilio Romero se atrevía a escribirle *Cartas al Rey*, complejo intento de completar la educación del Príncipe, por si era incompleta y en previsión de que se produjera el «hecho sucesorio». Pues bien, don Emilio utiliza citas de poetas previas a cada capítulo, y en una de ellas predice el sentido final y real del cambio que nos es contemporáneo. Cita Romero al poeta leonés Victoriano Crémer: «España de anarquistas y de obispos / —armonía compleja—, / gran España insaciable de sí misma, / más corazón que cabeza».

Ya por entonces Felipe González le contaba al tío Willy que el cambio en España consistiría en poner la cabeza en lugar del corazón. ¿Y en lugar de la cabeza? Tal vez, tal vez, cualquier central de datos del Centro del Imperio o los señores cojones del señor Rodríguez de la Borbolla. Al tío Brandt se le escapaban algunas lágrimas. ¡Quién como vosotros, los españoles, que estáis en condiciones de reinventaros el socialismo! Encantados por la serpiente de la escasez, aún estaba el gesto social entre la tentación de la ira y el paso atrás del miedo a perder. El mundo del bienestar empezaba a refugiarse en los cuarteles de invierno, pero en España aún había que pasar por encima del cadáver de la dictadura y perviviría durante algunos años la sensación de que todo, absolutamente todo, era posible. Nuestros maoístas aún no habían bajado entonces de su Sierra Maestra mental, y grupusculares preeurocomunistas contemplaban a Carrillo por encima del hombro, como si fuera un pobre tendero vendedor de prudencias e insuficiencias revolucionarias.

Y por si el miedo a perder lo que se tenía fuera poco, el fascismo ponía bombas en estaciones o plazas públicas de Italia o apaleaba a la vanguardia crítica española. Costase lo que costase, había que amedrentar a una sociedad traumatizada por la

intuición de la pobreza absoluta o relativa. Tal vez por eso el español más admirado de aquellos días era Emilio Reyes, el espeleólogo solitario, capaz de vivir ciento cuatro días en una cueva de Rialp, en la Cataluña sur, como aún no se llamaba entonces a la Cataluña española. «Mis reacciones ante las noticias que me llegaban a través de las cartas eran muy vivas. Caía en un estado de depresión cuando leía alguna mala noticia, pero automáticamente se me pasaba al recibir una buena. Por cartas de mi mujer me enteré de que había muerto Picasso y supe que se había firmado el alto el fuego en Vietnam». Salió a tiempo a la luz Emilio Reyes para vivir el síndrome de Estocolmo: el caso clínico del personal secuestrado en un banco por unos atracadores que acaba solidarizándose emocionalmente con sus secuestradores. ¿Miedo al secuestrador o ruptura de la convención moral construida sobre el papel del dinero y de la propiedad privada? Sólo el miedo podía inculcar sensatez a una humanidad privada de la perspectiva de la parcela y del cambio de coche cada dos años. Los más maduros se recluirían en sus madrigueras durante cien veces cien veces cien veces ciento cuatro días, a lamerse las heridas de la prosperidad. Los más ingenuos se pincharían las venas en busca del río que conduce al Sur, al Paraíso, o atracarían los bancos del dinero, de espaldas a los bancos de datos que les anunciaban el fracaso estadístico final.

Premio al terrorismo

Los sociólogos, que siempre están para un barrido y para un fregado científico-social, especularon sobre el boom del cine del terror que a todo color «... potenciaba la roja fascinación de la sangre, la mórbida lividez de los cadáveres y las tonalidades estridentes de los líquidos manipulados en tenebrosos laboratorios». No era ajena la industria cinematográfica española a estos empeños y desde el nivel de calidad de *La novia ensangrentada*, de Aranda, hasta *Pánico en el Transiberiano*, de E. Martín, el terror a la española, así en el cómic como en el cine, nos preparó para el terror cotidiano y futuro, concreto y abstracto, particular y general. Opinaba Román Gubern: «Parecía como si las fabulaciones terroríficas reflejaran metafóricamente el terror que envuelve la vida cotidiana. A menos que las fabulaciones terroríficas tuvieran como función primordial la de habituar e insensibilizar al ciudadano ante la ascendente marea de terror que invade progresivamente la vida cotidiana».

No faltó quien interpretara el hundimiento de las obras del Metro de Madrid o el estallido de un Tupolev junto al aeropuerto de Le Bourget, de París, o el impacto del Boeing 707 brasileño contra el aeropuerto de Orly como signos en el cielo de un

Catastrofismo generalizado. Criminales como Juan Corona (asesino de veinticinco jornaleros mexicanos) o Dean Corll (aproximadamente, cincuenta asesinatos, más los *hors d'oeuvre* de abusos sexuales) pasaban a la *Guía Guinness* de récords entre una cierta indiferencia colectiva, maleada por la indefinida carnaza masiva, ensangrentada y devaluada que ocupaba el horizonte de la guerra de Vietnam. Aunque en ese horizonte de cuando en cuando la carne se concretaba y se convertía en la figurilla estricta de una niña desnuda huyendo de la corrosión del napalm sobre sus carnes o en la cabeza del guerrillero vietcong sacudida por el pistoletazo artesanal, en la sien, de un prepotente general de la causa occidental.

Mas sin duda se trataba de un mal sueño inconsistente porque en Noruega se concedía el Premio Nobel de la Paz a Henry Kissinger, filósofo del *equilibrio del terror* y de la tesis de que la paz ha de llegar por el napalm, poskantiano que tenía su especial concepción de cómo se ordena el caos de las cosas. Y mientras le ponían la corona de la paz, la cabeza del doctor Strangelove urdía el derrocamiento de Allende y el involucionismo generalizado de todo el Cono Sur de América Latina. Perón volvía a Argentina para morir física y políticamente mientras crecía el envalentonamiento montonero, paralelo al de los tupamaros en Uruguay o al del MIR chileno. O una política de reforma en profundidad para desbordar liberalmente las reivindicaciones revolucionarias o una política de brutalidad y crueldad para amedrentar primero a la vanguardia crítica y luego a toda la sociedad. El doctor Strangelove eligió lo segundo.

En el momento en que Henry Kissinger recibía el Premio Nobel de la Paz, quien quería ya podía contemplar el cadáver de Allende ocupando el horizonte del mundo, y de la reserva espiritual de Occidente salían verdugos estructurales de repuesto que iban a relativizar las glorias de anteriores asesinos de Estado. Los Pinochet, Videla, Álvarez tenían ideas propias sobre cómo se aterroriza sin perder el aire de desfile marcial. En hogueras improvisadas, los oficiales chilenos quemaron todos los libros que jamás entenderían, intuyendo que la cultura escrita y la cultura militar eran incompatibles desde el momento en que los ejércitos del mundo asumían su papel de policía cósmica contrarrevolucionaria. Chile perdía su memoria democrática casi al mismo tiempo que España, Grecia o Portugal empezaban a recobrarla. Se quemaban las obras de Pablo Neruda, moría de tristeza y de asco Pablo Neruda, casi al tiempo que Juan Marsé era premiado en México por *Si te dicen que caí*, un genial ajuste de cuentas esperpéntico a la posvictoria franquista. El terror paraliza la memoria, pero no la destruye. Y con el tiempo se descubre que no hay otra victoria que la de la memoria, compensación melancólica al fracaso inevitable del deseo.

Aunque había una cierta satisfacción por el triunfo del exespañol Ocaña en el Tour de Francia, rugidos de rotas vestiduras saludaron el fichaje de Cruyff por parte del F.C. Barcelona. Como siempre, Cataluña aparecía como un hecho diferencial que agraviaba por su potencial económico, reñido con el espíritu del grado cero del desarrollo. Otro síntoma de extranjera penetración era el filtraje de las tesis de Berlinguer sobre la necesidad del compromiso histórico, tesis formuladas con la piel de gallina por el hedor que llegaba desde ese frío cadáver de Allende que ocupaba el horizonte del mundo. A este cuento venía la inicial cita del viejo Horkheimer, padre putativo y efectivo de la Escuela de Frankfurt. Constataba Horkheimer que la liberación revolucionaria no había bastado para implantar la libertad positiva. En nombre del reino de la necesidad, el socialismo realmente existente había aplazado el reino de la libertad. Visto el asunto desde Roma, la cuestión estribaba en que el príncipe Valerio Borghese no diera un golpe de Estado fascista en el momento en que los comunistas consiguieran el 51 por ciento de los votos en unas elecciones legislativas. ¿Cómo dar respuesta a la constatación de Horkheimer y al riesgo de involución ante el avance del socialismo en la democracia formal? Así empezó a fraguarse el eurocomunismo, y las primeras importaciones de ideología se hicieron casi coincidentes con el fichaje de Cruyff.

3. Y voló, voló, voló, Carrero voló...

«Las prohibiciones, las multas, los destierros, torturas, condenas de tribunales especiales, controles masivos de la población, etc., permiten a las masas darse cuenta de quién es el enemigo... La represión y la acción revolucionaria crecen juntas y se condicionan mutuamente... A partir de ciertas nuevas condiciones, las medidas de represión engendran mayores acciones revolucionarias, y como las acciones revolucionarias son a su vez contestadas con aún más espectaculares medidas de represión, se produce un proceso en espiral donde la actividad revolucionaria y la represión se empujan a niveles más altos cada vez. En este proceso acción-represión-acción el principal perjudicado es el Estado represor, o sea, la clase dominante que se encuentra tras él. En efecto, los medios de que dispone un Estado para reprimir a las masas aunque grandes, son limitados». Así razonaban los chicos de ETA en 1969, en una cita de Zunbeltz, «Iraultza, hacia una estrategia revolucionaria vasca». Pero el almirante Carrero tenía ideas más simples sobre el asunto y ETA era una variante concreta del diablo abstracto familiar del espíritu disgregador de los españoles, en este caso azuzado por las espuelas satánicas del sexto jinete del Apocalipsis: el zarismo soviético. Tenía pocas ideas el almirante pero pétreas, así como muy predeterminados los rumbos oceánicos y celestes. «Es preferible morir en una contienda nuclear que quedar sometidos al yugo de la expansión marxista». Tan fiel a Franco como Ray Milland a Gary Cooper en *Beau Geste* o Woody Allen a Humphrey Bogart en *Sueños de un seductor*, jamás pensó por su cuenta algo que no hubiera pensado el Caudillo de antemano, y a esta volitiva habilidad se debió su longevidad como visir de la regencia y su condición de regente heredero cuando se produjera el hecho sucesorio. Levitaba el alma del almirante sobre la escombrera de Claudio Coello y el patio del convento donde moría su cuerpo mortal y pataleaba impotente el coche volador, cuando sus tres asesinos disfrazados de electricistas en veloz carrera engañaban al séptimo de caballería gritando: «¡Gas! ¡Gas! ¡Una explosión de gas!». Y en su levitación de espíritu aturdido, el almirante trataba de ordenar la detención de sus asesinos, pero el sueño era malo, era pesadilla y en las pesadillas jamás se oyen los reclamos o las órdenes del malsoñador.

Buena parte de la sociedad civil iniciaría en aquel instante la destrucción sistemática de su hígado, una larga marcha hacia la cirrosis por un río de champán no siempre conmemorativo de hechos consumados, sino en ocasiones champán destapado con precipitación histórica, precipitación sin duda originada en aquella insospechable muerte del almirante, aquella ascensión a los cielos en estampida del tapón que tapaba las esencias rancias del franquismo. Pero las botellas de champán empezaron a destaparse horas después, cuando la carta de centinela de Occidente que el director general de la Guardia Civil, Iniesta Cano, envió a todos los acuartelamientos de la Benemérita fue desautorizada por el jefe del Alto Estado Mayor, general Díez-Alegría, y hasta los comunistas oficiosos recibieron llamadas telefónicas asegurándoles que aquella noche no serían degollados por los escuadrones de la muerte y que la Guardia Civil había recibido la prohibición expresa de acercarse por un túnel de silencio. «Operación Ogro» llamaron los de ETA a la voladura de Carrero, que primero fue proyecto de secuestro, desestimado no sólo porque el almirante a partir de junio de 1973 es jefe de Gobierno, sino porque tiene una cara que amedrenta y este tipo de personas, tan suyas, son de mal secuestrar.

Petróleo y supermercados

A los españoles el tema de la *crisis del petróleo* les sonó a serpiente del lago Ness, dotada nuestra raza de ese instinto de inmunidad e impunidad con el que Dios señaló a los pueblos suicidas. Curioso personal este que decidió un buen día el «que inventen ellos» y al que nunca le pasa nada, absolutamente nada. Ya en los albores de la transición, algunos ministros, pero sobre todo algunos directores generales, contaban chistes de Franco como si ellos no fueran franquistas y el Estado llano se cachondeaba de la crisis del petróleo como si no consumiera gasolina y la inflación fuera una epidemia foránea con la que ya se las entenderían el vino y el sol de España. Y como prueba de que la anunciada crisis era cosa de otros, empezaron a brotar pirámides del consumo en las afueras de las ciudades, legendarios supermercados (*hipermercados*) en los que los jamones eran más baratos que en Andorra y las latas de cinco kilos de alubias al natural iban prácticamente regaladas.

Puesto que la princesa Ana de Inglaterra se casaba sin bajarse del caballo, ¿cómo podía ser grave la crisis del petróleo? Los marxistas europeos extramuros se disfrazaron de Savonarola y predicaron el final del capitalismo a partir de la rebelión de los pueblos mudos, los famosos pueblos mudos a los que Dios había dotado de un subsuelo de escándalo, con esa ternura secundaria que Dios siempre ha manifestado

por los muditos. Insistían los profetas de una de las dos revoluciones pendientes, en que la División Internacional del Trabajo pactada en Yalta y Potsdam iba a ser dinamitada por los pueblos de la periferia, enfrentados por fin al centro del imperio, los pobres pueblos del *sur* enfrentados a los del *norte*. La Unesco había contribuido a la pacificación de los espíritus inventándose un lenguaje combativo balsámico que llamaba *Nuevo Orden Económico Internacional* a lo que los teóricos marxistas habían denominado División Internacional del Trabajo y *periferia* o *sur* a las colonias. Un espabilado expresidente de la Diputación, de qué diputación no importa, se apropió aquellos días de este lenguaje y se dijo que en un futuro no muy lejano lo emplearía para apabullar en cualquier baile de debutantes constitucionales. Se llamaba Fernando Abril Martorell, el referido, mas no adelantemos acontecimientos y pongámonos al trote de la princesa Ana de Inglaterra, casada en noviembre de 1973, entre el derrocamiento de Allende y la voladura de Carrero, entre el atentado contra el aeropuerto de Atenas y el juicio contra los sindicalistas del 1001. Mistress Phillips de casada, la princesa Ana, había defraudado a las feministas inglesas que en otro tiempo la idolatraran, al jurar ante el obispo de Canterbury «obediencia y sumisión a su marido». Pero los tiempos cambiaban y no para bien. La boda de la princesa Ana con el señor Phillips distrajo a la opinión pública británica de la evidencia de que el dictador de Portugal, Caetano, era recibido por el gobierno de su graciosa majestad, en un momento de especial sensibilidad por las luchas revolucionarias en Angola y Mozambique. La fotografía de la boda ponía las cosas en su sitio, en ese inevitable sitio de las cosas en tiempos de reflujo de la conciencia crítica.

Los más pesimistas ya en 1973 pronosticaban que la supuesta rebelión de los pueblos mudos iba a ser integrada y que con el tiempo la única aportación cultural del tercer mundo a la década de los setenta sería el *soja western*, parte de las trescientas películas anualmente producidas por Hong Kong, destinadas a competir con el *spaghetti western* inventado por los italianos en los años sesenta. Algunos directores italianos, como Duccio Tessari, habían intentado introducir un discurso marxista en sus películas de pistoleros o de romanos. Signo de los tiempos, los creadores del *soja western* reducían la violencia de Sam Peckinpah a un producto fugaz de supermercado con más kétchup y menos psicología.

Cioran, Lorenz y Cruyff

Editorial Taurus, dirigida entonces literariamente por Jesús Aguirre, más conocido por Chus Aguirre o el cura Aguirre, aunque sus más íntimos ya sabían que era duque

in pectore, y sólo restaba la atribución de un ducado concreto, estaba dispuesta a introducir en España el pensamiento desterrado por la hegemonía beligerante del marxismo y el neopositivismo. Y desde Benjamin, el marxista maldito, a Cioran, el pesimista lúcido, pasando por los Bataille, Wittgenstein, Adorno y compañía, se hicieron libros de cabecera de la progresía intelectual posmayista que la éramos todos, menos don Julián Marías. Y fue precisamente por estas fechas cuando Fernando Savater tradujo *La tentación de existir* de Cioran y uno tuvo la intuición de que se acercaban malos tiempos para la lírica y la dialéctica, al leer cosas como «... la historia no es más que un modo inesencial de ser, la forma más eficaz de infidelidad a nosotros mismos, un rechazo metafísico, una masa de acontecimientos que oponemos al único acontecimiento que importa». La muerte, naturalmente, y la reivindicación del ensimismamiento como única posibilidad de verdad necesitada. El deseo de poder decir sí a algo conduce a Cioran al abrazo con la muerte, como amante que le confirma no sólo la posibilidad de existir, sino incluso la costumbre de existir. «Existir es una costumbre que no desespero de adquirir. Imitaré a los otros, a los astutos que lo han logrado, a los tránsfugas de la lucidez, saquearé sus secretos y hasta sus esperanzas, feliz de poder aferrarme con ellos a las indignidades que conducen a la vida. El no me fatiga, el sí me tienta. Habiendo agotado mis reservas de negación y quizá la negación misma, ¿por qué no debería salir yo a la calle a gritar hasta desgañitarme que me encuentro en el umbral de una verdad, de la única válida?».

Así estaban las cosas en el catarro de la intelectualidad, asaltado también por la sospecha de que alguna verdad había en la etología, ciencia premiada con el Nobel en la persona de Lorenz, y por entonces sólo aplicable a detectar el porqué profundo de los dimes y diretes de las familias del régimen, las únicas familias políticas con un anillo y una fecha por dentro que habían practicado la pauta animal de mearse, con perdón, en las cuatro esquinas de la piel de toro, para fijar los límites de su territorio. Lejos, muy lejos todos, y todas, de pensar que algún día la etología podría ayudar a la izquierda, al PCE, por ejemplo, a entender sus propios problemas, más allá de las ciencias sociales y políticas, más allá de la psicología, en plena etología y sin saberlo, como aquel hombre sencillo que hablaba en prosa y no lo sabía. El mismo desdén hacia la crisis del petróleo lo manifestaba el peatón hispano hacia Cioran, Lorenz y demás profetas del fracaso filosófico o científico del viejo humanismo. Y si me apuran, ni la voladura de Carrero tuvo la atención que mereció el alzamiento de la veda del fichaje de jugadores de fútbol extranjeros: Jara, Keïta, Netzer, Sotil, Heredia, Ayala... y Cruyff... Cruyff... Cruyff... sesenta y cinco millones de pesetas declarados por su fichaje, frente a los cuarenta y cinco que había costado Netzer... El

cronista Luis Dávila resumió así el duro desgarramiento interno de la conciencia social europea y española ante la cuestión de los fichajes de extranjeros: «El Eldorado español atrajo la atención de las principales figuras futbolísticas del mundo y la desesperación de políticos del deporte, mánagers y directivos de medio mundo. Sólo el intento del Barcelona de fichar a Müller provocó casi una crisis en el estado de Baviera y precisó la intervención expresa de Strauss para conservar en Alemania al jugador símbolo del milagro goleador alemán. La pugna por el fichaje de Cruyff tuvo una dramática trastienda de negociaciones en las que en un momento u otro se mezclaron la Philips, el Real Madrid, la internacional sionista, el Barça, la Banca Catalana, la Federación Española de Fútbol, la holandesa y un espeluznante etcétera en el que, por fortuna, no llegó a figurar Henry Kissinger».

Sueños de un seductor

No, no se citaba en vano el nombre de Kissinger. Fanático del fútbol, el *pacifista del napalm* amenazaba con dedicarse a la promoción del fútbol en Estados Unidos cuando abandonara la política activa. En la evidencia de que Kissinger se parecía a Alberto Sordi, nos sorprendió la pretensión de Woody Allen de parecerse a Humphrey Bogart en *Sueños de un seductor*, una película que nos desveló el porqué del mecanismo mitológico de nuestra infancia, un mecanismo condenado al fracaso. ¿Era tan evidente que hubiéramos querido ser Humphrey Bogart y sólo éramos Woody Allen? Sixto Cámara, el último mohicano del socialismo utópico, escribía en la «Capilla Sixtina» de *Triunfo* que en el mundo no había espacio suficiente para albergarle a él y a Henry Kissinger. Uno de los dos sobraba. Y su vecina, Encarna, la modelo maoísta, la chica de Casablanca pasada por el Mayo francés, ponía ante sus narices el espejo que empequeñece la estatura de Superman, incluso del Superman ibérico, socialista y utópico. Joan Manuel Serrat le ponía música a Machado en el instante en que Kissinger dirigía la orquesta mundial de botas militares:

Caminante no hay camino,
se hace camino al andar.

Hacía camino al andar Henry Kissinger. Solucionado el conflicto vietnamita, los esfuerzos racionalizadores del doctor Strangelove se dirigían a Oriente Medio, aunque sus pasos trataban tanto de acercarse a los meollos del mundo como de alejarse de la bola de nieve del escándalo Watergate, que se iba tragando la pirámide

del poder norteamericano, con la contundencia, crueldad e irreversibilidad de un bulldozer de boca dentada. El escándalo del Watergate, aireado primero por el *Washington Post* y luego por toda la prensa norteamericana, fue en cambio puesto en sordina por algunos empresarios de prensa española, sensibles los unos a que el debilitamiento de la imagen de Nixon repercutiría desfavorablemente en las españolas previsiones sucesorias y los otros sin más motivo que haber posado alguna vez junto al mangante magnate de la política USA y disfrutar el abuso de una fotografía que testificaba el encuentro.

Girón abogaba por las asociaciones políticas que hicieran viable una democracia orgánica: una derecha para Blas Piñar, un centro para Fraga y una izquierda para... para Girón y la revolución aplazada. Debajo de la capa de Luis Candelas, algunos socialistas hablaban en los templos del tardofranquismo explicando sus intenciones y el coronel San Martín tomaba notas a distancia, dicen que las notas eran para Carrero, que con el ceño era antitodo, pero con el cerebro presumía que de algún mal había de morir. Los que decían que la revolución de Girón se la había aplazado el banquero Coca, temían poco convincente la candidatura y la consideraban poco más que el sueño de otro seductor, de un tosco Woody Allen a lo vallisoletano, mitad monje, mitad soldado, mitad Largo Caballero. Demasiadas mitades para un presunto líder de la izquierda.

En cuanto a Kissinger, se moría de ganas por conocer a Franco antes de que se produjera el hecho sucesorio. Kissinger había descubierto en Grecia el procedimiento de que unos coroneles sacaran a otros coroneles, para evitar el mal ejemplo de que fueran civiles los que pusieran al descubierto la fragilidad histórica de los coroneles cuando pierden el paraguas protector del Departamento de Estado. Un día u otro habría que hacer algo así en España o en Portugal y a Kissinger le interesaba conocer directamente a los protagonistas de aquel drama a lo Beckett, escrito por José María Pemán e interpretado por Franco y Carrero Blanco. Se dice que Franco se le durmió durante la entrevista y que Carrero en cambio estuvo encantador, como si Lon Chaney hiciera esfuerzos para interpretar un musical de Stanley Donen. En el inmediato horizonte político español figuraba aquellos días una prueba de toque para las intenciones futuras del almirante: el proceso 1001 contra los dirigentes sindicalistas de Comisiones Obreras: Camacho, Sartorius, Saborido, Acosta... Camacho había conseguido prensa y audiencia. Bajo el franquismo crecía por primera vez el mito de un dirigente obrero que se colaba, se colaba, se colaba por la vía de acceso de lo sindical, y aunque los servicios de información conocían su filiación comunista, Camacho llevaba su jersey sindical como única bandera y era un síntoma del empuje crítico de la sociedad civil frente a

un Estado embalsamado en vida. Cuando a Carrero Blanco le preguntaban por ETA o por Comisiones Obreras, contestaba lo mismo que Munuza, gobernador árabe de Gijón, cuando le advertían del peligro de la presencia de don Pelayo y sus huestes. «Eso lo arreglo yo con una simple operación de policía». Kissinger se marchó de España pensando en el napalm más adecuado para que España entrase en el concierto de las naciones democráticas y napalmizadoras. Carrero Blanco quiso transmitirle en su última sonrisa la seguridad del que controla la situación.

Chaquetas al viento

Una vez que los falsos electricistas ganaron tiempo por el procedimiento de gritar «¡Gas! ¡Gas! ¡Una explosión de gas!», salieron de Madrid, de un Madrid en el que Franco lloraba por primera vez desde la muerte de su madre y en el que un general, Díez-Alegría, paraba a otro general, Iniesta Cano, a la sombra taimada de Torcuato Fernández-Miranda, aún en la obligación de vestirse de azul y proclamar: «Hemos olvidado la guerra en el afán de construir la paz de los españoles, pero no hemos olvidado nunca la victoria, que ha abierto el camino español de la paz y la justicia». Y con el tiempo, los asesinos de Carrero dieron una rueda de prensa, posaron para los fotógrafos y los libros e ingresaron en la *Guía Guinness*, esa guía inmoral que no distingue entre el bien y el mal. Y los antropólogos advirtieron, no mucho tiempo después, que en muchas celebraciones políticas vascas, de pronto, los asistentes se ponían a cantar una extraña canción ritualista que culminaba con el grito

Y voló, voló, voló, Carrero voló

mientras lanzaban sus chaquetas al aire, como si fueran el guiñapo de un alma muerta. Recordaban una muerte, tal vez *la Muerte* por excelencia de la más última historia de España. ¿Por qué? ¿Sádico sarcasmo? ¿Desafío ante la historia por hacer? O la propuesta de Cioran de conservar las reservas «... que sostienen y estimulan la muerte entre nosotros, y la impiden envejecer...».

4. Streaking

«Nuestra condena es el precio de las libertades futuras», dijo Marcelino Camacho cuando el Tribunal de Orden Público, en una clara demostración de la independencia que siempre ha caracterizado al poder judicial, le condenó a envejecer en la cárcel junto a sus compañeros del proceso 1001. Tal vez, tal vez tenía razón Marcelino Camacho, pero los niños rapados de Forges se paseaban por la estepa castellana, y la visión de una lagartija les sugería esta subcrítica reflexión:

«Ahí la tienes: sin familia, sin municipio, sin sindicato».

Y un orador de Chumy Chúmez proponía al público de su conferencia:

«Si alguien no está de acuerdo, que levante el cuello».

Y otro orador, esta vez de Máximo, pedía «oligarquía para el pueblo», mientras un encartelado de Perich paseaba la propuesta:

«Quiero una Opustunidad».

Eran los humoristas, protagonistas del llamado boom del humor, válvula de escape para la crítica social, pasillo hacia el reencuentro entre el lenguaje y sus propietarios civiles, real alternativa cultural presidida por el éxito de *Autopista*, la parodia de *Camino* escrita y dibujada por Perich y que tuvo como vehículos de expresión orgánicos, primero, a *Hermano Lobo*, y luego, a *Por Favor*. La lucecita irónica de *La Codorniz* se convirtió en una llamarada de rastrojos, y las revistas de humor, en una vanguardia crítica equivalente a la que habían integrado Diderot, Voltaire, Rousseau o D'Alembert para cargarse el Antiguo Régimen. *Barrabás*, *El Papus*, *Hermano Lobo*, *Por Favor*, van a destruir opinión más que a crearla y a alimentar la esperanza sarcástica de la sociedad civil. Ante la brutal condena de los sindicalistas del 1001 hubiera sido grotesco llorar, era una condena que invitaba a una risa dramática casi irracional, la misma risa del personaje de Dürrenmatt cuando exclama: «¡Qué tiempos éstos en los que hay que luchar por lo que es evidente!».

Los dos protagonistas sensatos del poscarrerismo, el general Díez-Alegría y Torcuato Fernández-Miranda, no iban a recibir la herencia de su poder. No la esperaba el general, pero sí tal vez Fernández-Miranda, quien tras su cese y en el

discurso de desinvestidura se refirió a la acción de las brujas malignas, que a pesar de su condición de animales quiméricos, haberlas haylas. ¿A qué brujas se refería Fernández-Miranda? ¿De qué sexo eran? El 3 de enero de 1974, España tuvo el primer gobierno de lo que más tarde se llamaría el transfranquismo, una curiosa mezcla de discípulos del perseguidor Blas Pérez González —cabeza visible de la represión durante los años cuarenta y cincuenta—, tecnócratas de camisa blanca y azul y Pío Cabanillas, que estaba en el gobierno como representante del cabanillismo moderado. Para empezar, el propio Arias Navarro había comenzado su carrera política como fiscal en Málaga durante la Guerra Civil, y allí hizo méritos suficientes para convertirse en uno de los discípulos de Pérez González, méritos que le merecieron el apodo de *Carnicerito de Málaga* en el singular libro sobre tauromaquia política que redactaría Cuco Cerecedo poco antes de morir. Pero en su declaración de principios, Arias hablaba entre líneas de aperturismo, y sobre su leyenda de autoritario declaraba: «Esta leyenda de autoritario que se me atribuye no encubre más que mi irresistible inclinación a la obediencia», y se pronunciaba dispuesto a crear un marco «... en el que los españoles puedan ejercer y desarrollar sus derechos y libertades».

Desnudos por el mundo

Paris Match no se rasgó las vestiduras cuando se puso de moda el *streaking* o arte de desnudarse en público y correr para que no te cojan los guardias. «El *streaking* —publicó el semanario parisiense— es una antigua tradición: mostrar las nalgas ha sido en todos los tiempos el último recurso de los descontentos». Cuando apareció esta moda, el Pacumbral de entonces recordó una afirmación de Max Frisch: «Los cuerpos son honrados». Lo escribía Umbral aún sobrecogido el ánimo del sexo ante el espectáculo de una moza madrileña que en plena desnudez cambió de coche «en la populosa glorieta de Cuatro Caminos».

Este *streaking* español fue apolítico y tal vez dictado por la necesidad de cambiar de coche o de pareja, pero el *streaking* internacional fue un sucedáneo de la cultura de protesta de los años sesenta, sucedáneo lógico ante la evidencia del fracaso de las palabras, fueran cantadas, escritas o proclamadas. Cuando fracasan las palabras no queda otra solución que enseñar el culo como promesa de escatología y denuncia de la majadería ajena. Los *streakers* tuvieron a lo largo de 1974 frecuentes motivos para la protesta desnuda, aunque tal vez fuera la protesta contra Nixon la que más concitó la exhibición de las carnes, porque poco lenguaje hablado se prestaba a dar sentido a

algo que no lo tenía: la lenta destitución de un corrupto que ya lo era antes de ser instituido. Y así en los campos de fútbol de Inglaterra como ante el palacio de Justicia de Washington o en la Leopoldstrasse de Múnich, jóvenes desnudos gozaban de la fugaz libertad de la piel y del pies para qué os quiero ante el empeño de las multitudes de cubrirles con gabardinas y banderas. Las multitudes estaban acostumbradas al desnudo del exhibicionista que pide una oportunidad para su mendicidad sexual, pero no estaban maduras para el desnudo crítico, a pesar de que la Kristeva, Eco y Rafael Conte habían advertido que el lenguaje ya no era lo que siempre había sido.

Por el mundo se fue López Rodó, el expoderoso, ligero de equipaje, casi desnudo, a una embajada pasteurizada de un país pasteurizado, Austria, a Viena concretamente, a salvar el alma de *El tercer hombre* o de *El fantasma de la Ópera*. También casi desnudo y ligero de equipaje fue puesto en la frontera de la URSS Solzhenitsyn, el novelista que había publicado en Occidente *El archipiélago Gulag*, denuncia del estalinismo pasado y presente en los hábitos de un socialismo hecho a la medida de las razones de un Estado de clase. El escritor soviético se convirtió en una curiosidad internacional por su condición de primer disidente que había sido expulsado de la Unión Soviética, por su apostolado anticomunista y promariano y también por su capacidad de sorpresa ante la masificación en Occidente de las herramientas de libertad de expresión: desde las máquinas de escribir hasta las fotocopiadoras. Los españoles podíamos utilizar ya las fotocopias comerciales, pero seguíamos sin poder expresar claramente lo que pensábamos del régimen y del futuro político. De momento, es cierto, disponíamos de máquinas de escribir y de fotocopias. Solzhenitsyn desconocía la moral consumista que regía en Occidente, y que él mismo sería consumido a la larga como excomunista cristiano y pintoresco que huyó del frío. Y, sin embargo, tal vez en superior medida a sus devociones por las vírgenes y las fotocopiadoras merecen ser recordadas sus palabras de definitivo enfrentamiento contra el Estado soviético: «Declaro de antemano que ningún tribunal tiene competencia sobre la literatura rusa, sobre ninguno de sus libros ni sobre ningún escritor ruso. Si un tribunal procede contra mí por mi obra literaria, me negaré a obedecer a la citación y se me tendrá que llevar esposado en el coche celular, y asimismo me negaré a contestar a pregunta alguna del tribunal. Sólo por la fuerza me podrán obligar a cumplir mi condena, y después de haber sido arrestado y haber sacrificado ocho de mis mejores años en trabajos forzados, contrayendo un cáncer, no estoy dispuesto a trabajar ni media hora más por mis opresores. Así que sólo les dejo la sencilla posibilidad de cubrirse de vergüenza ante la opinión pública: poner rápidamente fin a mi vida por escribir la verdad sobre la historia rusa».

Para la OCDE, los primeros años de la década de los setenta han significado en los

países más ricos de Occidente «… el frenazo en su desarrollo más excepcional que se haya jamás observado». Para el pobre 1974 se había previsto un crecimiento real del 8 por ciento del producto nacional bruto, y al hacer balance a finales del primer semestre sólo se contabilizaba el 1,5 por ciento «… acompañado además de una rápida y alarmante inflación». Retengan esta palabra: inflación. Es la causa del hundimiento de la quimera del crecimiento del bienestar y su aceleración. En el primer semestre de 1974 se mide una inflación del 13 por ciento como media para todos los países de la OCDE, y la distribución desigual de los déficits de las balanzas de pagos fortalecerá la economía del centro-centro del sistema y el inicio de un empobrecimiento relativo de lo que no es centro-centro del imperio. Para entendernos, Japón, Estados Unidos o Alemania Occidental apenas notan la crisis, y, en cambio, la inflación, el déficit y el estancamiento económico galopan sobre Italia, Francia o el Reino Unido. Aparece el tema de la crisis del Estado asistencial, y las avanzadillas teóricas de la crítica del keynesismo empiezan a comentarse en Chicote y en el pub Santa Bárbara. Milton Friedman. Retengan este nombre. Es un economista a la vez invitado por Pinochet y por Sebastián Auger. El primero es un dictador sangriento que pretende que el neoliberalismo de la Escuela de Chicago sustituya la conjura ideológica del marxismo, el sodomismo y la masonería. El segundo es un dinámico empresario de prensa barcelonés que pasea a Friedman por una Semana Internacional de Economía celebrada en una finca de Valls-Taberner, situada en la comarca del Maresme, próxima a Barcelona. En el transcurso de una de aquellas semanas, Friedman explicó sus teorías y Ramón Tamames practicaba la natación en la piscina, a pesar de que se estaba en primeriza y nublada primavera.

«Del crecimiento de los años sesenta se ha pasado a una economía de puro mantenimiento del sistema, y esta tendencia perdurará en los próximos años», decían los economistas más sensatos. Los otros se dividían en dos bandos y prometían una salida de la crisis por los caminos abiertos por Friedman, o la definitiva caída del capitalismo, incapaz de superar una definitiva crisis cíclica. Una palabra ocupó los espejos más graves del sistema: racionamiento. Para empezar, racionamiento de carburantes para hacer frente al crecimiento del precio de los crudos, periódicamente revisado por los países productores de petróleo.

La rebelión de los colonizados

«*Sorry, temporarily out of petrol*», rezaban carteles del mal situados en las entradas de las gasolineras, y Suecia daba ejemplo iniciando el racionamiento del petróleo, tal vez

alarmada porque Venezuela aumentaba el precio del barril en un 82 por ciento, esta vez porque sí. La rebelión de los colonizados gracias a su subsuelo petrolífero era sabiamente canalizada desde los centros imperiales para asumir la crisis y desviarla con desigual intensidad a los hermanos imperiales más frágiles, y mientras tanto se construía el mito de los petrodólares y se escribía una nueva versión de *Las mil y una noches* a costa de los caprichos y placeres atrasados de los jeques del petróleo. No estaba al tanto España de estas escaseces, a pesar de que don Laureano López Rodó se paseaba por Europa en bicicleta, disfrazado de exministro sueco. Más pendiente estaba el país de una supuesta invasión de ovnis sobre los cielos de Málaga, prontamente denunciada y fotografiada por *La Vanguardia* en su corsé de huecograbado. Y tampoco carecía de interés la posibilidad de un *remake* de *Bienvenido Mr. Marshall*, esta vez personalizado en Henry Ford II, dispuesto a instalar una planta de la Ford en España, en Almusafes concretamente, maná de puestos de trabajo en una España en la que empezaba a dispararse la curva del desempleo. Vestido de chaqué, y también con chaqué su acompañante, Antonio Garrigues Walker, mister Ford fue recibido por un viejísimo Franco preflebítico y pos-Carrero que aparece en la fotografía con los ojos dormidos por el flash o tal vez ensimismado y rumiando un chiste de Perich en el que el magnate Smith, de Smith, S. A., contempla una panorámica de la soleada España y comenta: «¡Qué país! ¡Qué paisaje! ¡Qué porcentaje!».

Con la Iglesia habéis topado

Tarancón, presidente de la Conferencia Episcopal, cumplía a rajatabla la misión encargada por Pablo VI de sacar a España de la posguerra civil, o al menos de desvincular a la Iglesia de las consecuencias políticas de la victoria. Con aspecto de párroco de Burriana, pero con trastienda de cardenal florentino, Tarancón mediaba entre el poder político y la creciente contestación religiosa que impregnaba incluso a parte de la jerarquía. Dos obispos vascos, Cirarda y Añoveros, se convertían en dos sorprendentes escándalos públicos de disidencia. El primero, mediante una homilía social, y el segundo, en una proclama contra el uniformismo étnico impuesto por el Estado, homilía entendida como un apoyo a la reivindicación nacional vasca. El recién estrenado gobierno de Arias Navarro se echó al monte, guardó en el desván el espíritu aperturista del 12 de febrero y llegó a plantearse la posibilidad de meter en un avión a Añoveros y enviarle al exilio. El gobierno Arias hablaba de «expulsión», y la Iglesia, de «excomunión» en caso de que la expulsión se produjera.

Tarancón conseguía que el episcopado en su conjunto se colocara junto al obispo de Bilbao, que «... sólo pretendía iluminar cristianamente, lejos de cualquier intención política partidista». La extrema derecha señalaba a Tarancón como el motor del cambio de la Iglesia y lanzaba la campaña «Tarancón, al paredón», mientras un pintoresco exministro de Carrero se negaba a saludar al cardenal en el transcurso de los funerales por el almirante. Se trataba de Julio Rodríguez, ministro de Educación sin motivo aparente para serlo, miembro de la reserva espiritual de Occidente, que por entonces incluso desconfiaba de las correctas intenciones del gobierno de Arias. De esta desconfianza nacía el protagonismo político de Blas Piñar y el teórico de su revista *Fuerza Nueva*, flagelo dialéctico de herejías. Fue casualidad que una canción de moda en 1974 se titulara precisamente *En la fiesta de Blas*: «En la fiesta de Blas / todo el mundo salía / con unas cuantas copas de más».

La alusión a esta canción relacionada con un mitin de Blas Piñar le costaría al cronista catalán Joan de Sagarra un proceso por injurias, con una petición fiscal de indemnización rockefelleriana. Poco aire de fiesta tenía el aumento de la presencia de la extrema derecha como fuerza paralela fiscalizadora de las debilidades del gobierno claudicador. Arias Navarro entendía con la cabeza la necesidad del cambio, pero lo paralizaba el corazón y la sensatez de sobrevivir políticamente bajo la recelosa vigilancia de la camarilla de El Pardo. Y así, a cada promesa de apertura tenía que seguir un auto de fe en las esencias del Movimiento y una pose de reclinatorio ante la intocable excelencia de su excelencia. La Iglesia se decantaba progresivamente hacia la salida del túnel del transfranquismo como, a kilómetros o millas de distancia, la Iglesia chilena forcejeaba por arrebatar la carnaza de las garras a Pinochet, en un duelo constante con la voracidad represiva del caudillo del Cono Sur, que se declaraba una y otra vez admirador e imitador de Franco.

Pero toda la gestión de la Iglesia no pudo salvarle la voluntad de vivir a José Tohá, el alto ministro de Defensa de Allende, que pagó en sus frágiles carnes su propósito político de meter en cintura democrática a los *milicos*. Alto como un templo, José Tohá pesaba poco más de cuarenta kilos cuando le suicidaron en un hospital al que le llevó la Junta Militar ante el clamor mundial por su martirio.

El «espíritu de febrero»

Fue en el pleno de las Cortes franquistas del 12 de febrero de 1974 cuando Arias Navarro cambió los acentos del pasado por los del futuro sobre dos palabras claves, protagonistas de la primera fase de la transición: participación y apertura. Dos de las

tres palabras más usadas entre 1974 y la venida a la tierra de Adolfo Suárez de la mano del Rey y de Frank Capra. La tercera palabra sería destape o el *streaking* a la española, el *streaking* dentro de lo que cabía. No se fiaron demasiado a los humoristas de la promesa de participación y apertura, y recurrieron a su permitido destape para decirlo. Summers reproducía un clásico y macizo calvo con bigotillo fascista armado con un garrote de sota de bastos y expresando sus deseos históricos: «Quiero participar».

Los estudiantes etíopes se sublevaron contra el Negus, el rey de reyes. Un general portugués con media carrera hecha en las colonias escribe un libro, *Portugal e o futuro*, y es destituido por el gobierno postsalazarista de Caetano. Se subleva la guarnición de Caldas de Rainha, pero fracasa su intento de golpe de mano. Un, vamos a llamarle loco, estrella un helicóptero contra el edificio de la Casa Blanca. La Junta Militar uruguaya detiene a Onetti, después de haber clausurado la revista *Marcha*, encarcelar al director, Quijano, y emprender una implacable persecución contra sus redactores. El 1 de marzo de 1974, el popular locutor Luis del Olmo entrevistaba en directo a uno de los responsables de la nueva revista de humor *Por Favor*: «Mañana será un día de alegría para este país, ¿no es verdad?». «Mañana no será un día de alegría para casi nadie», le contestó el interrogado, sabedor, a través de radio macuto, de que acababa de confirmarse la sentencia de muerte contra Salvador Puig Antich, joven anarquista que había matado a un policía en un forcejeo por el arma. Y junto a Puig Antich fue ejecutado el apátrida Heinz Chez por haber matado casi accidentalmente a un guardia civil en una pelea. Heinz Chez era la *torna*, es decir, el añadido para completar el peso de una ejecución política que compensaba con firmeza la liberalidad sospechosa del espíritu del 12 de febrero. También los vilmente agarrotados Puig Antich y Heinz Chez pagaban el precio de las libertades futuras.

5. Sondas planetarias profundas

Sondas planetarias profundas. Podría ser el verso inicial de una canción rock, en estos años de arranque del rock duro y metálico. Pero se trata de un empeño científico convertido en lenguaje polisémico: *sondas planetarias profundas*, es decir, sondeos espaciales en zonas galaxiales alejadas de la Tierra y vuelos tripulados, planeta Mercurio y Skylab, mientras la ingeniería médica investiga los recambios del hombre: fémures de titanio y polietileno, articulaciones artificiales de cadera, tendones sustituidos por fibras de dacrón, riñón y corazón falsificados, arterias sustituibles por tubos de teflón o dacrón, páncreas artificial, también artificial el ojo que constituye «... en realidad una pequeña cámara de televisión que proyecta la imagen óptica sobre una pantalla sensible que transmite, según la luz recibida, variaciones de potencial electrónico a un computador miniaturizado montado en el interior de la pata de una de las gafas».

Aún no se habla de ingeniería genética, pero alta y delgada como John Galbraith y rubia geométrica a lo Candice Bergen es la señora Kissinger, Nancy Maginnes. El propio Kissinger había dicho: «Para constituir una pareja perfecta es preciso que ambas partes se hagan concesiones mutuas. Y yo, como es posible darse cuenta a través de mis negociaciones internacionales, soy bastante duro para conceder algo a la otra parte». No muy perfecta era la pareja, a juzgar por esa foto histórica en la que Golda Meier recibe al nuevo matrimonio y les ayuda a componer el trío de la bencina, Golda de campesina judía, Kissinger de Alberto Sordi en Oriente Medio y Nancy presunción de tenista transexual. Efímera fama la de la señora Kissinger, aunque su ostracismo posterior cabe considerarlo equivalente al padecido por su marido tras la caída de Nixon. De momento la estructura andrógina de mistress Kissinger parecía avalar la defensa o sospecha de ambigüedad del glam rock de Bowie o el ostentoso emplumado de Elton John, pasando por encima de los cadáveres del rock testimonial. Los King Crimson describían así su ensueño negativo del mundo:

Tortura sangrienta de alambre de espino,

pira funeraria de políticos,
inocentes violados con fuego de napalm,
hombre esquizoide del siglo xxi.
Semilla mortal la codicia del hombre ciego,
sangrantes hijos de poetas famélicos,
nada de lo que tiene lo necesita
el hombre esquizoide del siglo xxi.

El rock duro, el heavy rock que se impondría a lo largo de la década de los setenta, agrede y no comunica o comunica la catarsis a través de la agresión, así en la palabra como en el sonido. Agresión y ambigüedad. Led Zeppelin y Bowie o Elton John, mientras quedaba casi como lejano testimonio de chicos de la Cruz Roja el concierto de Bangla Desh de Harrison o la propuesta anarquista de un John Lennon en *flagrant délire*, ya pareja de Yoko y perseguido por las policías del espíritu de este mundo dirigidas por el FBI:

Imagínate que no hay cielo, es fácil si lo intentas,
no hay infierno bajo nosotros, sobre nosotros sólo firmamento.
Imagínate toda la gente viviendo al día...
Imagínate que no hay países, no es difícil,
nada por lo que matar o morir, ni tampoco religión.
Imagínate a todos viviendo toda la vida en paz.
Imagínate que no hay propiedades, me pregunto si podrás
sin necesidad de codicia ni hambre, una hermandad de hombres.
Imagínate toda la gente compartiendo a todo el mundo...
Dirás que soy un soñador, pero no soy el único,
espero que algún día te unas a nosotros
y el mundo será sólo uno.

Pero el talante de los tiempos se parecía más al del protagonista de *La naranja mecánica* de Kubrick o quizá al espía de vida privada de *La conversación*, película del jovencísimo Coppola premiada en Cannes. Burroughs había presagiado un mundo sin otro sentimiento que la sospecha en *El trabajo*, y en cuanto a la ambición de cambio de la promoción de Bob Dylan, David Bowie la dejó vista para sentencia:

Cambios, cambios,
cuidado rockanroleros;

cambios, cambios,
dentro de poco vais a ser un poco más viejos.
El tiempo puede cambiarme,
pero yo no puedo seguir el rastro del tiempo.

El prisionero de Arcos

No contento con agarrotar al anarquista catalán Puig Antich y al pobre polaco que *apolitizó* la ejecución, el régimen del *espíritu de febrero* metió en la cárcel al bailarín Antonio porque destinó heces fecales mentales al Sumo Hacedor de la Creación. Oída y bien oída la blasfemia por un guardia municipal, en el transcurso del rodaje de *El sombrero de tres picos*, Antonio de coreógrafo y Valerio Lazarov de *zoomero mayor* del reino, fue denunciado el más famoso bailarín español y el independiente poder judicial le condenó a dos meses de cárcel. Los cumplía Antonio en la prisión de Arcos cuando a los dieciséis días fue indultado por el Caudillo en persona, sabedor el Generalísimo de lo mucho que se blasfema en la Legión y en la guerra, incluso sin la atenuante del mareo psicológico que pueden reportar los zoom de Valerio Lazarov. En la cárcel, Antonio escribiría un ballet *El encarcelado de Arcos*, demostración palpable de que la cárcel ha estimulado el genio creador en todos los tiempos: Defoe, Dostoievski, Gramsci, Antonio y Pedro Baret. Para compensar, el *espíritu de febrero* influye en que el Premio de la Crítica lo reciba el más veterano de los escritores españoles exiliados, Corpus Barga, una estribación del 98 que sobrevive en un desesperado intento de ver morir antes a Franco.

Canta y sé feliz, propone Peret a los europeos en el festival de la canción de Eurovisión, y los europeos arrugan el ceño y le dan el premio a un grupo sueco, Abba, por una canción que evoca la caída de un imperio: *Waterloo*. Peret comenta: «*No ha servio de ná*». En efecto, no ha servido de nada que España diera un bandazo representativo hacia los ritmos autóctonos, de espaldas incluso a los *digestivos* de la música anglosajona que copan el *hit parade* íntimo de la burguesía eurovisiva. El propio público español parece haber dado ya la espalda definitivamente a la autarquía cultural, a pesar de que la extrema derecha trata de dinamitar la *apertura*, llena los cines para ver películas como *La prima Angélica*, uno de los intentos saurianos de recuperar la memoria de los vencidos o de los insuficientemente vencedores en la Guerra Civil aunque el éxito de taquilla sea para *El exorcista*, síntoma cultural de retorno de los brujos pronosticado por Benoist y la revista *Planète*, líder y plataforma publicista respectivamente de la reconstrucción de una razonada

irracionalidad contrarreformista. Crecen las sectas religiosas, los expertos en cartas astrales y los partidarios de la existencia del diablo. Es más, un ministro de Justicia había confesado públicamente que el mal existe, años antes de que el GRAPO le diera la razón secuestrándole. El en paz descanse José M.ª Moreno Galván, tras una escaramuza carcelaria, quiso exponer al señor ministro Oriol la penosa situación en que estaban los reclusos jóvenes en Carabanchel: extorsiones, violaciones, embrutecimiento moral y físico. Oriol suspiró como tratando de sacarse del alma aires de pena y musitó: «El mal existe». Pero ya quedaban pocas gentes así. El relativismo moral lo impregnaba todo como una mancha de aceite extensiva, que en España se llamaría aceite de Redondela y en la abstracción de lo universal podía revertir en nuevos estilos de poder más allá de la moral de la Historia. Más allá de la moral de la Historia estaba Valéry Giscard d'Estaing, candidato a la presidencia de la República francesa una vez muerto Pompidou de su cáncer secreto. La cortisona convirtió a Pompidou en un globo sonda de la angustia y finalmente en una sonda planetaria profunda que en su alejamiento provocaba el fin de una manera de entender la Historia. Todavía frente a la candidatura de Giscard d'Estaing, la moral resistencial del posdegaullismo trataba de alzar la estatura del expartisano Chaban-Delmas, aunque el tiempo físico le había plateado la sien y la moral le había convertido en adulterador de los vinos de Burdeos. Valéry prometía una historia sin Historia, una historia democrática no legitimada por la derrota del nazismo, sino por la transmisión dinástica de Luis XIV y la disuasión de la *force de frappe*. Mitterrand se le oponía como el candidato de una izquierda que había perdido en los desvanes y en los sótanos la victoria de 1945. Todavía nadie le había explicado a Mitterrand la nueva lógica de la posmodernidad, según la cual a un socialista le puede ser más útil Maquiavelo, Popper o Max Weber que Marx o Bernard Shaw, y Valéry *le Roi* reinstauró una secreta monarquía, bajo la regencia de su padre, miembro numerario del Opus Dei francés.

El caso del aceite sangriento

Han desaparecido más de cuatro mil toneladas de aceite, es decir, más de cuatro millones de litros, y con ellos la posibilidad de aliñar aproximadamente cuatro mil millones de ensaladas. El aceite ha desaparecido de los depósitos de REACE (Refinerías del Noroeste de Aceites y Grasas) y la denominación de «caso del aceite de Redondela» fue siempre inexacta, porque de donde huyó tan deslizante grasa fue de los depósitos de Guixar, situados en este barrio de Vigo. El aceite desaparecido

podía valorarse en 167 millones de pesetas de los de antes de la flebitis de Franco.

El denunciante de la fuga de aceite, José M.ª Romero, apareció muerto en su apartamento de Sevilla, junto a los cadáveres de su esposa e hija; los tres habían sido suicidados a tiros. Uno de los implicados, el abogado y accionista de REACE, Isidro Suárez, apareció tan muerto como Romero, pero esta vez en las duchas de la cárcel de Vigo, y poco después el que pasaría a mejor vida sería otro de los aceitados, Antonio Alfageme del Busto, caballero del Corpus Christi de Toledo y comendador de la Orden Chilena de O'Higgins, muerto a cuchilladas en su despacho, cuchilladas atribuidas a un marido celoso, que fueron a entintar con aún más sangre el río de aceite y rumores que relacionaba el caso con una poderosa mafia situada a la sombra de altos cargos y parentescos del régimen. Nadie asumió el rumor que relacionaba el caso de Redondela con un pariente del Caudillo, pero sí fue llamado a declarar el exministro de Comercio Fontana Codina, entre otras cosas por su amistad con el segundo muerto por orden de desaparición escénica, el pobre Suárez, que se murió en una ducha de cárcel, vestido de paisano y más seco que un tuareg en el desierto. Pero este caso, como la estafa de Sofico que salpicaría a algún alto mando militar, accionista de la empresa promotora, ya han pasado a la Historia del Misterio o a la de la Premonición, porque en aquellos días la conciencia espectadora de la izquierda hispana especulaba sobre la relación entre tantos escándalos y el desastre del hundimiento de una casa de vecinos en Madrid, como síntomas de que se acercaba un gran cataclismo histórico. Tal vez «el hecho biológico» al que se había referido don Manuel Jiménez de Parga.

Que ganara las elecciones a concejal del Ayuntamiento de Barcelona un obrero de la construcción, Fernando Rodríguez Ocaña, empujado y sostenido por la izquierda que quiso convertirlo en un test de la conciencia popular antifranquista, fue contrarrestado por la inhabilitación del señor Rodríguez Ocaña a cargo de la Junta Electoral Central. Se sabía que el obrero de la construcción era el candidato de los rojos y aún no estaba el *espíritu de febrero* para asimilar tan extraños compañeros de mesa en sus juegos de espiritismo. Pero la fiscalidad social era lo suficientemente importante para que el gobierno se viera obligado a cesar a un concejal-constructor, José M.ª Espona, que se dedicaba a construir donde no debía, entre otros lugares sobre escaleras de comunicación pública situadas al aire libre. La inhabilitación de Rodríguez Ocaña después de vencer en las urnas y la destitución de Espona fueron interpretadas como dos síntomas, de fuerza de los demócratas y debilidad del régimen, producidos ambos en Barcelona, ciudad abierta que se disputaban la *gauche divine*, la *gauche satanique*, la policía armada y el alcalde Massó, un *self made man* ingeniero enriquecido a la sombra de la industria norteamericana y que había

sucedido a Porcioles como primera vara de la ciudad de España donde más fuerza tenía el movimiento vecinal. Sondas exploratorias por las venas del régimen que día a día detectaban más facilidad en su avance, como si interpretaran una película fisiológica de Woody Allen, en busca del corazón secreto del monstruo. ¿Historia de España o historias de Barcelona? Como el crimen de *El asesino de la luna llena*, José Luis Cerveto, sádico apuñalador de sus expatronos, el matrimonio compuesto por don Joan Roig y doña Rosa Recolons. Cuando la policía interrogaba al confeso asesino José Luis Cerveto, exchófer de sus víctimas, contestaría: «Me perfecciono para el mal, al contrario de ustedes, los policías, que se perfeccionan para el bien». Fue un asesinato gratuito. Cerveto se llevó joyas valoradas en quince millones de pesetas sólo para despistar a la policía. Vestido de negro, bajo la luna llena, tras acariciar al perro, viejo amigo, el asesino se introduce en el dormitorio y crucifica contra el muro blando de la muerte a un hombre y una mujer a los que ni siquiera odiaba. Un cronista de la época da la ficha del personaje: antiguo huésped del Asilo Durán, tristemente famoso para la infancia descarriada de la posguerra civil, solitario, psicópata, homosexual, entregado a prácticas ocultistas, espectador asiduo de películas violentas… «… satánicamente devorado por el peor de los odios: el odio hacia sí mismo». Tenía razón el señor Oriol y Urquijo. El mal existe, pero casi siempre se prefabrica en las instituciones creadas para reprimir el mal como si fuera una ponzoña metafísica.

Abril no es el mes más cruel

Esta vez no fue abril el mes de Eliot, el mes más cruel, el que engendra lilas sobre la tierra muerta, el que mezcla memoria y deseo. O, en cualquier caso, habría que pedirle explicaciones a Eliot sobre su concepción de la crueldad. Porque mezclar memoria y deseo no es un acto cruel, es un acto piadoso donde los haya. La memoria ha sido siempre, es, será la única compensación al fracaso del deseo y sin embargo en abril de 1974, memoria y deseo estallaron en la «revolución de los claveles» portuguesa. Una revolución iniciada tras el santo y seña de una canción sigilosa y nocturna:

Grândola, Vila Morena,
terra da fraternidade,

y al son de las notas de la canción de José Afonso, prohibida por el caetanismo, los

oficiales revolucionarios ocupan los puntos claves de Lisboa y Portugal y despliegan una bandera revolucionaria simbolizada en la imagen del niño y el fusil cargado con un clavel. La revolución desarma el miedo y el recelo del paisanaje dormido o cómplice o alarmado, lanzando descargas de rojos claveles, palabras y canciones hermosas y prohibidas. Hay oficiales revolucionarios. ¡Quién lo dijera! Oficiales que aprendieron la lógica de la justicia y la igualdad cuando trataban de aplastar así en la metrópoli como en las colonias la lucha por la justicia y la igualdad. Y el mundo entero aprende sus apellidos de epopeya oceánica: Melo, Rosa Coutinho, Saraiva de Carvalho, Vasco Gonçalves o el capitán de Marina Serra, que dirigió personalmente el asalto a la cárcel de Caxias para liberar a los opositores al régimen, mientras las gentes se dedicaban a la caza de los miembros de la PIDE, la odiada policía del salazarismo que tuvo menos suerte que sus señores, Caetano o Américo Tomás, confortablemente deportados a Brasil.

Vivida en España como propia, abarrotada la frontera de españoles que iban a ver el prodigio de aquel laico y rojo milagro de Fátima, el teniente general Manuel Díez-Alegría, hermano del conocido jesuita criptocomunista, empezó a recibir monóculos para que se animara a imitar el ejemplo del general Spínola, el del monóculo, proclamado presidente provisional de la república resultante de la revuelta de los claveles. Díez-Alegría, el hombre que había serenado España el día de la voladura de Carrero, fue defenestrado meses después, tras un extraño viaje a Rumanía en busca de las fuentes de la salud de la doctora Asland. También conversó allí con el comunista Ceauşescu. ¿Y con quién más conversaría para que fuera fulminantemente destituido desde Madrid? También Díez-Alegría pagaba un precio por las libertades futuras y los monóculos que se le enviaban desde distintos lugares de España tenían el mismo sentido que las propuestas implícitas que la progresía española dirigía a Fraga, embajador en Londres, esperanza blanca de una posible aunque difícil de creer derecha civilizada española. La revista *Por Favor* rebautizó a Fraga con el nombre de Fragamanlis, por si se animaba y asumía el mismo papel que Karamanlís con respecto a la tambaleante dictadura griega.

Pero aún todo estaba confuso, incluso el esplendor en la hierba joven de la revolución portuguesa telecercada por la flota de la OTAN, alarmados los centros de poder de Occidente por el lenguaje paramarxista de aquellos extraños oficiales que aprendieron la revolución practicando la contrarrevolución. Y a la inversa, el jamaicano Bob Marley, padre del reggae y una de las cabezas visibles de la *rebel music*, configura una filosofía política, moral y vital que tiene en el derrocado Haile Selassie a su dios, su rey de reyes. Algunos jamaicanos se sienten *rastafaris*, hijos de Jah, el antiguo dios que se ha reencarnado en la persona de Haile Selassie. Igual que Moisés

y su pueblo, los *rastafaris* de Jamaica esperan volver algún día a Abisinia, la tierra prometida. Cantaba Bob Marley:

Las barras no podían sujetarme,
la fuerza no podía controlarme,
ahora ellos intentan contenerme,
pero Jah me ha liberado.
Sí. He sido acusado muchas veces
e injuriado injustamente, ahora en cambio
los poderes del altísimo les obligan a soltarme.

Abisinia mitificada en Jamaica. Abisinia y Haile Selassie. Precisamente en el momento en que cae el rey de reyes y la pertinaz sequía empieza a llenar el escaparate del mundo de fotos de niños deshidratados que no vivirían ni el tiempo imprescindible para ser conscientes de que el mal existe.

6. Proceso inflamatorio de un segmento del sistema

Sí. Proceso inflamatorio de un segmento del sistema nervioso. Su etiología es múltiple y muchas veces ignorada. Se llamaba y se llama *flebitis*, y como causas, según los clásicos de la flebitis, hay que citar determinados procesos infecciosos, intervenciones quirúrgicas, alteraciones venosas (varices) y ciertas enfermedades y estados patológicos (como la fiebre tifoidea y el cáncer). Cuando la provoca un trombo inflamatorio se llama *flebotrombosis*, pero cuando la causa es un coágulo fuertemente adherido a la pared inflamada, entonces se llama *tromboflebitis*. Se caracteriza por una hipersensibilidad del lugar afectado, con manifestación de rojeces y edemas. Puede producir fiebre y dolor…, y sin embargo, el experto en imagen que Franco llevaba dentro le aconsejó entrar en la clínica por su propio pie el 9 de julio de 1974, en un mundo pendiente de los campeonatos mundiales de fútbol desarrollados en Alemania, país que salía lentamente del estupor causado por la dimisión de Willy Brandt, político puesto en evidencia por su asesor Guillaume, espía soviético.

En la residencia sanitaria Francisco Franco, veinte médicos deliberaban sobre la *tromboflebitis* del general. No sólo estaba en juego la vida de Franco o un régimen político, sino también la hegemonía de su entorno familiar cuyo papel político había crecido a medida que decrecía la fuerza física y psicológica del dictador. A aquella reunión médico-político-familiar, el doctor Vicente Gil acudió como médico de cabecera de Franco y salió como cesante, tras una batalla, dicen que no sólo dialéctica, con el marqués de Villaverde. Retengan este nombre para próximos capítulos. Debilitado Franco hasta casi la inconsciencia, don Cristóbal Martínez-Bordiú era el hombre de la casa. Pero Franco conservaba suficientes atributos y capacidades como para delegar transitoriamente el gobierno en la persona del príncipe Juan Carlos. No en balde se acercaba el 18 de julio y alguien debía presidir la tradicional recepción al cuerpo diplomático y alguien tenía que firmar la ratificación de la Declaración de Principios entre España y Estados Unidos. Juan Carlos en Madrid desde la pasajera estatura de jefe del Estado en funciones y Nixon en su

residencia veraniega de San Clemente, California, a punto de ser defenestrado por mirar a través de las cerraduras. Media España conspiraba con la otra media y el Consejo Nacional del Movimiento aprobaba a una velocidad supersónica la Ley de Desarrollo y Participación Política propuesta por el gobierno Arias, con el único voto en contra del notorio notario don Blas Piñar.

Mal verano para los grandes mamíferos. Caían los coroneles en Grecia después de haber demostrado que sólo servían para vigilar y torturar a su propio pueblo; ni siquiera servían para defender Chipre de la invasión turca. Moría Perón en Buenos Aires dejando a los argentinos en manos de Isabelita, la pobre, y de López Rega, que según la Juventud Peronista había tendido un cerco en torno a Perón y que vivía en un mundo de ideas reaccionarias como consecuencia «... de la indefinición ideológica y la afición esotérica». Las últimas palabras de Perón probablemente fueron:

Esta noche para siempre
terminaron mis hazañas.
Un chamuyo misterioso
me acorrala el corazón.

O bien utilizaría al lúcido Discépolo para hacerse una previsión del futuro que ya no era suyo:

¡Cuando manyés que a tu lado
se prueban la ropa
que vas a dejar...
te acordarás de este otario
que un día cansado
se puso a ladrar!

Franco no estaba dispuesto todavía a que otros se probaran su ropa y salió de la clínica, recuperó plenos poderes, se dejó fotografiar en batín y sonrisa acompañado de un Arias Navarro no menos sonriente. Sólo Vicente Gil no volvió a ser lo que había sido y el marqués de Villaverde ganaba terreno en el inicio de aquella recta final. Ya lo decía la publicidad televisiva. Cuando se le estropea un grifo, ¿verdad que usted recurre a un especialista?

La bella y don Carlos

Y una cara así, ¿cómo no la había visto yo hasta ahora por la calle? ¿Cómo era posible ser tan guapa como Amparo Muñoz, tan guapa síntesis de lo tradicional y lo moderno, de andaluza y sueca? Miss Universo y además novia de un torero actor, Máximo Valverde, bello como un sueño erótico de Lorca y aplatanado como un mariachi en Laponia. En Manila se produjo la victoria y la hermosa y truculenta Imelda Marcos fue la que puso la corona mundial sobre las sienes de miss Amparo, sienes transparentes que enseñaban un contenido cerebral a la espera de los mensajes de maestros del cuerpo y el alma más resabiados que Máximo Valverde: por ejemplo, Patxi Andión, próximo Miss Universo consorte, o Elías Querejeta, mecenas y muso de Carlos Saura. Pero que nada ni nadie aplace la sanción del momento, de esta belleza melancólica y melosa de la Muñoz, voz gangosa de muchacha recién salida de las sábanas y predisposición de virgen dispuesta a dejar de serlo a cambio de un puñado de versos y una mirada afortunada. Amparo Muñoz, una contraimagen de otro español en la cima del mundo, Perico Fernández, campeón mundial de los superligeros en versión WBC, es decir, Consejo Mundial de Boxeo. Tierno campeón de lengua blanda con ínfulas de Frank Sinatra de Zaragoza, duro el mentón pero frágil el carácter y el recuerdo. Tartamudeaban los recuerdos de Perico Fernández y cuando miraba a su alrededor no sabía distinguir entre sus rivales y los árbitros y acabó noqueando con más contundencia a los árbitros que a sus rivales. ¿Qué secreta lógica tiene el instinto?

Y por instinto, probablemente aplazado, había aceptado Álvarez del Yayo la presidencia del FRAP, empeñado en el verano de 1974 en minar el franquismo por el procedimiento de matarle a unos cuantos guardias de la porra y otros tantos guardias municipales. Sacaba entonces del desván don Carlos Arias sus ojos de ex director general de Seguridad o de fiscal de Málaga de la posguerra para mirar a los fotógrafos cuando reproducían sus desembarcos al borde de los cadáveres aún calientes. Quería impresionar don Carlos con aquella cara a un complejo coro contradictorio. Quería que en su ceño leyeran firmeza las mismas brujas que le habían elegido en vez de Fernández-Miranda, amenaza los que rompían los eslabones más débiles de la cadena del franquismo y un aviso de la prensa canallesca que se desmadraba cada día más, inconsecuente o desmemoriada sobre los resultados de la Guerra Civil. Una vez muerto Álvarez del Yayo, alguien hizo circular la noticia de que entre sus disposiciones testamentarias constaba la de dejarle el cargo de jefe del FRAP a José Bergamín, patata caliente que la más veterana promesa de la generación del 27 nunca llegó a tomar en sus manos. Bergamín, considerado un ingrato por los altos jerarcas del régimen. Nunca había agradecido suficientemente que se le respetara la vida, y en ocasiones la ciudadanía, a pesar de ser uno de los promotores del cambalache

cristiano-marxista *avant la lettre*. Agustín de Foxá no mentía y en *Madrid, de Corte a checa* había calificado al joven Bergamín como un señorito católico que jugaba a ser marxista. Don Carlos Arias revisaba los descosidos del régimen con el ceño fruncido, pero a juzgar por el coronel San Martín no era un hombre duro. «En el fondo era más vacilante que enérgico...», pero «... aunque luego como presidente del Gobierno se le achacaran ciertas veleidades liberales, en realidad era un defensor acérrimo del régimen. Me acuerdo que hablando de su lealtad a Franco y su fidelidad al sistema político vigente, me diría: "Antes de ceder, nos tendrán que sacar con los pies por delante"».

No las tenía todas consigo don Carlos, y en su temor a las brujas se exponía al ridículo de reconocer que cada noche miraba hacia las ventanas de El Pardo y al ver encendida la lucecita en la ventana del Caudillo, sentía su alma reconfortada y la esperanza renacida. Y cuando la prensa trataba de zarandear su reforma política de tercera mano, don Carlos se volvió a poner el ceño postizo y la voz de descarga para proclamar: «¡El régimen no está en almoneda!». Pobreza lingüística la de un país que desconocía en su mayoría el sentido exacto de la palabra almoneda. ¿Almoneda? Subasta. Por este procedimiento indirecto se enteraron muchos españoles que el régimen estaba en subasta y gobernadores civiles como Martín Villa se hacían presentar a los rojos locales de Barcelona y el teniente general García Rebull, pilar de la reserva espiritual de Occidente, en un diálogo ocasional con un líder de Comisiones Obreras, llegó con sus tanques mentales a los sitios más inverosímiles.

—No toleraré la subversión. Perseguiré con mis tanques a todos los subversivos.

—Llegará un momento en que tendrá que ir casa por casa.

—Hasta donde sea llegaré con mis tanques.

Mientras García Rebull subía en ascensor sus tanques mentales, Santiago Carrillo reunía en París a los periodistas rojos del interior y les ratificaba su confianza en un próximo cambio. Hay militares que apuestan por la democracia. Nombres, don Santiago, nombres. Y Carrillo dijo: Díez-Alegría y Gutiérrez Mellado. Se buscó en los libros donde todo está escrito y el nombre de Gutiérrez Mellado no aparecía. Había sido tan inteligente durante cuarenta años que pocos sabían quién y qué y cómo era.

Mascar chicle y leer el diario

El escándalo Watergate forzó la dimisión de Nixon y una decadencia psicosomática llevó al presidente a una silla de ruedas, como si otro proceso inflamatorio afectara a

un segmento del sistema. Fue proclamado presidente de Estados Unidos Gerald Ford, el vicepresidente, un hombre de quien se decía que no podía hacer dos cosas al mismo tiempo, ni siquiera mascar chicle y leer el diario. Aspecto tardón tenía el señor presidente, aunque también de persona honrada y limpia como los chorros del oro. Nos faltaban entonces elementos lingüísticos fundamentales para entender la significación del cambio. Hoy, gracias a *Dallas*, podríamos decir que la caída de J. R. había significado la subida de Bobby, el soso de Bobby al poder de los poderes. La poquedad sugerida por el aspecto de Gerald Ford alarmó en demasía a los partidarios de tomarse en serio la imagen del poder. Si con el tiempo Ronald Reagan podría llegar a presidente de Estados Unidos, ¿qué impedía que pudiera serlo Gerald Ford? Entre uno y otro sólo es posible establecer la diferencia de dos estilos de interpretación. Gerald Ford perdonó a Nixon sus pecados de ladrón visual y le permitió salir en silla de ruedas por la puerta trasera del poder. Se dijo que así Ford evitaba que Nixon cantase todas las canciones que sabía, pero las lágrimas de Ford en el momento del perdón indican que le dolía sinceramente la condición minusválida de *Ricky el fullero*, tal como le había calificado el novelista Philip Roth. Y en cuanto dobló la esquina de la Casa Blanca, lejos ya del flash para la Historia, Nixon se puso en pie, tiró los bastones, pegó una patada a la silla de ruedas y se puso a bailar por los tejados como Gene Kelly en *El pirata*.

«Ninguna lavandera de pies planos como ese Foreman podrá zurrarme... Le atizaré tan rápido que no lo verá venir. Anoche, haciendo pruebas de velocidad, le di a un interruptor y antes de que el cuarto quedara oscuro ya estaba yo en la cama... La prensa ha corrido por ahí con el rumor de que estoy acabado. Pronto se lo va a creer el mismo Foreman. ¡Menuda sorpresa se va a llevar! El tío es feo con ganas y a mí no me asusta porque no pega fuerte... Yo soy el más guapo. En serio, es difícil ser humilde cuando uno es tan grande como yo...». Tenía casi toda la razón Mohamed Alí, Cassius Clay en sus años de esclavo, cuando alardeaba de su grandeza antes del combate contra Foreman, planeado como un ultimátum contra la carrera del gran provocador. La victoria de Alí, coincidente con la caída de Nixon, provocó una cierta confusión de imágenes sobre la naturaleza del vencido. ¿Era Foreman o era Nixon quien caía víctima de una izquierda-derecha definitiva del «desertor» Alí, del hombre al que le habían desposeído del título mundial por negarse a matar vietnamitas? Alí había perdido el título políticamente en 1966 a manos de Lyndon B. Johnson y lo recuperaba ocho años después, en el momento en que un proyecto belicista evidenciaba su fracaso en el tullido Nixon, aunque era obvia una vez más la falsedad de su apariencia. El belicismo era un falso tullido, como Nixon era un falso tullido que con el tiempo se reencarnaría en la apariencia mortal de Ronald Reagan.

El belicismo se permitía una pausa que poco después se llamaría Carter, como se permitía la victoria pírrica del veterano Mohamed Alí, al que cada puñetazo que asumía aumentaba la posibilidad de con el tiempo acabar como Gerald Ford, es decir, no poder mascar chicle y leer el diario al mismo tiempo. Como se permitía que un negro ciego, ex niño prodigio del cante y el ligue, consiguiera ganar entre 1973 y 1974 «... tanto dinero como habían conseguido los Beatles en la primera mitad de su carrera». Stevie Wonder, nacido Stevie Hardaway, ya era un músico famoso a los doce años de edad, en el inicio de la formación del mercado mundial del rock. En 1974 había conseguido que temblara la ropa interior del universo con una canción: *You Are the Sunshine of My Life*, y todas las mujeres hermosas del mundo quisieron ponerse al alcance de su mirada, al único fracaso total de Stevie Wonder. En su soberbia femenina, las mujeres más hermosas del mundo tal vez pensaran que su belleza podía provocar el milagro que el ciego Wonder viera.

Mister Wonder, por favor; ¿qué puede usted decirnos del grupo Tácito? Wonder quedó un tanto desconcertado, aunque es desconcierto lo que suele haber en la tormenta facial de los ciegos. Cualquier habitante del sector racional de la galaxia se hubiera sentido desconcertado. Sólo en España podía aparecer ya al borde del último cuarto del siglo XX un grupo político paralegal, de obediencia democristiana, bajo el seudónimo Tácito, denominación que evocaba el sentido de «lo tácito» como callado, silencioso... «... que no se entiende, percibe, oye o dice formalmente, sino que se supone o infiere, como si se expresara claramente, por algunas razones que lo persuaden». La Real Academia *dixit*. Corominas añade en su *Diccionario Etimológico* que *tácito* proviene del verbo latino *tacere*: callar, y la emparenta con taciturno y reticente. Ni taciturnos, ni reticentes, los muchachos de Tácito eran prudentes opinantes tolerados por el régimen, que se ofrecían como una real alternativa de poder.

El país del piojo verde

Tampoco habría podido entender Wonder el diálogo que sostuvieron Amando de Miguel y Ferran Monegal a fines de 1974. Pregunta el periodista y contesta el sociólogo:

—¿Está usted de acuerdo con el famoso artículo de Ricardo de la Cierva sobre esa tercera apertura que estamos viviendo y sobre el futuro del aperturismo en caso de que ésta fracase?

—Sí, básicamente sí. Aunque yo matizaría que, frente a algunas personas, el

aperturismo es el fin del régimen, opino que no; yo creo que el fin del régimen sería precisamente la no apertura, ya que ésta es un elemento característico del régimen.

—Entonces, hoy ser del régimen es ser aperturista.

—Sin lugar a dudas.

—Maravilloso.

Difícil para Arias Navarro seguir siendo aperturista después de que ETA le vuele una cafetería en la calle del Correo, una cafetería llena de funcionarios de la Dirección General de Seguridad, pero también de paisanos. Sobre la poca claridad política y moral de la voladura se expresaría años después Lidia Falcón, protagonista a su pesar de las consecuencias de aquella salvajada. Arias Navarro ha quedado para la Historia saltando más que saliendo del coche oficial, naturalmente con el ceño puesto, los dedos abotonándose la chaqueta y los ojos dirigidos a la prensa canallesca, por si estaba por allí algún Tácito. Aún humeaban en el ambiente los restos de la cafetería y se recogían las últimas chamuscaciones de piel humana y ceniceros de plástico, cuando la policía política de Madrid lanzó la especie de que el atentado de la calle del Correo era el resultado de una unidad de acción entre comunistas y etarras. Para probarlo estaba la lista de detenidos: Eva Forest, esposa del dramaturgo Alfonso Sastre, los dos en otros y difíciles tiempos vinculados al Partido Comunista, como también habían estado vinculados al «partido» Lidia Falcón o su compañero el periodista Eliseo Bayo o el trabajador de la construcción Durán, acusado de haber hecho los «refugios» secretos hallados en el domicilio madrileño de Eva Forest y Alfonso Sastre, y criptocomunista la actriz Mari Paz Ballesteros, también detenida. El relato de las torturas sufridas tardaría en conocerse con pelos y señales, pero de momento bastaban las denuncias del propio Sastre, o lo que podía decir en público y privado Juan María Bandrés, abogado de Eva Forest, sobre la que se cierne la sombra del garrote vil.

Las declaraciones del comisario Quintero, uniendo a comunistas y etarras en la acción, se interpretan como un toque de degüello de los reorganizados comunistas y antes de que acabe aquella noche una cuarentena política y moral rodeará a los implicados en el atentado, para que no contaminen a ninguna fuerza política que con pies de plomo haya iniciado la operación «salida a la superficie». Para aliviar la tensión de los tensos y el estallido de los hipertensos, el gobierno Arias deja hacer, así en el interior de la DGS, donde el tristemente célebre Conesa interroga personalmente a los implicados, como en las ruedas de prensa de los mandos policiales, donde se quiere convertir el caso de la calle del Correo en un proceso de intenciones a toda la oposición desafecta al régimen. Mal país, mal paisanaje en ocasiones, excelente el paisaje en cambio, siempre o casi siempre, porque a partir de

octubre lo amenaza el piojo, infiltrado en las cabelleras a lo Beatle o a lo Cruyff de los escolares españoles, sobre todo infiltrado en las cabelleras de niños de familias con posibles, que son las más partidarias de la melenita infantil, a ser posible dorada o con mechas, para que el teñido de la mamá no quede en evidencia.

Piojos o enanos, los unos infiltrados sobre los pensamientos de nuestros hijos, los otros infiltrados en el régimen como barrenos. Para evitar la acusación de enano, Pío Cabanillas dio algún golpe de ciego listo, como clausurar *Por Favor* porque en un dibujo humorístico un camarero le pasa la cuenta a Jesús en el transcurso de la Santa Cena. A pesar de estas concesiones, Pío Cabanillas tuvo que elegir entre secundar la bloqueada apertura de Arias o tener porvenir político personal. Además, la escopeta nacional de Arias estaba cargada de sangre, como se demostraría en las ejecuciones de septiembre de 1975. Dimitió Cabanillas y le siguió Barrera de Irimo y un largo y *tácito* etcétera: Oreja Aguirre, Ricardo de la Cierva, Rosón Pérez, Juan Luis Cebrián, Fernández Ordóñez, Pérez Escolar, Miguel Boyer, Bustelo, Carlos Solchaga... Suenan. Nombres que ya suenan entonces, pero que con el tiempo sonarían mucho más.

7. Demasiado para Gálvez

Pasaría un lustro hasta que un novelista *de nuevo tipo*, Jorge Martínez Reverte, se atreviera a reconvertir un suceso del tardofranquismo en una novela policiaca: *Demasiado para Gálvez*, inspirada, relativamente, en el caso Sofico. Un avispado excatalanista, exanarquista, exfalangista consiguió un consejo de administración por todo lo alto del Estado Mayor, para explotar una sociedad destinada a la construcción de apartamentos alquilables. Eugenio Peydró Salmerón ofreció la inversión a miles de pequeños ahorradores que se fueron tras la estela del hipocampo de Sofico dando saltitos de alegría, porque pocas cosas alegran tanto el corazón como poner los ahorrillos a salvo del miedo de que se te mueran antes que tú. Para boquiabrir al inversionista, tras las espaldas del señor Peydró aparecía un presidente honorario apellidado nada más y nada menos que Nieto Antúnez, hermano del famoso almirante compañero de Franco en la pesca de tantos atunes y nonagenario que apenas se enteró del poco honor de lo que presidía honorariamente. Y un teniente general del Estado Mayor retirado y un ex alto comisario español en Marruecos muerto en acto de servicio biológico, es decir, muerto de muerte natural, y un caballero de la Legión de Honor y un teniente coronel de Intendencia y un vocal de la Federación Mundial de Agencias de Viaje y un secretario general del Grupo Sindical Nacional de Agencias de Viaje y... y los famosos tres sultanes de Persia que aparecen siempre donde uno menos se lo espera, equis, i griega, zeta o Melchor, Gaspar y Baltasar. Las aparentemente sólidas construcciones de Sofico a la orilla de la Costa del Sol se quedaron a medio habitar, o medio construir, a medio pagar y en la miel quedaron prendidos miles de pequeños accionistas que durante años aún sentirían sobresaltos de corazón al toparse en cualquier esquina con los carteles anunciadores de lo que pudo haber sido y no fue: «Sofico, venta de suites y apartamentos de lujo. Información, teléfono 2624430. ¿Dirección? Claudio Coello, 124».

De nuevo Claudio Coello, la calle en que fue volado el almirante, se cruzaba en la vida de los españoles. Tras el escándalo de Redondela llegaba el de Sofico y era

escándalo no sólo el escándalo, sino el escándalo en sí. No sé si me explico. Era escandaloso que un régimen autoritario ya no tuviera los esfínteres a punto como para aguantarse los escándalos. La agonía de Sofico fue larga hasta que de pronto desapareció como noticia, o por cansancio del receptor o por consigna. La empresa promotora, al decir de la revista *Doblón*, trató de hacer negocio con sus propias víctimas a través del siguiente razonamiento propuesto: «Soy de Sofico. Ustedes son copropietarios. Nosotros vamos a defender sus intereses y ustedes van a mejorar por ello. Ya saben ustedes lo que es una suspensión de pagos: usted no descansa de gastos de abogados, de desplazamientos, molestias de todo tipo, sinsabores... El proceso es lento, muy lento. Es mucho mejor que lleguemos a un acuerdo. Nosotros le damos la llave del apartamento en abril, con la condición, eso sí, de que se digne a renunciar a la deuda que tenemos con usted. Borrón y cuenta nueva. Y otra cosa más, esas llaves que le hemos entregado nos las devuelve. Nosotros nos encargaremos de administrarlo». Concluye *Doblón* que de Sofico acaba de nacer Sofiquin. «Los que no pueden sacar nada de Sofiquin son aquellos que creyeron en el padre Sofico y que, al no tener dinero para comprar un apartamento, optaron por participaciones de 25.000 pesetas en Sofico Renta. Lo que demuestra una vez más que los pobres, por el hecho de serlo, serán duramente castigados».

Doblón, una revista de economía para el inicio de la transición, otro cadáver a cargo de la misteriosa falta de necesidad crítica experimentada en la España posfranquista. El año 1975 será duro para las publicaciones multadas o secuestradas: *Cambio 16*, *Mundo*, *Triunfo*, *Por Favor*, *Hermano Lobo*, *El Papus*. Pero ya que hablamos de *Doblón*, compañera del boom de otras dos publicaciones, *Posible* y *Ciudadano*, retengan el nombre de su director: Martínez Soler. Un periodista que fue apalizado por un grupo de oficiales «incontrolados», de paisano, porque publicó un reportaje sobre el ejército que no les gustó. A esto los comunicólogos lo llaman *feedback*.

Si nos estrangulan, atacaremos

A pesar de su fama de que no podía hacer dos cosas al mismo tiempo, Gerald Ford advirtió a los países productores de materias primas: «Si nos estranguláis, os atacaremos». Es decir, el presidente norteamericano confiaba esta vez en poder hacer dos cosas al mismo tiempo: ser estrangulado y atacar al estrangulador. Era la primera advertencia seria que recibía un tercer mundo que jugaba a hacer novillos, a flirtear con una reforma de la división internacional del trabajo que no podía tolerar el centro-centro del imperio, en un momento en que tenía los seis sentidos pendientes

de perder las guerras de Indochina, mientras Cimino y Robert De Niro filmaban las últimas escenas de *El cazador*. El príncipe Norodom Sihanouk recuperaba lentamente Camboya al frente de un puñado de estudiantes camboyanos de la Sorbona respaldado en última instancia por Pekín, y en cuanto a Vietnam, el Vietcong arrinconaba en Saigón a los Van Thieu, Cao K`y y compañía y los helicópteros americanos no sabían qué hacer, si tirar más napalm o empezar a cargarse de fugitivos de la evidencia.

El Tribunal Bertrand Russell se reunía para condenar por primera vez los crímenes contra los derechos humanos cometidos en Uruguay, Chile, Brasil, Paraguay, y la ONU, la Unesco, El Corte Inglés, Sears y la confederación de excombatientes macedonios, respaldaron las fallas de Valencia y la declaración de 1975 como el Año Internacional de la Mujer. Aun estando de acuerdo con el fondo, no lo estaba con la forma la incombustible censura del régimen y se persiguieron procacidades críticas, impropias de ser pronunciadas por labios femeninos. Y eso que en España jamás se llegó a tolerar que nuestras feministas aparecieran en las portadas de las revistas haciendo una pirueta gimnástica que permitiera colocar los genitales, naturalmente femeninos, en primer término fotográfico, como sí hiciera la incalificable Germaine Greer en la portada de *Suck*.

Frente a la contundencia feminista de una Lidia Falcón, convenientemente enrejada en el transcurso del Año Internacional de la Mujer por su supuesta y finalmente desmentida participación en el atentado de la calle del Correo, apareció una extraña escritora argentina, de nombre Esther Vilar, especialista en ganarse la vida llevando la contraria por escrito. Su libro *El varón domado* defendía la tesis del hombre víctima y declaraba a propósito del Año Internacional de la Mujer: «Hay que evitar por todos los medios que nos traten como víctimas. Las víctimas son ustedes, los hombres. Las mujeres no deberíamos consentir este año internacional porque parece como si fuéramos enfermos o viejos a los que hubiera que dedicar cuidados especiales». Cuidados especiales internacionales necesitó la princesa ugandesa Elizabeth Christobel Bagaaya, princesa de Toro, espectacular ejemplar humano dotado por la naturaleza de tanta profundidad por delante como por detrás, acusada por los servicios secretos del dictador Idi Amin Dada de hacer el amor en los retretes del aeropuerto de Orly, hecho condenable, no sólo por el carácter público de los aeropuertos, sino porque la princesa, en el momento de, supuestamente, ser sorprendida en tan apurada situación, era ministro de Asuntos Exteriores del propio Idi Amin y poco respeto va a merecer la política internacional de cualquier país si su representante máximo se deja los orgasmos por los retretes de los aeropuertos internacionales.

De la princesa nunca más se supo y de Amin Dada se programaba en París una película vejatoria que estuvo a punto de costar la vida a los ciudadanos franceses residentes en Uganda. Idi Amin tenía prestigio occidental de mal salvaje, calificación emitida desde la desfachatez etnocentrista que permite darle el Nobel de la Paz a Kissinger exportador de napalm y reservar el adjetivo carnicero sólo para Idi Amin Dada o Bokassa, criaturas al fin y al cabo del colonialismo occidental. Precisamente por aquellos días eran exhumados en España los restos del general portugués Humberto Delgado e inhumados en Lisboa, años después de haber sido asesinado como consecuencia de una acción de la policía política portuguesa en territorio español, acción jamás perseguida y condenada y que situaba en la escala merecida de salvajismo la conducta de dos veteranos estados occidentales. Y tal vez para compensar tan malas maneras de sus colegas en accidentalidad, Valéry *le Roi* estrenó en 1975 la costumbre de ir a cenar de vez en cuando con un francés cualquiera.

—*Allo?*

—Sí.

—Le habla el presidente de la República francesa. Resérveme un plato en su mesa.

Y Valéry volvía al Elíseo a altas horas de la noche. Malas lenguas decían que con el pretexto de cenar en casas anónimas se permitía una doble o triple vida amorosa, en la que se incluía una pariente política que tiempo después pagaría cara su brusca dejación de los favores presidenciales. Valéry *le Roi* le enviaría como represalia a los inspectores de Hacienda, venganza amorosa sin precedentes y que traduce exactamente cómo debe ser el talante de un rey posmoderno.

Gaudeamus Igitur

El himno de los estudiantes renacentistas se había convertido en himno de protesta en la universidad española de los años cincuenta. Cuando el Príncipe de España, Juan Carlos, era un pluricadete en las distintas academias militares, los estudiantes de su edad corrían ante los guardias extrañamente excitados cada vez que oían el *Gaudeamus Igitur*, como si aquel latinajo menor les mentara la madre. En 1975 los estudiantes españoles ya no cantaban *Gaudeamus Igitur*, aún cantaban *La Internacional* y protagonizaban un relanzamiento de la agitación universitaria, como si uno de los más fieles protagonistas de la lucha contra el franquismo no quisiera perderse el último acto de la tragicomedia.

Y al acontecimiento contestatario se sumaron una vez más los obreros de la SEAT, aún caliente el cadáver del obrero Antonio Ruiz Villalba, acribillado a balazos en 1971

en una carga de la policía, mientras el Tribunal Supremo empezaba a cambiar la camisa como las serpientes, trabajosamente, y dejaba las condenas del proceso 1001 reducidas a un tercio. Y así a Marcelino Camacho le regalaron catorce años de libertad por el procedimiento de rebajarle a seis los veinte años de la condena original. Y tan soliviantado estaba el país que hasta Lola Flores se fue a los puertos de la revuelta de los actores y visitó bajo la luz y ante taquígrafos a los «cómicos» protagonistas de la primera huelga de actores del Estado nacionalsindicalista. Desmaquillados, con concentración en los rostros de marineros del Potemkin, los actores interpretaban las asambleas y los comités de huelga como si el guion lo hubiera escrito Bertolt Brecht, con música de Eisler, dirección escénica de Piscator y el himno a cargo de Víctor Manuel. El público les aplaudía cuando salían al escenario a decir que empezaba la huelga y a Tina Sainz, una de las pequeñas *pasionarias* de la situación, la vitoreaban las trabajadoras de El Corte Inglés. Ya era primavera en España. Ya era primavera en El Corte Inglés, a pesar de que un guardia municipal de Cáceres, ignorante de que Germaine Greer se había dejado fotografiar las partes nobles para *Suck*, ignorante de que era el Año Internacional de la Mujer, ignorante de que la mujer en cuestión era una duquesa principal, ignorante de que ni el pensamiento ni el arte delinquen, hacía retirar de un escaparate la reproducción de la maja desnuda de un tal Goya.

Todo podía pasar en un país en fase de transición de la nada a la más absoluta pobreza democrática. Y en aras de la pobreza democrática, el Consejo Nacional del Movimiento empezaba a autorizar formaciones políticas parapléjicas, como la Acción Política Proverista de un tal Maysounave, personaje político que llegó, vio y desapareció, sin que le conste a casi nadie de dónde venía, quién era y adónde iba. Otra asociación política autorizada fue Reforma Social Española, un intento de socialdemocracia nacida nacionalsindicalista, por si acaso los socialistas legítimos, en plenas negociaciones con preinstancias del régimen, no se mostraban tan inteligentes y prudentes como la delicada situación lo requería. Insistamos en que don Carlos gobernaba sin gobernar en él. Con un ojo en la tempestad social creciente y otro en la lucecita de El Pardo, auténtica luz de gas cuya intensidad subía y bajaba el marqués de Villaverde. Tan imbuido estaba el señor marqués de que el carisma se hereda de suegros a yernos, que se presentó a consejero nacional del Movimiento y se autoescribió una tarjeta de presentación electoral dirigida a cada consejero, a cada elector, y culminada con un: «Obra en conciencia». Obraron en conciencia y no le votaron. Precisamente votaron a un tal Adolfo Suárez, criatura política de Herrero Tejedor, nombrado en 1975 ministro secretario general del Movimiento, precisamente en un momento en que el Movimiento ni era general ni era

movimiento, en un momento en que el movimiento se demostraba huyendo y el vacilante Carlos Arias Navarro lanzaba golpes de ciego contra su propia sombra, como aquel secuestro de *ABC*, repito de *ABC*, a causa de una entrevista con don Juan de Borbón, repito, a causa de una entrevista con don Juan de Borbón.

Mezclado entre las masas de actores en huelga, Víctor Manuel tramaba la canción cuyo título mejor reflejaría años después aquel instante de transición: *Cómicos*. Tan tardíamente como llegaba Herrero Tejedor al pospoder, subía Emilio Romero a la Delegación Nacional de Prensa y Radio del Movimiento, como si no le bastara con el poder que tenía en la punta de la pluma, poder real que le ha servido para sucederse a sí mismo con más fortuna que la de un 999 por mil de los protagonistas de tan larga marcha. Años después sólo es posible recoger dos supervivientes activos y contundentes de la larga marcha del nacionalsindicalismo a la democracia vigilada: Manuel Fraga Iribarne y Emilio Romero. Don Carlos Arias seguía sin enterarse casi ni de lo que decía. Por ejemplo, declaraba que en la futura ley de asociaciones «… ninguna ideología sería excluida». Mientras tanto y por si acaso, el Consejo Nacional del Movimiento no acepta que una asociación política concreta se llame Falange Española. La Falange es de todos y no hay más que una y a ti te encontré en la calle.

Hasta las mesas hablan

Desde el caso de «Las caras de Bélmez», la parapsicología nos había dejado un tanto abandonados, a pesar de que las clases cultas se iban alejando progresivamente del marxismo y se iban acercando a saberes más inocentes, como la gastronomía o la astrología. Pero en Nulles y Porrera, dos pueblos de Tarragona, las mesas empezaron a hablar, mejor dicho, a contestar, sin otro requisito que acariciarles el lomo con las yemas de los dedos y hacerles preguntas, preguntas incluso de precisión, como, por ejemplo: ¿Cuántos borregos tengo en el corral? Y la mesa saltaba sobre sus patitas, una, dos, diez, veinte veces, las que hicieran falta. Insuficiente religión la que no contempla la posibilidad de canonizar los objetos, insuficiente religión autofágica que a mediados de la década de los setenta consagra de nuevo el *pentecostelismo* hasta en la música ligera, con la definitiva universalización de una mercancía del espíritu: *Jesucristo Superstar*.

La conmoción histórica que permite la radicalización de la revolución portuguesa conducida por Vasco Gonçalves y el consejo de oficiales revolucionarios y el fracaso de la intentona golpista de Spínola o que anuncia la victoria de las revoluciones nacionalpopulares en Indochina, a pocos meses de la caída de los coroneles griegos,

de la muerte de Mao, de cien signos de cambios en las piedras y en las aguas, propicia el incierto consuelo del ocultismo y la búsqueda en las estrellas de la inmutabilidad que ya escasea en la Tierra. Por si faltara algo, aquel signo premonitorio de la muerte de Alejandro, se confirma en la muerte de Aristóteles. Onassis, cansado de estar cansado de su cansancio, se muere de asco como cualquier poeta y libera una vez más las bragas incorruptas de Jacqueline Kennedy, al tiempo que el peso de su imperio cae sobre la fragilidad cúbica de su hija casada con un soviético, acusado indirectamente de ser un gigoló del KGB. Los sociólogos de la cultura justifican el hecho de que Hollywood se dedique a la superproducción de catástrofes: *Aeropuerto*, *El coloso en llamas*, *Terremoto*, *El enigma se llama Juggernaut*. Se prepara al género humano para asumir situaciones límites. No somos nada, decían los antiguos sin saber del todo cuánta verdad había en lo que decían.

De cal y arena el instante y la eternidad. Mientras avanzaba el revolucionarismo tercermundista y se hacía cada vez más astrológico el revolucionarismo occidentalista, en Argentina empieza a tramarse una de las fechorías históricas más sangrantes de nuestro tiempo. Los montoneros secuestran al presidente del Tribunal Supremo y al cónsul de Estados Unidos, en una operación que recuerda el secuestro de don Mitrione en Uruguay, a cargo de los tupamaros. Los guerrilleros urbanos uruguayos pudieron demostrar que Mitrione no era un técnico en agricultura y alimentación al servicio de la embajada USA, sino un experto en represión y tortura que había aleccionado a la policía indígena. La provocación tupamara ya tenía su respuesta en una represión que vaciaba Uruguay por el procedimiento de meter a su población crítica en cárceles secretas sarcásticamente llamables «Libertad» o forzándola al exilio. La provocación montonera tuvo enfrente en primera instancia al poder telúrico-civil del astrólogo López Rega, urdidor de la Triple A y primer responsable de la cesión a los militares del derecho a exterminar.

Evidentemente, todo junto y sumado, demasiado para Gálvez.

8. Carolina, la Thatcher y Xirinacs

Los arrestos de meses impuestos al comandante Busquets y al capitán Julve fueron el aperitivo del agrio festín de la UMD (Unión Militar Democrática) que estallaría en el último tercio de 1975. Busquets era un oficial atípico que había publicado estudios históricos y sociológicos sobre el militar de carrera en España, estudios sospechosos por el simple hecho de obedecer a un sistema lógico civil. No se sabía en el momento de arrestar a Busquets, que había sido uno de los principales inspiradores de la UMD, asociación de oficiales que trataban de inculcar en el Ejército un sentido de la servidumbre democrática, más allá de la obediencia ciega a las consecuencias, todavía imperantes, de la Guerra Civil. Con el tiempo, los nombres del comandante Otero o del capitán de navío Domínguez o de Reinlein, Fortes, Valero, Ibarra, Martín-Consuegra, Fernández Lago, García Márquez, Ruiz Cillero irían de boca en boca, en la oratoria indignada de los que les consideraban traidores y fomentadores de la «politización del Ejército» o en la entrecortada labia de quienes se hacían cruces de que hubiera militares demócratas, de que el caqui también estuviera presente en los colores de la paleta predemocrática.

Inasequible al desaliento, Arias Navarro interpretaba las vacilaciones de la «lucecita de El Pardo» y remodelaba su gabinete. Perdieron pie viejas glorias ultraístas, como el jurista Ruiz Jarabo y el encendido Utrera Molina, y se marchó a su casa Licinio de la Fuente, el popular Clarence, apodo debido al notable parecido entre los ojos del ministro de Trabajo y los del león Clarence, uno de los principales protagonistas de la serie televisiva sobre animales, colonos y plantas *Daktari*. La ascensión al gobierno de Fernando Suárez, con cartel de socialdemócrata del régimen, y de Herrero Tejedor, el hábil regateador, fue interpretada como un síntoma de que Arias estaba dispuesto a promocionar hasta a los maoístas franquistas, siempre y cuando fueran franquistas. Así como en Francia el gaullismo había contado con un maoísta, el escritor Maurice Clavel, no tuvo don Carlos Arias esa variedad de engrudos en España y la elección de Fernando Suárez ya fue para él algo así como jugar a la ruleta rusa. Lejos estaba don Carlos de suponer que, con los años, cuestiones de márketing ideológico llevarían al socialdemócrata del régimen a

las filas de Alianza Popular, donde se caracterizaría por la elegancia de las formas y la reserva del fondo.

Entre las frías agudezas de Fernando Suárez, cuyo parecido físico, insisto físico, con Eduardo Haro Tecglen era por aquellos días la comidilla de *Triunfo*, destaca la de haber calificado a don José Solís Ruiz como «la sonrisa del régimen». Envidiable la dentadura de don José, en perpetuo contraste con una morenez entre lo congénito y lo cultivado, pieza marfileña indispensable para el logro de una sonrisa que no se había quitado desde 1939. Como a la monja del chiste, no había quien le quitara a Solís Ruiz la sonrisa de satisfacción, a pesar de que a su lado, prietas las filas, antiguos y vitalicios centinelas del sistema se irritaban por la excesiva decantación del gobierno Arias hacia el abismo de la democracia liberal. Los atentados del FRAP o de ETA lanzaban a la calle la consigna «No queremos gobiernos débiles» o bien «Ejército al poder», como si la mismísima lucecita de El Pardo se hubiera vestido de paisano y ministros del calibre de Pita da Veiga o Coloma Gallegos no merecieran garantías a tan paramilitares manifestaciones.

Hasta don Gonzalo Fernández de la Mora, decretador del crepúsculo de todas las ideologías menos de la suya, había aprovechado las conmemoraciones balmesianas de Vich en 1974 para cargarse los partidos políticos, fantasmas familiares adivinados en lontananza, tras contactos furtivos tan claros como las tardes del Ritz de los conspiradores catalanes o las cenas de Aravaca de los conspiradores madrileños. Fernández de la Mora agitaba el pensamiento de Balmes como útil así en la tierra como en el cielo, así en el siglo xix como en el xx, así en la España de Franco como en el Chile del Pinochet. *El crepúsculo de las ideologías* había sido un *bestseller* en Chile, al menos entre los responsables del golpe.

El cóndor de Motrico

Si entonces se hubiera hecho una encuesta sobre la salida política lógica al desfase evidente entre las superestructuras políticas y legales del régimen y el empuje de la sociedad civil, se habría establecido el siguiente programa de fiestas: Rey Juan Carlos, transición preconstituyente bajo la batuta de Areilza, hegemonía garantizada para un centroderecha democrático bajo la batuta de Areilza, Constitución bajo la batuta de Areilza y democracia más o menos plena, pero siempre bajo la dirección de Areilza. El conde de Motrico ha conseguido siempre dar la impresión de que era más de lo que era y sobre todo más de lo que se le dejaba ser. Escribió Sixto Cámara una «Capilla Sixtina» bajo el título: «El cóndor de Motrico»:

«El señor Emilio Romero ha arrojado una paletada de arena sobre el fraguismo y otra de cal sobre el presidente Arias. El oráculo de Arévalo también ha tratado de aplicar símbolos a los triunviros Fraga, Areilza y Silva. Al conde de Motrico le ha atribuido un símbolo a la vez halagador e inquietante: de cóndor. Mientras no se demuestre lo contrario, el cóndor reúne las ideas asociadas de majestad y rapiña: *el vuelo majestuoso del cóndor* se dice, y uno no sabe por qué, porque nunca ha visto un cóndor, pero se lo cree, sobre todo en el caso del señor Areilza al que el adjetivo majestuoso le va que ni pintado. Sobre la connotación rapiñesca del conde de Motrico uno no tiene pruebas, la verdad. Uno, en su modestia ocular, presiente que Romero trataba de avisar a Fraga de que Areilza, de momento, ajusta su vuelo al de la escuadrilla de triunviros, pero que en un momento determinado se elevará y dejará caer el peso de su sombra majestuosa sobre los otros dos pajaritos».

La historia ha demostrado tanto a Emilio Romero como a Sixto Cámara que el conde de Motrico era una paloma torcaz disfrazada de cóndor. Pero no adelantemos acontecimientos. La caída de Spínola, su espectacular fuga a España y Brasil y el reforzamiento de la tendencia izquierdista en el Consejo de la Revolución que respaldaba al gobierno de Vasco Gonçalves alarman a los gestores de la transición española. Esa alarma va a costar meses después muy cara a los militares de la UMD. La Alianza Atlántica contempla recelosa la evolución de Portugal y los estragos ideológicos que empieza a causar la propuesta eurocomunista de Berlinguer en el seno de los partidos comunistas europeos, su zona social de influencia, e incluso el impacto que puede tener en las filas de la socialdemocracia abierta a una posible *tercera vía* de izquierda europea. El nuevo responsable de la SPD y del gobierno alemán, Helmut Schmidt, condena explícitamente el eurocomunismo, al tiempo que hace frente al desafío terrorista que culmina con el secuestro de Peter Lorenz, presidente del Partido Democristiano en Berlín y aspirante a la alcaldía berlinesa. «Ley y orden», le pidieron los alemanes a Schmidt, en la antesala del juicio contra la Baader-Meinhof, presentado por un analista de la época como algo más que un juicio contra cuatro terroristas, como un símbolo de la eficacia del poder democrático-burgués frente al aumento de un terrorismo que cuestionaba las raíces del sistema. Incluso se construyó un edificio especial para la celebración del juicio, un búnker que costó 600 millones de marcos al sufrido contribuyente alemán. Seiscientos millones de marcos para juzgar a cuatro terroristas de horroroso destino. Mas no era una inversión local para un logro local. En realidad se levantaba un escenario simbólico para un público universal, alarmado ante los síntomas de desestabilización presentes en una Europa que pretendía salir del marco de la foto fija de la Historia. El Vietcong podía entrar en Saigón y ya estaban las conciencias occidentales preparadas para

asumir el espectáculo de la desbandada americana, como estaban preparadas para la victoria de los jemeres rojos en Camboya y el reencuentro del príncipe rojo Sihanouk con su trono. Pero Europa era una zona que no podía perderse, no ya ante la tentación del modelo soviético, que parecía gravitar sobre parte del Consejo de la Revolución portuguesa, o el radicalismo molesto pero fácilmente aislable del terrorismo marxista revolucionario o ácrata de Alemania e Italia, sino incluso frente a la peligrosa filosofía de la «tercera vía» que el PCI estimulaba, a partir de las tesis del llamado eurocomunismo. Una tercera vía dirigida al corazón del sistema occidental y del supersistema mundial basado en el equilibrio del terror.

Todo Occidente se convierte en un búnker psicológico que hará frente a los desafíos tercermundistas y a los desafíos internos con todas las contundencias posibles. Renace la guerra fría y el culto a los valores tradicionales y no es extraño que en pleno Año Internacional de la Mujer, los críticos de la moda femenina destaquen que los modistos tratan de acentuar la femineidad de los modelos, inspirándose en la moda *retro*, avalada por los éxitos cinematográficos de *Chinatown*, *El gran Gatsby* o las dos partes de *El padrino.* Por ejemplo: desaparecen los pantalones femeninos en los trajes de gala y se imponen ligeras transparencias que subrayan el quién es quién sexual.

Pippi Calzaslargas

A pesar del signo conservador que trata de imponerse, la España de la transición abre las puertas de sus casas y de sus almas a un personaje televisivo que llega de Suecia: *Pippi Calzaslargas.* La naturaleza imita al arte, no cabe duda, y por si cupiera, ahí está Pippi Calzaslargas, muñeca de carne diríase que diseñada por Walt Disney, pero real como la vida misma, diseñada exclusivamente por su padre y su madre. Pippi Calzaslargas es la última sueca mitológica que llega a nuestras costas, ratificando la fama de liberalidad que los españoles siempre han atribuido a las suecas. No tenía la chiquilla edad suficiente para liberalidades relacionadas con el sexto mandamiento, pero sí expresaba su peligrosa tendencia al libertinaje haciendo su real gana, volando y consiguiendo efectos mágicos, casi siempre dirigidos contra la hegemonía de los adultos.

Pippi Calzaslargas fue adoptada por los niños españoles y rechazada por el franquismo sociológico, que consideró a aquella niña-muñeca casi tan peligrosa como la Plataforma Democrática, la UMD o la vecindad de Portugal juntos. Aunque algún intelectual de izquierdas, léase Terenci Moix, se pronunció contra la excesiva

simpatía de la chiquilla y llegó a proponer que la estamparan contra la pared, las dos Españas no se equivocaron al dividirse en partidarios y contrarios de Pippi Calzaslargas. Podía suponerse que Arias Navarro, Girón y el marqués de Villaverde estaban en contra de aquel capullo nórdico y que en cambio Tierno Galván, Ruiz-Giménez y Sánchez Montero estaban de acuerdo y le reían todas las gracias democráticas. Se suponía también que Areilza no se pronunciara, preocupado como estaba en dar la imagen de hacedor *sine qua non* de la transición.

Sorprende que Pippi Calzaslargas fuera un mito de consumo en el mismo año en que Margaret Thatcher consigue el mando en el partido conservador y Carolina de Mónaco, dieciocho años cumplidos, obtiene la portada de *Time* como uno de los bípedos reproductores más sugestivos del planeta. Los optimistas dirían, dando la razón a Marx, que los símbolos culturales hegemónicos no siempre son sublimaciones de una formación económica igualmente hegemónica y que, en ocasiones, una manifestación cultural ya refleja un proceso de ruptura y de pérdida de hegemonía de una determinada formación económica. Visto desde este punto de vista, Pippi Calzaslargas sería el anuncio del cambio, colándose a través de los filtros del sistema. Pero los pesimistas la consideraron como un subproducto residual del *mayismo*, convertido en serie de telefilmes suecos, tan lejos los suecos del centro del mundo que aún no se habían enterado de que la humanidad vivía un período de reflujo.

Si las mujeres vuelven a vestirse de mujeres, una chica sana, guapa y cachonda como Carolina se convierte en un *sex symbol*, y una ama de casa armonizada como Margaret Thatcher prepara su irresistible ascensión política, no por ello se produce un cambio de timón total en las manifestaciones del espíritu. La moda afeminadora, Carolina o la Thatcher, son puntos de referencia para evitar la desorientación y no excluyen que el *gay power* sea la tendencia dominante en el rock o que la ciudad de San Francisco empiece a ser penetrada por una inmensa minoría de homosexuales que acabarán siendo un grupo hegemónico en la política municipal. Se trata de un sistema sabio que ha inventado casi al mismo tiempo las cadenas de superproducción y las vacaciones pagadas, aunque de vez en cuando algunos puristas ingenuos den la nota, como el diputado laborista Leo Abse dispuesto a conseguir de la Cámara de los Comunes la prohibición de que Alice Cooper, otro exponente del glam rock o del *gay power*, pudiera entrar en Inglaterra a «vender cultura de campos de concentración». Según el diputado los shows de Cooper eran «... una incitación total al infanticidio y una exploración comercial del masoquismo que enseña a nuestros hijos a odiar y no a amar». Los shows de Cooper se basaban en guillotinamientos, ahorcamientos, apuñalamientos de muñecas. «Un hipnotizador de Phoenix le había preparado

mentalmente para asumir su triple función de hombre-mujer-niño. El clímax total sin embargo… no impidió que Cooper aprovechara su imagen pintada para crear una marca de cosméticos ese mismo año», nos cuenta un crítico de rock, el mismo que apadrina a Bruce Springsteen como el rockero síntesis de las tradiciones del rock crítico opuesto al rock tecnológico excitado por las multinacionales y la ley del mercado. *El nuevo Dylan*, le llaman, un Dylan menos desencantado o quizá un Dylan con más carrera por delante que por detrás:

Te levantas cada mañana
al sonar el despertador.
Llegas tarde al trabajo
y el jefe te organiza un infierno.
Hasta que sales a dar una vuelta a medianoche
y pierdes tu corazón por una chica bonita.
Y te sientes bien
cuando cierras la casa.
Apaga las luces
y sal hacia la noche.

O Bette Midler «La rosa» o Alan Stivell iniciando el movimiento de recuperación del folclore oprimido por las culturas estatales, alternativas al alud cultural que impone la moda del glam rock, mientras en España 1975 es el año de la consolidación de Mocedades, como prueba de cierta capacidad de resistencia melódica ante la invasión de las multinacionales del rock. Y siguen en la brecha los cantautores catalanes Raimon, Llach, Maria del Mar Bonet, Pi de la Serra, el *meló* crítico costumbrista de Serrat, que purga unas declaraciones contra el régimen realizadas en México precisamente en 1975, o el comienzo del descubrimiento de la Coca-Cola musical a cargo de Julio Iglesias y su gente.

Amarcord

Éxito de *Amarcord* en las pantallas del mundo. Todas las generaciones educadas sentimentalmente en el hambre de carne comprenden la obsesión de Fellini por el tamaño de las tetas de la Saraghina en *Otto e mezzo* o la estanquera de *Amarcord*. Hambres no superadas, porque hoy día en las páginas de anuncios de relax de los periódicos españoles aún hay quien se anuncia bajo la promesa de parecerse a la

estanquera de *Amarcord*. Arias Navarro permite el destape en las *boîtes* y en los teatros frívolos y ante el dilema que le ofrece *Por Favor* de reproducir en portada los pechos de una hermosa rubia o la cara de Carrillo, prefiere que salgan los pechos de la rubia. Hambres aplazadas. El hambre de Bokassa, emperador de la República Centroafricana apadrinado por Giscard d'Estaing, hambre caníbal según sus detractores políticos, pero Bokassa tiene los dientes de oro y diamantes y Valéry piensa que a diamante regalado no le mires el dentado.

Muere Dionisio Ridruejo como murió Moisés a la vista de la tierra prometida. Dios castigó a Moisés por sus arrebatos coléricos y castigó a Dionisio Ridruejo no permitiéndole ver la España democrática por la que había luchado, sin duda excesivo castigo por haber pronunciado más de cien y más de ciento cincuenta discursos trascendentales, con motivo del primero, el segundo o el tercer año triunfales. Campeón de la reconciliación nacional y buen poeta, Ridruejo fue llorado hasta por los enemigos de antaño y dejó en el desamparo a los ridruejistas, plural secta de socialistas en endecasílabos o de ingenieros de la novelística que apenas se comió un rosco cuando vino lo que tenía que venir. Y también se murió Escrivá de Balaguer, en el mismo año en que se celebró el aplazadísimo juicio sobre Matesa. En este caso es muy probable que la Providencia quisiera evitar al fundador del Opus Dei el mal trago de un Calvo Serer sentado al lado de Dolores Ibárruri, en el transcurso del homenaje a la Pasionaria celebrado en Roma, o el peor trago de ver cómo un buen puñado de los hijos de la Obra empeñados en afanes económicos tenían que escoger entre la cárcel y el exilio. Curiosa empresa espiritual la del Opus Dei, que ha tenido tan mala suerte con la moralidad de sus empresarios más notorios, algunos de los cuales lamen sus heridas y reconstruyen sus haciendas en una América Latina sin extradición por delitos económicos.

La muerte del fundador del Opus se produjo en un momento en que la Obra pasaba a un discreto segundo plano político, mientras perpetuaba sus acumulaciones económicas, hasta el punto de permitirse ser financiadora de un Vaticano en crisis y muy necesitado de dinero, a partir del momento en que Juan Pablo II desplegara su capa de Superman de la cristiandad, dispuesto a no dejar un aeropuerto del mundo sin beso pontificio. En 1975 podía ocurrir lo peor. Nada era lo que había sido aunque todo siguiera siendo aparentemente lo mismo. Asesinan al rey Faisal de Arabia, protomártir a cargo del integrismo islámico, las putas francesas se declaran en huelga (*les filles de joie*, las llaman los cursis tituladores de la prensa gala), el personal del MIR paraliza los hospitales españoles, la rebelión kurda de nuevo es aplastada implacablemente, se le concede el título de lord a Charlot y no conservó la agilidad suficiente como para devolvérselo de un taconazo a su majestad la Reina de

Inglaterra.

E influido por las especulaciones sobre las energías alternativas, Pío Cabanillas declaró que el general Franco podía hacer un último y gran servicio a la patria permitiendo que se le sustituyera en vida. Por haber dicho algo semejante habían clausurado el diario *Madrid* años antes. Pero Pío Cabanillas es muy difícil de clausurar, es quizá el español más difícil de clausurar que ha habido nunca. Se excitan los ánimos de día, cuando se ven las bocas y se aplacan de noche, cuando todas las bocas son pardas. De día se increpa a Pío Cabanillas. De noche se le dan palmadas en la espalda. Tiempos de hipocresía. Las mujeres recuperadas para el matrimonio y el ogino, de día quieren ser mistress Thatcher y de noche Carolina de Mónaco. Pocos ciudadanos del mundo van tan directamente a las cosas como el cura Xirinacs. Cuando no está en la cárcel, está a las puertas de la cárcel y así hará hasta que se conceda una Amnistía.Arias Navarro frunce el ceño y pulsa el botón. Pero ya no funciona el resorte de Fu Manchú y Xirinacs no cae en el consabido foso lleno de cocodrilos.

9. Heces fecales sangrientas en forma de melena

Se daban la mano en el espacio soviéticos y norteamericanos, pero el humorista Martínmorales reducía la escena a unos muñequitos militares soviéticos, perplejos ante un Tío Sam que convertía la ese de Soyuz en el signo del dólar. Aquel verano del 75 misteriosos, y aún hoy no hallados, asesinos dejaron «Los Galindos» visto para sentencia literaria de Alfonso Grosso; los catalanes cantaron y pidieron autonomía en las seis horas de *Cançó* de Canet y a continuación en el Canet rock, fenómenos de masas que iban más allá de la música y se convertían en plataformas de *presencia democrática*, una peculiar forma de recuperar territorios para la libertad, todavía necesitados del metalenguaje crítico, hasta el extremo de que se lanzaran gallinas a las calles con la pancarta «Amnistía». Las gallinas no fueron detenidas, ni interrogadas hábilmente, pero sí había sido confiscada la mona de Pascua, pastel pascual típico en Cataluña, que un pastelero de Vich, militante clandestino del PSUC, Quim Capdevilla, dedicara al tema de la amnistía. La mona fue detenida y conducida al cuartelillo de la Guardia Civil. Un obrero del Baix Llobregat, apellidado Muñiz y miembro del PSUC, bautizó a su hija con el nombre de Amnistía y la neonata no fue detenida.

Se reunían en Helsinki las potencias del mundo para ponerle ventanas a la paz; movilizaba Hasán II a sus muchachos para lo que semanas después sería la «marcha verde» contra la presencia española en el Sáhara; asesinaba Agatha Christie a Hércules Poirot en su novela *Telón*, temerosa la escritora de que Hércules Poirot se le adelantara; empezaba a hablarse de los primeros desnudos integrales en el Mediterráneo y concretamente la isla de Mikonos proponía la maravilla del desnudo libre en el mundo libre, mientras Ricardo Bofill empezaba a proponer proyectos al universo y las chicas Giscard se lo sentaban en el regazo y le cantaban la canción de Helena y los tres capitanes, al pasar por la Lorena. Pero los guardias civiles eran asesinados y el régimen metió en el desván el espíritu de febrero, y en septiembre los periódicos, a toda primera plana, reproducían las cabecitas aún vivas de los rehenes políticos en manos de la justicia de Arias, para responder por los crímenes del FRAP

y ETA. Cinco de aquellas cabezas serían cortadas entre las ocho y las diez de la mañana del 27 de septiembre de 1975, a pesar de la movilización nacional e internacional; a pesar de que de nuevo los demócratas del mundo ponían cerco a las embajadas del tardofranquismo; a pesar de que aquella sangre no iba a realzar la sangre vertida entre las fuerzas de orden público, devolviéndole la estatura humana; a pesar de que aquellas muertes ensangrentaban definitivamente la reforma de Arias, ya salpicada por el caso Puig Antich.

José Humberto Baena, José Luis Sánchez-Bravo, Ramón García Sanz, Ángel Otaegui y Juan Paredes Manot el Txiki. De todas las muertes, la que más salpicó los ojos del pueblo de sangre y lágrimas fue la del Txiki, el pequeño vasco de origen maketo, inmigrante, que murió cantando el himno de los gudaris y dejando una plácida poesía en castellano, cargada de ternura por los hombres, las mujeres y las cosas que morían con él. La reacción internacional fue implacable con el franquismo: desde el Parlamento Europeo hasta el Papa y París presenció agitaciones y manifestaciones que los más viejos del lugar asociaban a las del famoso e inútil Mayo francés. Por su parte, el régimen franquista volvía a ser más régimen franquista que nunca y convocaba adhesiones inquebrantables, una vez más en la truculenta plaza de Oriente. Adhesiones inquebrantables a la Muerte que no devolvía vidas tan injustamente arrebatadas. Y el Caudillo volvía a ser el Caudillo cuando dijo a los incondicionales de la muerte: «Gracias por vuestra adhesión y por la serena y viril manifestación pública que me ofrecéis en desagravio a las agresiones de que han sido objeto varias de nuestras representaciones y establecimientos españoles en Europa, que nos demuestran, una vez más, lo que podemos esperar de determinados países corrompidos que aclara perfectamente su política constante contra nuestros intereses» (gran ovación).

Las mantecadas de Astorga y el beso en la nuca

Plaza de Oriente. Marchita la nostalgia monárquica subyacente en la obra de teatro del mismo título de Joaquín Calvo Sotelo, la plaza conservaba la nostalgia de las manifestaciones parafranquistas, en los momentos más difíciles de la supervivencia del régimen. Ya durante el proceso de Burgos, la plaza de Oriente había pedido sangre y volvía a pedirla ahora. Entre una y otra orgía sangrienta, un poeta español sintetizó así su asco ante aquel culto al orgasmo sanguinolento:

Los partidarios del asesinato

encalan con pus
el crepúsculo,
cárdenos cardenales
ofician en la frontera
al borde del abismo de plata
fría como la soledad
geográfica,
y el mundo gira
y las estrellas ruedan
y los años luz son luminosos,

los partidarios del asesinato
dividen el tiempo en toques de queda,

el tiempo de silencio es nuestro acantilado
más allá la Historia,
aquí,
las mantecadas de Astorga
y el beso en la nuca.

La concentración profranquista le reportó al general propietario de la casa, el caballo y la pistola, su última satisfacción triunfal y el inicio de una larga y cruel agonía. Los marroquíes lanzan la «marcha verde» hacia el Sáhara y el gobierno Arias ordenaba una inmediata evacuación del territorio y su entrega a Marruecos, en contra de los intereses y las intenciones del Frente Polisario. El horror del mundo empezaba a sernos rigurosamente contemporáneo. Ni la Triple A salvaba el gobierno de la forzadamente dimisionaria Isabelita, María Estela, malísima imitación de Eva Perón. La violencia empezaba a dejar de avanzar en espiral en el Cono Sur de América Latina. Ya estábamos frente a la violencia implacable, lineal, arrolladora del Estado ocupado por los gendarmes de la doctrina Monroe. Ya tenía nombre y apellidos la cúpula militar que en Chile, Uruguay y futuramente en Argentina iba a perpetuar la semilla del nazismo en la llamada posmodernidad. Europa husmeaba asqueada la fascistización del Cono Sur de América y, como el fariseo, daba gracias a Dios por no ser publicano o al revés.

Pasolini había dirigido una fábula sobre el fascismo, una fascinada, repito, fascinada, reflexión sobre el individualismo sin moral, sobre la maldad sin fronteras, imponiendo la crueldad y la humillación. Y como si la misma vida de Pasolini fuera

una posdata de *Saló o los 120 días de Sodoma*, el cuerpo del poeta cineasta aparecía golpeado y atropellado en un descampado de Ostia, escenario preferido de su poética de la marginación, de los límites de la conducta del hombre en los escenarios de su civilización hipócrita. Pasión, trampa y muerte de un homosexual, Pasolini fue víctima de un desajuste moral entre su cultura y la de sus asesinos, o tal vez víctima de una oscura conjura, destinada a aniquilar a un símbolo de la perpetua indagación democrática.

Parte médico habitual

Y una mañana se supo que de noche había salido el cuerpo de Franco de El Pardo en dirección a la clínica de la Paz. Franco había presidido un consejo de ministros en los inicios de la «marcha verde» con el cuerpo unido a un detector de vida y muerte. En plena sesión, Franco recibió el primer aviso; se retiró del escenario de sus más aburridas victorias y primero fue intervenido de una hemorragia en un quirófano improvisado en el regimiento de la guardia de El Pardo. Se trataba de ocultar al país la gravedad del carcomido palo de pajar que aguantaba lo que quedaba del sistema. Pero el mal crecía y la entrada de Franco en la clínica de la Paz dejó a España en duermevela durante dos semanas de noviembre, pendiente de los partes médicos habituales, donde el lenguaje científico trataba de pasteurizar el idioma de la muerte. Pasarían casi diez años hasta que las fotografías de la agonía de Franco se convirtieran en portada de *La Revista*, implacable concesión al consumo de morbosidad. Un cuerpecillo anciano atado al cielo, a la tierra, al infierno, por tubos que le metían y le sacaban vida y muerte. Director de la ceremonia de la supervivencia, el marqués de Villaverde rodeó a su suegro de un muro de silencio, mientras el país se dividía entre la congoja y el champán. Cada agudización del cuadro clínico hacía tragar saliva a los espectadores de aquel triple salto mortal condenado a la caída sin red. De todos los partes médicos, el más subversivo, el que más terriblemente sancionaba la definitiva impotencia del dictador para ocultar su horrible agonía era el que anunciaba la aparición de «… heces fecales sangrientas en forma de melena…». Ni el tremendismo del peor de los enemigos políticos de Franco habría llegado jamás a tal nivel de impiedad del lenguaje… «¡Qué duro es esto!», se dice que dijo Franco en uno de los momentos de lucidez. «Dejadle morir en paz», se dice que dijo su hija Carmen, angustiada ante aquel atrezo médico impotente para salvar la vida del anciano. Como también se decía que para Villaverde la supervivencia de Franco era un desafío personal.

La noche del 19 al 20 de noviembre, Televisión Española fue entreteniendo al personal mediante la programación de *Objetivo Birmania*, película de guerra que debía su guion a Alvah Bessie, militante de las Brigadas Internacionales que habían luchado en España contra el franquismo, posteriormente represaliado y encarcelado por el macartismo. Y cuando se acabó *Objetivo Birmania*, Televisión Española se gastó todo el material inédito de su stock, fueran reportajes sobre galápagos o sobre mariquitas de la patata y el espectador intuía que el tiempo de Franco se iba consumiendo documental a documental y más allá de la neutralidad de las imágenes zoológicas y botánicas, se esperaba de pronto la lectura del último parte médico habitual, tal vez el último parte real de la Guerra Civil. Y eran las cinco y veinticinco de la madrugada del 20 de noviembre cuando Franco dejó de vivir. Diagnósticos clínicos finales: «Enfermedad de Parkinson. Cardiopatía isquémica con infarto agudo de miocardio anteroseptal y de cara diafragmática. Úlceras digestivas agudas recidivantes con hemorragias masivas reiteradas. Peritonitis bacteriana. Fracaso renal agudo. Tromboflebitis ileofemoral izquierda. Bronconeumonía bilateral aspirativa. Choque endotóxico, parada cardiaca».

Todavía hoy cuando se releen los diagnósticos clínicos finales se teme cometer un delito de desacato a la autoridad del jefe del Estado. Aquellos partes médicos parecían octavillas redactadas por la oposición. Retengan este diagnóstico: «Fracaso renal agudo». León Herrera, ministro de Información y Turismo, leyó el último parte médico y horas después Arias Navarro, lloroso y balbuciente, recitaría ante las cámaras de televisión el testamento político de Franco, pieza reveladora de la ideología constante de Franco el Africano, que el jefe del Estado había entregado manuscrita a su hija Carmen, la persona que más quería y en la que más confiaba de este mundo. Helaba el ánimo una frase que demostraba hasta qué punto Franco podía ignorar o querer ignorar quién había sido históricamente Franco. El político implacable hasta la saña con sus enemigos escribía: «Pido perdón a todos, como de todo corazón perdono a cuantos se declararon mis enemigos sin que yo los tuviera como tales». Curioso empeño el de complicarle la vida a su excelencia por el procedimiento de declararse su enemigo, aunque él no lo tuviera como tal. «No olvidéis que los enemigos de España y los de la civilización cristiana están alerta». No. No lo olvidéis, no olvidéis nunca que no todos los enemigos de España fueron exterminados durante la Guerra Civil y la posguerra, ni siquiera con ocasión de los recientes ajusticiamientos de septiembre de 1975. El mal existe. Y el mal genera periódicamente generaciones de enemigos de España, que no siempre tienen ante sí al valladar insigne y providencial cuyo pulso no tiembla cuando suena el toque de exterminio.

La progresía del país deambulaba aquel día por las calles bajo libertad vigilada. Pelotones de *grises* con la visera calada vigilaban desde los picachos el paso de la tribu aturdida, y los guerrilleros de Cristo Rey, en sus variadas especies, exhibían su condición de guardianes del mandato franquista: todo queda atado y bien atado. Ante el cuerpo muerto de Franco desfilaban quienes le querían y quienes habían olvidado ya el comportamiento de los vencedores cuando entraron en Madrid. Y en la soledad de sus tertulias-velatorios, los progresistas del país bebían un champán que no celebraba estrictamente la muerte de Franco, sino el posible final del franquismo.

Se había producido el hecho biológico fácilmente anunciado meses atrás por Manuel Jiménez de Parga. El Príncipe dejaba de serlo para ser Rey, y en las ceremonias fúnebres, el franquismo político y social se gastaba la pólvora en salvas con sordina, aún no recuperados de la evidencia de una muerte que dejaría al descubierto la endeblez del sistema. En el Valle de los Caídos los cantos guerreros acompañaban al último representante de la esperanza fascista de los años treinta. Cuentan los cronistas que la presencia del Rey no despertó demasiados entusiasmos. Aunque el Borbón heredaba la legitimidad de la victoria en la Guerra Civil y por lo tanto el compromiso de respetar la legitimidad posfranquista, su conducta posterior era una incógnita. Sí entusiasmó en cambio, entre los delegados extranjeros, el general Pinochet, acogido al grito de: «¡Vivan los generales valientes!». Franco seguía siendo el protagonista fundamental, el sujeto de aquella escenografía que conducía al acto final de la pesada losa que le clavaba en tierra. ¡Cuántos ojos acompañaron a aquella losa, forzando su peso, y cuántos, por el contrario, trataban de impedir que consumara el entierro!

¿Dónde estaba el alma de Franco entonces? Al decir su capellán José María Bulart: «Si el Generalísimo no está en el cielo; es que el cielo está vacío». Grave afirmación, porque aunque toda la humanidad a lo largo de la Historia no mereciera el cielo, al menos Dios estaba allí desde sus orígenes y poco después creó a los ángeles, para que le ayudaran a gobernar los cielos y la tierra. Un año después de la muerte de Franco, el padre Bulart le confesaba a María Mérida (*Testigos de Franco*) que su excelencia nunca habría podido imaginar tanto cambio de chaqueta. Y don Manuel Fraga Iribarne le dice a la periodista: «Yo no soy un especialista en el tema de Franco, pero no tengo ninguna duda de que el veredicto que de él dará la Historia será favorable. Yo le he sido y le soy profundamente leal, incluso en los últimos años, en que estuve bastante apartado de él por decisión suya, y eso no ha hecho que me resintiera en

absoluto, ni ha hecho variar mi juicio, fundamentalmente positivo, sobre su gran personalidad. Y desde luego, creo que si el promedio de patriotismo y de servicio al país de los españoles se acercase al de él, nuestro país sería mucho mejor de lo que es ahora». Y ante la pregunta ¿Cómo era el Caudillo como suegro?, Villaverde contestará: «Afable y cariñoso», desmintiendo anticipadamente el testimonio en sentido contrario que aportaban las memorias póstumas de Franco Salgado-Araújo, primo y secretario del Generalísimo, y el que aportarían las originales memorias de Jimmy Giménez-Arnau, yerno del marqués. El marqués estaba muy afectado. Aún recordaban algunos la anécdota de Martínez-Bordiú pidiendo una limonada para el Príncipe en una recepción de El Pardo y ante el comentario del entonces príncipe Juan Carlos: «No, no quiero, gracias», Villaverde señalaría al duque de Cádiz, Alfonso de Borbón y Dampierre: «Me refería al príncipe Alfonso». Ahora estaba en el poder Juan Carlos y la fuerza de la familia dependía de que sobreviviera la herencia del sistema político del dictador y de la evolución del talante de la sociedad española. Aunque tímidamente, empezaba a conformarse un frente de juicios críticos públicos sobre la vida y obra de Francisco Franco Bahamonde, Caudillo de España por la Gracia de Dios. José María Gironella y Rafael Borràs reunirían un racimo de juicios en su obra *100 españoles y Franco*, obra que no tiene desperdicio, desde la cauta toma de posición de don Juan de Borbón: «El general Franco llena un largo período de nuestra historia y yo al contemplarlo prefiero limitarme a recordar piadosamente los servicios que prestó a España a lo largo de su vida», hasta la tajante respuesta de Teresa Pàmies ante el tema del carisma: «De carisma, nada. Franco no fue un personaje carismático. Miedo le tuvo todo el mundo, incluso quienes se enriquecieron adulándole». Pero la sincera escritora catalana añade: «Sólo entre las capas más humildes —y por consiguiente más atrasadas y más nobles— se le quiso de una manera simplista, primitiva y mesiánica».

¿Y Pilar Franco? ¿Y la inefable Pilar Franco? Contaba, a quien quisiera oírla, lo mal que la habían tratado durante la definitiva enfermedad de su hermano. Ni se lo dejaron ver. Y a María Mérida le dio un curioso juicio sobre el general: «Que se ha pasado la vida en una guerra continua, sin ser guerrero». En cuanto a Fernando Arrabal, fue uno de los pocos perseguidos del franquismo que no bebió champán el día de la muerte y declararía a Gironella y Borràs: «Me niego a gritar "¡Viva la Muerte!". Por ello, como escribí en *Le Monde*, no quise beber champán el día de la muerte de Franco. Este hombre que ordenó diezmar a mi familia y prohibir mi "obra" hubiera merecido, como todos los seres humanos, recibir un día la gracia y morir en paz con su conciencia…, lo que en mi modesta opinión no consiguió nunca».

10. Urgente reconsideración de los puntos cardinales

Valéry Giscard d'Estaing había reclamado en 1974 una reunión de países desarrollados y subdesarrollados para tratar los problemas de «... la inflación, el alza de los precios del petróleo y el desorden económico en general». Y en general se reunieron países ricos y pobres en París, entre el 16 y el 19 de diciembre de 1975. «El objetivo de esta reunión —dijo Giscard en el discurso inaugural— es hacer progresar la racionalización y la justicia en la economía mundial». El objetivo real era crear un escenario universal para que la opinión pública asistiera a la representación del gran espectáculo de la reconsideración de los puntos cardinales. El norte o la riqueza. El sur o la pobreza. Bajo la capa pluvial del lenguaje que aludía a un supuesto Nuevo Orden Económico Internacional o Transnacional, las grandes potencias actuaban en el escenario en busca del final feliz, ese final en el que todos son buenos, altos, ricos y rubios, pero en la trastienda empezaba a ponerse en marcha la estrategia que acentuaría la relación económica desigual dentro del sistema capitalista y que devolvería a los países productores de petróleo su osadía alcista como un boomerang.

Los comentaristas económicos hablaban entonces de una «... nueva correlación de fuerzas» y los teóricos del marxismo económico más marxista, Sweezy, Bettelheim o Mandel, se referían al capitalismo como si fuese una breva tan madura que estaba a punto de caer en una nueva crisis de superproducción equivalente a la de 1939. ¿Estaba el mundo maduro, pues, para otra crisis de «resituación» como la que habían representado los fascismos de entreguerras, el New Deal y la mismísima Segunda Guerra Mundial? Los centros de pensamiento y poder del capitalismo consideraban que las circunstancias de interdependencia internacional habían cambiado y la capacidad de integración del Estado asistencial aún podía utilizarse para paliar la crisis económica y social mediante la austeridad y el miedo.

Mientras tanto, el cuadro económico y social que Rodolfo Martín Villa se hacía de España le llevaba a consecuencias menos catastrofistas y a la conclusión de que España estaba madura para la democracia: «... la sociedad española había cambiado de una manera profunda en una dirección que exigía el corolario de la

democratización, como vienen a demostrar los principales indicadores sociodemográficos. En 1975 nuestra renta per cápita, en pesetas constantes de 1970, era de 82.662, frente a las 31.129 de 1960, lo que en dólares nos situaba casi al mismo nivel que Italia, por poner un solo ejemplo. La distribución de la población activa española había conseguido instalarse en niveles europeos. En 1975 la agricultura representaba un 25 por ciento, la industria un 33 por ciento y los servicios un 42 por ciento, cuando en 1960 la agricultura suponía nada menos que un 40 por ciento, la industria un 29 por ciento y los servicios sólo alcanzaban el 27 por ciento». Esta y otras consideraciones recogidas en *Al servicio del Estado*, uno de los más suficientes estudios sobre la transición, fueron las que llevaron a don Rodolfo de ser el león del SEU a comienzos de los sesenta a ser un joven ministro de Relaciones Sindicales en el primer gobierno posfranquista de Arias, en el que jugó un papel decisivo para abrir las vías a la democracia desde la legitimidad franquista. Es decir, Martín Villa, y unos cuantos más, se habían dado cuenta del desfase entre el aparato franquista y la sociedad real, pero aún consiguieron superar su reducidísimo sentido del ridículo para colaborar con un gobierno que pasará a la Historia por sus insuficiencias e indecisiones. En vano el cardenal Tarancón, en su sermón tras la proclamación del Rey, reclamó la necesidad de una apertura con todas sus consecuencias, como única garantía de la continuidad de la corona y de la posible convivencia democrática. Se había olvidado las gafas aquel día el cardenal Tarancón, pero parecía leer por encima de ellas o tal vez conservaba un tic residual de pasadas épocas, en las que debía recurrir a la piedad de la doble mirada sobre una triple realidad.

Poca imaginación liberal

Don Carlos Arias Navarro no tenía ni idea de quién era Lionel Trilling. La muerte del lúcido autor de *La imaginación liberal* y de *A la mitad del camino*, ocurrida en diciembre de 1975, sólo fue una señal importante para el rojerío liberalizado español que había aprendido en Trilling el talante de la *liberalidad*, así en la crítica de la cultura, como en el análisis de la conciencia de la izquierda de su espléndida novela *A la mitad del camino*. Se empieza no leyendo a Trilling y se acaba haciéndose uno un lío, como el que se hizo Arias Navarro, que se guardaba los berrinches en las bolsas oculares y ya no imponía respeto con aquellos ojitos fijos y severos de *Carnicerito de Málaga*. La dinámica del nuevo gabinete, primer gobierno del Rey, parecían llevarla Fraga, Areilza y Garrigues, pero Adolfo Suárez y Martín Villa coincidirían años después en señalar que Areilza casi se limitó a viajar por el extranjero en una situación de

absoluto aislamiento internacional, que Fraga rugió y tronó pero no consiguió llevarse la reforma al huerto y el exquisito Garrigues era demasiado elegante para desmontar el correoso poder judicial de la dictadura. Desde la perspectiva Fraga, Martín Villa y Suárez eran dos jóvenes azules ambiciosos que boicotearon su reforma porque ellos ya tenían otra de recambio.

Por su parte, la única oposición de masas que inquietaba al régimen, los comunistas, habían celebrado en Roma, en diciembre, el homenaje a Dolores Ibárruri con motivo de su ochenta aniversario y sentaban a la mesa presidencial a Berlinguer, naturalmente, y a Nenni y al comandante Carlos de las Brigadas Internacionales, pero también a Calvo Serer, en otro tiempo teórico de una *España sin problema*, marcaje al hombre de don Pedro Laín Entralgo, autor de *España como problema*. Entre ellos se lo guisan y se lo comen, pensó la izquierda española cuando en los años cincuenta don Pedro y don Rafael se tiraban los trastos de la tradición por la cabeza. Pero las cosas habían cambiado, no me atrevo a decir que esencialmente, pero sí casi radicalmente. No sólo Calvo Serer homenajeaba a la Pasionaria, sino que don Pedro Laín Entralgo publicaría en 1976 *Descargo de conciencia (1930-1960)*, primera entrega de unas posibles memorias que recogían lo sustancial de su evolución política, desde la teorización del franquismo a la inclinación de la noble cabeza ante la marcha triunfal de la democracia.

Tiempo de reconsideración de los puntos cardinales, sin duda. El que menos se orientaba era el pobre don Carlos y avala científicamente esta impresión externa Federico Ysart, testigo excepcional del futuro suarismo, que en *Quién hizo el cambio* habla de una muy particular desconexión del gobierno en su conjunto de su presidente. Deja Ysart a don Carlos visto para sentencia de esta durísima manera: «Carlos Arias, sesenta y siete años, era un personaje. Tal vez su mala fortuna residió en la carencia de autor. Dos años antes había interpretado fresca e ilusionadamente el discurso de un 12 de febrero, escrito por Gaby Cisneros, un colaborador en el gabinete del ministro Carro Martínez, personalidad esta opaca, pero no exenta de virtudes políticas como habría de demostrar después desde su escaño de oposición dentro de Coalición Democrática. Entonces, en aquel lejano 12 de febrero de 1974, trató de dar sentido a la frase con que Franco, poco antes, había sentenciado su responso por el colaborador más cercano que tuvo nunca, el almirante Carrero: “No hay mal que por bien no venga”. Aquel Arias iba a ser el mismo que a finales de noviembre de 1975 enlazaba con la tradición lacrimógena de una parte no desdeñable de la escena española popular, para dar cuenta del testamento político del Caudillo recién muerto».

En las Cortes franquistas de 1976, Arias pronunció un discurso incongruente,

inseguro, cuando anunciaba libertades y firme cuando amenazaba con represiones. El estilo le traicionaba. Arias no se daba cuenta de lo que significaban manifestaciones populares como las que respaldaron los recitales de Raimon en Barcelona, Franco de cuerpo agonizante, o las de Llach y Pi de la Serra en el mismo escenario, a comienzos de 1976, a poca distancia del estallido de las manifestaciones barcelonesas del 1 y 8 de febrero, convocadas por la clandestina Assemblea de Catalunya y que fueron, según *Le Monde*, el «desafío catalán» al régimen que trataba de sucederse a sí mismo, y según la BBC: «Los más importantes acontecimientos políticos oposicionistas ocurridos en España desde el fin de la Guerra Civil». El brazo incorrupto de santa Teresa, que había señalado la buena estrella de Franco, había abandonado a su albacea político.

El Palmar de Troya y otras religiones

Suele suceder que en tiempos de presentidas apocalipsis, vuelva el hombre su ánimo en suspenso hacia necesarias fuerzas sobrenaturales que le consuelen o que le ayuden a salir de tan humana postración. El espectro de la pobreza y de la guerra había resucitado a Cristo hasta en el rock y en el *music-hall* de Broadway y puesto en marcha un mercado mundial de sectas religiosas, generalmente orientalizantes, que saquearon a las mejores familias de sus hijos más perplejos, convocados por una espiritualidad que ya no daban ni la familia, ni el sindicato, ni el municipio, así en la tierra como en el cielo. La orientalización de Occidente circuló por distintos caminos de espiritualidad, pero tuvo su expresión más sintética y lucrativa en la secta Moon, que en 1976, con motivo del bicentenario de la independencia de Estados Unidos, celebró en el Yankee Stadium de Nueva York una reunión orante de 40.000 participantes. Como la Historia no ha pasado en vano y mucho es el materialismo que impregna los afanes más espirituales, las modernas sectas, salvo contadas excepciones depauperadas, tienden a convertirse en poderosas corporaciones económicas que apuntalan en la tierra su torre de espiritualidad hacia las estrellas.

El fundador de la secta Moon, también llamado el *Mesías* y *el Señor de la segunda Venida*, fue un coreano que desde los dieciséis años de edad había sido llamado por Cristo para continuar su obra, al parecer interrumpida. La revelación divina la puso por escrito mister Moon en *Principios divinos* y *Cristianismo en crisis*, *nueva esperanza*. Mal interpretado por sus paisanos de Corea del Norte, Moon pasó por una checa comunista y por un campo de concentración del que le liberaron los norteamericanos en 1950. Se trasladó a Estados Unidos y desde allí fundó la Federación Internacional

para la Victoria sobre el Comunismo, una de las actividades de la secta que en 1975 se extendía por sesenta países, agrupaba a dos millones de fieles y producía al reverendo Moon unos beneficios anuales de seis millones de dólares y un patrimonio personal de quince millones, bien invertidos en poderosas empresas norteamericanas.

No podía España permanecer inalterable ante esta propuesta coreana de síntesis entre orientalismo y cristianismo, y la contundente respuesta se fraguó en El Palmar de Troya, concretamente en la finca «La Alcaparrosa», famosa al parecer por sus alcaparras y alcaparrones, dentro del municipio de Utrera, en Sevilla. Retengan el nombre de esta provincia que tan fecunda va a revelarse como productora de alternativas de poder.

La aparición de la Virgen en «La Alcaparrosa», en 1968, a tres niñas, fue analizada por don Clemente Domínguez y su profeta, Manuel Alonso Corral, como un signo de la dura crítica del cielo contra el abandonismo aportado a la cristiandad por el Concilio Vaticano II. Empezó a tener visiones don Clemente cuando aún iba vestido de paisano y estigmas sangrientos colocaban en trance al beaterío peregrino a El Palmar de Troya. Comenzó a ejercer Domínguez de cura, confesando, comulgando y aun haciendo milagros que le dieron pingües beneficios y no otras preocupaciones que las descalificaciones del cardenal de Sevilla, indignado por aquella farsa y la capacidad de intrusismo espiritual de Clemente. No contento con el ejercicio de un oficio que no era el suyo, Clemente Domínguez se apropia de la investidura religiosa y se hace ordenar presbítero por el obispo exiliado de Indochina, Martin Ngo-Dinh Thuc, junto a unos cuantos apóstoles con los que constituiría la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz. Con ambición de antipapa, Clemente construyó un sólido y rico convento y extendió su secta frente a la autoridad de Pablo VI, al que acusaba de estar drogado por los comunistas y masones. No necesitaba más la extrema derecha para tomarse en serio a Clemente y sumarle como obispo preferido junto al antiguo arzobispo de Dakar, monseñor Lefebvre, que lleva de coronilla al Vaticano, porque acusa a algunos cardenales de ser miembros de la francmasonería.

Extraño país en el que mientras Martín Villa le sacaba las cuentas a la modernidad económico-demográfica, daba a luz antipapas partidarios del antiguo lema: «Por el Imperio hacia Dios».

Cantar de ciegos

Se quedaría ciego Clemente, consecuencia de un accidente de automóvil, en el transcurso de 1976, por otra parte su año triunfal. Los analistas trataban de

explicarse la proliferación de religiosidades aberrantes y llegaban al nudo gordiano de toda la crisis de la modernidad: la pérdida de las viejas legitimidades, la relativización de todo lo divino y humano. Relativización e ilegitimidad consecuente de valores y modelos que demuestran el importante contenido religioso que aún hay en la pretensión contemporánea de certeza. Ha bastado la relativización de la creencia para que creer parezca o sea inútil.

El mundo civilizado cantaba las canciones de Abba en familia, las de Elton John en las discotecas y las de los primeros conjuntos punk en el subsuelo de una sociedad acobardada. Los buscadores de Adán y Eva para todo lo que existe reconocen que la ética y estética punk se fragua en 1976, pero que viene de lejos, de muy lejos, nada más y nada menos que de los beatniks y de los jóvenes primero airados porque eran los vencidos vencedores de la Segunda Guerra Mundial y ahora igualmente airados porque les legaban un mundo sin horizontes. Los Sex Pistols aún tardarían un año en estrenar su *God Save the Queen*, declaración de motivos y principios punk:

Dios salve a la reina,
su régimen fascista hizo de ti un desgraciado,
una bomba H en potencia.
Dios salve a la reina, no es un ser humano
y no hay futuro para el sueño de Inglaterra.
Donde no hay futuro no puede haber pecado.
Nosotros somos las flores del vertedero de basura.
Nosotros somos el veneno en su maquinaria humana.
No hay futuro para ti.
No hay futuro para mí.

Se clavan un imperdible junto a la comisura de los labios o se cuelgan feroces pendientes alámbricos de los lóbulos de las orejas, sin distinción de sexos. Son sus joyas. Se erizan los cabellos y los pintan de colores pasteleros, de irreales colores de fiesta hipócrita, y mantienen impasible el ademán de animalitos feroces, terco el morro y en los ojos, vacíos de proyectos, hay una amenaza de agresión. Así se disfrazan los jóvenes de punk, como exagera el pelaje el perro cuando quiere asustar o el puerco espín las púas. Asustan los punk, pero están controlados. De vez en cuando se rompen la cara entre sí o se la rompen a alguien, pero jamás serán peligrosos para un sistema del que sólo pueden conquistar las almenas del *hit parade*. El rock ya no es un movimiento de contestación moral y estético, sino una moda que se sucede a sí misma y el punk será un cambio morfológico dentro de una misma

secuencia, aunque los tratadistas se hayan empeñado en verlo como un movimiento de defensa ante la desesperanza de la crisis total y no como una conciencia de consumo en evolución natural desde el pop y el rock.

Tal vez los punkeros renunciaban a reconsiderar los puntos cardinales y se limitaban a despreciarlos. Cuando aparecieron los primeros conjuntos punk, padecieron el veto de la industria discográfica, pero ya un año después el punk vendía y el punk penetraba en la industria. Casi diez años más tarde, el movimiento puede sancionarse como una moda que entregó la cruz gamada a la expresión de la protesta y contribuyó a la ceremonia de la confusión. En cuanto a España, aún estaba lejos de estos avernos. Aún necesitaba creer en la reforma o la ruptura, y las masas iban tras Raimon, Llach o Pi de la Serra, Maria del Mar Bonet, los cantautores de la *nova cançó;* o comulgaban con las intencionadas canciones de Aute, Luis Pastor, Elisa Serna, Rosa León, o discutían la nueva moralidad de Mari Trini o se sorprendían ante la tolerancia que permitía el *Libertad sin ira* de Jarcha…, «si no la ha habido, la habrá», prometían los de Jarcha la Libertad, y sin ira, tal vez eran profetas mágicos de la reforma en unos tiempos que aún parecían de ruptura. Y en cuanto a la música, sin un Juan el Bautista hispánico todavía como Alfonso Guerra, Karlheinz Stockhausen aprovechaba 1976 para aportar su experimentalismo al territorio del rock con el LP *Ceylon / Bird of Passage.* Fue una única aproximación. Luego Stockhausen volvería al dodecafonismo y al vanguardismo sónico, dejando la frontera entre música culta y música pop a personajes con tanto futuro como Vangelis, Vangelis Papathanassiou, teclista famoso de los conjuntos rockeros de la segunda parte de los sesenta, que se estableció por su cuenta y en 1976 grabó *Albedo 0.39*, a cinco años de distancia de *Carros de fuego.*

Hoy tengo ganas de ti, cantaba Miguel Gallardo en la España de 1976, rodeado de resurrecciones de *La Internacional*, *Els segadors*, *Gernikako Arbola* y el *Himno de los gudaris vascos.* Y es que todo se politizaba por momentos. No se tenía tiempo de subir al tren de la Historia realmente contemporánea, pendientes todas las energías de resituar el país, al menos, entre los puntos cardinales de una convivencia democrática. *Los puntos cardinales que crucifican el mundo*, según Francis Jammes. Criaturas de un sol más desorientado que nunca en 1976, cuando se le empieza a ordeñar sistemáticamente para que suelte la energía barata de sus ubres, apenas por explotar. Y los más viejos de cualquier lugar se asombran cuando ven que el sol puede mover máquinas por sí solo, y a través del uso de células fotovoltaicas permitir que su energía se transforme directamente en energía eléctrica. Lo escribió un científico en aquellas fechas: «En un futuro no muy lejano se podrán cubrir con esta energía las necesidades energéticas de la humanidad, la superficie terrestre necesaria para

suministrar energía será una pequeña parte de la que se precisa para fines agrícolas, con la ventaja de que las más adecuadas para captar energía solar (desiertos y tejados) son las menos aptas para los otros usos». Del sol, como del cerdo, se podía aprovechar todo.

II. El «tapado»

El Rey de España dijo: «*El sentiment català per la llibertat és llegendari i sovint heroic*». Lugar donde se produjo el milagro: el salón del Tinell, emplazado en el Barrio Gótico de Barcelona. Ocasión: la primera visita de Juan Carlos I a Cataluña como Rey de España. Oportunidad: el clima de entusiasmo civil fruto de las triunfantes manifestaciones de febrero y la creciente ola de protagonismo de las masas en la exigencia de las libertades democráticas, concretadas en el eslogan de la Assemblea de Catalunya: «*Llibertat*, *amnistia i estatut d'autonomia*». El Rey pronunció parte de su discurso en catalán, y la frase concretamente citada era de Espriu. Se reconocía así una tradición cultural e, implícitamente, un presente combativo que la cita de Espriu expresaba suficientemente: «El sentimiento catalán por la libertad es legendario y a menudo heroico». En el polo opuesto de esta actitud real estaba la cada día más firme toma de posición de los grupos ultras, que ante las vacilaciones de Arias y el protagonismo de la calle reforzaban sus organizaciones paramilitares y los nexos que les unían con parte de las fuerzas del orden público. José Antonio Girón de Velasco se preguntaba en *Reflexiones sobre España*: «¿Qué sucede en España? Para mí, que no suelo andarme con rodeos a la hora de los dictámenes, el desajuste tiene una explicación inmediata: el sistema ha perdido nervio y pulso, y la marcha de la revolución nacional, tan decidida y rigurosa en las dos décadas inmediatas a la contienda civil, ha sido neutralizada, en parte muy sensible por las fuerzas, casi siempre ocultas, de la oligarquía apátrida y egoísta. Frente a esa realidad tajante, la omnipotente plutocracia ha puesto en circulación el sortilegio decimonónico de las libertades formales —¡todo un avance!— para acallar las exigencias reales —y en algunos casos primarias— de nuestro pueblo. Es esa oligarquía la que ha puesto en órbita, frente a la evolución sin trauma del régimen, la urgente necesidad de la reconciliación. Esa reconciliación tiene, como preámbulo inmediato, un magnicidio y una masacre de inocentes en la Puerta del Sol de Madrid, sin que entre uno y otro acontecimiento haya transcurrido un año». Volvía el llamado *León de Fuengirola* a insistir en la revolución aplazada que estaba por encima de las libertades formales, y

don Carlos Arias seguía entre la pared de personajes como Girón y el protagonismo de la calle, evidente, aunque Fraga, ministro de la Gobernación, insistiera en que «la calle es mía», frase que se le atribuye aunque él la rechaza aislada, fuera de contexto. La etapa de Fraga al frente del ministerio fue calificada por Emilio Attard como una combinación de «diálogo y porrazos». Y ocurrió lo que tenía que ocurrir: a las cinco en punto de la tarde, la hora en que empiezan las corridas en España, un día de marzo, en Vitoria. La lucha obrera había sido duramente reprimida por las fuerzas del orden público, pero aquella tarde, desbordados los efectivos de la Policía, sustituyeron las balas de goma y los gases lacrimógenos por balas de verdad contra los 5.000 manifestantes que habían acudido a la iglesia de San Francisco de Asís, en el barrio de Zaramaga. Francisco Aznar, 17 años; Pedro María Martínez Ocio, 37; Romualdo Barroso Chaparro, 19, fueron los tres muertos *in situ*, pero dos manifestantes más morirían horas después como consecuencia de las heridas, y aquellos cinco cadáveres dejaron estupefacto a un país que trataba de abarcar la falta de correlación entre los cambios evidentes y las cargas de fusilería contra los manifestantes de la libertad. Fraga no estaba en España y sus propagandistas han tratado de cargar la responsabilidad de los muertos de Vitoria al ministro de Gobernación en funciones, Adolfo Suárez. Martín Villa exculparía totalmente años después al duque de Suárez. Los traspasos de competencias coyunturales eran formales y el aparato del ministerio funcionaba implacablemente con o sin Fraga, con o sin Suárez. Los muertos de Vitoria eran víctimas de una mentalidad represiva fascista, aunque Fraga, a su vuelta, en la misma Vitoria, después de haber sido increpado y casi zarandeado por familiares de los heridos y los muertos, dijo: «Pero yo, desde luego, no estoy dispuesto a pasar por que ahora nos digan "ustedes tienen la culpa". La tenemos todos».

Ecos de sociedad

Por entonces llegó Solzhenitsyn a España, a participar en el programa televisivo de más éxito, dirigido por Íñigo. Un programa que sirvió para que el escritor ruso hiciera la propaganda de lo buena que era la libertad de una España ensangrentada por lo de Vitoria y en pleno tardofranquismo, o para que Palomo Linares y Paco Camino llegaran a las manos casi en presencia de las cámaras. También para que cualquier ciudadano español demostrara las más extrañas habilidades, como llenarse el cuerpo de sanguijuelas o interpretar un pasodoble sin otra ayuda que los nudillos y una puerta. También llegó a nuestras costas Raquel Welch, de apellido Tejada cuando

era chicana; pero su impacto no excitó a los caníbales del país tanto como aquellos escotes televisivos de la Jurado que habían estado a punto de provocar otro 18 de julio.

Y entre el Nobel ruso y la vamp norteamericana se entreabría la portezuela para exiliados y se presentaron en Madrid Claudio Sánchez-Albornoz y Salvador de Madariaga, el ilustre historiador y el no menos ilustre sabelotodo sobre el ser y no ser, estar y no estar de los españoles en el mundo. Eran viajes de ida y vuelta. Madariaga moriría poco después de haber consolidado la monarquía y don Claudio volvería a Argentina, porque allí se ganaba la vida y aquí no le daban ni para morirse en paz. Tal vez porque el país tenía conciencia de escasez, tanta que Villar Mir, ministro de las economías varias, acusó al populacho de consumir demasiado, de estar mal acostumbrado por el consumismo de los años sesenta, y propuso comer menos carne y más garbanzos. Es decir, el iniciador del protagonismo del garbanzo en las propuestas de la futura democracia española no fue Fraga Iribarne, sino Villar Mir.

Faltaban ojos para ver tantas cosas. Nunca la vida contemporánea española ha estado tan cerca a la vez de la tragedia y la comedia. Imagen de esa ambigüedad es la historia del pleito que se tenían ante tribunales franceses el escritor, actor y marqués en el exilio José Luis de Vilallonga y el marqués de Villaverde. Con un desenfado que sólo puede permitirse un aristócrata de izquierdas capaz de escribir *Gold Gotha* o *La nostalgia es un error*, Vilallonga había arremetido contra el marqués en un retrato que anticipaba el que años después le haría su propio yerno, Jimmy Giménez-Arnau. La querella del marqués contra el artículo publicado en *Lui* dio pie a que el juez francés encargado del caso se pronunciara con el veredicto más cómico de toda la historia de los veredictos cómicos. José Luis Vilallonga fue condenado a pagarle a Villaverde nada más y nada menos que... un franco. Naturalmente con minúscula.

Vilallonga también estaba en la Junta Democrática de Carrillo. Por entonces la posición de socialistas y comunistas ante la transición protagonizada por Arias y el Rey era muy crítica. Reciente estaba el discurso de Carrillo en Roma en el que descalificó desdeñosamente al Rey de España, descalificación en italiano que dio pie a un lapsus jocoso, aunque amablemente acogido por los asistentes italianos al acto de homenaje a la Ibárruri. Carrillo quiso hablar del *regno* de España y dijo el *rogno*, palabra malsonante y de peor ver, que tal vez traducía sus secretas convicciones. Pero tal desbarajuste había en España entre la realidad y el deseo, el poder y la gloria, lo oficial y lo real que la imagen de Carrillo empezó a aparecer en la prensa, y tuvo especialmente éxito la que le reproducía en un retrato de familia como secretario general, destinada a demostrar que también familia que milita unida permanece

unida. En el país, los progres se pasaban de mano en mano un libro de Régis Debray y Max Gallo basado en una entrevista con Carrillo, *Demain l'Espagne*, puesta al día, por otros procedimientos, de la antigua obra de don Santiago *Después de Franco, ¿qué?* En cuanto a los socialistas, ya eran los suficientes como para planear un congreso en el interior y alentar el que Nicolás Redondo gestionaba para la UGT.

Pero no politicemos los ecos de sociedad. Wilson dejó de ser jefe de los laboristas y de Gobierno. Mal augurio para el esplendor de la democracia y la cultura inglesa, que en los años sesenta había hegemonizado la cultura de consumo mundial mediante aportaciones tan diversas como los Beatles o Mary Quant, inventora de la minifalda. Con la caída de Wilson caía también aquella foto histórica del candidato laborista flanqueado por los más poderosos aliados electorales del mundo: los Beatles. Desaparecía Londres como capital cultural europea de los sesenta, como se debilitaba al otro lado del Atlántico la capitalidad contracultural de San Francisco y crecían aún más los rascacielos de Nueva York, expresión misma de una cultura de supermercado en la que todo está permitido. Por lo que respecta a Francia, en las más bajas horas de su cultura, la única noticia culturalmente apreciable fue la decidida toma de partido de Brigitte Bardot en favor de las focas.

Los claveles se vuelven rosas

No quisiera dejar en el olvido el eco de sociedad más notable del año de gracia de 1976. En el pueblo de Mendavia, de La Rioja navarra, Pilar Ramos Ortega, de veinticuatro años de edad, le dijo no al pie del altar a su presunto futuro esposo, Pedro Arjona García, el Motos, obrero agrícola de origen granadino, de cuarenta años de edad, amigo de la jarana y el vino, según los cronistas contemporáneos. Primero dijo un sí suave la novia, seguido de un no más rotundo, y cuando el cura le instó a que se aclarase, el «no» fue de campeonato de oradores.

No fue una noticia de primera página. En Portugal tal vez ocurrían cosas más importantes; por ejemplo, que arrinconados los grandes protagonistas de la revolución, Otelo, Gonçalves, Rosa Coutinho, Melo..., la Alianza Atlántica impulsaba una salida moderada encabezada por Mário Soares, y esa salida necesitaba un presidente de la República que no fuera el tolerante Costa Gomes, demasiado condescendiente con los radicales. Aparece entonces la figura de Ramalho Eanes, general no directamente implicado en la revolución de los claveles, acogido con suspicacias por los demócratas, aunque con el tiempo demostraría no estar más a la derecha que Mario Soares, estrella civil ascendente, que heredó las

consecuencias de las sucesivas crisis y no supo qué hacer con ellas. En Argentina los militares daban un golpe definitivo y el mundo entero supo por primera vez quiénes eran Videla o Massera. «Agotadas todas las instancias del mecanismo constitucional, superada la posibilidad de rectificaciones dentro del marco de las instituciones y demostrada de forma irrefutable la imposibilidad de recuperación del proceso por las vías naturales, llega a su término una situación que agravia a la nación y compromete el futuro». Retengan la palabra proceso. *El Proceso* sería el nombre eufemístico que las juntas militares darían a su gestión histórica, y el nombre llegaría intacto hasta la caída de la dictadura y el desvelamiento de crueldades sólo comparables, con posterioridad al nazismo, al ajuste de cuentas de los jemeres rojos cuando vencieron en Camboya. Pero no llegaron los militares al poder porque sí, aunque de antiguo les venía la tentación golpista y sólo habían permitido dos años de gobiernos civiles. La sensación de desconcierto y desintegración política y social propició una conciencia golpista en la sociedad, fomentada por el toma y daca entre la guerrilla montonera y las fuerzas paramilitares de la Triple A. Aunque se dijera que «... la calle era golpista y los militares no querían serlo», lo cierto es que parte de la calle era golpista y parte de los militares aprovechó la ocasión.

Como la aprovecharon en Uruguay para dejar de lado a Bordaberry, su compañero de viaje, el hombre que metió el caballo de Troya en Montevideo, y se iniciaba así otro régimen de cinismo y horror suficientemente plasmado en el hecho de que la más cruel de las prisiones políticas se llamara «Libertad». El Departamento de Estado ultimaba el *happy end* dictatorial para el Cono Sur de América Latina: Brasil, Chile, Argentina, Uruguay, por orden de aparición escénica. Con el neoliberalismo de Friedman en una mano y la CIA en la otra, Estados Unidos se preparaba para dar una respuesta a la crisis de valores y jerarquías de la posmodernidad. Crisis de valores que alcanza incluso a las conductas privadas de algunos políticos, como el liberal inglés Thorpe, acusado no sólo de ser maricón, sino también de intentar asesinar a un examante maravilloso porque le hacía extorsión. De Europa había que proteger su blando bajo vientre de una Grecia a punto de Karamanlís, de una España mal dirigida hacia no se sabía dónde, de una Italia en la que Aldo Moro empezaba a predicar la imprescindible necesidad de aceptar la propuesta berlingueriana del *compromiso histórico* para modernizar el Estado y moralizar la vida civil. Con esta propuesta Aldo Moro empezaba a escribir la crónica de su muerte anunciada.

Y Líbano se libanizaba y España se retiraba definitivamente del Sáhara y Estados Unidos seguía celebrando el bicentenario de su independencia, de la aparición del primer Estado demócrata, en el sentido moderno de la locución. Don Carlos Arias

Navarro invitaba a cenar al equipo ministerial de los sindicalistas de su gobierno, Salís y Martín Villa, que le expusieron la necesidad de afrontar nuevos tiempos sindicales y el desafío de la convocatoria del 30.° Congreso de la UGT. Escribe Martín Villa: «Tengo que revelar que ninguno de los que asistió a la cena puede recordar hoy qué fue lo que el presidente nos dijo. Se limitó a escucharnos con esa leve actitud de educada incomodidad e impaciencia que le caracterizaba y no quiso o no supo decirnos "esta boca es mía", algo que nos confortara o que nos sugiriera un cambio de rumbo». Arias preguntó cómo iba el conflicto de Hunosa y «... dejó entrever su criterio de que la manipulación a que estaban sometidos los obreros por el comunismo era un obstáculo para la liberalización».

La muerte no fue en Venecia

Y de nuevo la muerte esencialmente obscena y reaccionaria estalló salvajemente en Montejurra, pero, a diferencia de Vitoria, no se trataba en este caso de una reacción de mentalidad fascista calentada por el pánico o por el odio. Lo de Montejurra tuvo características de provocación programada por servicios paralegales, paralelos, perpendiculares, oblicuos u opuestos por el vértice. La intervención en los hechos de Stefano delle Chiaie, uno de los líderes de las tramas negras internacionales, y lo bien que se salió judicialmente el hombre de la gabardina, José Luis Marín García-Verde, inmortalizado fotográficamente al lado del pretendiente carlista ultra Sixto de Borbón-Parma, avala la tesis de una predisposición desestabilizadora, escenificada en la concentración tradicional del carlismo dividido entre el carlismo-leninismo de Carlos Hugo y el carlismo-fascista de su hermano Sixto de Borbón. Había que frenar la euforia de la izquierda ante la rápida liberación de los juntistas democráticos Bardem, Triana o Tamames, o la sensación de impotencia que respaldaba la prohibición de Fraga a que Raimon cantara en Madrid, o la irreversible manifestación que había representado el Festival de la Canción de los Pueblos Ibéricos. Aniano Jiménez, militante carlista, fue abatido a quemarropa por el hombre de la gabardina y el estellés García Pellejero caería poco después bajo las ráfagas de ametralladoras sin apellidos aparentes. Resonaba la premonitoria letanía de Machado: «¿Quién llama, di? / ¿Se ahorca a un inocente / en esta casa? Aquí / se ahorca, simplemente».

Años de muertes mitológicas. Chu En-lai precedió a Mao, mas no adelantemos sombras chinescas. El mariscal Montgomery, el vencedor de Rommel, se moría de viejo, y de vejez también se cerraba el último ojo que le quedaba a uno de los hombres

de mirada más personal de este siglo, Fritz Lang. Pero la muerte estética más sonada, con más atrezo y acompañamiento coral fue la de Luchino Visconti. No fue la muerte en Venecia, como se merecía, aunque sí se prestó a concordancia con la vida, obra y muerte del gran escenificador del cine el que 1976 fuera el año de *El imperio de los sentidos*, de Oshima, demostración misma de que la relación entre Eros y Thanatos no respeta fronteras. Visconti murió en Roma como emperador del Imperio Cinematográfico de Occidente, no en balde su árbol genealógico se remontaba a Carlomagno y heredaba el linaje de los Visconti medievales y renacentistas que habían disputado a los Sforza la hegemonía de Milán. Hijo de una familia que regentaba la Scala, Visconti aprendió cine de la mano de Jean Renoir y tuvo una dilatada experiencia como creador cinematográfico, al servicio de un *senso* peculiar, en el que trataba de hacer sus tesis de sensaciones, sentimientos e historicidad. Corresponsable del neorrealismo, no abrió puertas al cine del futuro como Rossellini, pero sí dejó películas para el cine de siempre y su muerte fue llorada con lágrimas de cristal veneciano, recogidas por pañuelos de encaje flamenco. Antes de morir contribuyó a divulgar la obra de Mahler, mucho antes de que este empeño pasara a manos de Alfonso Guerra.

También moría Sal Mineo, tras haber sobrevivido casi inútilmente al James Dean de *Rebelde sin causa* en un universo que estrenaba mercado mundial de cultura rock, de cultura de la rebeldía comercializada. *Billboard*, *Cash Box*, *Rolling Stones* eran publicaciones que marcaban la conducta de la vanguardia hegemónica de lo juvenícola, mientras don Carlos Arias Navarro se presentaba ante las cámaras de televisión para decirle al país que todo estaba atado y bien atado, que si la subversión, que si patatín que si patatán, que sin prisas pero sin pausas. Había aparecido *Avui*, primer diario en lengua catalana de la posguerra, y *El País*, diario que contaba entre sus accionistas a Tamames y a Fraga y que tenía como promotores visibles a Ortega Spottorno y Jesús Polanco; el primero, de la saga de los Ortega y Gasset, y el segundo, propietario de poderosas empresas editoriales de libros de enseñanza y de una tan selectiva *maison éditrice* (las delicadezas del espíritu hay que decirlas en francés) como Taurus. Dirigía el invento Juan Luis Cebrián, afiliado a la subdirección o dirección de medios de comunicación desde su más tierna infancia.

Tuvo tiempo *El País* de jugar sus cartas, aparentemente areilzistas, en la caída de Arias. El Rey se despachó con unas declaraciones a *Newsweek* que descalificaban a su propio jefe de Gobierno. Arias presentó su dimisión y se puso en marcha la liturgia franquista del Consejo del Reino proponiendo al Rey una terna de candidatos. Pero digamos que mientras tanto el Rey había colocado al frente del Consejo del Reino al que era presidente de las Cortes, Torcuato Fernández-Miranda, y que don Torcuato

sabía qué candidato quería el Rey y consiguió que en la terna figurara el «tapado» de la monarquía. Ricardo de la Cierva, en sus apostillas a las *Crónicas de la confusión*, dice sobre el primer gobierno de la monarquía que presidió Arias: «La presidencia de este gobierno era un centro de cortocircuitos. Don Carlos Arias, antaño blanco de las iras del búnker, se convirtió durante la fase real de su mandato en el máximo aliado del búnker. Su segunda etapa fue evidentemente el error de Arias, lo mismo que la primera pero más visible».

Juicio justo y ponderado que hace sorprendente la comprometida exclamación de don Ricardo cuando supo el nombre del «tapado»: «¡Qué error, qué inmenso error!».

El imperio de los sentidos. Contumaces tiempos en que las Cortes franquistas se hacían el harakiri, y ahora se lo hacía el Consejo del Reino, dirigido diabólicamente por *Mephisto* Fernández-Miranda.

El «tapado» era Adolfo Suárez, personaje que se merece un capítulo entero, así en la tierra como en el cielo, y que dejó pálido de asombro al conde de Motrico y de ira contenida a Fraga Iribarne. «Han pasado por encima de los hombres de nuestra generación», se quejó Fraga a Martín Villa. Los hombres de su generación, aquella generación no combatiente que estrenó lucha por la vida al tiempo que en los escaparates del imperio aparecía *La familia de Pascual Duarte*, de Camilo José Cela. La película del mismo título e inspiración de Ricardo Franco proporcionó a su actor principal, José Luis Gómez, el premio de interpretación en el festival de Cannes. En el mismo palmarés constaba un premio especial del jurado a *Cría cuervos*, de Carlos Saura.

«Cría cuervos», pensarían meses después Girón y el propio Fernández-Miranda al ver cómo las gastaba políticamente el «tapado».

12. Teoría del harakiri

«Yo creo que hay que agradecer a la prensa la distinción que ha hecho estos meses entre la corona y el gobierno». Cuenta Federico Ysart en *Quién hizo el cambio* que estas palabras salieron de los borbónicos labios de don Juan, en el transcurso de una tertulia en Palma de Mallorca, con tan variopinta asistencia como Camilo José Cela, Alonso Zamora Vicente y Miguel Ortega Spottorno. «Pericles y Abraham Lincoln, en una sola pieza, sudarían tinta para sacar adelante este carro...», advirtió Cela, en plan sincrético. Éste era el clima que se respiraba por las alturas ante la evidencia del fracaso del gobierno de Arias y había que encontrar, costase lo que costase, un español síntesis de Pericles y Abraham Lincoln que sacara al país del callejón sin salida del tardofranquismo. El panorama histórico era el consabido: el fascismo impone una hegemonía del bloque histórico de las fuerzas sociales conservadoras a cambio de que esas fuerzas sociales abdiquen de una real pluralidad política. Cuando se hunde el fascismo (Alemania, Italia, Portugal) o se agota (España), queda un vacío de representatividad que afecta sobre todo a los sectores sociales que más se han beneficiado de las dictaduras. Normalmente entonces se recurre a las fuerzas defensivas del Estado, Ejército, política, Iglesia, poder económico, para que ayuden a ganar tiempo, mientras se busca una síntesis de Pericles y Abraham Lincoln que recree un *marco de convivencia constitucional* y evite así una decantación revolucionaria. El papel dinamizador que en estas circunstancias puede cumplir una pequeña burguesía ilustrada y crítica, en España lo cumplió parte de la prensa: las revistas que ya habían litigado con el régimen desde los años sesenta y los periódicos de viejo y nuevo cuño que sirvieron de arietes contra el búnker franquista.

El Rey temía al búnker y temía a Arias, aunque durante un tiempo lo considerara un mal menor. La contestación popular crecía y la oposición extramuros ocupaba cada día un kilómetro de espacios de libertad: manifestaciones, mítines socialistas, apariciones públicas paracomunistas, el fiasco de la detención y puesta en libertad de junteros democráticos que dio tiempo a Tamames de escribir una novela en la cárcel,

Historia de Elio, la detención de Camacho cuando iba al quiosco de la esquina a comprar *Por Favor*, los movimientos de convergencia de la Plataforma Democrática con el PSOE en su eje y la Junta con el Partido Comunista, el acuerdo implícito entre las fuerzas democráticas de Cataluña... Frente a eso el franquismo químicamente puro sólo podía oponer un aparato superestructural desgastado por su propio clientelismo económico, político, social y cultural... Y represión.

Y quienes mejor sabían cómo estaba el franquismo por dentro eran los franquistas inteligentes, con capacidad de distanciación y desalienación con freno y marcha atrás. Entre ellos el rey del cinismo a la vieja usanza era Fernández-Miranda, y el príncipe del cinismo a la nueva usanza era Adolfo Suárez, y empleo la palabra cínico, no en el sentido filosófico estrictamente, pero tampoco, ni mucho menos, en el insultante. Una vez ya en el inicio de un breve ostracismo político del que sólo saldría con la muerte, Torcuato Fernández-Miranda, según Rodolfo Martín Villa, en el transcurso de una cena privada en el Ministerio del Interior, diría que el empresario del cambio había sido el Rey; el autor, el propio Fernández-Miranda, y el actor, Adolfo Suárez. Por entonces ya se acuñaba la afirmación de Areilza de que el Rey era «el motor del cambio» y ésa ha sido una plaza disputadísima en España desde comienzos de los setenta. El Rey tenía una antigua relación con Fernández-Miranda, su preceptor, y con Suárez, un joven director general de TVE que le hizo caso cuando ni Villaverde le hacía caso y la joven pareja principesca incluso pensó en hacer las maletas y marcharse de España. Tanto había cuidado Suárez la imagen del Rey, que ya entronizado y cuando el de Cebreros era ministro secretario general del Movimiento con Arias, en ocasión de un viaje de Juan Carlos a Nueva York, recomendó el secuestro de *Cambio 16* porque reproducía una amable caricatura del Rey bailando sobre los tejados de Nueva York a manera de Fred Astaire. Fuera un ramalazo final de tardofranquismo o una inversión más en las cuentas del futuro, Adolfo Suárez en un primer momento pareció un actor de una comedia que nadie sabía quién había escrito y que fue pateada por la oposición. Su nombramiento semejaba una burla y un despropósito ante la gravedad de fondo de la situación política. Mientras Fernández-Miranda urdía la lógica interna de la reforma política, Suárez se aprestaba a cumplirla pragmáticamente, dispuesto incluso a saltarse la letra grande o menuda según las circunstancias, siempre que el Rey le diera el visto bueno. Mientras la oposición más crítica hacía el «análisis concreto de la situación concreta», el Rey, Fernández-Miranda y Suárez se contentaban con tener en el bolsillo la situación concreta siempre y cuando consiguieran relativizar el estertor del alacrán bunkeriano y mantener a raya o pactar con las fuerzas que podían desestabilizar la calle.

Jorge Luis Borges acabaría siendo condecorado por Pinochet y de momento había rendido homenaje a Nixon, en su caída, almorzaba con Videla y le elogiaba la entereza con que se enfrentaba a la subversión marxista. En la Argentina videlista, en el Chile pinochetista, en el Estados Unidos nixonista, lógicamente, en España, el gran escritor se confesaba monárquico y declaraba a *Telva* una radical revisión histórica: «Durante la Guerra Civil fui partidario de la República. Pero con el fluir del tiempo me he dado cuenta de que, de haber triunfado el comunismo en España, las cosas no hubieran sido mejor para este país. Podría haberse convertido en una segunda Cuba. Y para América Latina puedo decir con toda seguridad que esto hubiera ocasionado muchos problemas». Rara arteriosclerosis ideológica la del monstruo de las letras hispanoamericanas. Abogaba por la pena de muerte, en Argentina, sin aclarar si se refería a la pena de muerte legal o a la que ya practicaba el videlismo. Afortunadamente para él, en el futuro su estatua será exclusivamente literaria. Y en aras del correlato de las primeras gestiones del «tapado» de la transición, Adolfo Suárez, digamos que se celebra una nueva fantochada olímpica en Montreal, ya en marcha la especulación sobre si los Juegos Olímpicos son ceremonias deportivas o escenarios propagandísticos para las superpotencias fabricantes de atletas o publicitarios para el país organizador. Pierden los socialistas suecos las elecciones, terminan cuarenta y cuatro años de gobiernos socialdemócratas y lógicamente el Premio Nobel de Economía detecta como un sismógrafo el cambio y es concedido a Milton Friedman, el economista de Pinochet y el urdidor del neoliberalismo económico, con el que el sistema capitalista trata de traspasar la crisis a los más pobres, nacional e internacionalmente.

Y como si el reflujo revolucionario mundial le causara un definitivo disgusto de muerte, el 9 de septiembre cierra sus ojos Mao Tse-Tung, el Gran Timonel, revolucionario, poeta y nadador legendario cuyos catecismos habían puesto veinte duros de ideología en las mentes sorbonianas de Europa, así en Francia como en España, así en Italia como en Alemania. Su muerte concluía el capítulo de desapariciones de los grandes protagonistas de la Larga Marcha: Lin Piao, Chu En-lai, Chu Teh y ahora Mao, que dejaba una China ideológicamente dividida tras el fracaso de la Revolución Cultural como intento de dar un nuevo horizonte al impulso revolucionario. ¿Después de Mao, qué? Su viuda. Pero pocos días después de la muerte de Mao ya aparecían en las calles de Pekín carteles denunciando a «La banda de los cuatro» encabezada por la exactriz Chiang Ching, «La viuda». Imposible no relacionar la muerte de Mao con la de Malraux, el *condottiero* literario

más notable del siglo xx. No en vano el origen del prestigio literario e histórico de André Malraux se debía a sus textos de juventud enmarcados en la Revolución china y especialmente a *La condition humaine*. También había sido Malraux, el exdefensor de la Revolución china, el aviador de la República española y el coronel de la Resistencia junto a De Gaulle, quien más notablemente planteó el dilema político del intelectual de la inmediata posguerra: o la barbarie estalinista o la barbarie yanqui. Y escogió la tentación de Occidente en un tiempo de desprecio. Había encabezado, puño en alto, el encuentro de escritores antifascistas que dio sentido histórico al compromiso de los escritores de entreguerras y había muerto culturalmente en las calles del Mayo francés de 1968, cuando fue denostado sañudamente por su colaboracionismo con De Gaulle. Tal vez basaba en su propia antigüedad el fragmento de *Lazare* que le había servido para relativizar el sacrificio histórico en el que tanto abunda el siglo xx: «Yo no creo en la redención, he acabado por pensar que el enigma de lo atroz no es más fascinante que el acto más simple de heroísmo o amor. Pero el sacrificio sólo puede mirarse con los ojos de la tortura y el Dios del Cristo no sería Dios sin la Crucifixión».

Media vida en reformatorios y cárceles no fueron incentivo suficiente para que Gary Gilmore tratara de eludir la pena de muerte. Suprimida por entonces en varios estados, Gilmore consiguió que se le aplicara para expiar todas sus culpas, frente al trabajo de sus abogados, de su madre, de la opinión pública sensibilizada ante aquella brutal autoexpiación. El complejo de culpa debe de tener su rinconcito cromosomático en la herencia genética, porque mientras Gilmore intentaba incluso suicidarse al mismo tiempo que su novia defraudados por la lentitud de la justicia, el húngaro Elmyr de Hory, «el intérprete virtuoso», hacía frente a la acusación de ser el genial imitador de Renoir, Braque, Dufy, Modigliani, Picasso que había hecho ir de coronilla a todo el mercado de arte de la posguerra. «¿Qué culpa tengo yo de ser un intérprete virtuoso?». De Hory imitaba, y luego los mercaderes incorporaban la firma. Las manos limpias. El caso inspiraría una película a Orson Welles. Y tuvo su espacio en una prensa española obsesionada por el ritmo frenético de los acontecimientos políticos del país. Se hablaba por ejemplo de Tarradellas. ¿Quién es ese señor?, se preguntaba el ciudadano de a pie, tanto el mesetario, como el catalán por los cuatro costados que había olvidado su historia. Huelga en el aeropuerto de Barcelona. ¡Huelga en Iberia! Huelga de pulso, a cara de perro, en Motor Ibérica. Vuelta de Joan Manuel Serrat después de un exilio forzoso a raíz de su condena de las ejecuciones de 1975. Carrillo pide el pasaporte; Manuel Azcárate, segundo o tercero del PCE, nunca se supo, ni entonces importaba demasiado, lo pide y lo consigue.

Dará que hablar Adolfo Suárez más allá de los límites lógicos de cualquier crónica de transición. Pero es preciso hacerle una foto fija en esta segunda mitad de 1976, desde su nombramiento el 1 de julio hasta el llamado harakiri de las Cortes franquistas. Para Fernández-Miranda, Suárez fue sólo el actor de un cambio que él inventó y el Rey financió con capital institucional a medias heredado del franquismo, a medias de la legitimidad monárquica. Es preciso hacer un retrato del *destapado* en este momento, para compararlo con el personaje que la historia de España hereda a partir de su dimisión en enero de 1981. Martín Villa escribe de él con un distante respeto coyuntural, aunque oralmente diga que Adolfo «ha novelizado su papel en exceso y sigue tendiendo a novelizarlo». Pero le reconoce una entereza excepcional precisamente ante las dificultades, como si casi las deseara. Gutiérrez Mellado solía recomendarle: «Adolfo, la partida es al ajedrez, no a las damas», ante la voracidad del jefe de Gobierno contra las fichas en litigio. En cuanto a Federico Ysart, participó como subsecretario en la etapa de poder plenamente democrático de Suárez, pero no hay que desestimar por ello el juicio de un periodista con capacidad de distanciación crítica, juicio que habla de *un político de excepción en la vida de cualquier pueblo*. El intento biográfico más serio y sólido de Adolfo Suárez se hace a la contra y se debe a Gregorio Morán, exprofesional del Partido Comunista autor del mejor libro político de la transición: *Adolfo Suárez. Historia de una ambición*. Escrito desde la subjetividad recelosa con que la izquierda española juzgó a Suárez hasta que bajo el síndrome del *generale della Rovere* se convirtió en un mito de la legitimidad democrática, Morán nos hace un retrato extraordinario del franquismo en su segunda gran etapa, lo que algún crítico ha llamado *bajofranquismo*, en una superrealista traslación de sentido de la Baja Edad Media. Fruto de aquel bajofranquismo vivido en provincias y de un impulso ambicioso de Julien Sorel abulense, Suárez estaba donde tenía que estar en junio de 1976 y Fernández-Miranda lo consideró el médium ideal para su proyecto de reforma.

Pero desde sus tiempos de responsable de TVE, Suárez tenía acceso directo con el Rey y una comunicación de edad y talante que pasarían por encima del maquiavelismo de Fernández-Miranda. Con todo, en este fin de año de 1976, la reforma aún tenía claroscuros de cautela torcuatosa y pasaba por la difícil operación de que las Cortes franquistas aceptasen su autodisolución y que el pueblo español dijera sí en un referéndum convocado para que de la legitimidad franquista saliera la legitimidad democrática. La oposición «de toda la vida» y casi toda la Historia recelaba del trío Rey, Torcuato, Suárez y especialmente no sabía a qué atenerse sobre

el recién llegado. Sus enemigos empezaron a tejerle una biografía de servicial advenedizo con la carrera hecha a sucesivas sombras políticas de postín, pero sobre todo a la de Fernando Herrero Tejedor. Se decía que durante su etapa en TVE hacía cortar el pelo a los conjuntos demasiado yeyés, no fueran las viejas damas dignas del régimen a morirse del soponcio ante el espectáculo. Se decía que era servicial hasta la inclinación del paje y le recordaron proclamas de fe en el Movimiento y acciones de complicidad con el Opus que nada bueno auguraban. Él había sabido ocultar que era nieto de un viejo republicano seguidor de don Claudio Sánchez-Albornoz e hijo de un padre algo ligero de cascos que se había salvado de una «saca» falangista durante la guerra porque se hizo el premoribundo. ¿Para qué matar lo que ya se está muriendo? Ocultó también que su abuelo lo contemplaba arrobado y musitaba algo peligrosísimo de musitar en la posguerra: «¡Éste será presidente de la República!». Él se conformaba con menos, pero no con mucho menos y desde los tiempos de las milicias universitarias o de la dirección de la Acción Católica de Ávila, decía a quien quisiera escucharle: «Quiero ser jefe de Gobierno». Hay testigos.

En cuanto la «vieja guardia», que había vomitado más que elegido la «terna», empezó a olisquear por dónde iban las cosas, Adolfo Suárez fue víctima de una campaña de desprestigio que le venía desde la derecha y desde la izquierda y por si faltara algo ahí estaba «el centro sociológico», capitaneado por los dos grandes defraudados de la transición: Areilza y Fraga Iribarne. «Suárez sabía más de lo que nos creíamos y menos de lo que se necesitaba saber», confesaría Fraga años después. En la declaración programática de 1976 el gobierno se propone hacer la reforma política sin exclusiones, pero *in mente* de casi todos están las exclusiones cantadas: los comunistas. Pocos supieron que en agosto de 1976, un mes después de la constitución de su gobierno, Suárez envía a José Mario Armero, presidente de Europa Press e intermediario capital durante la transición, a dialogar con Carrillo sobre la predisposición del PCE ante los ritmos de la reforma democrática. Armero había sido siempre valedor ante el Rey de la necesidad de meter a los comunistas dentro de la futura legalidad. Era motivo suficiente para que Suárez le eligiera; no sus relaciones de amistad. «La verdad es que entonces todo el mundo presumía de haber almorzado cientos de veces con Suárez. Yo apenas si le conocía. Además, almorzar mucho con Suárez es un decir, porque come poquísimo».

Mishima en las Cortes franquistas

La leyenda del harakiri de las Cortes de Franco, a manera de cesárea para dar a luz la

democracia liberal, ha sido creada por los protagonistas más dinámicos de aquel parto contra natura: Suárez, Martín Villa, De la Mata Gorostizaga, Miguel Primo de Rivera. Parte del poder militar, representado en el gobierno por el vicepresidente teniente general De Santiago, recela desde el primer momento de las intenciones del trío de la bencina que iba a quemar el franquismo formal en la pira funeraria. Suárez corta por lo sano y reúne la plana mayor del Ejército, ministros militares incluidos, para explicar su proyecto de reforma. Los militares van cediendo y sólo se muestran intransigentes ante la posibilidad de que los comunistas sean legalizados. «Con los actuales estatutos en la mano, yo no puedo legalizar a los comunistas», estas palabras, que entonces fueron tomadas como una sentencia, eran en realidad una recomendación hecha a los comunistas para que bajaran sus presupuestos sobre monarquía o república, bandera y ritmos del proceso constituyente. Se filtró que algún general, entusiasmado por la claridad de ideas, la firmeza de propósitos y la seguridad de los resultados en los que se garantizaba que la tortilla no iba a dar una vuelta espectacular, gritó patrióticamente: «¡Viva la madre que te parió!», y hay quien atribuye el grito nada más y nada menos que al teniente general Campano, a la sazón director general de la Guardia Civil y una de las esperanzas ultras. De Santiago no está de acuerdo con la marcha del proceso y se opone a los proyectos reformistas y a la ley de amnistía y al decreto de libertad sindical. Dimite o es cesado el 21 de septiembre y ahí empieza un largo contencioso entre Suárez y los militares más recalcitrantes contra el cambio democrático, pulso que sirvió para que Suárez fuera ganando centímetros de estatura en el respeto civil, temeroso por educación histórica de todo lo que fuera mantener dentro de sus límites al poder militar. De Santiago escribiría a propósito de su cese que estaba en desacuerdo con «... una disposición, posiblemente con el rango de Decreto Ley, a la que me he opuesto infructuosamente, por la que se autoriza la libertad sindical, lo que supone, a mi juicio, la legalidad de las estructuras sindicales, CNT, UGT y FAI, responsables de los desmanes cometidos en la zona roja y de las Comisiones Obreras, organización del Partido Comunista».

«El carlismo se quita leyendo», había opinado Antonio Maura, y Ricardo de la Cierva modernizaba la frase: «La extrema derecha se quita leyendo». Poco había leído la extrema derecha y mal, porque menos, al parecer, había leído Suárez, pero al menos se había ahorrado palos literarios de ciego. Una Ley Fundamental tenía que derogar las otras leyes fundamentales y tenía que ser informada positivamente a través de toda la liturgia del poder franquista. Suárez pasó por encima de las reticencias del Consejo Nacional, donde un antiguo ministro de la Gobernación, Garicano Goñi, apoyó la reforma diciendo que quien no está al tanto del cambio que

pide el país es que no escucha ni a sus propios hijos. El proyecto llegó a las Cortes, donde tuvo enfrente a un búnker irreductible encabezado por Blas Piñar, que opuso un frente verbal filosófico político a una ley que sancionaba la evidencia de la conciencia social de España. En aquellas Cortes quien más quien menos era consciente de lo que pasaba en la calle y de la inutilidad de mantener decorados de género *chico* para la gran ópera que se avecinaba. El instinto político de algunos les llevaba a la conclusión de que es mejor llevar la iniciativa de un cambio que ser arrollado por las nuevas circunstancias, y además, donde hay patrón no manda marinero y el que era diputado o consejero de esto o aquello o rico por un favor o por otro sabía que la fuente de prebendas en el pasado se llamaban Franco, Carrero o López Rodó y ahora habían cambiado los nombres: el Rey, Torcuato Fernández-Miranda y Adolfo Suárez. Además, los poderes fácticos no decían que no, aunque los ultras se echaban a la calle y pedían el poder para De Santiago e Iniesta Cano. Por eso, cuando Suárez ganó en las Cortes la votación que liquidaba el franquismo formal y aplaudió a los diputados que le aplaudían en su cara no sólo había gratitud, sino también conciencia de poder. Tal vez por eso llevaba un ejemplar del cómic *Superman* bajo el brazo cuando salió a la carrera de San Jerónimo.

No, no se podía hablar de una autoinmolación esencialista a lo Mishima. Las Cortes se habían muerto de evidencia.

13. Siete días de enero

La rueda de la legitimidad franquista empezaba a girar hacia atrás con frenéticos ademanes de moviola que quisiera dejar a España al pie del fracaso del gobierno Berenguer, como tratando de dar otra oportunidad histórica a la monarquía borbónica que se había autodestronado jugando la baza de la dictadura. La propuesta reformista de Adolfo Suárez y Martín Villa de que el pueblo ratificase la reforma política, aprobada por las Cortes franquistas, mediante referéndum, fue rechazada por las fuerzas políticas democráticas de la oposición. Objetivamente, y a toro pasado, puede decirse que la oposición había perdido a finales de 1976 la iniciativa conseguida durante el tambaleante gobierno Arias. Frente a la tesis reformista insistía en la propuesta de ruptura, que Ramón Tamames sintetizaba en su manifiesto programa *¿Adónde vas, España?* Hablaba allí Tamames de que la operación «Restauración de la Restauración» «... además de ser políticamente oligárquica nos parece conceptualmente imposible. A no ser que vaya acompañada de una represión masiva, con lo cual el planteamiento de la misma sería la antesala de una operación mucho más grave —pero simple consecuencia de la anterior— de cierre de la vida política española». Y proponía un plan rupturista que se iniciaba con una amnistía total, el paso rápido por un período transitorio de democratización acelerada, un *período constituyente* en el que las Cortes Constituyentes designarían un gobierno constituido que actuaría como un gobierno provisional mientras se crea el marco constitucional. Este gobierno provisional tendría catorce objetivos concretos: lograr la independencia y la unidad jurisdiccional de la función judicial, inmediata revisión del código penal, salvaguardar permanentemente el *justo orden público* (el subrayado es de Tamames), la consagración definitiva de la amnistía, garantizar los derechos civiles, legalizar todos los partidos políticos, desaparición de la censura de prensa y cinematográfica, complementada con el control democrático de la radio y la televisión, devolución de los derechos autonómicos a *las regiones que anteriormente disfrutaron de ellos* (esta vez el subrayado es mío), respetar el *statu quo* con la Iglesia hasta que las Cortes se pronuncien sobre las relaciones Iglesia-Estado, sindicalismo

libre, coordinación de las actividades públicas y privadas en materia de sanidad nacional, crear un clima de honestidad a todos los niveles, incorporación de España a las Comunidades Europeas, y redacción de máxima urgencia de la ley electoral.

Mientras tanto Suárez convocaba el referéndum, tratando de conseguir un aval popular directo que superase las trincheras defensivas del rupturismo. Un conjunto musical poco conocido, Vino Tinto, lanza una canción propagandística del sí con el título *Habla, pueblo, habla*, que será el eslogan básico de la campaña gubernamental. La oposición pide abstención y el GRAPO secuestra a Antonio M.ª de Oriol y Urquijo, aquel ministro de Justicia de Franco firmemente convencido de que «el mal existe». ¿Qué es el GRAPO? Una curiosa formación clandestina recomunista que según unos está financiada por algún aparato de Estado para desestabilizar y provocar resituaciones. Según otros, por ejemplo Federico Ysart, la solución del enigma GRAPO «... podría ser más fácil contando con la asistencia del KGB que dirigía entonces Andropov». Una tercera explicación consideraría al GRAPO como un grupo ultrarrevolucionario voluntarista autofinanciado mediante atracos y otros afanamientos. *Habla, pueblo, habla*, canta Vino Tinto, y la reforma de Suárez se aprueba frente a un 20 por ciento de abstenciones capitalizada por una oposición que no ha dispuesto de suficientes plataformas publicitarias para hacer su campaña. A la vista de cómo fueron las cosas a continuación uno sospecha que buena parte de la oposición suspiró aliviada cuando conoció su derrota.

Canciones para después de una guerra

Hija de la necesidad treintañera de una promoción que quiso volver la cabeza atrás con ira, la película de Basilio Martín Patino *Canciones para después de una guerra* había sido prohibida expresamente por el almirante Carrero, en paz descanse. No sólo prohibida, sino que tras un pase privado, el almirante volvió la cabeza atrás con ira y fulminó la posibilidad de pasar por las armas a Basilio Martín Patino en otros tiempos más heroicos. Signo de la democratización de los tiempos, *Canciones para después de una guerra* se estrena en España cinco años después de su montaje y se convierte en un ajuste de cuentas de la memoria colectiva. Y junto a esta película hay que situar *Las largas vacaciones del 36* de Jaime Camino, primera evocación de la guerra desde una sensibilidad antifranquista. Aunque en las antípodas estéticas de las películas de Patino o Camino, *El desencanto* de Jaime Chávarri hubiera sido impensada por parte de sus creadores e impensable por parte del público, de no mediar la nueva situación predemocrática. Retrato de familia ilustrada, a la sombra

alargada de un padre poeta muerto, *El desencanto* ha sido, es y será una de las grandes películas españolas. He aquí una rebelión familiar individualizada en cada uno de sus miembros, una familia que se devora a sí misma, autofágica de su memoria. Figuras estelares de la película fueron Felicidad Blanc en el papel de madre y viuda de Panero y Leopoldo M.ª Panero, poeta novísimo, hijo y hermano de Paneros. Como un personaje de Tennessee Williams, la madre quiere poner a salvo su zoo de cristal, con el añadido predemocrático de una reivindicación de Cernuda y de relaciones prematrimoniales con la libertad. Y en cuanto a Leopoldo M.ª Panero en y por sí mismo es una propuesta de ruptura, lingüística, condenada al fracaso ante la evidencia reformista de los tiempos.

Se busca a el Rubio, supuesto autor del secuestro y asesinato de Eufemiano Fuentes, uno de los reyes del tabaco canario. La aparición de supuestos restos del señor Fuentes en un pozo da origen a diferentes leyendas opuestas por el vértice. Que si se trata de una falsa muerte para darse el piro y cambiar de vida. Que si todo ha sido obra de MPAIAC, el movimiento independentista canario que Cubillo dirige desde Argelia. Que si el Rubio se ha limitado a perpetrar un secuestro fallido y un asesinato consecuente. Lo cierto es que todavía hoy el Rubio permanece en paradero desconocido, pero que su familia fue acosada, encarcelada, juzgada como cómplice del crimen y apareció incluso la historia de una hermana del fugitivo, vejada por uno de los inspectores de policía que fueron a detener al clan. Y es que todo se tambalea. *Esa ola de pornografía que nos invade*, esa tijera de la censura que se contiene y puebla las pantallas de España y las páginas de los periódicos y las ondas hercianas de procacidades y denuncias atrasadas, desde *El gran dictador* de Chaplin, al sadomasoquismo minitetado de la Rampling en *Il portiere di notte.* ¿Y qué me dice usted, don Hilarión, de *Interviú*, esa revista cesta de Navidad, donde aparecen las tetas incorruptas de las folclóricas, las tetas innombrables de Marisol, las fosas comunes para rojos «paseados» en la zona franquista, denuncias de corrupciones mil de caciques de vieja y nueva andadura, monstruos con el pene en la frente y no es un decir. Si *El País* significaba la satisfacción a una vieja aspiración de diario parademocrático de *cejas altas*, en la tradición de *El Sol* y en la aspiración de *Le Monde*, *Interviú* fue el otro fenómeno hegemónico de los *mass media* españoles durante la transición. Lo capitaneaba empresarialmente Antonio Asensio, un jovencísimo aprendiz de Ciudadano Kane ayudado sucesivamente por distintos y no complementarios mentores: José Mario, Eliseo Bayo, Giménez de Cisneros, Álvarez Solís... Era una revista hecha con la insolencia del *tabula rasa* de lo que hasta entonces habían sido las revistas semanales ilustradas biempensantes. Y entre *El País* e *Interviú* arramblaron con una desfasada concepción del periodismo español dividido entre el

colaboracionismo y la resistencia. Voluntaria o involuntariamente acertaban a conectar con el signo de los tiempos futuros, aunque inmediatos.

Mientras los españoles varones empezaban a descubrir cómo están hechas las señoras debajo de las vestiduras *prêt-à-porter*, la reivindicación feminista ocupa espacios de libertad y es piedra de escándalo la manifestación que encabeza una pancarta con la leyenda «Yo también soy una adúltera». Sacude el corazón pusilánime, o simplemente cansado, de la conciencia social española la audacia mujeril de pedir la despenalización de la libertad de amar. Luego vendrá la petición del divorcio y… y… el aborto… «Se están creando las mismas condiciones objetivas que legitimaron el Alzamiento Nacional y la Cruzada de liberación», declaran excombatientes franquistas, al tiempo que reivindican una vez más la revolución aplazada anticapitalista y anticomunista. ¿Canciones para después de una guerra? ¿Acaso no hubiera sido más lógico titularla *Canciones para otro período de entreguerras*?

Miedo a volar

El libro de Erica Jong *Miedo a volar* se colocará en un lugar de honor en cualquier estantería sensible a la causa aplazada de la emancipación de la mujer, junto a las obras de Doris Lessing, mientras los nostálgicos del franquismo conmemoran el primer aniversario de la ausencia del general. Aún queda mucha capacidad de convocatoria y ya se expresa un desencanto rayano en la crispación por la evolución política vista y por ver. La oposición, derrotada *ma non troppo*, en el referéndum, tira de las riendas de la protesta pública y hace un mohín de disgusto cuando la contestación especializada o extramuros se pasa de una raya imaginaria, ese ecuador ya respetado que separa la ruptura de la reforma. «El hombre es el pasado de la mujer», pregonan las feministas en sus encuentros y manifestaciones y tal vez por ello penetra en España Carrillo, clandestinamente, con una peluca plateada de rockero sexagenario. Pero, por el dios de los sóviets eurocomunistas, que ni esa peluca consigue ablandar el rostro correoso y empecinado del dirigente comunista.

La cabeza espectadora del mundo acude desconcertada hacia diferentes estímulos de un juego aparente de flujos y reflujos. Se publica en España un informe sobre la sexualidad, *El informe Hite*, que escandaliza o ratifica. La elección de Jimmy Carter aligera la tensión mundial y abre esperanzas a una reorientación de la política exterior del «gran garrote» sobre América Latina. Pero implacablemente la lógica interna de una economía de guerra prosigue apisonando la causa antibelicista y el anuncio de los efectos de la bomba de neutrones estremece y anonada. «Las ventajas

militares de las bombas de neutrones son importantes: los neutrones son muy penetrantes y mortales, y su tiempo de actividad es reducido. No existe protección contra un bombardeo intenso de neutrones: ninguno de los tanques actualmente en servicio, ni siquiera los blindados, puede guardar a sus ocupantes de las radiaciones. Pero éstas sólo destruyen las células vivas, a manera de arietes microscópicos. Ni vehículos, ni edificios, ni instalaciones industriales bombardeadas con neutrones quedarían afectados y podrían ser utilizados a las pocas horas». Maravilla el talento humano empleado al servicio de la propiedad de las cosas. Los seres vivos molestos e incordiantes mueren, pero las propiedades materiales se salvan.

Y sin embargo la Bolsa española baja. No se sabe si a causa de las manifestaciones de adúlteras o por la conferencia de prensa clandestina que Santiago Carrillo, despelucado, da en Madrid. Días después es detenido y el ministro Martín Villa ordena que no se le lleve directamente a la DGS de Puerta del Sol, no fuera a ser objeto de trato desconsiderado. Ingresa Carrillo en una comisaría española y posteriormente se le desnuda, no se sabe si en la sospecha de que pudiera ir recónditamente armado, o a causa de una cierta curiosidad sobre la constitución de sus partes íntimas o, simplemente, por joder, que es lo más probable. La detención de Carrillo echa aquella noche a la calle a todos los militantes comunistas de España que llenan los muros de una simple asociación de palabras: «Carrillo Libertad». Con las leyes en la mano, y previa consulta con magistrados del Supremo, Martín Villa asume que Carrillo es ciudadano español a todos los efectos y lo pone en libertad. La detención ha servido para legalizar la entrada de Carrillo en España y para iniciar el proceso de legalización del PCE, piedra de toque de las intenciones de la reforma democrática. Se sospechó que fuera una detención pactada, sospecha que Adolfo Suárez no ha suscrito, pero sí ha insinuado que Carrillo se dejó detener para forzar la situación. En cambio Martín Villa ha afirmado que fue detención, detención, en fin, un triunfo más de los servicios policiales, con la moral baja por el secuestro de Oriol, seguido semanas después del secuestro del teniente general Villaescusa, también a cargo del GRAPO, y de la estampida desestabilizadora de la extrema derecha, cuyos comandos exterminadores andan sueltos por Madrid, exacerbados por la revisión histórica que implica la legalización de Carrillo, o el tolerado 27.° Congreso del PSOE, o el fallo del Tribunal Supremo a favor de Calvo Serer en el pleito del diario *Madrid*.

Todo el mundo tiene miedo a volar. Jimmy Carter le pone el más caro brillo artificial a su sonrisa y lanza la campaña de *los derechos humanos*, campaña de prestigio USA que trata de borrar en la arena la huella sangrienta de los Johnson, Nixon y Kissinger. Pero al mismo tiempo la política exterior USA tolera que llegue al poder

en Israel un *halcón*, el exterrorista Begin, etarra de Israel que en los años cuarenta voló un hotel entero en Tel-Aviv. La campaña Carter también se dirige hacia la URSS, donde la presión de los disidentes y las muestras autocríticas de algunos sectores oficiales ponen lo suficientemente nerviosos a los dirigentes del Kremlin como para permitir el canje de Corvalán por el disidente Bukovski. Increíble que Estados Unidos utilice para el intercambio al rehén de uno de sus criados: Corvalán, secuestrado por el general Pinochet. El valiente Pinochet, jaleado en el Valle de los Caídos durante los funerales por Franco, al grito de: «¡ Vivan los generales valientes!». No lo olvidemos.

Siete días de enero

El pesimismo no existiría sin su contrario. El miedo a volar general y universalmente establecido en la década de los setenta asume la paradoja de que 1977 sea el año de *La guerra de las galaxias*, la *Star War* que daría origen a una familia de películas de aventuras espaciales, como *Indiana Jones* devolvería años después a la tierra el derecho a la aventura. Y en lo referente a los vuelos de la imaginación, también a comienzos de 1977 se inaugura en París la Fundación Pompidou, centro de exposición y experimentación cultural que tratará de recuperar aspectos de capitalidad para un París que padece las consecuencias de la crisis de creatividad de la cultura francesa. A las puertas del Marais y con Les Halles a sus espaldas, el edificio del Beaubourg es una revolucionaria propuesta visual para unos ojos educados en la estética final de la Revolución Industrial. Escandaliza como es su obligación y genera una traslación de la vida cultural de París, del Barrio Latino a los alrededores de la Fundación Pompidou.

En agosto de 1976, dos incipientes arqueólogos, Trinidad Torres y Carlos Puch, descubren en una sima de la sierra de Atapuerca un lote de 18 fósiles humanos. Corresponden a una hembra adulta, a un adulto joven, a una joven adulta y a un adolescente. Según los expertos estos hallazgos permiten deducir que las tendencias evolutivas características de la población humana europea del Pleistoceno medio tienen rasgos comunes con los hombres fósiles de Pekín o los restos humanos de Argelia, Casablanca o Rabat. Escribe Emiliano Aguirre, catedrático de paleontología de la Universidad de Zaragoza: «La población europea, caracterizada gracias al hallazgo de Atapuerca, es más familiar con el grupo norteafricano, y, como él, conserva más rasgos primitivos que el hombre de Pekín, si exceptuamos la mandíbula de Bañolas, que ya es transicional hacia los neandertales en varios

caracteres». Según parece el paso peatonal de esqueletos pleistocénicos se hizo entre Tánger y Trafalgar. Lo que son las cosas. El mundo es un pañuelo y la ambigüedad del lenguaje científico, unida a la maliciosidad de los tópicos sobre las conductas africanas, da pie a distintas asociaciones de ideas sobre el estallido de maldades de aquellos siete días de enero, titulados y peliculados por Juan Antonio Bardem años después. «En aquellas fechas —escribe Federico Ysart—, la semana del 22 al 29, ocurrieron otros acontecimientos. Medio país era víctima de las huelgas de profesores, transporte privado, recogida de basuras, etc. El sábado 22, estalla un motín en la cárcel de Carabanchel. El 23, la extrema derecha mata en Madrid a un joven, Arturo Ruiz, participante en la manifestación proamnistía que se desarrollaba en la Gran Vía. En la mañana del 24, dos grapos secuestran al general Villaescusa. A mediodía un bote de humo lanzado por la policía mata a la estudiante María Luz Nájera. Y por la noche se produce, también en Madrid, la matanza de Atocha, 55. Dos pistoleros, identificados un mes más tarde como miembros de la extrema derecha, a sueldo del secretario provisional del Sindicato de Transporte de Madrid, un gironista poco conocido, asesinaron a cuatro abogados y a un empleado del bufete jurídico para cuestiones liberales, vinculado a Comisiones Obreras. La noticia elevó el nivel de tensión a cotas no repetidas. Todo pareció empezar a rodar hacia el vacío. Pero los siete días aún no habían concluido. El martes 25, Suárez se reúne con Pedrol Rius, presidente del Colegio de Abogados, E. Tierno y J. Ruiz-Giménez para tratar las honras fúnebres. Y en Madrid las huelgas registradas alcanzan a cien mil trabajadores. El miércoles 26, otros cien mil madrileños, bajo un frío polar y la ira contenida hasta extremos insospechados, rinden el último adiós desde la sede del Tribunal Supremo a los abogados comunistas asesinados».

Aquella manifestación de fuerza contenida comunista y democrática impresionó a Suárez y a su gobierno. Y también, al parecer, al Rey, que sobrevoló en helicóptero uno de los duelos magnicidas más importantes de una historia de España rica en duelos magnicidas. Fraga declaró días después en Oviedo: «¡Ha llegado el momento de decir: basta!». ¿A quién? Naturalmente Fraga se refería a los comunistas «... que ahora se camuflan como gentes de orden», o a los socialistas «... que han de renunciar a toda reivindicación marxista como punto de partida». Supo estar en aquellos momentos Suárez a la altura de las circunstancias, una altura situada por encima, al menos en aquel estricto momento, de la cabezonería predemocrática pleistocénica del señor Fraga. También Fraga tenía miedo a volar. Marcel Niedergang, españólogo de *Le Monde*, escribía: «La opinión española aparece convencida de que se ha lanzado un plan minucioso destinado a interrumpir brutalmente la tentativa de aproximación entre las dos Españas de la Guerra Civil. El verdadero director de esta

orquesta está por descubrir».

Suárez dirigía implacablemente la orquesta de la transición reformista a pesar de los pesares, ya en negociaciones abiertas con las cabezas visibles o invisibles de la oposición. Y el teniente general Gutiérrez Mellado hacía callar en los funerales por guardias civiles asesinados a un teniente de navío que tenía miedo a volar con la democracia, pero no a gritar contra la democracia. Se llamaba Camilo Menéndez. Y daría que hablar.

14. Legaliza, que algo queda

Estaba Santiago Carrillo en París visitando a un hermano internado en un hospital y el que esto suscribe pernoctaba casualmente en la misma ciudad, con el frívolo objetivo de comerse el único pato que lleva un anillo con una fecha por dentro: el *caneton à la Tour d'Argent*. Semana Santa en la cristiandad. Cristo de nuevo crucificado. Y de pronto la noticia de que en España se acaba de legalizar el PCE, buena nueva que llegaba a los postres y que por lo tanto provocó un atragantamiento menor. No tenía aspecto de atragantado don Santiago en el aeropuerto de Orly, acompañado del entonces su banquero, el señor Lagunero. Acogió las interesadas felicitaciones del arriba firmante y de Josep Ramoneda como si nos felicitáramos porque el día sigue a la noche. «En la noche del 9 de abril —cuenta Dolores Ibárruri en sus *Memorias*— me comunicaron la gran noticia: el Partido Comunista de España había sido legalizado. Una victoria histórica de la democracia en España, acogida con enorme satisfacción por el pueblo». Pero aún tardaría un mes en llegarle a la Pasionaria el pasaporte que le permitiría regresar a España como auténtico *plato fuerte* de la superación de los tabúes derivados de la Guerra Civil. Mientras tanto, la legalización del PCE había puesto a media asta el ceño de la plana mayor de la jerarquía militar, cubierto de moscas desde la detención-liberación de Carrillo, la impresionante demostración de fuerza contenida durante el entierro de las víctimas de Atocha y la cumbre «eurocomunista» de Madrid celebrada el 2 de marzo: Carrillo, Azcárate, Leonor Bornau, Berlinguer, Sergio Segre, Marchais, Jean Kanapa… Demasiados comunistas para el cuerpo. Cuenta Martín Villa: «Desde la celebración de esta cumbre eurocomunista todo parecía indicar que al final se procedería a la legalización del PCE». Estaba el tema en manos del Tribunal Supremo y el supremo Tribunal se lo devolvió al gobierno, como si fuera la patata más caliente de la transición. «El 4 de abril el presidente Suárez convoca una reunión para tratar exclusivamente el tema. Asistimos Gutiérrez Mellado, Alfonso Osorio, Landelino Lavilla, Ignacio García y yo. Suárez expone la situación en la que se encuentra el problema de la legalización del PCE y se extiende seguidamente en las numerosas y a

la vez poderosas razones que abonan el que el gobierno proceda a la misma». El que más reparos opone es Alfonso Osorio; teme que el gobierno sea acusado de «... interpretar con laxitud el código penal vigente» y teme igualmente que las Fuerzas Armadas se sientan engañadas. Días después, en el transcurso de una cena a la que asistían Martín Villa y el magistrado del Tribunal Supremo Jerónimo Arozamena, el jurista le ofrece al ministro una solución lógica, extraída de la misma resolución inhibitoria del Tribunal Supremo. Hay que preparar el decorado para el monólogo final del actor. Semana Santa. Cristo de nuevo crucificado. «La estrategia —sigue contando Martín Villa—, basada en dos puntos tan típicamente franquistas como la sorpresa y el adoptar las grandes decisiones en vacaciones, era muy simple: dispersión del gobierno y de la clase política en Semana Santa, petición mía al ministerio fiscal del informe sobre el que apoyar la definitiva inscripción del PCE en el Registro de Asociaciones Políticas y cobertura del mundo militar por parte de Gutiérrez Mellado». La fundamentación jurídica de la legalización salió del cacumen y la máquina de escritura de los magistrados Jerónimo Arozamena y Rafael Mendizábal: «Este ministerio, en cumplimiento de la sentencia de la sala cuarta del Tribunal Supremo de primero de abril de 1977, y a la vista del dictamen del fiscal del Reino, ha tenido a bien disponer que se deje sin efecto la suspensión de la inscripción en el Registro de Asociaciones Políticas de la denominada Partido Comunista de España (PCE), suspensión acordada con fecha de veintidós de febrero del corriente año y que se procede a la inscripción en el referido registro de la citada asociación». Suspiro de alivio en las fuerzas democráticas inquietas ante la perspectiva de que el PCE capitalizara su ilegalidad. Explosión de alegría en los comunistas de toda España. Cabreo, mucho cabreo en la Marina y el Ejército de Tierra, superado tras la dimisión del almirante Pita da Veiga con el rápido nombramiento del almirante Pery Junquera y con la energía y el saber hacer de Gutiérrez Mellado y Antonio Ibáñez Freire, director general de la Guardia Civil. Quién lo iba a decir. Ibáñez Freire, correcuras progres durante su etapa de gobernador de Barcelona en los años sesenta, reaparecía como un abanderado de la normalización de lo normal. Tal vez había leído a Dürrenmatt y comprendía lo absurdo de aplazar las evidencias.

El principio y el fin

O viceversa. No sólo para los militares fue difícil el *trágala* de la legalización del PCE, el gran enemigo construido por el franquismo, nada más y nada menos que el objetivo final de una Cruzada que sobre todo trató de ajustar las cuentas al

comunismo ateo y apátrida. También en las filas comunistas hubo que iniciar la pedagogía del pacto con la monarquía y con el gobierno de Suárez. Para muestra, el botón de la escena de una reunión de cuadros del PSUC en el Colegio Mayor Ilerdense de Barcelona. Preside Gutiérrez Díaz, el Guti, secretario general *de facto*, aunque todavía no *de iure*, y merodea por el asunto asegurando que es obligación de un comunista hacer análisis oportunos de la oportunidad real, aun a riesgo de ser acusado de oportunista. Y tras el merodeo, la evidencia. Los niños no vienen de París. Los Reyes Magos son los padres. Es decir, no habrá ruptura, pero sí habrá reforma. Y a continuación, Santiago Carrillo se sacaría en Madrid la bandera española y la aceptación de la monarquía del sombrero de copa de su tenaz entrepierna. No está en cuestión la bandera tricolor o bicolor, la monarquía o la república, sino la democracia, y para conquistar las libertades, instrumentos en sí mismos y por sí mismos, del cambio histórico, había que sacrificar viejas fidelidades sentimentales. Pragmáticamente los unos y dolorosamente los que habían pasado años y años de cárcel envueltos en una invisible bandera tricolor, se asumía el sentido profundo de los versos de Miguel Hernández:

Para la libertad sangro, lucho, pervivo.
Para la libertad, mis ojos y mis manos,
como un árbol carnal, generoso cautivo,
doy a los cirujanos.

Los militantes comunistas y socialistas dieron sus ojos y sus manos a los cirujanos, a los grandes sacerdotes de la transición para que los pusieran al servicio de la llegada de la democracia, aunque el precio fuera una cierta ceguera o una relativa parálisis de congelación. Ya estaban en la línea de salida casi todos los posibles participantes en la carrera constituyente. ETA había sido amnistiada por la puerta trasera y una cierta tregua se había instalado en el País Vasco, mientras en Cataluña un problema de nomenclatura impedía la legalización de Esquerra Republicana, más por republicana que por esquerra. En cuanto a los socialistas, encabezados para lo bueno y lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad por Felipe González, empezaban a hablar de la *memoria histórica* latente en el pueblo español, esa palanca que hará rebrotar los votos del PSOE de los posos de cultura republicana de aquellas familias españolas, en otro tiempo fieles a Pablo Iglesias, Prieto y Largo Caballero. Si me apuran, el gran problema, una vez legalizado el PCE, lo tenía la burguesía, en el sentido científico-social del término, que nada tiene que ver con el sentido cotidiano del asunto. ¿A qué fuerza política

prestaba su voto? Fraga recomponía una coalición de halcones y palomas para recoger el voto del «franquismo sociológico» y los líderes de la democracia burguesa aplazada, Ruiz-Giménez y Areilza, los dos tan felices, esperaban a que cayera la breva de la representatividad pendiente. Don Joaquín al frente de una democracia cristiana aldomoriana y el conde de Motrico con un partido aparentemente hecho a su medida, el Popular, aunque la presencia próxima de Pío Cabanillas presagiaba el carácter reversible del atuendo. ¿Y Suárez? ¿Y Martín Villa? ¿Su cometido iba a reducirse a crear un marco preconstituyente y luego dejar que las fuerzas políticas «naturales» se las entendieran? El alquimista de la transición no confiaba en que Areilza y Ruiz-Giménez se las bastaran para garantizar una mayoría de bloque centroderecha y empezó a urdir la necesidad de una nueva formación política que diera a parte de los votantes garantías de rapsodia en azul, a otra parte rapsodia en blanco y algo de rosa para los socialdemócratas, con perdón. El 22 de marzo, Suárez había recibido a Cabanillas y Areilza y les había dicho: «El Centro Democrático que habéis iniciado como coalición es una buena idea, pero está mal realizada. No funciona debidamente por las rencillas e intrigas de sus componentes. Convendría que desaparecieran de él, de su comité ejecutivo, los líderes de los partidos, sustituidos por otros representantes de menor nivel. Y una vez hecho esto es preciso que el gobierno, o mejor dicho, la presidencia del Gobierno, designe tres o cuatro personas de eficacia probada para que lo dirija técnicamente». Así preparaba Suárez su desembarco en el centro democrático urdido con mimbres areilzanos. El conde da una impronta físico-estratégica del personaje en el relato de la entrevista contenido en *Cuadernos de transición*: «Adolfo se levanta y se dirige al armario o archivador, del que extrae algunas carpetas. Pulsa un timbre y pide a un secretario que acude que le busque algún dosier concreto. Suárez tiene un paso juvenil y deportivo con algo de felino. Es un andar de pantera en cautividad. Vuelve a su sillón y nos enseña los documentos. "He aquí un conjunto de trabajos realizados —nos explica—, una radiografía política de los distritos electorales de España con nombres de candidatos posibles, tendencias de opinión, últimas muestras, y sus fichas correspondientes. Conozco el mapa electoral de la España actual como palma de la mano"».

Suárez sonreía como J. R. en la serie *Dallas*. Areilza estaba perplejo, como Bobby.

No llores por mí, Argentina

Julie Covington se hizo famosa en el mundo entero con una canción anticipo de la ópera rock *Evita*: *Don't cry for me*, *Argentina*, *No llores por mí*, *Argentina*, queja histórica

puesta en los labios de una supuesta Eva Perón teatralizada que se convirtió en la canción universal de 1977 y que a España primero llegaría en la voz de Nacha Guevara. La canción y la ópera procedían de los mismos autores de *Jesucristo Superstar*, Rice y Webber, especialistas en la dramatización musical de lo divino y humano. El tema argentino era oportuno. Videla ya era Videla. Lo que en el principio había sido una operación de limpieza del terrorismo montonero se había convertido en un ajuste de cuentas contra la izquierda del pensamiento, la palabra, la obra y la omisión. Ni monjas suizas, ni poetas surrealistas, ni novelistas de lo concreto, ni embarazadas, ni niños respetaría la sanguinolenta tropa, *Los hombres de a caballo*, como les había llamado el novelista David Viñas desde el título de su mejor novela. El propio David Viñas, exiliado en España, padecería en la carne de su familia, hijo, nuera, nieto, la barbarie de la carga de aquella brigada apocalíptica y ciática. Pero aún los nombres de Videla, Massera y compañía no inspiraban el pánico universal merecido. Distraída humanidad que tarareaba la melodía de *Evita* como si Argentina hubiera sido siempre un espectáculo para una superproducción de Minnelli, Glenn Ford de argentino y Blasco Ibáñez de guionista. Como espectáculo era que Gilda, es decir, Rita Hayworth, fuera declarada incapaz por un tribunal de Los Ángeles o que Roman Polanski fuera formalmente acusado de violar a una niña de trece años o que Helmut Berger, el animal más bello después de san Juan Evangelista, intentara suicidarse con sobredosis de barbitúricos regada con alcohol.

En los tres casos de juguetes rotos el tiempo aparecía como condicionante. La dama de Shanghái no había podido superar la conspiración de los espejos diabólicos que repetían su espléndida juventud en el país de su memoria. Polanski vampirizaba una Lolita californiana para no asumir la edad que es, realmente es, abril, abril el mes más cruel, es en última instancia el paso del tiempo, de todo tiempo. Y Helmut no podía superar la muerte de Visconti, su fotógrafo más enamorado, el más dispuesto a seguir viéndole como el hombre más guapo del mundo. Tres tragedias íntimas, en contraste con el correlato de las tragedias masivas, el accidente de Los Rodeos, el aeropuerto tinerfeño, consecuencia del choque entre dos aviones, un Jumbo y un Boeing. En total 563 muertos en un instante. «Los supervivientes estaban desnudos, sólo sus zapatos no se quemaron», declaró una tal Anger Smith. Y el accidente sirvió para que se revelara la situación real de la renovación de material de las compañías aéreas. Se llegó a escribir que se utilizaban «repuestos inauténticos». «Las piezas de repuesto inauténticas pueden deberse a los excedentes de la guerra de Vietnam, pues ya se sabe que Estados Unidos produjo un exceso de material que era preciso colocar. En suma, se trata del fenómeno de corrupción mundial que parecía invadir todas las actividades del capitalismo».

Pero a pesar de que asistimos a años de reflujo y a que el miedo o la prudencia pone plomo en las alas de la Historia, las elecciones municipales francesas dan la victoria a la unión de la izquierda, a pocas semanas de distancia de la muerte de Prévert, poeta para rapsodas y cantantes dignos que había escrito treinta años antes el epitafio de su muerte anunciada:

Les feuilles mortes se ramassent à la pelle,
tu vais je n'ai pas oublié.
Les feuilles mortes se ramassent à la pelle,
les souvenirs et les regrets aussi.

La fiesta del libro y la rosa de la Barcelona de abril de 1977 se convierte en una manifestación de afirmación de los objetivos de la Assemblea de Catalunya. Fiesta civil, política y literaria que representa un equilibrio entre la iniciativa de la tolerancia gubernamental y la recuperada iniciativa de las fuerzas políticas homologadas bajo las faldas del realismo político del *gobierno de penenes*. Hay un proyecto nacional-cinematográfico que aparecerá en las pantallas catalanas durante 1977 y va a ser, en su tiempo, uno de los hitos de la recuperación de la memoria colectiva oculta desde la Guerra Civil. Se trata de *La ciutat cremada* de Antoni Ribas, fresco histórico de la Barcelona de la Semana Trágica contemplada desde un punto de vista más próximo a Ferrer i Guardia que a sus ejecutores: Dato, Canalejas o Maura. Recuperación de otra mirada sobre la propia historia y denuncia de la tentación fascista, como en *Camada negra*, ópera prima de la gran revelación del cine español de la transición, Manuel Gutiérrez Aragón. Las preocupaciones estéticas de Europa iban por otros cerros. Se habla ya mucho de Fassbinder, que cuestiona el paralítico final feliz de la democracia alemana, próspera y aterrorizada, tanto que permitirá el asesinato legal de los Baader-Meinhof en las cárceles más seguras del universo. Herzog utiliza el tema de Gaspar Hauser para cuestionar la convención social desde la misma raíz comunicacional, el lenguaje. España, en cambio, está recuperando la memoria y la palabra democrática en ese simbólico estreno de *El adefesio* de Alberti, el poeta recién llegado del exilio, interpretado por María Casares, la hija del tan repetidamente llamado «funesto» Casares Quiroga, ministro de la República.

Cabezas agrias

Anticipo de moda para el verano. Cabezas agrias y harapos. En el verano de 1977 se

llevará la «falda de los tres golpes», falda de volantes de inspiración gitana y las cabelleras femeninas tratarán de parecerse a rutilantes penachos de lanas cardadas aunque paradójicamente flácidas. Cabezas agrias, las llama la gente. Según un experto contemporáneo: «La promoción agria, iracunda, ha partido de la industria química para permanentes, ya que dicho sistema había experimentado una gran baja en los últimos años y se tenía que idear algo nuevo para recuperarlo. Como fuera, la permanente había de conquistar otra vez a las mujeres... ¡y a los hombres! ¡Y se ha conseguido!».

Cabezas agrias, traducción relativamente afortunada de la locución inglesa original, pero que sirve para reflejar el mundo que se acerca al verano de 1977, el primer verano de la democracia española. Se anuncian las elecciones para junio, en total discordancia con lo que los chinos pos-Mao están haciendo en China, empezar la persecución sistemática de «la banda de los cuatro» y sacar a la luz el misterioso caso de la desaparición de Lin Piao, ajusticiado, al parecer, cuando había tratado de escapar a la URSS, su secreta y definitiva patria del socialismo. Hua Kuo-Feng, el nuevo hombre fuerte, insiste en que la situación es excelente y «... no se ha disparado ni un solo tiro». Pero los corresponsales extranjeros insisten en que la situación es muy otra y los seguidores de «la banda de los cuatro» son perseguidos, en un ajuste de cuentas que se juzga imprescindible para dar un nuevo salto adelante, por encima del obstáculo de la vieja casta política. A finales de 1976, Hua Kuo-Feng había fijado los objetivos políticos para 1977. No eran otros que la revisión crítica del Mao de los años sesenta que con su Revolución Cultural puso en peligro la estabilidad del partido y una oferta de un relanzamiento económico que amalgamase al pueblo chino bajo una nueva credibilidad o credulidad.

Jimmy Carter, almacenista de cacahuetes y presidente de Estados Unidos, exporta al mundo entero su doctrina de los Derechos Humanos, intento de *new look* que va a tener como único resultado positivo la relativa tolerancia con la que la administración Carter va a contemplar la ascensión y triunfo de la guerrilla sandinista, contra la impresentable dictadura que Somoza ejerce en Nicaragua. Pero la doctrina al parecer excluye al Cono Sur americano e ilumina de cerca los pasos de renacidas democracias de espuma controlada, ni poca ni mucha para su colada, como reza en un eslogan publicitario de detergente rey en las pantallas televisivas de España. La revista *Tiempos Nuevos*, instrumento de propaganda internacional de la URSS, denuncia por igual la hipocresía carteriana como la conjura parricida del eurocomunismo, «... instrumento imperialista, arma de la burguesía, forma de resurrección del anticomunismo antiguo y, claramente, del antisovietismo». Especial inquina la de los teóricos de la URSS contra Santiago Carrillo, inquina avalada por el

hecho de que Estados Unidos es menos beligerante ante el eurocomunismo que el mismísimo Helmut Schmidt. Carrillo se pasa por la entrepierna los ataques soviéticos. Va del bracete de Adolfo Suárez, al que le cuenta historias de guerra, posguerra y predemocracia. Suárez escucha y sonríe. No tiene la *cabeza agria*. Luce un pulcro corte de pelo a la navaja y prepara el desembarco en UCD, previa retirada de Areilza a un segundo plano, y la absorción de democristianos fugitivos de la parsimonia histórica de Ruiz-Giménez.

Pero retomemos aquella situación enojosa en la que Areilza se da cuenta de que Suárez va a por él: «Tú, José María, ¿piensas ir por Madrid? Ya te he dicho que la campaña va a ser feroz y la erosión y los ataques tremendos. Además, si encabezas una lista, por ejemplo, y yo salto al ruedo a última hora, tendrías que dejarme el primer puesto y ello podría ser incómodo para los dos». Pocos seguidores de Areilza no fueron sensibles a la «indirecta» de Suárez y el de Motrico supo reaccionar como sólo reaccionan los condes y los pobres muy pobres: con dignidad. Anuncia al comité directivo del Partido Popular las razones de su dimisión (no está de acuerdo con un partido hecho desde el poder y reconoce no tener nada que hacer ante la enemiga de Suárez) y se va a su casa a seguir siendo promesa política. «Me he despedido después de mis compañeros, sin más historias, y he dado por concluso este capítulo de mi experiencia personal en la vida pública de España».

15. Triple salto mortal con red

En el relato de Eva Forest sobre las torturas padecidas en la Dirección General de Seguridad, difundido por el mundo entero por su abogado Juan María Bandrés, en un momento determinado aparece el comisario Conesa. «A una señal de alguien se abrió una puerta y me condujeron a un lujoso despacho en el que esperaba Sainz, un alto funcionario (creo que era el jefe de la BPS para todo el país) llamado Roberto y una tercera persona. El cambio fue grotesco: "Pobrecita, ¿qué te ha pasado? ¡Qué canallas! Pero eso ya se acabó. Vamos a hablar: tú nos lo contarás todo y todos contentos". El llamado Roberto me ofreció un sitio en un sillón. "Nosotros también somos seres humanos. Comprendemos que eres idealista, que tu marido tiene amantes, que estás frustrada y que por eso y porque tienes ideas románticas has buscado tu satisfacción en ETA", etc., etc. Este interrogatorio duró muchas horas y fue una humillación y una constante injuria. En la segunda ocasión el método fue otro. Durante una noche entera me pegaron sistemáticamente en la cabeza, en el cogote, con el canto de la mano, al mismo tiempo que me apretaban con ambas manos las sienes de tal manera que me dolieron mucho los oídos...».

Al parecer desconocía Martín Villa los antecedentes de Roberto Conesa cuando le encargó el puesto de superagente 007 encargado de la previa misión de recuperar sanos y salvos a los dos ilustres secuestrados del GRAPO: Oriol y Villaescusa. En cambio, Conesa era un antiguo conocido de la oposición democrática, especialmente de los comunistas, en cuyas filas se infiltró a comienzos de los años cuarenta, provocando las primeras caídas en cadena, en unos años en que cualquier fachada de España, al amanecer, podía ser un paredón. El país se familiarizó con el rostro neutro de Conesa y la prensa empezó a divulgar hazañas y milagros de los funcionarios de la represión reconvertidos por Martín Villa para la causa de la democracia. Billy el Niño, brazo derecho de Conesa, era también ducho en las ciencias de la información y la infiltración y se le conocía incluso un escabroso asunto con una chica del FRAP con la que había practicado a medias el amor y la infiltración. Reconversiones de este tipo aturdían un tanto al rojo de toda la vida o a los

demócratas con más de un quinquenio de antifranquismo en sus venas. ¡Pero eran tantas las sensaciones derivadas de la libertad recuperada! Habían vuelto los exiliados supervivientes, uno detrás de otro, y con el regreso de Leizaola, el lendakari vasco en el exilio, se abría la puerta a uno de los temas tabú de cualquier situación política española fuera predemocrática, democrática o posdemocrática: la cuestión de las nacionalidades vampirizadas por el centralismo. Estaba en puertas el regreso de Tarradellas, con el que se negociaba por las esquinas de Francia, mediante intermediarios militares y civiles enviados por Suárez, entre ellos Manuel Ortínez, amigo personal de Tarradellas, ex director general de la Moneda y representante de la Banca Suiza en España, así en la tierra como en el cielo. Hombre resolutivo, Ortínez le había pedido a un empresario vasco, Luis Olarra, que tuviera preparado su avión particular por si era necesario que Tarradellas volara hacia Madrid para hablar de tú a tú con el gobierno.

Y mítines. Y manifestaciones autorizadas. Y libros biográficos de las viejas-nuevas personalidades políticas que habían vivido como topos bajo la dictadura. Y los himnos que casi nadie sabía cantar y que los partidos distribuían en octavillas impresas o respaldaban a través de los altavoces mediante grabaciones previas, sin otro objetivo que evitar aquel coro de gallos e insuficiencias que solían constituir masas corales que cantaban lo que sentían pero no sabían. Eran los meses del encantamiento, previos a las elecciones generales de junio de 1977 que abrirían unas Cortes Constituyentes *de facto*, aunque nadie las llamara así, para no resucitar a los cortesanos franquistas que se habían hecho el harakiri a finales de 1976. Pacto entre caballeros que Carrillo llevó a sus últimas consecuencias poniendo una bandera rojigualda como fondo a una de las primeras reuniones legales del comité central del PCE. Con razón Martín Villa declararía que la noche en que autorizó la ikurriña durmió mal, pero en cambio la noche en que autorizó el PCE de Carrillo, durmió como un lirón o como se supone que duermen los lirones.

La normalización dinástica

En medio de aquella euforia de color, imagen y sonido, el acto por el que don Juan abdicaba en su hijo pasó como un epifenómeno más de aquel carrusel vertiginoso. En España no se hablaba de fútbol, ni de boxeo, a pesar de que un español postizo, Alfredo Evangelista, nacido uruguayo, consiguiera optar al título de los grandes pesos en poder de Mohamed Alí o Cassius Clay, según los gustos o aficiones. Iba Evangelista de víctima propicia, pero supo estar a la altura de las circunstancias,

lastimosas circunstancias, porque Clay se había buscado más un sparring que un contrincante y el sparring le salió tenaz y contumaz, lo suficiente como para aguantar los quince asaltos. Clay, treinta y cinco años, tenía todo el boxeo por detrás y Evangelista, veintidós, algo de boxeo por delante, mucho más del previsible cuando consiguió bajar casi entero de aquel cuadrilátero después de haberle aguantado quince asaltos al campeón.

Y no se reparó tampoco lo suficiente en la simbología de que el ganador de la primera Copa del Rey de fútbol fuera un vencedor atípico: el Betis Balompié. Premonición de la futura hegemonía bética en la política española o escueta casualidad, lo cierto es que el Rey doblemente dinástico y el capitán del Betis, Cobo, en el momento de alzar la copa, componían la estampa misma de los tiempos modernos. Pero no tanto. Ignacio Martínez contaba en *Cuadernos para el Diálogo* que los andaluces excitados por la victoria, cantaban por las calles de Sevilla: «Suárez al infierno, el Betis al gobierno...». «... sólo queda añadir que como una contradicción más de la época, el jugador que marcó los dos goles béticos en la final votó Alianza Popular el día 15, según publicaba hace unos días el diario *Informaciones* de Andalucía». López se llamaba y se llama el jugador en cuestión. Y es que las cosas en el fondo del fondo habían cambiado sobre todo en la forma, aunque algunos clásicos opinan que la forma está en el fondo y viceversa. Por ejemplo, el Rey, en uso de sus atribuciones, podía elegir un número determinado de senadores reales y entre ellos estaba Camilo José Cela, el inventor literario de la palabra *coño*. Pero a pesar de todo lo que significaba esta elección, y de los entusiasmos despertados por el gran espectáculo de la democracia, algo olía ya la nariz del país a desencanto, cuando Pozuelo, nacido Eduardo Haro Tecglen, escribió en *Triunfo*: «Uno de los problemas que va a tener este país es que muchos le han dado a la democracia el valor de una revolución —unos para bien, otros para mal— y puede ser todo menos una revolución. Cuando vean que todo sigue sensiblemente igual al día anterior, no van a comprender bien la profundidad de un cambio que, sin embargo, puede ser trascendente».

La red para aquel *triple salto mortal* por el cielo en tecnicolor de la democracia se llamaba UCD (Unión de Centro Democrático), y había sido un invento de distintos padres, pero ultimado por Suárez, una vez apeado Areilza del landó de seis caballos en el que viajan los condes por la política. Suárez coaliga partidos y partidetes, en su mayoría compuestos por amigos y amiguetes, plenamente consciente de que todos los militantes de aquella gran coalición caben en un taxi; eso sí, en un taxi antiguo. Me confesaría personalmente siete años después: «Yo carecía de credibilidad democrática, ellos cabían en un taxi pero algunos la tenían». Juzguen ustedes

mismos: Partido Demócrata Cristiano (Álvarez de Miranda), Partido Socialdemócrata (Fernández Ordóñez), Unión Socialdemócrata (Eurico de la Peña), Partido Socialdemócrata Independiente (Gonzalo Casado), Federación Socialdemócrata (José Ramón Lasuén), Partido Popular (Pío Cabanillas), Federación de Partidos Demócratas y Liberales (Joaquín Garrigues Walker), Partido Demócrata Popular (Ignacio Camuñas), Partido Progresista Liberal (Juan García Madariaga), Partido Liberal (Enrique Larroque), Partido Social Liberal Andaluz (Manuel Clavero), Partido Gallego Independiente (José Luis Melián), Acción Regional Extremeña (Enrique Sánchez de León), Acción Canaria (Lorenzo Olarte), Unión Demócrata de Murcia (Pedro Pérez Crespo). A buena parte de estos líderes no les conocían ni en su casa y su militancia probablemente excediera las previsibles dimensiones de un taxi, pero no las de un microbús.

Aparecía como gran coaligador de todo lo coaligable, Leopoldo Calvo-Sotelo, quien explicaría los propósitos explicables de UCD: «UCD se propone ofrecer a los electores una posición moderada, como la que representan los partidos no marxistas preponderantes en Europa, de filiación demócrata cristiana, liberal y socialdemócrata, para apoyar en las próximas Cortes la política del presidente Suárez en la consolidación definitiva y pacífica de una democracia estable en España. En este sentido se han recibido ya numerosas adhesiones de personalidades independientes que desean figurar en las candidaturas de la coalición y de otros grupos afines que, sin integrarse formalmente en ella, propondrían en sus ámbitos propios la misma línea de apoyo».

Lógicamente, ante tal claridad de ideas, y como cuenta Emilio Attard en *Vida y muerte de UCD*: «Los promotores de la coalición acordaron nombrar representante de la misma a Calvo-Sotelo». Se cumplía así el propósito, un tanto inconcretado, de Pío Cabanillas: «Hemos de coaligarnos, pero aún no sabemos quiénes».

La crisis duradera

En 1977 los expertos en economía admiten que la crisis económica internacional va para largo: «La recuperación se hace mucho más difícil de lo previsto y no se presenta de modo decidido. Aunque a lo largo de 1976 y primer semestre de 1977 los niveles de crecimiento de la actividad económica han sido más satisfactorios que los registrados a lo largo del bienio anterior, los graves problemas de paro, inflación y déficit en las balanzas de pagos son diagnósticos que se leen en cualquier informe económico de cualquier país». En el primer trimestre de 1977, España tiene una tasa de desempleo

del 7 por ciento, y entre mitin y mitin, la izquierda política y sindical proclama que la cifra es ya intolerable, combinada con una previsión del alza de precios de casi un 10 por ciento en el ámbito de los países de la OCDE.

Se muere irónicamente Vladimir Nabokov y barrocamente Lezama Lima y no pierde la ocasión de morirse Rossellini, padre del cine moderno europeo, aunque aún entonces esta condición no le fuera del todo reconocida: aún era Rossellini una obra tan abierta como inclasificable. El verano de 1977 fue muy cruel para los partidarios de la memoria como el único paisaje en el que son posibles los deseos. Y si no, que alguien me explique por qué tuvo que morirse Antonio Machín, providencial cantante que llegó a España en 1939 y supo encontrar la canción que daba justamente la tonalidad de los nuevos tiempos. *Noche triste* se llamaba la canción y decía: «Cuando silenciosa / la noche misteriosa / cubre con su manto la ciudad / el eco de tu voz / me llama junto a ti / y yo no hago más que recordar». O cómo pudo tolerarse que se muriera, también en agosto, Groucho Marx, el hombre que jamás se hubiera hecho de un club que le aceptara como socio, el evidenciador de la insuficiencia de todo lenguaje. El *Evening News* londinense le dedicó un epitafio marxiano: «Rufus T. Firefly ha abdicado de su cargo de presidente de Freedonia, el profesor Quincy Adams Wagstaff ya no impartirá más clases en el Huxley College, el doctor Hugo Z. Hackenbush no curará a ningún otro caballo y el capitán Jeffrey T. Spaulding dio por concluido su último safari».

Y se mueren también Joan Crawford y Jean Gabin, en los dos extremos de la paradoja del actor. La Crawford nunca fue lo que parecía ser y en cambio Gabin, sí. La Crawford parecía ser la protagonista de *Johnny Guitar* y era en realidad una hipócrita bestia parda. Gabin siempre fue el inspector Maigret, como Bogart siempre fue Marlowe, aunque el uno y el otro interpretaran escasamente a unos personajes que eran ellos mismos. De no haber sido por la fiebre democrática y por la chuchería del espíritu de unas Cortes nuevas de trinca y más democráticas que la madre que las parió, los españoles largamente treintañeros, que casi todo lo habíamos aprendido en el cine y la radio, hubiéramos tenido motivos suficientes en agosto de 1977 para deducir que la vida no era como la esperábamos. Pero la realidad imitaba al cine. El contrato de UCD, ¿acaso no lo había escrito Groucho Marx? ¿Y no era de película esa cabeza de cartel de mitin del PCE: Carrillo, Juan Diego y Melina Mercouri? Cuando López de Letona, exministro de Franco y gobernador del Banco de España con la democracia, decía ante las cámaras de TVE que nuestra economía estaba muy mal, el personal comprobaba que seguía haciendo sol y que además Dolores Ibárruri estaba en Madrid y el Rey en la casa de todos. Insistía López de Letona: «No basta con financiar el déficit, hay que corregirlo, porque si no lo

corregimos acabaremos sin poder siquiera financiarlo. Hay que insistir en que nuestro déficit es hoy el mayor de todas las economías europeas y que ha llegado a representar un 10 por ciento del déficit total del mundo con los países exportadores del petróleo».

Pero Suárez no estaba dispuesto a que una subida «realista» del precio de la gasolina le fastidiara el invento de UCD, como partido hegemónico dispuesto a ganar las elecciones. «¿Qué es eso de financiar el déficit, Miguel?», le preguntó por aquellos días Felipe González a Miguel Boyer, y ante las herméticas explicaciones del economista, Felipe hizo lo mismo que Emiliano Zapata durante la noche de bodas, en versión Elia Kazan, Marlon Brando y Jean Peters de médiums, Felipe, como Emiliano a su mujer, le pidió a Boyer: «Enséñame a leer». Y aquí estamos.

Se la miraban todos y no se la veían

Así comenzaba el relato de la vida de un santo una inolvidable publicación de exalumnos de colegio religioso. ¿Qué es lo que todos miraban sin ver? La santidad. Que no siempre es virtud ostensible. Nadie veía *a priori* la santidad de UCD, pero los electores detectaron que si se votaba a UCD el verano seguiría siendo verano y después llegaría el otoño... y el invierno... La gran coalición que cabía en un microbús gana las elecciones del 15 de junio de 1977. El elector no sabe o no recuerda, o no quiere ni saber ni recordar que alguno de los elementos más prestigiosos de UCD había sido tiernogalvanista o posfranquista hasta cuarenta y ocho horas antes del cierre de las listas de candidaturas o que se han hecho fichajes por teléfono, sin ni siquiera la promesa de un buen paquete de telefónicas, en la estela del anuncio publicitario que interpreta López Vázquez: «Matilde, compra telefónicas». Cuenta Emilio Attard: «El primer acto corporativo de diputados y senadores electos por UCD después del 15 de junio lo celebramos en el salón de la Unesco del palacio de Exposiciones y Congresos de Madrid, una sala oval, amplia, con forma de anfiteatro, cuya mesa central estaba ocupada por las baronías y Adolfo Suárez. Fuimos notificados de la imperiosa necesidad de constituir una "unión parlamentaria" y ahí estábamos el 28 de junio invitados a suscribir un documento todos los partidos y personas de la UCD, con el propósito firme de defender la unión en la democracia parlamentaria, la institución monárquica, la unidad del Estado, el reconocimiento de las autonomías y la promoción de un sistema de economía libre y socialmente avanzada». Y tras la firma de la unión parlamentaria, el acuerdo base para la constitución de un solo partido que diera coherencia íntima a la mayoría que la unión

parlamentaria tenía en la cámara: 165 escaños para UCD, 119 para el PSOE, 19 para los comunistas, 17 Alianza Popular. Sorpresa por el escaso voto comunista, aunque relativa, porque el electorado había tenido más en cuenta la red que el salto mortal. Igualmente sorpresa el desastre de Alianza Popular, justa sanción al excesivo franquismo con el que Fraga quiso arropar su propuesta electoral así en los hombres como en los lenguajes. Y gran sorpresa la instalación electoral del PSOE. Había funcionado la «memoria histórica» a la que se refería Felipe González, consciente de su imagen de *recién llegado*, y el voto popular situaba al PSOE como una alternativa de poder. UCD tenía la suficiente mayoría como para garantizar el salto sin caídas graves y el Partido Comunista, es decir, Carrillo, para qué engañarnos, reconocía en su fuero interno la injusticia del pago histórico recibido por el partido más combativo contra el franquismo y la necesidad de corregir esa injusticia mediante el peso cualitativo de influencia sobre Suárez y su equipo, con el que había colaborado para hacer posible la fórmula de la transición.

Había suertes peores. Cayeron por la trampilla del escenario, probablemente para siempre, Gil-Robles, Ruiz-Giménez, Areilza. Pero también las había mejores, exultantes casi, como la de los ministros del primer gobierno propiamente de la democracia. Suárez, presidente; Gutiérrez Mellado al frente de las tres carteras militares refundidas; Fuentes Quintana de *superman* económico, Martín Villa al frente de los guardias, y luego nombres que casi poco decían, como Garrigues Walker, Camuñas, Sánchez de León, Lladó, Abril Martorell… El que más decía era el de Manuel Jiménez de Parga, animador liberal del antifranquismo, que fue ministro de Trabajo en el primer gobierno de Suárez. Pero pronto cada ministro de Suárez tendría su imagen y su contraimagen, sobre el fondo de aquellas Cortes presididas provisionalmente, aunque sólo fuera por un día, por gentes en otro tiempo tan reprobadas como Alberti o Dolores Ibárruri, la Pasionaria, cuyo encuentro con Suárez, ante las puertas de las Cortes, tuvo oportuna fotografía que más decía a los memoriones de tiempos pasados que a los ambiciosos de futuro: «Le deseo suerte, señor presidente. La va a necesitar». Le dijo la Pasionaria. Pero Suárez estaba seguro de sí mismo, como todos sus barones y especialmente entre ellos parecían más seguros los que menos porvenir político demostrarían. Cuentan los cronistas: «El gobierno no tenía necesidad alguna de formular una declaración programática. Habría tenido suficiente con el programa de la UCD, que teñía monocolormente sus vidas. Pero como la UCD tampoco tenía un programa muy coherente, fue preciso improvisar una presentación en sociedad. La leyó el joven Camuñas —el Kennedy de la Moncloa— entre pitillo y pitillo, con la arrogancia propia de quien se siente hermoso y dueño de la televisión». En aquella declaración el gobierno dijo algo que



iba a ser el principio de un largo fin: anunció que las cuentas corrientes podrían ser inspeccionadas a efectos fiscales. El poder económico se puso en guardia. No. No habían ganado la Guerra Civil y luego la democracia para esto.

16. La autopista hacia el socialismo

Decía Fernando Claudín en uno de los párrafos finales de *Eurocomunismo y socialismo*, publicado en vísperas de las elecciones del 15 de junio: «En la política de Carter y la Trilateral va ganando terreno la idea de utilizar la carta eurocomunista con dos funciones a cumplir: contribuir a debilitar el bloque soviético (mediante el estímulo de las oposiciones internas en los países bloque, que el eurocomunismo puede inducir), ayudar al capitalismo europeo, juntamente con los socialistas (en la Europa del sur), a salir del mal paso en que se encuentra». Añadía Claudín, anticipándose al futuro reganiano que nos esperaba, que el dilema planteado ante la política de bloques era: «Revisar Yalta o congelar Yalta». La táctica carteriana buscaba revisar Yalta, permitiendo desestabilizaciones internas y ajustes de marcas imperiales. La futura táctica reaganiana se basaba en congelar Yalta y mantener rigurosamente las fronteras de las zonas de influencia. Bajo Carter florecieron los eurocomunismos, bajo Reagan casi no se habla de ellos. Pero no estaban para análisis tan sutiles los políticos españoles que estrenaban Cortes democráticas y constituyentes, unas Cortes curiosamente llenas de médicos. Censa Víctor Márquez en la crónica que abre sus primeros *Apuntes parlamentarios*, a Gutiérrez Díaz, pediatra especialista en neonatos, Luis Yáñez, Guillermo Galeote, Donato Fuejo, todos ellos médicos de izquierda, para no hablar ya de Jordi Pujol, médico de centro derecha. Y quien no es médico demuestra maneras de asistente social, como Fraga, que nada más entrar en las Cortes, proclamó: «Ofrezco desde ahora la buena voluntad del grupo de Alianza Popular». Y poca cosa más podía ofrecer, porque escasos diputados había conseguido la alianza de los siete magníficos. «Tal vez por eso —apostilla Víctor Márquez—, fuera del hemiciclo iría a saludar a Santiago Carrillo y formaría tertulia improvisada con él y Tierno Galván, en un cuadro completamente surrealista hace sólo un par de meses».

Y aún no habíamos visto nada. Por ejemplo, que el PSOE se abstuvo de aplaudir al Rey cuando acudió a pronunciar su discurso inaugural de las Cortes y en cambio a los comunistas les faltaban manos para airear al Borbón. Luego, al final del discurso, Felipe González se rozó las palmas de las manos y Guerra ni eso. Empezaban los dos

a representar la comedia del Hermes bifronte, el uno cejijunto y el otro cejialto. No hacía mucho que el Rey había recibido a Felipe González para preguntarle: «Oye, y vosotros ¿por qué seguís siendo republicanos?». Felipe González le reveló a Víctor Márquez en el transcurso de la larga entrevista que compone *Felipe González: un estilo ético* que le respondió contándole una anécdota noruega que a su vez le había narrado Willy Brandt. En los años treinta el rey de Noruega le había hecho una pregunta parecida a un secretario general socialista muy radical y a continuación la oferta de que de ganar los socialistas las elecciones él seguiría siendo rey sin plantear problemas constitucionales: «Al fin y al cabo la monarquía es más barata que la república, dura toda la vida». Se acordó el pacto y el secretario general socialista ganó las elecciones y el consenso monárquico de sus huestes proclamando: «El rey de Noruega es también rey de los comunistas noruegos».

Es decir, Felipe González aplaudía poco y Guerra nada, y dejaban que los comunistas aplaudieran como monárquicos conversos, pero en el fondo del fondo los del PSOE ya habían aceptado la baratura de la monarquía y que algún día, tal vez no muy lejano, la Moncloa sería socialista y la Zarzuela seguiría siendo palacio Real. Pero a los ojos de la opinión pública, que los tiene casi siempre entornados, el PSOE empezaba a aparecer como un partido de oposición y en cambio era sorprendente la capacidad de adaptación de la plana mayor comunista, sin duda impulsada por la necesidad de quitar razones involucionistas del tapete, pero también por el empeño carrillista de un *gobierno de concentración*, materializador del sueño eurocomunista de que el PC fuera a la vez *partido de gobierno y de lucha*. Para estabilizar la democracia era necesario un gran acuerdo nacional político y económico que, según Carrillo, debiera materializarse en un gobierno de concentración. Se oponía a ello el PSOE, y Suárez a lo más que jugó fue a enseñarles a los comunistas algún sillón ministerial vacío y a sonreírles.

Cien kilos de rock

Pesaba cien kilos Elvis Presley al morir y tenía cuarenta y dos años. Una arritmia. Murió ahogado mientras el chófer trataba de llevarlo a un hospital para que recuperara el ritmo cardíaco. La historia de sus últimos diez años se basaba en un combate desigual contra la obesidad y la neurosis, rodeado de pastillas que él creía combatientes contra sus males oscuros, pero que sus secretarios habían sustituido por inofensivas vitaminas que le llenaban las venas de abecedarios del bien. Presley había sido en sus orígenes una operación de política cultural, la oferta de un rock

blanco frente al rock negro, un rock de raíz integrable que heredaba las ganas de mover el esqueleto del bugui o boogie.

Elvis había sido el gran lanzador del rock al mercado universal de juveniles y casi veinticinco años después del *Rock around the clock*, era ya un nombre de leyenda, a manera de punto remoto original de una cultura que alienaba a la juventud de todo el mundo. Juventud más cínica que la que había asumido en los cincuenta las convulsiones orgásmicas del *rey del barrio*, de qué barrio no importa, ¿acaso no viven todos los jóvenes en el *gran barrio galaxia!*? La muerte de Elvis activó la venta de sus discos: entre el 16 de agosto de 1977 y diciembre del mismo año se vendieron más discos suyos que en los diez años anteriores. Elvis había desheredado a su exesposa Priscilla, pero la convirtió a su pesar en la viuda más deseada del universo, en un *sex symbol* necrofílico que reportó a la espléndida señora mejores dividendos que el fabuloso tesoro que Presley había acumulado en vida. La tumba del rey del rock se convirtió en un lugar de peregrinación para una humanidad que se estaba quedando sin mecas, fátimas, ni lurdes. Era un fenómeno extra rock. El rock era ya por entonces o un alarde técnico sin límites o un ramillete de singularidades poéticas de cantautores vulgarizadores de la filosofía del fracaso; como Patti Smith, «la poetisa del rock»:

Sencillamente, no sé qué hacer esta noche;
me duele la cabeza mientras bebo y respiro.
Los recuerdos entran como crema en mis huesos.
Moviéndome sola.
Solamente hay un sueño que puedo tener esta noche.
El aire está lleno de movimientos.
Todo el fuego sigue helado y sin embargo
tengo todavía la voluntad.
Trompetas y violines
oigo en la distancia,
y mi piel emite un rayo,
pero creo que es triste.
Es una lástima que todos nuestros amigos
no puedan estar hoy con nosotros.

Hija espiritual de Rimbaud y Burroughs, sí, pero también de Jimi Hendrix y Jim Morrison, poeta, pintora, compositora cantante, Patti Smith era un producto neoyorquino, de esa vanguardia susceptible de masificarse inmediatamente y llegar

con las sutilezas de su espíritu hasta los *bidonville* de Adís Abeba o los palafitos de los ríos de Siam. Tal vez por esa conciencia de instrumentalización, al parecer desvirtuadora, Patti Smith se retiró a comienzos de los ochenta a repostar sensibilidad y lejanía y algún día volverá cuando los héroes del punk hayan templado su acero en la tercera guerra mundial, como lo templó aquel *rey del barrio* en la década de los cincuenta dejándose convertir en un recluta americano más que posaba para la propaganda militar cuando iba sonriente a defender el barrio de Berlín Oeste de la amenaza soviética. No en balde había cantado:

Me ves llorando en la capilla,
mis lágrimas son de alegría.
He ganado cien millones de dólares,
he vendido cien millones de discos,
he roto cien millones de corazones,
he soñado cien millones de sueños.
América me ha hecho como soy
y yo, de rodillas,
le doy las gracias.

Ni siquiera se permitió Elvis la humorada que Groucho se dedicó a sí mismo a título póstumo: «Que no se olviden de dar el 10 por ciento de mis cenizas a mi agente artístico».

El franquismo latente

La especial circunstancia del pacto transitorial, resultado más de una correlación de debilidades que de fuerzas, puso cautela en los pasos y sordina en las voces de los demócratas españoles recién salidos del largo túnel franquista. El gran instrumento llamado a emprender una urgente revisión del franquismo, Televisión Española, estaba en manos de Fernando Arias Salgado y el otro gran instrumento, la memoria combativa de la izquierda perseguida con saña por el franquismo, padeció una interesada amnesia controlada, para no inquietar o irritar a un antagonista que al fin y al cabo había ganado la guerra y la posguerra civil. No hay otra explicación para justificar olvidos simbólicos como el de Julián Grimau, mártir comunista ejecutado en 1963, es decir, veinticuatro años después del final de la contienda, por supuestos delitos cometidos durante la guerra. El PCE ocultó sus héroes y su espectacular

balance de martirio y los socialistas prácticamente carecían de él entre 1950 y 1975, salvo contadas excepciones que confirman la regla.

Queda pues para los historiadores del futuro la obligación de sorprenderse ante la evidencia de que el primer testimonio desfranquizador de la España democrática fuera un libro escrito precisamente por un Franco, el teniente general Francisco Franco Salgado-Araujo, primo del invicto Caudillo y colaborador cotidiano, que a título póstumo dijo casi, casi todo lo que pensaba sobre el dictador y su entorno de personas y cosas. En *Mi vida junto a Franco*, el primo de su excelencia no descalifica nunca directamente a su dueño y señor, pero sí lo descalifica a través de sus palabras, obras y omisiones. Además representaba un retrato «laico» del mito y hecho precisamente por su pasante, el más acreditado para conocer la estatura real del personaje. El retrato era tan distante y desapasionado que mereció las condenas más duras por parte de amigos y familiares del dictador, empeñados en crear una fundación que defendiera para siempre la memoria de la espada más limpia de Occidente; a pesar de que la estatua ecuestre había caído en los colchones más blandos de la prudencia colectiva y eso cuando había caído, porque bien alta seguía en la mayor parte de los pedestales que le habían construido en vida.

Y franquismo había en la mirada con que buena parte de las fuerzas represivas que le habían servido contemplaban la irrupción democrática. El primer escándalo en las nuevas Cortes lo provocaría el caso Jaime Blanco, diputado socialista por Santander que a pesar de haberse identificado como tal en el transcurso de una manifestación fue «contundentemente disuadido» por efectivos de la Policía Nacional. Pasado un primer momento de acaloramiento, el PSOE rebajó el ácido nítrico de su protesta, motivada tanto por el hecho en sí, como por la actitud en las Cortes del ministro del Interior, Martín Villa, que pidió prudencia y sentido de la medida histórica en la relación con las fuerzas de seguridad del Estado. *El Alcázar* lanza un torpedo submarino contra Jaime Blanco, revelando que había sido excluido del servicio militar por «epiléptico agresivo».

Suárez estaba convencido de que la *desfranquización* sería el resultado de hechos políticos y no de una voluntaria campaña ideológica. Y un hecho desafiante, por ejemplo, era resolver el tema del terrorismo vasco ligado al del independentismo o el de la legitimidad institucional de la Generalitat de Cataluña, encarnada por Josep Tarradellas, el «honorable president» en el exilio. Mientras la cuestión vasca se abordaba por un sistema de amnistía a plazos e indirecta y negociaciones directas con el PNV, Tarradellas era el epicentro de un terremoto político no deseado por las fuerzas políticas catalanas. Es más, Gutiérrez Díaz llegó a proclamar que Tarradellas era un «caballo muerto», sin advertir que la resurrección del caballo aportaba una

pieza nueva a la correlación política catalana, una pieza suprapartidista de sumo interés para la estrategia de Suárez y del centro derecha catalán, entonces desbordado por la potencia electoral demostrada por comunistas y socialistas. El 11 de septiembre de 1977, Cataluña asistía a la manifestación civil más impresionante de su historia en reclamación de las instituciones históricas. El gobierno necesita esta prueba tanto como la oposición y las cámaras de TVE se recrean en la cuantificación de las multitudes. Se necesita esta coartada de masas para justificar ante el involucionismo, especialmente amplio y activo ante el tema del separatismo, la necesidad del pacto con Tarradellas. Vuela el «honorable» a Madrid, negocia con Suárez y regresa a Cataluña ya el 23 de octubre entre el clamor de miles y miles de catalanes viejos y nuevos para los que era un desconocido apenas unos meses atrás. *Ciutadans de Catalunya, ja sóc aquí!* Ya estoy aquí, proclama el viejo y sabio político, que se metió a la «clase política» en el bolsillo por el procedimiento de asumir errores propios y ajenos que llevaron al holocausto irrepetible de una guerra civil.

A pie, a caballo y en coche

La crisis energética ha causado estragos en la conciencia crítica del universo pero aparentemente, en un primer plano, afecta sobre todo a la conciencia del consumidor, alarmado ante la sospecha de que no habrá suficiente gasolina para que sigan circulando los millones de automóviles, con los que espera llegar a la parcela que ha comprado a plazos, donde construir su segunda residencia. Los ingenieros buscan energías alternativas. Aparece y desaparece, como si fuera la serpiente del lago Ness, el coche eléctrico. Los primeros experimentos demuestran que el vehículo tendrá poco tamaño, poca potencia y escasa autonomía. Pero no es el motivo principal para que el proyecto se congele. Los poderosos trusts petrolíferos han de vender cueste lo que cueste el petróleo que queda en el subsuelo del universo, y mientras tanto el coche eléctrico quedará como una cobaya de laboratorios controlados por la industria automovilística, también interesada en chuparle a la tierra hasta su última gota de petróleo. Los científicos proponen nuevos carburantes: metano, metanol y finalmente el hidrógeno experimentado por una furgoneta Mercedes a fines de 1976.

Misteriosamente, todos estos proyectos pasan a la trastienda del cerebro colectivo de la tecnología universal. Hay que apretarse el cinturón y ahorrar carburante. Ésta es la consigna. España consume carburante como si la crisis no fuera con ella. Fuentes Quintana está al frente de la economía e impulsará un pacto económico-

social que no ha de parecer un pacto económico social, porque de lo contrario lo impugnarían las izquierdas y las centrales sindicales. El propio Fuentes Quintana redacta un informe de más de cien folios que será el documento base de un compromiso suscrito en la Moncloa por los líderes de los principales partidos políticos. Tope salarial, flexibilización de plantillas, aumento de pensiones, previsión de aumento del paro, corresponsabilidad del Estado y la sociedad en el pago de la Seguridad Social, intento de reducir la inflación al 22 por ciento en 1978. Fuentes Quintana consideraba el pacto necesario para combatir la caída de inversiones, la escasa productividad, el crecimiento del paro, la inflación y los desequilibrios en los intercambios con el extranjero. Suscrito por los partidos políticos, Carrillo justificó radicalmente el pacto con estas palabras: «Podemos firmarlo sin reservas. Esto no es un pacto social. Es un pacto político y económico celebrado por los partidos». Carrillo proponía que a continuación el gobierno lo negociara con las centrales sindicales y luego quedaba la tarea de convencer a las bases, reticentes ante un acuerdo que paralizaba la combatividad creciente del movimiento obrero, sin la contrapartida de una comisión de seguimiento eficaz, garantía de una real corresponsabilización de todos los sectores implicados. Algunos líderes sindicales vendieron el pacto a sus bases al precio de decir que era «... la autopista hacia el socialismo».

Lo cierto es que el pacto económico podía ser burlado preferentemente por la patronal y la administración y que el pacto político en cambio era una racional propuesta de acuerdos legislativos constituyentes de la nueva democracia. «Los comunistas —escribió Sánchez Montero en *Mundo Obrero*— hemos saludado con entusiasmo la firma del pacto de la Moncloa. Vimos en él, desde el primer momento, el instrumento que podía permitir a nuestro pueblo superar la crisis económica y consolidar la democracia, los dos objetivos fundamentales para las fuerzas democráticas en este momento».

Un segundo de estupor sin arcilla

«Soy simplemente una vacilación en la trama. Un segundo de estupor sin arcilla, sin quebrantamiento del instante, sin dolor de los ojos desnudos. Soy lo que soy: tu nombre extendido. Un perfume de tela no prevista. La triste historia de otra muerte». Y se prolonga el autorretrato metafórico de Vicente Aleixandre, necesario y ajustado en este final de 1977 en que recibe el Premio Nobel de Literatura. Premio a un gran poeta, segundo Premio Nobel indiscutible para una literatura española que

había discutido los que en el pasado se habían concedido a Echegaray o Benavente. Después del recibido en 1956 por Juan Ramón, el de Aleixandre universalizaba su poesía personal y consolaba al colectivo de la llamada generación del 27, premiada mediante uno de sus poetas menos conflictivos, estética y políticamente. Republicano de militancia mental, Aleixandre vivió un dignísimo exilio interior del que le sacaron las jóvenes generaciones de poetas que le reconocían el magisterio que no podían ejercer los muertos del 27 o ilustres exiliados como Alberti, Cernuda, Guillén, Salinas, Altolaguirre, Prados.

Sin discusión la altura literaria de Aleixandre, dos grandes supervivientes del 27 quedan a las puertas del premio y defraudados: Guillén y Alberti. El primero porque no acaba de convencer al dictador del hispanismo sueco, Artur Lundkvist, y el segundo porque va por los tablados del PCE con su chaqueta de colores, cantando poemas democráticos que enrojecen a la mismísima Virgen de Triana. Y es que la historia de España sigue siendo dramática aunque la literatura sea progresivamente ahistorificadora. Un joven andaluz, García Caparrós, muere de un tiro durante la represión de una manifestación por la autonomía andaluza y un estudiante tinerfeño, Javier Fernández, se muere de muerte similar… Y Fraga pide más orden cada día… «Hay una decadencia general del orden y del principio de autoridad…». La voz de Fraga es propia y ajena. Traduce el malestar de sectores de las Fuerzas Armadas irritados ante el policentrismo autonomista que emerge en la España consensuada por el Pacto de la Moncloa. Consenso. Una palabra hegemónica en el vocabulario político a lo largo del año de gracia constitucional de 1978. Año que empezaría deshabitado por la muerte de Charles Chaplin. También él se creyó en la obligación de autorretratarse más de una vez en su vida: «No soy comunista, ni he ingresado en ningún partido ni organización política en mi vida. Soy lo que ustedes llaman un pacifista. Yo estoy con la clase obrera, pero no me están esperando en las barricadas. No soy ningún héroe. Cuando empiece el tiroteo, me llevaré un trozo de pan y una lata de sardinas a las montañas…».

17. Madrid es una ciudad de un millón de chalecos

Año de consenso, dijeron los cronistas con la voz en las mayores bajuras, un dedo cruzando los labios, chist, en la habitación de al lado los constitucionalistas redactaban obviamente la Constitución y la sociedad extramuros del palacio de las Cortes empezaba a repartir sus sensaciones entre el miedo y el *desencanto.* Si la palabra consenso aún va a ser hegemónica a lo largo de 1978, el *hit parade* de palabras ya indica que desencanto le disputa el primer puesto, seguida a corta distancia por *inseguridad ciudadana* y *cheli.* El éxito musical del término consenso es mérito propio de los partidos constituyentes, la inseguridad ciudadana la fomenta el terrorismo, el aumento de la delincuencia y una morbosa cultura oral correveidile de que esto no es Madrid ni Barcelona, esto es Chicago, *cheli*, según dictamina Juan Villarín en su *Diccionario de argot*, quiere decir «Compadre, paisano o amigo (tratamiento afectivo)», y a renglón seguido añade: «lenguaje coloquial moderno», y en cuanto al *desencanto* significa distintas cosas en distintos barrios de la conciencia social, y va a prohijar otra familia de palabras derivadas del verbo *pasar de*, hegemónico en 1979, hasta el punto de que Yale y Julen Sordo se creyeron en la obligación histórica de redactar un *Diccionario del pasota*.

La sociedad lectora devora *Autobiografía de Federico Sánchez*; Premio Planeta 1977, obra y gracia de Jorge Semprún, quince años atrás brazo intelectual del PCE de Santiago Carrillo y ahora novelista y guionista famoso internacionalmente, que ha esperado quince años y la legalización del PCE para decir lo que piensa de la cultura interna del partido y de su máximo dirigente, Santiago Carrillo. El libro de Semprún divide al receptor militante entre los que lo rechazan *a priori* como una blasfemia y los que ponen en práctica el principio, siempre azaroso, de la libertad de conciencia y no sólo lo leen, sino que también recomiendan su lectura. Pero el retrato de Carrillo que hace Semprún no coincide con el que cotidianamente recibe el pueblo español. Fraga hace de presentador del comunista en el Club Siglo XXI y le elogia indirectamente el valor de su entrepierna, no en balde Unamuno había dicho que los españoles nos regimos por órganos y Fraga provenía de la democracia orgánica. Por su parte, don

Santiago tenía un protagonismo histórico por encima de sus dieciocho diputados. *¿De dónde saca pa tanto como destaca?* De su audacia y del carácter cualitativamente militante y activista de su partido, aún entonces el más articulado, en el contexto de unas formaciones políticas recién construidas, de aluvión e intereses creados. Pero Carrillo quería llegar al 30 por ciento electoral del PCI antes de diez años y consideró que forzando la marcha hacia el eurocomunismo la sociedad española premiaría la renovación del PCE con sus votos. Recibido en Estados Unidos como curiosidad euroasiática, don Santiago aprovechó su intervención en la Universidad de Yale para anunciar el abandono del leninismo como connotación definitoria de su partido. Fue un hecho consumado que luego Carrillo trataría de legitimar por su partido en el primer Congreso de la legalidad, aunque toparía con resistencias divisibles en dos voluntades: las de los esencialistas o fundamentalistas, que veían en la retirada de Lenin el inicio de un reformismo galopante, y la de los hiperliberales, que no estaban dispuestos a que un secretario general impusiera su lógica interna por encima de la conciencia de partido, comprendido como un intelectual orgánico colectivo.

Pacumbral se inventaba el idioma *cheli* y el mismísimo Madrid desde su columna en *El País*. Después de la canción que decía «saca güisky, cheli, para el personal...», el testigo de aquel idioma había pasado a las manos del inventor literario del Madrid democrático. UCD había creado una nueva casta dirigente con un cierto aire de vendedores de coches de importación, treintañeros estilizados de poco comer y mucho chaleco. Chalecos para talles de avispas. Chalecos, chalecos, Madrid era en 1978 una ciudad de un millón de chalecos que no necesitaban ser desabrochados en almuerzos de negocios políticos y de los otros. No inspiraban confianza popular aquellas perchas que en nada se parecían a las que lucían los en otro tiempo dirigentes del régimen. En el fondo del fondo, a este pueblo le ha gustado siempre que el poder fuera macizo. Y es que aquí se ha pasado mucha mucha hambre.

Aterrorizadores y aterrorizados

La vía catalana hacia el terrorismo prometía ser tan peculiar como barroca. Sobre el pecho del industrial José M.ª Bultó se puso una bomba de relojería sujetada con esparadrapo y la bomba explotó. Sobre el pecho del exalcalde Viola se situó una bomba similar y esta vez también voló la aterrorizada esposa que no quiso separarse del cuerpo de su marido, sobrecargado por el peso de una muerte enganchada a la propia piel. Dos carnicerías que acentuaban la sensación de truculencia compartida en una España en la que a la policía se le escapaban tiros incontrolados en controles

de carreteras y el terrorismo se pegaba a la piel del pecho en Cataluña y a la sien en el País Vasco. Y sobre este fondo la llamarada del incendio de la sala de fiesta Scala produjo la impresión de que había brotado la hoguera definitivamente consumidora de la democracia. El tema de la *inseguridad ciudadana* se convierte en valor de uso y de cambio político. La derecha sonríe mientras negocia la Constitución, pero de vez en cuando lanza puñetazos a ciegas, tratando de darle en el plexo solar a aquella democracia de jóvenes ejecutivos con chaleco que UCD había reclutado, vaya usted a saber dónde. Los que tenían mejores antecedentes exhibían en el currículum haber sido accionistas o colaboradores de *Cuadernos para el Diálogo* o exmilitantes del FLP, movimiento poético conspiratorio que en el pasado sirvió de jardín de infancia para futuros dirigentes de la transición de variados colores y olores.

De no haber sido porque Gutiérrez Mellado tenía muy maciza y templada la delgadez, hubiera sido muy difícil parar aquí y allá las conjuras golpistas alzadas en aras de la restauración de *la paz y la unidad de la patria*. ¿Qué paz podía haber en una España en la que hasta los delincuentes comunes se politizaban y se sindicalizaban? Existía la impresión subjetiva de que el gobierno estaba empeñado en abrir las puertas de las cárceles para que todos los chorizos salieran a quitarles las carteras a los pacíficos ciudadanos que volvían del cine. Al frente de la política penitenciaria estaban hombres como García Valdés, ex *Cuadernos para el Diálogo*, cómo no, o Jesús Haddad, reformista director general de Instituciones Penitenciarias que acabaría ejecutado por el GRAPO. Hombres de nuevo talante que dialogaban con representantes de la COPEL (Coordinadora de Presos en Lucha) y se apoyaban en el sector de funcionarios de prisiones agrupado en asociaciones democráticas y enfrentado al funcionariado estrictamente represivo educado en el autoritarismo franquista. Y excitaba especialmente los ánimos el cura Xirinacs, puesto en pie ahora hasta que no se concediera indulto general a los presos comunes, disposición vertical que mereció un despectivo comentario de un joven chaleco de UCD: «Por mí puede seguir en pie hasta que le salgan varices». Xirinacs razonaba que la amnistía política había ilusionado a los presos comunes y que sería negativo defraudar esa esperanza. El grupo senatorial Entesa dels Catalans (Entendimiento o Acuerdo de los Catalanes) propuso un proyecto de ley de indulto general, pero las formaciones mayoritarias, UCD y PSOE, votaron en contra. No estuvieron dispuestos a enfrentarse al rostro airado de la opinión pública.

¿Quién o quiénes aterrorizaban a los aterrorizados? La aparición de un misterioso ciudadano apellidado Gambín como instigador del atentado contra Scala y su condición de confidente coyuntural de la policía, reconstruía el fantasma de una programada desestabilización o de un calculado fomento del miedo que hiciera

bueno el refrán: «El miedo guarda la viña». La afirmación franquista de que todo quedaba «atado y bien atado» se confirmaba en parte en la desinformación general de las masas y su desorientada inquietud de hijos liberados de la tutela de un padre terrible que las había eximido de la necesidad de pensar por su cuenta. Bordeaba España de nuevo la tentación de volver a gritar: «¡Vivan las cadenas!».

Sobre la inexistencia del padre

En su condición de jovenólogo, explicaba el padre Fullat que el talante de la juventud por aquellas fechas se caracterizaba no por la rebelión contra el padre, sino por la rebelión contra la inexistencia del padre. Y llamaba en su auxilio teórico a Gérard Mendel, autor de *La révolte contre le pére*, y al Instituto de la Opinión Pública, poseedor de estremecedores datos sobre el criterio de las nuevas juventudes. Según una encuesta efectuada en 1976, el 60 por ciento de los jóvenes consultados consideraban que la disciplina es un factor en el desarrollo de la personalidad. Los jóvenes están descorazonados y angustiados ante el desorden ordenado de una sociedad que les condena al paro y a la incertidumbre, así en Europa como en España, donde los menores de veinticinco años constituyen en 1977 el 54 por ciento del total de parados: 850.000. «No podemos llegar al millón de parados sin que esto estalle», clamaba Marcelino Camacho. Y tuvieron que estallar muchas bombas y lanzarse muchas ráfagas de ametralladoras para que, mediante una disciplinada pasividad atemorizada, España atravesara el Rubicón del millón de parados y del millón y medio y de los dos millones.

«Soy el hijo natural de una pareja diabólica, el fascismo y el estalinismo. Soy el contemporáneo de un extraño crepúsculo donde las nubes se desploman solas, en mitad del estruendo de las armas y las quejas de los ajusticiados. No conozco otra revolución que pueda servir de ejemplo en este siglo, que esta de la peste parda y del fascismo rojo. Hitler no murió en Berlín, ha ganado la guerra, vencedor de sus vencedores, en esta noche de piedra en que él precipitó a Europa. Stalin no ha muerto en Moscú, ni en el 20.° Congreso, está aquí, entre nosotros, pasajero clandestino de una historia en la que sigue penando y a la que sigue plegando a su demencia. El mundo anda bien, dicen ustedes. Claro que anda, en todo caso, puesto que ya no gira. Pero jamás la voluntad de muerte se había desencadenado tan cruda, tan cínicamente. Por primera vez los dioses nos han abandonado, fatigados sin duda de extraviarse por llanura calcinada donde erigimos nuestras moradas. Y escribo, claro que sí, escribo en una época de barbarie que ya, en silencio, ha hecho la cama a los

hombres».

Desde este brillante pesimismo lírico iniciaba Bernard-Henri Lévy, el más famoso de los *nuevos filósofos*, su obra *La barbarie con rostro humano*, publicada en castellano por Monte Ávila en enero de 1978. Nuevo nihilismo con el anarquismo en la teoría y el neoliberalismo en la práctica. Como Malraux a finales de la Segunda Guerra, había que situarse ante la elección entre dos barbaries: el terror estalinista o el materialismo expansionista de Estados Unidos. Praga y Vietnam habían desacreditado el modelo soviético y el norteamericano, pero en la obligación de elegir, los intelectuales parecían preferir al menos el sistema que les permitiera publicar desahogos como *La barbarie con rostro humano*. A partir de estos testimonios del nihilismo crece una cruzada intelectual antimarxista urdida con distintos mimbres: el marxismo ha hecho posible el monstruo estalinista y la burocratización de la revolución, la izquierda tradicional ha sido incapaz de hacer la revolución y de hecho se ha limitado a sacarle el jugo al estado asistencial keynesiano, el marxismo no puede dar respuesta a la sensación de desamparo, de inmotivación, de sin sentido que está adquiriendo la vida y la historia de los individuos y los pueblos.

Frente a esta ofensiva, angustiadamente impulsada por los defraudados hijos del Mayo francés e interesadamente manipulada por la derecha de toda la vida y toda la Historia, se opone la alternativa eurocomunista de un socialismo en libertad, a manera de síntesis feliz entre la cultura de la emancipación colectiva y la de la emancipación individual: Marat y Sade con el matrimonio arreglado gracias a los buenos oficios de Berlinguer. Se hubiera necesitado un Frank Capra en sus mejores tiempos para hacer esa película y un James Stewart en plena forma para venderla al gran mercado de la conciencia universal. Miedo, recelo, cansancio, desesperanza, sensación de que te duelen los pies de patear caminos que no llevan a ninguna parte y deseo de llegar a alguna madriguera donde lamerte las heridas y esperar órdenes de supervivencia. *Vota a Gundisalvo*, había propuesto Mingote a sus «lectores», y John le Carré en *El honorable colegial* acentuaba la sospecha incipientemente colectiva de que la suerte lógica de la Historia está echada y se mide sobre todo en una lucha en las cloacas y no en las superficies. Curiosa España sin embargo que reconstruye su razón democrática en una Europa en la que se relativizan los contrafuertes de toda esperanza. En sus secretas habitaciones entreabiertas, los constitucionalistas seguían redactando la Constitución de 1978. ¿Sería cierto que cada época construye sus ruinas?

El cacahuete y la corona

En 1945, un coronel húngaro entregó la corona de san Esteban, símbolo de la nacionalidad y la monarquía húngara, a los oficiales norteamericanos que llegaron a Budapest. Prefería la barbarie yanqui a la barbarie roja. Pese a las reclamaciones de los sucesivos gobiernos comunistas, Estados Unidos se negó a devolver la corona pretextando que el régimen comunista se había impuesto sin otra legitimidad que el respaldo de la ocupación soviética. Pero Jimmy Carter tenía ideas propias sobre la cuestión y, dispuesto a demostrar sus buenos propósitos sobre la concordia universal, devolvió la corona de san Esteban al gobierno húngaro. De los cofres blindados de Fort Knox a las manos del gobierno de János Kádár, el traspaso de la corona de oro fue para algunos el síntoma de la dejación que caracterizaría todo el mandato de Carter y que reportaría caídas tan gravosas para los intereses occidentales como la de Somoza en Nicaragua y el sha en Irán.

Frente al escepticismo galopante y a la política de beneficencia gestual de la administración Carter, el único movimiento político con esperanza que tiene cara y ojos en este último cuarto de la década de los setenta es el que mal agrupa a distintas tendencias de pacifistas y ecologistas. El miedo del filisteo a perder niveles de bienestar puede cambiar cualitativamente y convertirse en un miedo histórico positivo, si se le mentaliza sobre los riesgos de un desastre nuclear o de la destrucción del medio ambiente. En 1978 los enemigos de la nuclearización de la energía y la tecnología publican un informe-inventario sobre todos los focos de material radiactivo que conviven con la especie humana: marcapasos alimentados con pilas de plutonio injertadas a enfermos del corazón; vehículos con sustancias radiactivas destinados a hospitales (bombas de cobalto) y a tratamientos agrícolas; camiones militares con transporte de proyectiles nucleares; camiones civiles con lingotes de uranio enriquecido o plutonio o con desechos de combustibles irradiados para su tratamiento; trenes con uranio, desechos o proyectiles nucleares; plataformas móviles con misiles Pluton; submarinos estratégicos equipados con motores nucleares y situados en alta mar; aviones militares dedicados al transporte regular de bombas A; aviones de línea con material radiactivo destinado a hospitales y laboratorios; satélites de espionaje dotados de minicentrales nucleares; minicentrales radioisotópicas colocadas en la Luna; sondas espaciales americanas Pioneer han colocado, más allá de la órbita de Júpiter, una central radiactiva necesaria para su funcionamiento… No. Este informe no salió en ninguna publicación seudolegal de los verdes, los azules o los rojos. Era una información más de *Paris Match*, demostración evidente de que estaban preocupadas hasta las más convencionales familias del pensamiento humano.

Mientras Jimmy Carter tiraba cacahuetes y coronas a la humanidad para

convencerla de que Pinochet o Videla eran males menores, Somoza respondía a la guerrilla sandinista con una escalada de represión legal e ilegal que alcanzaba hasta a sus enemigos escuetamente liberales. El asesinato del periodista Chamorro, símbolo de la oposición no marxista, refuerza una acción guerrillera bendecida por una espléndida promoción de poetas y teólogos de la liberación: los hermanos Cardenal, Tomás Borge, D'Escoto. Mientras tanto, en el Cono Sur, Videla y Pinochet tratan de entretener a sus pueblos mediante un conflicto estéril y artificial, el del canal de Beagle que separa a argentinos y chilenos en Tierra de Fuego. De nuevo la coartada de una empresa nacional para ocultar la sordidez de la política interior de uno y otro país. Mientras Pinochet aminora su apetito represor, Videla está dispuesto a hacer *desaparecer* a media Argentina, pese al escándalo internacional que ya empieza a ser sonoro.

Se instala la clara conciencia de que Pinochet y Videla sobreviven políticamente porque el Departamento de Estado quiere, y esa sospecha se traslada sobre el tablero español, donde Hasán II mueve sus bazas reivindicativas tratando de aprovechar la tensa situación constituyente de la transición. Se habla de un duro choque entre Suárez y Hasán II en el transcurso de una sobremesa, en presencia de los Reyes. Hasán prometía marchas verdes sobre Ceuta y Melilla y Suárez le anunció un Dunkerque marroquí. Excelente jugador de póquer, Suárez jugaría al farol, en cambio Hasán II parecía tener la seguridad de una inhibición «neutral» yanqui en el caso de decidirse a empezar el hostigamiento de Ceuta y Melilla. La debilidad de la política exterior española concentra tomas de posición que van desde la proclamación de una neutralidad armada o desarmada, hasta el decidido alineamiento en un atlantismo creador de un paraguas protector frente a las reclamaciones marroquíes y al telúrico peligro amarillo, rojo o naranja. Hay que elegir dueño, en eso sólo estriba la libertad del esclavo. Y para muestra ahí está el botón del caso Moro. El 16 de marzo de 1978, el jefe del Gobierno italiano, Andreotti, se disponía a iniciar desde el palacio Chigi un trascendental día político. Iba a leer un programa de gobierno que los comunistas respaldarían y se iniciaba así una escalada irreversible hacia el compromiso histórico formulado por Berlinguer. Andreotti daba el paso factual, pero los armadores de la operación habían sido Moro y Berlinguer. Mientras preparaba su intervención, a Andreotti le llegó una noticia que a él le paralizó momentáneamente y al compromiso histórico, *sine die*: Aldo Moro acababa de ser secuestrado.

El cerebro orgánico oculto del equilibrio del terror había decretado el secuestro de un eslabón imprescindible para una posible tercera vía. ¿Quién ha sido? Se volvían los rostros hacia Moscú y el Politburó ponía cara de a mí que me registren. Y si se volvían

a Washington allí estaba la carita de mona pelirroja y simpática de Jimmy Carter, pillado *in fraganti* en el reparto de cacahuetes y coronas de santos y reyes o de reyes santos. Todo se tambaleaba. Pero en aquel Madrid, la ciudad de un millón de cadáveres, según Dámaso Alonso, en 1945, convertida en la ciudad de un millón de chalecos en 1978, se estaba redactando una Constitución emparentada con la de 1812. Año de consenso, decían los cronistas con la voz en las mayores bajuras, un dedo cruzando los labios, chist. Silencio. Se constituye.

18. Las matemáticas de la catástrofe

Entre 1977 y 1978 las matemáticas fueron noticia suficiente para la portada de *Newsweek* y un programa televisivo de la BBC. El topólogo francés René Thom había formulado una *teoría de la catástrofe* a partir del examen empírico de las causas previsibles de los cambios geológicos. Hay un tránsito de umbral a partir del cual se desencadena un proceso de destrucción o mutación cualitativa y puede traducirse matemáticamente. Bidón-Chanal lo explica así mediante la maravillosa ambigüedad poética del lenguaje científico: «La esencia de la teoría de las catástrofes puede entonces reducirse así: si un proceso queda determinado por la condición de hacer mínima una cierta magnitud análoga de la energía (es decir, si está asociado a una función potencial), y si está controlado por un máximo de cuatro variables o parámetros externos, entonces puede describirse por una determinada curva o superficie obtenida como lugar de los puntos catastróficos en un sentido igual al del ejemplo anterior; cada una de las curvas a superficies se denomina una *catástrofe elemental* y lo importante es que sólo existen siete tipos tipológicamente diferentes (es decir, salvo deformaciones continuas de dichas curvas o superficies para todo el conjunto de procesos posibles que cumplan las condiciones expuestas), las cuales, por otra parte, parecen propias de la inmensa mayoría de los sistemas naturales. Es más: la teoría de las catástrofes ha proporcionado modelos para el estudio de la guerra, el aprendizaje, las crisis económicas, los virajes de la opinión pública y en los resultados electorales o incluso en la teoría leninista del imperialismo».

Entre dimes y diretes de científicos opuestos por el vértice, Bidón-Chanal emplea el «quizá» eliotiano para anunciar que *quizá* el lenguaje matemático de la teoría de la catástrofe sea el que *todos habremos de utilizar en el futuro para referirnos a cualquier discontinuidad*. Sólo en un mundo tan aterrado como el de la década de los setenta, la semanticidad de locuciones como *teoría de la catástrofe* o *matemáticas de la catástrofe* podía almidonar los ya de punta pelos de la humanidad culta. La catástrofe estaba escrita en la naturaleza y podía dibujarse sobre los encerados de las clases de matemáticas, exactamente igual que la regla de tres o las ecuaciones de tercer grado. Por lo tanto no sólo estábamos perdidos sino incluso rodeados, como proclamaba el

agonizante *Por Favor*, afectado del conocido *valor crítico* que suele discontinuar la existencia de las publicaciones críticas, es decir, la asfixia publicitaria.

Los teóricos de la catástrofe no veían otro *valor crítico* provocador de la discontinuidad de la transición democrática española que la capacidad de aguante de los militares, no ya ante las que pudieran ser consideradas provocaciones objetivables, sino ante sus propias pesadillas ideológicas interiorizadas. No había día sin que a los oídos de Suárez o Gutiérrez Mellado no llegaran noticias de conspiraciones y aunque no se había alcanzado el punto culminante del clímax de agresiones de palabra u omisión contra Suárez o Gutiérrez Mellado, sí es cierto que la espada de siempre se cernía sobre aquel ensayo colectivo de reforma política, mientras los constitucionalistas seguían redactando la Constitución. Tal vez por eso la izquierda miró hacia el otro lado del paraíso democrático para no ver lo que ocurría en el lado opuesto. Un grupo de teatro independiente catalán, Els Joglars, dirigido por Albert Boadella, escenificó una alegoría sobre las ejecuciones de Puig Antich y su «torna», es decir, aquel pobre polaco apátrida, ajusticiado para que se viera que la pena de muerte en España se aplicaba sin distinción de sexos ideológicos. La obra era una parodia cruel de la represión y determinados cuerpos militares se sintieron aludidos. El general Pascual Vidal Aznárez, auditor general de la 4.ª Región Militar, telefoneó a la compañía de Els Joglars cuando estaba actuando en Reus para decirles: «Ya sé que la juventud es impetuosa, pero es mejor que no sigan interpretando eso o van a ir todos a la cárcel. Van a ver ustedes un consejo de guerra donde no habrá nadie borracho».

Y en efecto, lo vieron. Boadella, internado en el Hospital Clínico en prisión preventiva, no quiso asistir a una representación teatral que él no había montado y se escapó por la ventana del baño de su habitación. La vanguardia crítica catalana se movilizó. La izquierda apenas si hizo una mueca de contrariedad. Se estaba redactando una Constitución y no estaba el horno para valores críticos que desencadenaran las matemáticas de la catástrofe.

Tortura

En una de las mazmorras de Carabanchel fue torturado hasta la muerte el anarquista catalán Agustín Rueda, y pocos días después el GRAPO asesinaba a Jesús Haddad, director general de Prisiones. En 1978 veinte miembros de las Fuerzas de Orden Público fueron asesinados por los grupos terroristas, y hacia el verano, el asesinato de altos mandos militares calentaría los ánimos en los cuarteles y congelaría el

resuello en los foros. De momento, la cuestión económica hacía aguas a pesar de los Pactos de la Moncloa, y el inspirador de la política económica, Fuentes Quintana, presentaba su dimisión y quedaba como asesor personal del presidente del Gobierno. Sube al trono de la economía española José Luis Leal, joven economista, en el pasado radicalizadísimo militante del FLP, al que se atribuía el intento de apoderarse de París durante los hechos de Mayo de 1968, por el procedimiento chapliniano de rodear la ciudad. La dimisión de Fuentes Quintana no le priva del poder de teledictar la política económica, poder que se le atribuye durante los últimos veinte años de vida española, como se atribuye a Mariano Rubio el de haber guiado la política financiera desde su segundo o tercer puesto en el Banco de España.

Cada vez que la derecha española, azuzada y a la vez encauzada por Fraga, mientras Blas Piñar trata de crecer hasta la estatura del caudillaje, levanta el fantasma del terrorismo y la desestabilización, los demócratas españoles tienen que recurrir al mal de muchos y ahí está el cadáver de Moro, hallado en el portamaletas de un Renault 4, en las calles de Roma. Entre el secuestro, perpetrado en el día de autos del 16 de marzo, hasta el hallazgo del cuerpo mediaron casi dos meses de polémica política basada en si el Estado debía o no ceder ante el chantaje de las Brigadas Rojas. Todas las fuerzas políticas se pronunciaron por entregar a los terroristas la responsabilidad de ejecutar o no a Moro y los asesinos devolvieron un cadáver, exactamente en un punto de Roma equidistante entre la piazza del Gesù, sede de la Democracia Cristiana, y la via delle Botteghe Oscure, sede del PCL. El metalenguaje macabro utilizaba el cuerpo sin vida de Moro como una bomba de explosión retardada contra el compromiso histórico. El propio Moro, desde su encierro, había dirigido una patética carta a los capos de la DC pidiéndoles que cedieran y le salvaran la vida. Leonardo Sciascia escribió un duro alegato contra las razones de Estado que habían sacrificado la vida de Moro y para siempre quedó la sospecha de que Aldo Moro había sido sacrificado para hacer inviable el casi escrito pacto entre democristianos y comunistas. La crisis Moro inició el declive de la hegemonía aritmética de la DC. Aplazado el compromiso histórico, la hegemonía cualitativa del PCI precisaba una fuerza de recambio al frente de la coalición nacional capaz de impedir el acceso de los comunistas a parte del poder. Se predibuja la necesidad de un crecimiento artificial del Partido Socialista Italiano, descabalgados ya sus líderes más proclives a un entendimiento con los comunistas. Empieza a hablarse de Craxi.

Y en España aún se habla más de Carrillo que de Felipe, porque desleniniza a los españoles desde la Universidad de Yale o lo intenta, sin suerte, desde la Conferencia Nacional del PSUC y con suerte desde el 9.° Congreso del PCE. Pero Felipe González no se cansa de decir que el PSOE es la *real alternativa de poder*, y tenía toda la

razón el hombre y toda la intención, por lo que negocia para absorber a los tiernogalvanistas, ricos en moralidades pero pobres en presupuestos para pagar deudas electorales. Don Enrique Tierno era uno de los lujos espirituales de la transición. Formado para ser el primer presidente de la Tercera República, acabaría su carrera siendo el mejor alcalde de Madrid y un académico del bando municipal, y su imagen estará ligada para siempre a la teta izquierda o derecha según se mire, de Susana Estrada, la reina del destape integral, junto a la que posó en un guateque parademocrático. Y es que Madrid había cambiado mucho y empezaba a alzarse de puntillas para medir su estatura cultural con Barcelona, la capital de anteriores renacimientos. La Exposición Miró celebrada en Madrid fue su punto de arranque como mítica capital cultural de Europa, calificación publicitaria con el tiempo triunfante gracias al hecho tan previo, como necesario, de que los madrileños se la creyeran. Desleninizado el PCE y tiernizado el PSOE, ya sólo faltaba el texto constitucional para un nuevo enfrentamiento electoral que decidiera un clarificador quién es quién. Carrillo lo había dicho en su desesperada intervención ante la Conferencia Nacional del PSUC: «No podemos esperar diez años para conseguir el 30 por ciento». Tenía toda, absolutamente toda la razón.

Mi abuelito tenía un reloj

Con o sin motivos suele atribuirse a los abuelitos el vicio de tener relojes de pared, y a un reloj póstumo traspasó la duquesa de Villaverde la razón de ser detenida en la aduana de Barajas, en el momento de intentar sacar de España un montoncillo de medallas de su padre, el en otro tiempo invicto general Franco. Bajo la sospecha de practicar la evasión de medallas, la duquesa convocó una rueda de prensa donde regaló su mejor y más confiada sonrisa a la explicación de que intentaba incrustar aquellas joyas en un reloj que le iban a hacer los inimitables artesanos suizos. Ya se sabe, de la mar el mero y de Suiza los relojes.

Parecía una historia de museo al servicio de una morbosidad de museo. Hacía casi tres años que España vivía sin Franco y los ultras llenaban los muros de las calles con la leyenda: «Con Franco vivíamos mejor». Aún no había, el que esto suscribe, acuñado la sospecha de que *contra Franco vivíamos mejor*, pero el desencanto empezaba ya a olerse en Dinamarca, a pesar de que apenas si estaba iniciado el proceso constituyente y casi todas las matemáticas posibles eran las de la catástrofe. El Rey viajaba mucho para dar la imagen de que la España democrática era más aceptable que la dictatorial y la política exterior del gobierno era atlantista los lunes,

miércoles y viernes y neutralista los martes, jueves y sábados. El domingo, como Gila, descansaba y alquilaba un torero. En cuanto a la *cultura del ocio*, empezaba a ser un sarcasmo más que una premonición sociológica.

Hollywood dramatizaba un sentido musical de la vida y la esperanza juvenil en *Fiebre del sábado noche*, aperitivo descafeinado de la poética de la marginalidad juvenil que años después trataría magistralmente Coppola en *Outsiders* y *Rumble Fish.* La fiebre del sábado noche sirvió para que John Travolta enseñara a caminar a los pasotas del mundo entero, en el mismo año en que Woody Allen ganaba el Oscar gracias a *Annie Hall*, interpretada por su musa Diane Keaton, y Richard Brooks lanzaba el *sex symbol* masculino por antonomasia en una década sin otro *sex symbol* femenino que Carolina de Mónaco. Richard Gere, el intérprete de *Buscando al Sr. Goodbar*, iniciaba así su mitología de *picha de oro* cinematográfica, de héroe marginal y perdedor repetidamente, dignificado por la disciplina de la milicia en *Oficial y caballero.* Woody Allen no acudió a recoger el Oscar, prefirió quedarse en el Michael's Club de jazz de Nueva York tocando el clarinete, como cada lunes. Bien pensado y bien hecho. ¿Cómo puede recoger un Oscar Woody Allen? ¿Quién le haría el guion de ese *sketch* de treinta segundos?

Julia es un éxito mundial de taquilla, más por el dúo de protagonistas femeninos, Jane Fonda y Vanessa Redgrave, que por el encanto del texto original que hizo posible la película, *Pentimento*, de Lillian Hellman, la dramaturga neoyorquina, excompañera de Dashiell Hammett, presente en todas las causas perdidas de los liberales norteamericanos, el apoyo a la República española una más. Y la muerte de Khachaturian o Jachaturián, vayan ustedes a saber, reactiva la polémica sobre la relación del arte con el estado totalitario. El talento musical de Khachaturian no se discute aunque tuviera el desliz político de componer un *Canto a Stalin*, casi en los mismos años en que Gerardo Diego dedicaba más de un poema a José Antonio y por extensión a su bando. No sonaba en España a folclore de granja colectiva, «La danza del sable», fragmento de *Gayaneh*, sino a metáfora de las interiorizadas matemáticas de nuestras catástrofes familiares. Había que ganar tiempo para que los constituyentes lo constituyeran todo, y si se había enseñado el cadáver de Moro para que viéramos que en todas partes desestabiliza el terror, se señalaba con el dedo hacia la pérfida Albión, donde el líder liberal Jeremy Thorpe expiaba públicamente sus culpas por lo que los castizos llamarían ser *un maricón apalancado.* La ola de pornografía no sólo invadía España.

Vino blanco al atardecer

Pero tal vez 1978 pasará a la historia de la cultura por una película de Resnais, *Providence*, sutil meditación sobre el sentido de la vida y el sueño, e iniciación al vino blanco entre horas, equiparable a la perpetrada por Juan Goytisolo en *Señas de identidad*. John Gielgud, en el papel de lúcido y viejo escritor que se consuela del cáncer de culo tomando vino blanco, muy frío, entre horas, quedará dentro de la iconografía de la desesperanza dotada de lenguaje. Sutileza del espíritu que tiene su sentido en una Europa en la que no pasa nada y pasa todo. Una Europa en la que hasta los alaridos gozan de la sordina del *fair play*. «Europa es un balneario en el que nunca pasa nada», declararía Javier Pradera a *Por Favor*, y en cambio el dramatismo de la vida y la historia parece haberse cebado en el tercer mundo. Europa ya no espera la invasión de los bárbaros, aquellos tiempos en que, como había escrito el poeta, esperar a los bárbaros era al menos una forma de esperanza. Y para más inri hasta don Santiago se desleninizaba y decía: «Dictadura, ni la del proletariado».

En cambio, en África, el Frente Polisario emergía como una fuerza replicante al anexionismo marroquí, con el respaldo de Argelia, necesitada geopolíticamente de instrumentos de debilitamiento de la monarquía alauita. En Rodesia la actividad guerrillera adquiere ya el carácter de penúltima búsqueda de posición de fuerzas para negociar el traspaso de poder de los blancos a los negros. Sadat, Carter y el exterrorista Begin firman el acuerdo de Camp David que a Sadat le costará con el tiempo la vida, ametrallado en un desfile por un comando de oficiales fundamentalistas, y a Israel le permitirá dar un paso decisivo para ser un hecho consumado frente al fundamentalismo erradicador panárabe. A Dios rogando y con el ejército judío cruzando las fronteras del Líbano para afanarse una zona de seguridad frente a las guerrillas regularizadas de Al Fatah. Carter deja hacer, porque Israel es el gendarme de Occidente en el *cul de sac* del Mediterráneo, como el sha lo es en las puertas del Asia profunda.

Pero corren malos tiempos para el sha. A los veinticinco años de su reposición en el poder con la ayuda de la CIA y previo derrocamiento del nacionalista doctor Mosaddeq, el sha sólo se aguanta por el apoyo norteamericano y por la policía política más torturadora de Asia. Desde enero el mundo entero conoce otro producto de exportación iraní, junto al caviar, Farah Diba, Soraya, el sha y el príncipe Ciro. El producto se llama Jomeini y es el más prestigioso ayatolá o jefe religioso de los chiitas iraníes. Jomeini encabeza una revuelta fundamentalista contra la dictadura del sha y contra las formas de vida occidentales que aparece como una revuelta parademocrática y antiimperialista. Por eso, el ayatolá obtiene casi el cheque en blanco de todas las fuerzas políticas y sociales que consideran al sha como una contradicción de primer plano a la que hay que destruir, previamente a objetivos

dialécticos mayores. Frente al fundamentalismo de los seguidores del ayatolá, la propia corte imperial fomenta a la desesperada una socialdemocracia pasteurizada y un tradicionalismo aimperialista que llegarían tarde para salvar la nueva rica dinastía de los Pahlevi. Sorprende la pasividad o la impotencia ante la cuestión iraní de Carter y de su asesor preferido, Zbigniew Brzezinski, sovietólogo de origen polaco, considerado como el Kissinger de la nueva administración. Brzezinski es considerado como un partidario de la guerra fría y su condición de presidente de la Trilateral ayuda a divulgar y mitificar la función de esta entidad, creada por David Rockefeller con el fin de reflexionar sobre la *supervivencia del mundo libre* y convertida en un grupo de presión internacional de cara a crear una estrategia de neoliberalismo duro, en tiempos en que cuajan todas las teorías de la catástrofe.

La derrota histórica de Vietnam y la derrota ideológica derivada del apoyo USA a las dictaduras impresentables del Cono Sur americano, obligaban a Carter y su gente a ser lo más consecuentes posible con su táctica de la mano tendida y abierta llena de derechos humanos. Pero a medio plazo esta política carteriana no será entendida por una mayoría social norteamericana que quiere encontrar su propio fundamentalismo, el supuesto retorno a formas de vida y a ideales morales de tiempos más seguros, en que ser norteamericano no implicaba un continuado examen de conciencia culpable. Esas aspiraciones serán casi exclusivamente monopolizadas por la *nueva derecha*, y encarnadas en un viejo político al que le queda una última oportunidad de conseguir el mejor papel de su vida: el exactor secundario Ronald Reagan. Sobre una sociedad cansada de perder guerras contra David y de tolerar la autocrítica radicalmente cuestionadora de su contracultura, Carter juega al sí pero no. Proteccionista de día y jeffersoniano de noche, *el rey del cacahuete* camina, sin saberlo, como Travolta pero hacia su propia destrucción.

Malos tiempos para los matices. El fundamentalismo o esencialismo es un recurso para épocas de recelo hacia su propia conciencia cuestionadora. Lo sabe bien la señora Thatcher, que utiliza en su asalto al poder argumentos raciales para recordarles a los ingleses ese color de cera rosada que les distingue incluso de los lechosos normandos. La Thatcher agita ante el pueblo británico racimos de inmigrantes policrómicos que se lo comen todo, y los laboristas, en cambio, presumen de que consiguen la colaboración de la clase obrera en una política de austeridad «... para salir de la crisis».

Mientras tanto en España se dice que el valor crítico desencadenador de la catastrófica discontinuidad tanto puede ser el creciente número de parados, un millón, como el cabreo militar por el anuncio de que los constituyentes están contemplando la posibilidad de autonomías profundas. Una de dos: *o Spain is*

different o España es mágica. Lo primero se lo inventó un funcionario de Fraga, lo segundo lo ha deducido Fernando Sánchez Dragó en un libro que será el dictador del mercado lector durante largo tiempo. Empieza la reacción contra el determinismo igualatorio de la democracia consensuada. Pero no anticipemos catástrofes. De momento quedémonos, aunque sea un instante, contemplando la pira del hotel Corona de Aragón, incendiado, según la versión oficial, por las llamaradas de aceite de una churrería. Según la *vox populi*, por un atentado destinado a achicharrar a la viuda de Franco y demás familia, de paso por Zaragoza para asistir al estreno de uniforme, con estrella de alférez, de su nieto Cristóbal: «"El hotel Corona de Aragón está ardiendo y tu familia está dentro". Era el 15 de julio de 1979. Faltaban cinco minutos para el toque de compañía, lo que para nosotros suponía el comienzo del acto de la entrega de despachos. Estrenaba uniforme con la estrella de alférez y había dejado las cadeteras en mi camareta del edificio General Galbis. No dejé que la señora de la limpieza me diera más explicaciones. Salí volando hacia la formación. Alcancé a escuchar a Engracia "lo han dicho por la radio". Llegué corriendo y me presenté al capitán de mi sección, Julián Ezquerro: "Mi capitán, me acabo de enterar que el Corona de Aragón está ardiendo y mi familia está dentro". Ezquerro, aparte de ser desde hacía dos años el capitán de mi sección, era el mejor amigo entre mis superiores. Al mes siguiente fue destinado forzoso, sin que le correspondiera, a Bilbao y a los pocos días de llegar a la capital vizcaína fue asesinado por ETA. Ezquerro me dijo: "Cristóbal, vete al Estado Mayor e infórmate"». Se enteró pues por la asistenta, el alférez Cristóbal Martínez-Bordiu Franco que su abuela y sus padres habían estado a punto de morir en una catástrofe, como confesaba en *Cara y cruz: Memorias de un nieto de Franco*, libro, primera memoria de un exoficial que dejaba el Ejército, no tanto por el incendio frustrado de su familia, sino por el incendio de su propia mitología militar. «Salgo del Castillo y me dirijo, tal como me habían insistido, a ver al capitán general. Como ya tengo en el bolsillo la comunicación oficial de mi baja en el Ejército, voy vestido de paisano que es lo reglamentario. Tras esperar un rato en el antedespacho, me invitan a firmar en un libro y me dicen que me vaya. Más tarde me he enterado de que no me recibió por ir de paisano. No acabo de entenderlo».

19. Aquellos tiempos del arte de magia

«Cayetana Fitz-James Stuart, ¿quiere usted por legítimo esposo a Jesús Aguirre y Ortiz de Zárate?». La duquesa de Alba naturalmente, dijo sí. Y no, no es el título de una película de Hawks, Cukor o Capra, con Cary Grant y Katharine Hepburn como cabezas de cartel, sino la realidad como la vida misma que convertía en marido y mujer a la duquesa más duquesa de todas las duquesas y al exjesuita Aguirre, el responsable editorial de Taurus, traductor de Adorno y Benjamin, exsimpatizante del Frente de Liberación Popular, confesor de cinco futuros ministros del Partido Socialista Obrero Español, director general de Música bajo el reinado constituyente de Pío Cabanillas, amigo de los Reyes dentro de lo que cabe, y de pronto convertido en primer duque vinculable a la Escuela de Frankfurt. Cuando cualquier entrevistador medianamente enterado de que Frankfurt le debía mucho más a Adorno que a las salchichas que se le atribuyen, expresa ante el actual duque de Alba su extrañeza por la filosofía de su ducado o la nobleza de su filosofía, el duque de Alba contesta: «Querido, no te ha de extrañar. Dentro del linaje de los Alba, el tercer duque de Alba fue amigo de Garcilaso y Boscán y en su entorno andaluz, granadino concretamente, fue donde Navagero convenció a Boscán de que incorporara el endecasílabo a la métrica española. ¿Has olvidado las églogas dedicadas al duque de Alba? Y el duodécimo duque de Alba fue amigo personal de Rousseau. No hay pues contradicción. Mi suegro era amigo de Marañón, Ortega y Pérez de Ayala, en Londres, cuando mi suegro era embajador, Jiménez Fraud era un habitual comensal en su casa».

Boda del año, relacionable con el libro del año, *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España* de Fernando Sánchez Dragó, fabulación histórica sobre mitos, símbolos y signos de un supuesto consciente colectivo español, tan supuesto como un subconsciente igualmente colectivo y español. La obra de Sánchez Dragó, exmilitante del Partido Comunista y con el tiempo implacable crítico cultural del marxismo, es una provocación que irrita a los que se toman el libro como una alternativa científica. En cambio conecta el autor con cierta sed de arracionalidad y de poética especulativa de la realidad, lógica en unos tiempos en que casi todo cuanto

se veía posible se ha convenido, consensuadamente, en que no lo sea.

Curioso que buena parte de los esfuerzos intelectuales de la España de 1978 se dediquen a *unpressing* antimarxista, beneficiado por la pobreza y la inseguridad teórica del marxismo español, aplicado a extraer la sustancia de verdad coyuntural que le queda al hueso del pragmatismo o en la tentación de un fundamentalismo de abecedario y veinte duros de ideología. Frente a esa inseguridad teórica del marxismo y a la ultimación de una racionalidad pequeñoburguesa ilustrada, que va a inspirar la filosofía de la Constitución, se conforma un nuevo espíritu de defensa de la Hispanidad que no tardaría en entroncar con lo más brillante de la inmediata tradición de españología. Esta necesidad de españolear y neoliberalizar la conciencia se acentuará a medida que el proceso constituyente abra camino a las autonomías regionales y nacionales. El complejo de castración de lo hispánico condiciona un título y una tesis, *Lo que queda de España*, obra aún futura de Jiménez Losantos, pero de talante emparentable con el sorprendente discurso erudito y apasionado de Sánchez Dragó. Mientras Lenin salía por la puerta trasera del PCE, Ernesto Giménez Caballero y Ramiro de Maeztu resucitaban de sus tumbas omitidas. Don Ernesto, corresponsable teórico y poético del fascismo español, salía del túnel del tiempo preocupado por el sexo de las cosas. «De otra manera habrían ido si Falange hubiera sido Falanjo», decía el otro tiempo notable futurista a la española, desgraciadamente aplicado en la inmediata posguerra civil al ingrato, y a la larga poco agradecido, trabajo de orador de campo de concentración.

La segunda desaparición de los desaparecidos

Clima de campeonato mundial de fútbol, es decir, el mundo reducido al tamaño de un balón de fútbol. Vicente Verdú recogía en *Cuadernos para el Diálogo* la razón patriótica de tanto escándalo: «Mire usted —me decía un empresario de una metalurgia—, en la Argentina se han producido tres hitos en su historia contemporánea. El año 1910, fecha del centenario de nuestra independencia; 1934, con el Congreso Eucarístico Mundial; 1978, con el mundial de fútbol». El régimen argentino se dispuso a convertir los campeonatos en una plataforma de propaganda contra los esfuerzos de los defensores de los derechos humanos, acusadores de cuanto estaba ocurriendo en la trastienda del poder sangriento. Preocupación por una buena organización, tan buena como la del exterminio de los «desaparecidos» y por conseguir una victoria que alienara la conciencia colectiva argentina. Cada victoria de la selección sepultaba un poco más las fosas comunes y secretas donde el

régimen había metido sus trofeos de guerra sucia.

Cuando las cámaras televisivas del mundo enfocaron la previamente cantada victoria argentina, sólo vieron una masa vociferante, patrióticamente entusiasmada, al frente de la cual se agitaban hasta la epilepsia Videla o Massera, más argentinos que nadie, en plena orgía de argentinidad épicamente ratificada. Los desaparecidos bien desaparecidos estaban. Fue necesario, con los años, que los militares fracasaran en una guerra iniciada bajo un impulso etílico, para que los desaparecidos salieran de la doble capa de tierra que les habían dado los militares y los campeonatos del mundo de fútbol. Treinta y cinco millones de dólares recaudados, consagración del goleador Mario Kempes el Pistolero, dos millones de personas en la manifestación por la victoria y por cada hombre tres mujeres, 2,7 goles por partido, he aquí la precipitación estadística de una gesta que tuvo en el gesticulante esqueleto embigotado de Videla la plasmación misma de lo que secretamente une política y deporte: la representación referencial de la victoria o la derrota.

Unos nacen con estrella y otros estrellados. Se casa Carolina de Mónaco con un heredero de las glorias del mariscal napoleónico Junot. Y así como el pueblo sevillano a la larga dio su aprobación al matrimonio de la duquesa con Jesús Aguirre, los partidarios a pecho descubierto o vergonzantes de Carolina de Mónaco siempre consideraron que Junot no estaba a la altura de los méritos bioalquímicos de aquella Claudia Cardinale principesca. Y casi al mismo tiempo, un ensayo general de Hiroshima en un cámping tarraconense, Los Alfaques, donde la explosión de un camión cisterna de gas arrasó doscientos metros de radio superpoblados de tranquilos veraneantes. Doscientos metros de radio y doscientos muertos. «Era monstruoso ver cómo los heridos se dejaban la piel en los asientos de los coches y según iban corriendo envueltos en llamas. No sé cuántos viajes pude hacer, ni tampoco el estado de los heridos que trasladaba; no tenía tiempo para pensar en nada. Si tuviera que calificar la catástrofe de alguna manera diría que era el fin del mundo, una bomba atómica o qué sé yo», relataba el encargado del servicio de mantenimiento del cámping de la muerte.

El clamor contra la circulación de materiales peligrosos por rutas hiperpobladas duró lo que tardó en olvidarse una carnicería cuyo horror obliga al olvido o a un pesimismo imposible en el verano mediterráneo. Además, nacería inmediatamente Louise Brown, la primera *bebé probeta*; se casaría Christina Onassis con un periodista soviético, que nunca volvió del todo del frío, a pesar de que durante su matrimonio se paseó por el Mediterráneo en el yate de Cristina y se asomó a los excesos capitalistas de un mundo prefabricado por el padre de su mujer y tío del régimen de los coroneles griegos; y el Comandante Cero, Edén Pastora, abriría la *rentrée* septembrina del

universo con su hollywoodiana ocupación del Congreso de los Diputados de Managua al frente de veintiséis guerrilleros sandinistas. El comando consiguió que Somoza autorizara la lectura por la radio oficial de un parte del Frente Sandinista de Liberación Nacional y la evacuación del comando y sesenta presos políticos mediante aviones enviados por Panamá y Venezuela. Pero esta victoria espectacular; que ridiculizaría a Somoza ante el mundo entero, tuvo el justiprecio de una posterior campaña de represión indiscriminada para «recuperar» el prestigio perdido. El corresponsal de *Le Monde* escribía: «En los objetivos asignados a la Guardia Nacional, bien equipada y entrenada, hay algo de medieval y primitivo. Para los Somoza no se trata sólo de acabar con un grupo de guerrilleros, sino de castigar la insurrección de un pueblo de vasallos. De ahí los cuatro o cinco días de bombardeo aéreo de la ciudad de Estelí; los civiles ejecutados sumariamente "para que sirvan de ejemplo" y los niños y adolescentes arrancados de sus padres y fusilados "para que la juventud aprenda". El régimen parece vivir en una época de delirio».

De la marimba al son te conocí

Viaje de Suárez a La Habana. Baño de la democracia española en el río del castroguevarismo y guiño de la política exterior a los países no alineados: «Tenemos la firme esperanza de ver a España en la comunidad neutral. Nos interesa un estado europeo como España, que está creciendo tecnológica e industrialmente y que sea amigo del tercer mundo. Suárez es un hombre capaz y, junto a Juan Carlos, ha escrito una página muy importante de la historia de España». Así hablaba Fidel Castro y empezaba la *cohibación* de la transición. Si el chaleco había sido el primer signo externo de una nueva clase avispada en el cerebro y la cintura, el Cohiba sería el segundo signo externo, preferibles los Cohibas regalo directo de Fidel; y al chaleco, y al Cohiba, no tardaría en unirse el Ford Granada, tercera y definitiva señal del nuevo poder. Necesaria la esquizofrenia para entender que era compatible el redactado paciente de la Constitución con la evidente supervivencia de usos y abusos represivos del franquismo, ejercidos fundamentalmente a través del poder judicial y del aparato policial. Mientras los jueces persiguen sañudamente a una nueva prensa «destapada», la policía protagoniza operaciones de castigo como la ocupación de Rentería o la brutal represión durante el encierro de los sanfermines. De atentado de ETA o GRAPO a desmán represivo policial y viceversa, la patata caliente de la tensión vuela ante los ojos de la España constituyente, con el ay ay ay en el cuerpo y el alma sobre el final de la operación.

Se mueren Charles Boyer, Ricardo Zamora y Pablo VI, cada uno a su estilo. La muerte de Pablo VI desencadena una conspiración involucionista en el Vaticano que de momento se salda con la elección de un continuista del *montinismo*, demasiado deudor del espíritu de Juan XXIII para el gusto de los que consideran necesaria una revisión del libertinaje desencadenado por el Concilio Vaticano II. El cardenal Albino Luciani, Juan Pablo I el Breve, Papa de Roma visto y no visto. Apenas si tuvo tiempo de salir al balcón del Vaticano a sonreír y hay quien dice que vivió tan breve papado acobardado por el descubrimiento de cuanto envuelve el poder, sea cual sea el poder. A las pocas horas de la muerte del papa Luciani ya se forjaba la leyenda de su asesinato, a manos lentas y nocturnas del sector de la curia interesado en que no pusiera al descubierto los secretos de un Vaticano cada vez más dependiente de finanzas secretas.

Lo cierto es que nada más morir Luciani, recobraron protagonismo las voces que pedían un Papa no italiano, único procedimiento o bien de romper la dictadura dinástica de la curia, o de iniciar el proceso de revisión del aperturismo conciliar. Aún no se llamaba Wojtyla la real alternativa de poder, y la propuesta del cardenal Jubany de que el futuro Papa no fuera italiano se interpretó como un respaldo a la candidatura de Tarancón, cardenal florentino por su capacidad negociadora, aunque valenciano de origen que había protagonizado en España el proceso de desfranquización de la Iglesia. Ha rechazado el cardenal Tarancón *a posteriori* cualquier posibilidad de haber sido Papa en aquel otoño de 1978: «Falsas expectativas. ¡Dios me libre! Todo se debió a que alguna conferencia episcopal extranjera lanzó la posibilidad de que yo podría ser... No. No tenía ni cualidades ni posibilidades». ¿Y deseos?, le pregunta el entrevistador: «Menos. No aguanto ni quince días. Si me nombran Papa me muero a los quince días, como el pobre Juan Pablo I. Si no puedo estar quieto en un sitio, hombre. Si ni siquiera tengo aspecto de cardenal. Cuando me nombraron obispo fue tanta la carga de responsabilidad que me salieron canas, las primeras canas, en pocos días. ¿Sabes el tormento que representa para mí aguantar una reunión?».

Atormentados o no, lo cierto es que Pérez-Llorca, Herrero de Miñón, Gabriel Cisneros, Gregorio Peces Barba, Jordi Solé Tura, Miquel Roca i Junyent y Manuel Fraga se pasaron casi un año redactando y repasando la propuesta de un texto constitucional: entre agosto de 1977 y otoño de 1978, aunque el borrador del primer texto ya se había filtrado en la prensa a finales de 1977 y publicado en el *BOE* en enero de 1978. Proyecto constitucional aprobado por consenso partidista y sólo rechazado por el nacionalismo vasco y las fuerzas extraparlamentarias de la extrema derecha y extrema izquierda, residuales ambas, pero naturalmente emparentada la

ultraderecha con sectores del aparato militar y policial. La ultraderecha reconstruye el fantasma de la desmembración de España, ante la permisividad con que la Constitución va a contemplar las autonomías y especialmente las que hacen referencia y acuse de recibo de las reivindicaciones vasca y catalana.

Todos somos nacionalistas

Las preautonomías concedidas a Cataluña, País Vasco y Galicia ayudaron a generar un encadenamiento de agravios comparativos y la formación de sentimientos regionales y nacionales en pueblos del Estado español que de pronto descubrieron los lazos ocultos y directos que les unían con Adán y Eva, por encima de los Reyes Católicos o de don Camilo Alonso Vega. Indignados tribunos de la racionalidad hablan de autonomías de primera y de segunda y, al reclamar, proclaman el invento de lo que será llamado «Estado de las autonomías» que no será ni federalismo, ni simple descentralización administrativa generalizada, sino todo lo contrario. Es decir, mezcla de mayoría de toros mansos con los dos toros bravos. Cataluña y Euzkadi, para regalar a los mansos quehacer de bravos y relativizar las cornadas de los mihuras. En este marco tiene un cierto sentido de encrucijada la pregunta ¿qué queda de España? y la respuesta: pues lo de siempre o lo de casi siempre, pero bendecido por un consenso constitucional. En cambio la verbalidad democrática, que no democratizante, excita la dimensión zoológica de la cuestión y hay más de uno que se lía la bandera rojigualda a la cabeza y los genitales a la cintura, para escuchar la aflicción de la patria metafísica y escuchar el triste concierto que formaba tocando a muerto la campanilla de Álvarez de Miranda iniciando el debate constitucional.

Y si los vascos son nacionalistas, ¿por qué no nosotros? La nación convertida en piedra filosofal que convertiría en trabajo el paro andaluz y en bancos de pesca los horizontes godos o africanos de las desoladas islas Canarias. Un neonacionalismo español es la respuesta a un inocente taifismo de agravios comparativos. Nacionalismo primero plasmado en un *élan* poético y metafísico relacionado con la españología tradicional y luego apropiado por el PSOE, a manera de nuevo regeneracionismo que pondría música tecnológica a la vieja lógica sobre la cuestión de don Indalecio Prieto. Mas no sonaron estas flautas por casualidad, y mientras Martín Villa, entre el definitivo fortalecimiento de las sensibilidades nacionales realmente existentes (Cataluña y Euzkadi) y el mal menor desnaturalizador del Estado de las autonomías, preferiría trabajar en la segunda dirección, el ya

todopoderoso Abril Martorell ayudaba a prefabricar un agravio valenciano anticatalán que hiciera inviable en el futuro el sueño de *los países catalanes*. La batalla sobre el *blauet*, o azulete, a añadir a la bandera cuatribarrada del reino de Aragón o el principado de Cataluña, o la invención de «el valenciano» como un idioma independiente en su génesis del catalán, se traman en el despacho madrileño o valenciano de Abril Martorell. Y es hora ya de que se hable de este ingeniero agrónomo cuya carrera política fue a la de Suárez lo que la de Suárez a la de Herrero Tejedor. Carrero Blanco de Suárez, Abril Martorell empezó a urdir el Estado y acabó incluso sabiendo economía, aunque su carrera política empezó a caer en picado el día en que se hizo un lío en el Congreso sobre dónde estaban el norte y el sur, económicamente hablando. Se equivocó aquel halcón, se equivocaba, pero durante la hegemonía indiscutida de Suárez, fue el amigo del chico, y como ocurre en las películas, el guionista decretó que cayera antes, herido por balas que en realidad iban dirigidas contra el protagonista de la película.

Película de travestís *Un hombre llamado Flor de Otoño*, basada en la obra de Valle-Inclán e interpretada por José Sacristán. Travestís en los escenarios y un nombre de leyenda sobre la transustanciación de los sexos: Manolo o Bibí Andersen, como ustedes prefieran, símbolo sexual ¿y moral? de la transición. Travestís en las calles de tolerancia de las ciudades, donde el automovilista cazador de muchachas con o sin flor ha de preguntar ¿chico o chica? a la supuesta meretriz que le ofrece su rímel y su sonrisa de cartón anochecido. ¿Y qué se canta? Más bien, qué se escucha y qué se baila. Todo lo que llega de anglosajonia y entre lo autóctono, entre lo que queda de España, Ramoncín, el Rey del Pollo Frito, *listo de cuna*, como proclama, que se dedicó a cantar porque quería ser alto, rico y guapo, como todos. Y una vez en el escenario se dio cuenta de la alienación propia y ajena y la proclamaba entre canción y canción, harto ya de que le tiraran sillas y tomates, armas arrojadizas que él mismo había fomentado: «¡No os dejéis alienar!», gritaba Ramoncín y *Pacumbral* le concedió un lugar de honor, junto a Pitita Ridruejo, en aquellas pequeñas crónicas de *El País*, adobes de oro y plástico, uno sobre otro, con las que Umbral construyó un Madrid imaginado o imaginario. *Movida* madrileña se llamaría lo que entonces aún se llamaba casi sólo *Ramoncín*, ante la estupefacción de la España racional que no había hecho la guerra, la posguerra, la resistencia, la no resistencia para esto. Pero ya Pasolini, a comienzos de los sesenta, en un artículo magistral publicado en la revista *Ulises*, nos había advertido: «El irracionalismo es una posibilidad de comprensión demasiado importante como para dársela en exclusiva a la burguesía». Y tal vez por eso Sánchez Dragó reivindicaba la España mágica y Segovia quería ser tan independiente como Euzkadi y Madrid, sí, Madrid, Madrid, Madrid, la cuna del



requiebro y del chotis, se convencía a sí misma de que cuando fuera mayor sería Distrito Federal.

20. Contra Franco estábamos mejor

El verano de 1978 ha sido, es y será el más constitucionalista de todos los veranos españoles. Debate sobre la propuesta de texto constitucional consensuado y apertura y cierre del proceso de redacción de los estatutos de autonomía de Euzkadi y Cataluña, por orden de presentación ante el Congreso. «Fue un éxito de visión política —escribe Emilio Attard— el planteamiento de los Pactos de la Moncloa, sincronizadamente concertados con el trabajo de la ponencia constitucional, que el 22 de agosto iniciaba su labor». Los muros de las ciudades de España se habían llenado de leyendas ultras en torno al argumento: «Con Franco vivíamos mejor». Se fomentaban así buenos recuerdos inmediatos, los de la prosperidad derivada del boom de los sesenta. En la otra orilla, el superestructuralismo con que la izquierda había acometido el proceso constituyente, había bañado de caldo de cultivo de abstinencia y desencanto el jardín secreto de las mejores intenciones de la vanguardia. Y bastaba tener sentido del oído para escuchar gemidos, aún controlados, sobre lo que pudo haber sido y no fue, de no haber sido tan pactado y tan alevosamente nocturno y de sobremesa todo el chanchullo de la reforma. Los espíritus más sensibles de la izquierda empezaban a añorar aquellos tiempos en que el enemigo era tan nítido y tan único que unificaba voluntades y no requería demasiados esfuerzos de clarificación teórica ni práctica. En el fondo del fondo había bastado con ser demócrata y exponerse a las iras represivas mientras se tejía una red de conciencia civil parademocrática. Pero ahora ¿dónde estaba el enemigo?, ¿qué objetivos históricos podían proponerse ante un futuro al parecer pactado y bien pactado, desvalida la izquierda del espíritu de combate y resistencia que tanto le había costado reconstruir y que había rendido, se sospechaba, por el plato de lentejas de llegar de la nada a la más absoluta miseria? Y fue entonces cuando el que abajo suscribe, para servirle a Dios y a usted, se preguntó en un comentario político de *La Calle* si contra Franco habíamos estado mejor y a pesar de que yo contestaba que no y trataba de razonarlo, lo que prosperó, como suele suceder, fue el título de mi artículo, no la argumentación. «Con Franco estábamos mejor», pensaban las derechas, aunque sólo una parte lo proclamara, y «Contra Franco estábamos mejor», pensaban

las más combativas izquierdas, ya con el gesto dispuesto a arrojar, sobre el creciente montón, las armas de al parecer obsoletas dialécticas.

A esa conciencia de frustración o cansancio histórico hay que atribuir parte de la causa de la progresiva desaparición de aquella prensa que tanta compañía ideológica había hecho en el pasado: *Triunfo*, *Cuadernos para el Diálogo*, *La Calle*, *Por Favor*, *Hermano Lobo* y no mucho después nuevas publicaciones al servicio de radicalidades críticas, como *Ajoblanco* o *El Viejo Topo*, ingresarían en la posmodernidad, es decir, desaparecerían. Poco parecían importarle estas cuestiones del tono de la vanguardia a la «clase política», ya así llamada, y bien llamada, que protagonizaba prepotente el proceso de transición, celosa de que no se le colaran en el guiso los dimes y diretes del intelectualado siempre purista y reticente. Un padre constitucional de la patria llegaría a exclamar ante sus paisanos de ideología marxista: «Se terminó el tiempo de hacer ideología, ahora hemos de hacer política». Paulatinamente la izquierda con proyecto social empezó a perder las raicillas que la unían al tejido social y con el tiempo sólo quedaría la copa del árbol lleno de santones y oficinas burocráticas, casi tan siniestras como la de *La Codorniz*, y el PSOE lanzando sus seguras redes de pragmatismo progresista a una sociedad que o no deseaba o no creía en la posibilidad de la aventura transformadora. Pero aún no era el PSOE el rey del escaparate, a pesar de que Felipe González, cuya estatura pública crecía día a día, llegara a ponerse pesado cuando enseñaba sus recién adquiridas joyas, dialécticas naturalmente: «Somos la real alternativa de poder». Y dale. Pues muy bien. Las cámaras aprobaron la Constitución. Un referéndum nacional la ratificó, sin más reticencias de fondo que la de algunos grupitos nacionalistas catalanes y la importante desgana del PNV que dejó la Constitución colgada en el alero de Euzkadi, aunque se evitaría su caída posteriormente mediante la aprobación del Estatuto de Guernika. Suárez disuelve las cámaras y se convocan las primeras elecciones de la democracia reconstituida. «Se acabó el consenso», decían los enterados, y ahora cada cual será cada cual.

Veinticinco años no es nada

La revista *Billboard* tenía más suerte universal que las pobres, envejecidas, flacas revistas españolas que habían gastado sus buenas y malas leches amamantando con sus ubres a las castas dirigentes de la transición. *Billboard* recordó a la humanidad entera que en 1978 se cumplía el veinticinco aniversario del nacimiento del rock. Así como los estructuralistas habían llegado a sospechar que Marx, por su simple existencia, había impedido la existencia de otro Marx mejor marxista y más marxista

que él, los teóricos del rock trazaron líneas imaginarias en tan peculiar historia y llegaron a la conclusión de que el esplendor rockero entre 1963 y 1970 se había basado en la hegemonía de grandes figuras (Beatles, Rollings, Dylan…) que habían colapsado la generalización del movimiento. Generalización incontenible tras la desaparición de los Beatles, y a partir de este año de gracia, 1978, se abre un paréntesis… «… que tuvo como premisa fundamental una búsqueda equivalente a la del movimiento vanguardista, por lo cual se llegó a la formación de las denominadas "nuevas tendencias"». Y en eso estamos y veamos qué censo de nuevas tendencias explican los movimientos del esqueleto de alma y cuerpo entre 1978 y 1983: «Los fenómenos más característicos han sido el *pub rock*, el *post punk*, el *pop power*, el *heavy metal*, los revivales de rock and roll y rockabilly, la música sintetizada, el *new mod*, la irrupción de ritmos calientes como el *ska*, el auge del *tecno-pop*, y, cómo no, la onda que los ha aglutinado a todos, la *new wave* y sus variantes (como la *cool wave*). A ello hay que añadir modas como la del *disco sound* para acabar de caracterizar el paréntesis que se abrió en 1978».

Señor, señor. Jaime Gil de Biedma nos había pedido perdón por pertenecer a la era de la pérgola y el tenis, y ante estas evidencias culturales que combatían el desencanto de nuevas masas juveniles, nosotros teníamos que pedir perdón por habernos parado en el *Yesterday* de los Beatles, más cerca de Antonio Machín que de las Vulpes. El viejo rojerío asistía desconcertado al caso Nina Hagen, la alemana del Este, hijastra del cantautor disidente Wolf Biermann, obligada a exiliarse a Occidente con su familia y una vez allí convertida en líder del punk alemán. Nina había pertenecido a los grupos infantiles comunistas, luego a la Juventud, de donde fue expulsada para caer en brazos del rock como única posibilidad del heroísmo. Ya lo dijo Pau Riba por entonces: «Los únicos héroes de nuestro tiempo son los héroes del rock», y estábamos muy cerca del momento en que un conjunto rockero gallego, Golpes Bajos, se apropie del título de un poema de Brecht para dar sentido a su propuesta estética: *Malos tiempos para la lírica*. Tiempos de dureza y de lobuna guerra fría disfrazada de piel de cordero consensual. Tiempos que demandan duros liderazgos espirituales y que darán sentido a imágenes como las de Juan Pablo II y Reagan.

La muerte de Juan Pablo I convoca la curiosidad sobre su obra escrita y se descubre que ha sido autor de un libro, *Ilustrísimos*, basado en cartas dirigidas a los personajes que le fascinan. «Querido Jesús: Me han criticado. Es obispo, es cardenal —se ha dicho—; se cansa de escribir cartas en todas direcciones: a Mark Twain, a Péguy, a Casellas, a Penélope, a Dickens, a Marlowe, a Goldoni y no se sabe a cuántos más. Y ni una línea a Jesucristo. Tú lo sabes. Contigo no me cuesta mantener un

coloquio contiguo. Pero traducirlo en una carta es difícil...». Se justificaba Luciani de su mundanalidad y le recordaba a Cristo que él había hablado también de personajes de consumo sentimental, moral, histórico: Salomón, David, Jonás. Escrupuloso Luciani. Pobre Luciani. Se murió de una corriente de aire vaticano.

Superman Wojtyla

Otras trazas tenía el heredero. Atleta de cuerpo y alma, especialista en el tema del amor humano y divino, polaco militante, seminarista ya adulto que había conocido amores y combates terrestres en la Polonia ocupada por los nazis, Karol Wojtyla, arzobispo de Cracovia, *Superman Wojtyla*, como le habrían calificado los locutores deportivos de radio en la España de finales de los setenta. Un locutor argentino, Héctor del Mar, redescubre la función de la palabra gol por el procedimiento de alargarla hacia un imaginario horizonte sonoro, como si él y el oyente corrieran una carrera triunfal tirando de la bandera de la victoria: «¡Gooooooooooooooooooooool!». Y el estilo del entusiasmo epiléptico de Héctor del Mar se complementaba con el nuevo periodismo deportivo de José M.ª García, Butanito, el inventor del periodismo-punk.

Pero llamar Superman a Wojtyla no era un ejercicio de retórica radiofónica, sino la única posibilidad de definirle. Ya se vería. De momento se le consideraba un cardenal flexible que había sabido negociar con las autoridades comunistas, abierto en cuestiones de justicia social y derechos humanos, pero asustado ante el libertinaje que, en su opinión, se había establecido en el seno de la Iglesia como consecuencia del Concilio Vaticano II. «El concilio —declararía Tarancón seis años después del nombramiento de Wojtyla— generó un cierto aventurerismo y era necesario un Papa que volviera a encontrar un norte. Juan Pablo II puede parecer un Papa más tradicional en los aspectos más estrictamente de fe y espiritualidad. Pero es un hombre muy avanzado en cuestiones sociales». Y cuando se le objeta a Tarancón que Wojtyla fue mucho más desagradable con los líderes sandinistas que con los militares sangrientos de Argentina, don Vicente no ahorra un regate irónico a la cuestión: «Es un Papa polaco y eso condiciona mucho. Polonia es una nación muy especial, que ni siquiera sería nación sin el papel históricamente aglutinador de la Iglesia. Además, allí los problemas de relación de la Iglesia con el Estado son... Wojtyla viene de esa realidad. Pero viaja mucho mucho. Incluso demasiado... Y en esos viajes aprende, vaya si aprende. Ya se ha dado cuenta de que no todo el mundo es Polonia, ni Polonia es el mundo».

Nada más ser designado Papa, Wojtyla demostró que el mundo no le era ni ancho ni ajeno. Se fue a visitar a un amigo enfermo hospitalizado en la Roma no vaticana y empezó a preparar esos viajes-show, iniciados invariablemente con una media plancha gimnástica con el fin de besar todos los asfaltos de aeropuerto del mundo, en la ignorancia, tal vez, de que casi todo el asfalto del mundo procede de un mismo lugar: un lago asfáltico de la isla Trinidad. El poeta preferido de Wojtyla es san Juan de la Cruz, y el filósofo «civil» que más le ha influido, Max Scheler. Traslada al universo entero su voluntad de pulso con el comunismo y para empezar su nombramiento activa la resistencia sindical en su patria, Polonia, contra el Partido Comunista Polaco. El nombre de Walesa va desde sus orígenes públicos ligado al de Wojtyla, como Solidaridad se verá impregnado de un vaticanismo desvirtuador de sus reales orígenes e intenciones: una protesta espontánea contra el fracasado experimento político de un partido hegemónico, que treinta años después de su instalación en el poder seguía siendo mucho menos popular que la virgen de Częstochowa. Además, la política mundial volvía a ser una partida de ajedrez a cara de perro. Y cara de perros de pelea tenían Kárpov y Korchnói, que por entonces se disputaban el trono mundial del ajedrez. Guerra fría y Guerra civil. Kárpov, el joven campeón ojito derecho del régimen soviético; Korchnói, el disidente que escogió la libertad. No sólo el Barça es algo más que lo que es. También Wojtyla será algo más que un Papa, Solidaridad algo más que un sindicato. Y en cuanto al ajedrez, siempre ha sido mucho más que el ajedrez.

Entre chiitas anda el juego

Poco se sabía en España sobre los chiitas, de espaldas como siempre ha estado la cultura española hacia lo islámico, bien sea por complejo de culpa o de dependencia. Por eso cuando el islamismo chiita se convirtió en la principal explicación de la resistencia iraní contra el sha y la revuelta se transformó en un movimiento incontenible político y religioso, hubo que buscar urgentemente explicaciones al especial papel de la religión en lo civil dentro del fundamentalismo islámico. Una cierta lejanía de los problemas de este mundo, del barrio concreto de la aldea global, nos habría ayudado a entender que entre chiitas andaba el juego, que de nuevo el fundamentalismo aparecía como punto de referencia seguro que ayudaría a salir de la colectiva sensación de desorientación. Chiita era Wojtyla y polaco el ayatolá Jomeini. Pero aún Carter revoloteaba sobre los prados de flores blancas o negras con la varita mágica de los derechos humanos y no se masticaba la tragedia, ese chicle de

hiel que el presidente Reagan introduciría entre los dientes de sus súbditos. La Historia ha sido, hasta ahora, dura con un Carter que permitiría la caída de Somoza y del sha, dos criados omnipotentes del sistema de dominación americano.

Pero el uno y el otro caían porque habían hecho sus dictaduras insoportables y habían provocado un consenso revolucionario que reunía laicismo y religiosidad, marxismo y cristianismo en Nicaragua, marxismo e islamismo en Irán. Volvía a sobrevolar el espacio el lema «O todo o nada», y se presumía que en España no duraría mucho el consenso, aprobada como estaba la Constitución. Pero en España se daba un valor añadido no presente explícitamente en el resto de las democracias liberales: la amenaza de la involución golpista parafascista. Y para muestra ahí estaba el botón de la «Operación Galaxia». Noche del 16 al 17 de noviembre de 1978. Suárez ha descubierto y desvelado la preparación de un golpe basado en la ocupación del palacio de la Moncloa, la retención del presidente del Gobierno como rehén y la creación de un *gobierno de salvación* que impidiese la ratificación de una Constitución, juzgada como enemiga de la unidad esencial de la patria. Los salvadores exhiben por delante al coronel de la Guardia Civil Antonio Tejero Molina y el capitán de la Policía Armada Ricardo Sáenz de Ynestrillas.

Han conspirado en la cafetería Galaxia y ése será el nombre que llevará una operación juzgada como descabellada a diestro y siniestro. Casi sólo Suárez y Gutiérrez Mellado conocieron y conocen la real envergadura de la intentona, sabedores de la cantidad de golpes y contragolpes urdidos cotidianamente, en la realidad o el deseo de los nostálgicos del «Con Franco estábamos mejor». Hubo quien acusó veladamente al gobierno de construir fantasmas involucionistas para seguir forzando un proceso constituyente moderado, evidentes como eran los síntomas de envalentonamientos nacionalistas en Cataluña y Euzkadi y de irritación social ante los escasos logros del Pacto de la Moncloa. Se temía a los Videlas ocultos entre el generalato español y tal vez por eso alguien aconsejó al Rey que respetara el acuerdo de un viaje a Argentina. La relación de Juan Carlos con Videla fue protocolaria y fría, pero excesiva para lo que ya entonces era un clamor mundial contra la barbarie de la Junta. La oposición argentina valoró que en el discurso del Rey de España se filtraran veladas críticas a una situación que convertía a un buen puñado de españoles o hijos de españoles en «desaparecidos». «Estamos convencidos —dijo el Rey— de que el cambio es siempre posible, y la experiencia histórica que está viviendo mi país lo está demostrando, a través de métodos pacíficos, ya que los problemas pueden ser planteados y resueltos. Porque el orden puede y debe ser construido y defendido con procedimientos basados en los fines humanos del poder». Videla no perdió comba. Habló de que España y Argentina

tenían diferentes particularidades y que se hacía evidente «... la necesidad de respuestas idóneas a las nuevas realidades culturales, políticas, sociales y económicas». La palabra idónea ingresaba a partir de este momento en el imaginario museo del lenguaje del terror o en una Historia Universal de la Infamia que ya no escribiría Borges.

El lugar del centro

Emilio Attard realiza un curioso juego de estadísticas comparadas en su obra *Vida y muerte de UCD*. Compara los resultados electorales de febrero de 1936 y las de 1979, las primeras elecciones de la España reconstituida. Sumando los votos de la izquierda por un lado y la derecha por otro, en 1936 los frentepopulistas y las derechas estaban casi empatados. Cuarenta y tres años después PSOE y PCE suman 7.488.306 votos y centristas y aliancistas 7.302.217. «Transcurridos cuarenta y tres años no se registró ni la más mínima variación en la orientación del voto: esto es lo que se ha llamado las dos Españas y encierran en sí mismas la necesidad de un centro democrático que impidiera este tradicional enfrentamiento». El bloque de centroderecha retrocedía en relación con las elecciones de 1977, el PSOE no conseguía el crecimiento esperado y el PCE-PSUC mejoraba ligeramente. Quedaban los nacionalistas vascos, catalanes y andaluces como árbitros de la situación y tanto Suárez como UCD pagarían un alto precio por esa dependencia. UCD había estimulado la implantación del PSA de Rojas Marcos para hacer sombra al PSOE en Andalucía y con el tiempo heredaría una cuestión andaluza que fue el principio del fin del deterioro de la Unión del Centro Democrático.

Pero ahí están las nuevas Cortes, nada sobrecogidas por la reciente muerte de Brel, ni por la desaparición del *Times*, ni por el suicidio colectivo de más de cuatrocientos seguidores de la secta de James W. Jones, en Guyana. Desesperanza mística en los suicidas de mister Jones y desesperanza biológica en el Brel que había refugiado su agonía en *Las Marquesas*. «Las piraguas se van, / las piraguas vuelven. / ¿Quieres que te lo diga? / No está mal poder sufrir en las Marquesas...». No era una carta, era su última canción. Las nuevas Cortes españolas huelen a pólvora y a salvas de pólvora suenan las palabras de Suárez desdeñosas de consenso al viejo aunque reciente uso. Martín Villa le exige que gobierne desde el centro, al margen de veleidades de quitarle territorio y razones al PSOE. Fraga ofrece por primera vez su garbancera «mayoría natural». Roca Junyent presta sus votos a un alto interés. Carrillo le sigue contando a Suárez los cuentos de *Las mil y una noches* y el presidente

refuerza el poder de Abril para que haga de malo frente a tanto viajante de votos, concentraciones y consensos. Rafael Arias Salgado ponía la letra, Martín Villa la música y Abril Martorell vigilaba la taquilla. Aún todo era optimismo en aquella UCD que iniciaba legislatura, pero ya empezaba a alargarse la sombra de la duda sobre si la pluralidad interna no iba a impedir una derechización, juzgada necesaria por la banca, el empresariado y la derecha de siempre. Suárez empezó a detectar extraños vínculos entre sus barones y poderes económicos en condiciones de utilizar a algunos de ellos como termitas de tan suculenta madera. Le constaba que Fernández Ordóñez, el culto ministro responsable de haciendas solidarias y divorcios racionales, era un socialdemócrata *in pectore.* Pero aún no sabía entonces Suárez todo lo que sabría apenas un año después sobre *lobbies* y grupos de presión. Es cierto que Suárez siempre aprendió rápido. Pero aquel saber aún estaba a comienzos de 1979 demasiado disminuido por la prepotencia.

21. Aquellos tiempos del desencanto

El desencanto estalla como una flor del mal en la primavera de 1979, quizá concretamente en el inevitable abril. Un anuario de la época reproduce un provocador cartel madrileño: «¡Carrillo, baja y te haremos una paja!». El PSOE había pregonado en su campaña electoral: «Cien años de honradez», y alguien había escrito sobre el cartel la matización atribuida a Marcelino Camacho: «Cien años de honradez pero cuarenta de vacaciones». Desencanto. Desencanto. Desencanto. UCD ha ganado las legislativas y la izquierda ganaría las municipales. Hay alcaldes socialistas o comunistas en las principales concentraciones urbanas de España. En Córdoba inicia su califato el comunista español más carismático: Julio Anguita. En Madrid consigue ser alcalde el presidente de la Tercera República *in pectore*, Enrique Tierno Galván. En Barcelona un joven economista socialista de la London School, Narcís Serra. El principal ayuntamiento en manos de los comunistas es Sabadell, el alcalde se llama Toni Farrés y es un abogado laboralista. Pero hay factores objetivos para el desencanto, por ejemplo, económicos; factores reseñados por el entonces profesor Ernest Lluch: 1.° revaluación de la peseta que frena la expansión de las exportaciones y el turismo; 2.° los acuerdos sobre salarios derivados de los Pactos de la Moncloa desaceleran la inflación, pero el número de parados llega a 900.000 personas, es decir, el 7 por ciento de la población activa; las negociaciones para acuerdos sociales previstas en los Pactos de la Moncloa sólo comprometieron a UGT y la patronal en el Estatuto de los Trabajadores; la elevación de los precios del petróleo gravita sobre toda la economía mundial, pero especialmente sobre la española «... en un momento de grave indefensión en materia de política económica. Un debate parlamentario efectuado en el mes de abril evidenció que no existía un programa económico gubernamental, por lo que se fijó la fecha, precisamente finales de junio, para la aprobación de unas líneas concretas. Estas líneas fueron presentadas en el mes de agosto y discutidas en septiembre. Esta falta de programa, que hizo decir a un destacado miembro de la propia UCD que *nunca hay viento favorable si no hay rumbo establecido*, es lo que hizo que el impacto del petróleo fuese mayor de lo deseable».

La crítica sistemática de la oposición crea la sospecha pública de que el gobierno no sabe adónde va. Martín Villa cree que Suárez se equivocó en este momento, manteniendo un centrismo escorado hacia la izquierda y no decantándose a una alianza con la derecha, que habría animado el inversionismo capitalista. Pero estas primeras muestras privadas de desánimo no sólo afectaban a los centristas o a los comunistas insuficientemente instalados o a los sindicalistas en un país de escasa afiliación sindical o a la derecha alicortada de Fraga o a la extrema derecha reducida a una isla azul en el mar blanco, el diputado y notorio notario Blas Piñar, líder de Fuerza Nueva. Empieza a cuajar un consenso general sobre el desencanto. Se aprecian los síntomas de una manía depresiva conjunta, de vez en cuando sacudida, a manera de electroshock, por los bombazos de ETA o por los disparos que abaten a altos mandos del Ejército, como el general Ortín Gil, gobernador militar de Madrid. El Rey tiene que hablar para calmar la indignación de la oficialidad, pero aún no ha terminado su discurso cuando esta vez el GRAPO elimina a un magistrado presidente de sala del Tribunal Supremo, Miguel Cruz Cuenca. La víctima no representa a los sectores de la judicatura más contaminados por su complicidad con la represión franquista, caso de Mateu, expresidente del TOP (Tribunal de Orden Público) asesinado en noviembre de 1978. A partir de este momento los atentados de ETA o el GRAPO no van a por personajes explícitamente cómplices del franquismo o de la tentación involucionista, sino preferentemente contra militares u hombres públicos que se prestan a la reforma. Temas que hoy pueden parecer tópicos cotidianos, como el *santuario francés de ETA*, son mercancía informativa de uso en aquellas histéricas informaciones de comienzos de 1979, cuando media España salía del desencanto para meterse en el pánico. Aquí o nos moríamos de asco o sentíamos en el cuello, sobre la yugular, la espada de Damocles de la involución.

Yo, Claudio

Prueba de desencanto era que las virulencias críticas se revolvieran contra Televisión Española, síntoma evidente de que la crítica política ya ni siquiera era excitante. Tiene un gran éxito popular *Aplauso*, programa travoltiano juvenícola que estimula la operación de bailar en las discotecas. Y nos cebamos todos contra *El hotel de las mil estrellas*, dramatización engendro del plural anecdotario de un hotel convertido en marco de los shows de Luis Aguilé. Mirando hacia atrás sin ira, no había para tanta indignación. Pero es que el precio de la gasolina seguía subiendo y cada usuario español de automóvil descargaba su adrenalina ante la evidencia mañanera de que el

automóvil seguía allí, con sus fauces sedientas tragándose una tercera parte del presupuesto familiar y alguien tenía que pagar tanta ira concreta. En cambio, fue casi unánime el refrendo de una serie: *Yo, Claudio*, versión de una novela histórica de Robert Graves sobre los emperadores romanos de la familia Claudia. También refrendada *Raíces*, novela río sobre la traumática integración de los esclavos africanos en Estados Unidos. Que se hablara de televisión quiere decir que no se confiaba en otro tema de conversación. Hans Magnus Enzensberger ha dicho que cuando la burguesía dice que el medio es el mensaje es que no tiene nada que decir. Pues bien, valga la paráfrasis de que cuando el español habla de televisión es que no sabe de qué hablar.

La tesis de *Yo, Claudio* de que la insignificancia e irrelevancia ha permitido llegar al poder al menos dotado de los Julios Claudios sirve de trasunto a muchas carreras políticas privilegiadas en España. Se desconfía de la calidad de unos políticos que no arreglan la situación, y a esa desconfianza ayuda la incultura generalizada, un criptofranquismo profundo que avala el paternalismo del líder y de un Estado telúrico. Se empieza a descalificar a la *clase política*, que al parecer cobija a los mismos caniches con distintos collares y que por las especiales circunstancias de la transición parece haber llegado de pronto, sin raíces, como descolgada del firmamento, a manera de decorado. Así razonaba un estudiante ácrata esa súbita aparición de los *políticos*: «Ser ácrata, que no anarquista (porque pasamos muy rápidamente de los sindicatos), era una manera de estar juntos, de reunirnos con gente maja, de divertirnos y de ilusionarnos con que después de Franco íbamos a poder organizar la de Dios. Tal vez fuéramos demasiado crédulos o demasiado mamones. Pero luego vinieron los políticos, que se montaron tan bien sus rollos, y nos mandaron a tomar por saco, que todos nos dimos cuenta de que no podíamos seguir haciendo los tontos en las manifestaciones y jugando a las banderas negras. Éramos inofensivos, se cachondeaban de nosotros, hacíamos de payasos de los burgueses». La derecha sociológica e intelectual recuperaba el argumento del crepúsculo de las ideologías y presumían de pasotismo hasta asesinos históricos reconocidos, asesinos de pensamiento, palabra, obra u omisión. Al fin y al cabo el pasotismo podía ser caldo de cultivo del nihilismo, antesala del fascismo, de la deshabitación de la democracia.

El escepticismo juvenil en España no alimenta una nueva conciencia crítica como en Italia, nutridora de experiencias como la de la *autonomía obrera* o de las filas de un terrorismo doctrinario. Hubo intentos de españolizar el autonomismo obrero italiano y en Barcelona se detectó una reunión de representantes italianos, franceses, portugueses y españoles en abril de 1979. El grito de los autónomos italianos «¿Qué queremos? ¡Todo!» apenas si resonó por las calles de España. Aquí, por pasar, se

pasaba incluso de la radicalidad y no teníamos un Toni Negri que ordenara racionalmente el caos que relacionaba la realidad y el deseo de la izquierda española más impaciente. No andaba la izquierda sobrada de teóricos ni de líderes. Con veinte duros de marxismo se trataba de ir consolidando la democracia, mientras en la otra punta del mundo, con veinte duros de marxismo, los comunistas sorbonianos de Pol Pot habían llenado Camboya de fosas comunes de supuestos contrarrevolucionarios. Fosas comunes descubiertas por las tropas comunistas vietnamitas cuando avanzaban a costa de la derrota de otras tropas comunistas pero camboyanas. Ya no se trataba de un conflicto congelado como el que enfrentaba a chinos y soviéticos desde hacía veinte años, sino de una guerra caliente «entre comunistas» que hacía polvo la tesis sobre la estricta racionalidad capitalista de las guerras de expansión o la racionalidad marxista de las guerras de emancipación nacional populares. Y ante el espectáculo no faltaron los que tiraron por la ventana años, meses, días de compromiso revolucionario en la evidencia de que no podían fiarse ni de su padre.

La segunda muerte de John Wayne

Marion Michael Morrison, alias John Wayne, moriría en Los Ángeles en la madrugada del 12 de junio de 1979. Durante quince años había luchado contra el cáncer, no de cintura, como podrían haberle presagiado sus enemigos. El Duque de Hollywood era la estampa misma del ultraamericano, del brazo armado de la expansión nacional e imperial yanqui. Su vida era una imitación de su cine y en cuanto pudo se responsabilizó de su ideología asumiendo el guion y la dirección de películas como *El Álamo*, monumento al valor histórico que los yanquis precisaron para derrotar a los mejicanos, o *Boinas Verdes*, apología de la intervención norteamericana en Vietnam. Como si tratara de dar la razón a los críticos ideológicos de los wésterns de John Ford, Wayne había salido de la pantalla y se había convertido en un centauro parafascista, diezmador de sus compañeros de oficio demasiado liberales y avalador de los más impresentables candidatos a la presidencia de Estados Unidos.

Sólido e irreversible, como un tarugo, el personaje Wayne era el idóneo para la filosofía del wéstern como el más nacional de los géneros cinematográficos creados por Hollywood. La muerte de Wayne coincide con el año en que, bajo el carterismo, Hollywood realiza aproximaciones equívocas, ambiguas o distanciadoras a la participación norteamericana en la guerra de Vietnam. Brutal contraste entre la muerte del centauro berroqueño y la frágil figurilla de Jean Seberg, hallada muerta en

el interior de un automóvil aparcado en París, suicidada por la conspiración moral de los John Wayne del FBI que la habían desprestigiado por sus amores y apologías con el líder de los Black Panthers. Una América más liberal permitía películas como *Apocalipsis Now* de Coppola, reflexión sobre la dialéctica de la crueldad que no se atreve a deslindar la razón de la víctima de la razón del verdugo. Y una América desorientada hacía posible *El cazador* de Cimino, visión microcultural de la guerra de Vietnam, desde la perspectiva de un pequeño grupo de amigos, americanos, de origen ruso, que viven la guerra desde un patriotismo de minoría étnica.

En cualquier caso, duda y vacilación que sepultaban dos veces a John Wayne, mientras el sha de Persia huía de Teherán y los sandinistas avanzaban hacia Managua. Ni siquiera el lanzamiento de una nueva versión de *Superman* traducía una voluntad de recuperar antiguas épicas. El nuevo Superman era una parodia profesional del caballero andante *made in USA* y un muestrario de efectos especiales ironizados. Muerto John Wayne, huido el sha, hundido Somoza y relativizado Superman, muy mal lo tenía Jimmy Carter para venderles a sus propios paisanos la promoción de los Derechos Humanos en el mundo. En cuanto desaparecía el *Big Stick* se soliviantaban los criados del universo y se ponía en peligro la división internacional decretada en los acuerdos de Yalta y Potsdam. Muertes y defenestraciones gigantescas que poco tenían que ver con el simbolismo de las muertes que más sintieron los españoles aquel año. Salvador de Madariaga, el europeizador de lo ineuropeizable. Y Blas de Otero, miembro fundamental de aquella vanguardia ideológica y estética que en los años cincuenta se llamó impropiamente «literatura social». El 29 de junio moría el exgudari, cantor a lo san Juan de la Cruz en los años cuarenta, hasta que recuperó la razón histórica de la España vencida y le prestó la ira de la palabra poética. Como Gabriel Celaya, Blas de Otero había creído en la palabra *como un arma cargada de futuro*:

Porque vivir se ha puesto al rojo vivo.
(Siempre la sangre, oh Dios, fue colorada).
Digo vivir, vivir como si nada
hubiese de quedar de lo que escribo.
Porque escribir es viento fugitivo
y publicar, columna arrinconada.
Digo vivir, vivir a pulso, airada-
mente morir, citar desde el estribo.
Vuelvo a la vida con mi muerte al hombro,
abominando cuanto he escrito: escombro

del hombre aquel que fui cuando callaba.
Ahora vuelvo a mi ser, torno a mi obra
más inmortal: aquella fiesta brava
del vivir y el morir. Lo demás sobra.

La muerte de Blas de Otero fue la premonición de la muerte de un temple, de una cultura de izquierda. Empezaba a sentirse tanto vacío que incluso se sentía el vacío de la amenaza revolucionaria, como Cavafis había cantado la añoranza del temor-esperanza a la invasión de los bárbaros: «¿Y qué será ahora de nosotros sin los bárbaros? / Quizá ellos fueran una solución, después de todo».

Polonesa

Viaje de su santidad a Polonia, su patria y primer cirio de nacionalcatolicismo polaco en plena crisis de credibilidad del socialismo. Crisis de abastecimientos de productos fundamentales, la carne y la esperanza, y en esa crisis vuelve a sembrar el Papa la espiritualidad como bomba de explosión, más o menos retardada, contra el Partido Comunista Polaco. Lech Walesa empieza a ser un líder sindical conocido en Occidente. ¿Instrumento del nacionalcatolicismo polaco o simple constatación del fracaso del liderazgo comunista en el movimiento obrero? A la larga, Walesa y el movimiento sindical independiente, Solidaridad, serán a la vez arma disuasoria de la política vaticana en Polonia y molesto engorro para esa misma política, cuando los sindicalistas polacos asumen la lógica de su movimiento y van más allá de lo pactable, en penúltima instancia, por la jerarquía católica y las autoridades civiles.

De momento se acuña la imagen de Wojtyla como Papa beligerante en los reinos de este mundo. Se refuerzan los arquitrabes de Occidente tras el fracaso de los laboristas en su intento de domesticar a las Trade Unions para la austeridad y gana las anticipadas elecciones inglesas Margaret Thatcher. Ya se la llamaba la Dama de Hierro, pero aún no se sabía hasta qué punto conseguiría serlo. Tal vez para evitarse Margarets Thatchers islámicas, el régimen iraní, teledirigido por el ayatolá Jomeini, reinstaura los preceptos islámicos sobre el papel de la mujer en la sociedad mahometana. El retorno del velo femenino es un símbolo de un involucionismo fundamentalista que acabará por arramblar con toda la izquierda que ha colaborado en la lucha contra el sha. Los movimientos feministas del mundo entero miran hacia Teherán, e incluso acuden a la capital de Irán, para testimoniar sobre tan bárbaras costumbres. Josie Fanon escribía en *Demain l'Afrique*: «La obligación de llevar velo

que se intenta imponer a las iraníes significa infinitamente más que una cuestión de vestimenta. Si no, ¿por qué los revólveres, los bastones, los insultos de "putas baratas, partidarias del sha y de la CIA"?». Kate Millett, la feminista americana que había acudido con otras occidentales para apoyar a sus hermanas de Irán, a quien nadie se atreverá a tildar de moderada y que fue expulsada de Irán, se quedó atónita ante la violencia y la determinación de los iraníes. «Me han dado miedo», dijo. Kate Millett y las demás no han comprendido nada. En su descargo conviene decir que las cosas no son tan simples. Por lo tanto, ¿qué más natural que responder a la violencia con la violencia? El Occidente liberal que había acogido con entusiasmo la caída del sha empezaba a hacerle ascos a la islamización de la Revolución iraní y al radicalismo antioccidentalista de los ayatolás, escasamente contenibles por políticos civiles más instrumentalizados que instrumentalizadores. Mientras las feministas catalanas quemaban velos simbólicamente en la barcelonesa plaza de Cataluña, los intelectuales orgánicos de la extrema izquierda, bajo palabra de honor, teorizaban sobre el papel revolucionario que objetivamente cumplía la Revolución islámica *en el contexto de la lucha de clases internacional*. Mientras los liberales iban cambiando rápidamente de opinión y se prestaban a colaborar en la creación de un nuevo *malo* de cómic universal, el fanático chiita provocador de escasez de gasolina y por lo tanto de la ruina de Occidente, aún la candorosa alma de las izquierdas inasequibles al desaliento trataban de que el póster de Jomeini sustituyera al del Che en los rincones más santificables de la casa. Penúltimo acto de fe sobre los complicados caminos que llevan a la revolución universal. O quizá simple necesidad de creer que la invasión de los bárbaros era la única posibilidad de salir de la moral de empate, de la situación de trinchera estable y mediocre de tan desencantada cotidianeidad. Al fin y al cabo, la joven democracia española era capaz incluso de superar la prueba de diecisiete muertos, diecisiete, en los atentados terroristas del 25 y 26 de mayo de 1979, y entre los muertos un teniente general, dos coroneles y un soldado. No un teniente general cualquiera, sino Gómez Hortigüela, jefe superior de personal del Alto Estado Mayor. Para asegurarse la pacificación de los espíritus militares, el gobierno nombra jefe de Estado Mayor a un militar adicto a Gutiérrez Mellado, José Gabeiras Montero. Ha de declarar y declara que «la neutralidad de las Fuerzas Armadas en los avatares de la política es fundamental e indispensable, pues de lo contrario se comprometería la seguridad interna». En España ni por ésas. Ni la barbarie provocará la invasión de los bárbaros, qué bárbaros, no importa. Desencanto. Desencanto. Desencanto. Y de nuevo la necesidad de Cavafis:

¿Por qué de pronto, esa inquietud y movimiento?

Cuánta gravedad en los rostros.
¿Por qué vacía la multitud calles y plazas,
y sombría regresa a sus moradas?
Porque la noche cae y no llegan los bárbaros.
Y gente venida desde la frontera
afirma que ya no hay bárbaros.
¿Y qué será ahora de nosotros sin bárbaros?
Quizá ellos fueran una solución, después de todo.

22. Entre el todo y la nada

Citaba Fernando Savater a Horkheimer en el inicio del capítulo «Un poco de todo», de su libro *Panfleto contra el todo*, y la cita tenía pleno sentido en una España en la que el coronel Atarés increpaba públicamente al teniente general Gutiérrez Mellado por sus veleidades y debilidades democráticas o en la que el jefe del Gobierno debía obligar a otro oficial del Ejército a que le saludara. Había escrito el filósofo de la Escuela de Frankfurt: «Cuando los hombres dejen de desfilar, entonces se realizarán también sus sueños», y proseguía Savater con un juego de palabras traductor de un juego de pensamientos: «Todo va bien. Todo va mal. En cualquier caso todo va: es el Todo lo único que va. Hay que pensar en todo, en el Todo. Y dice Hegel: "Sólo piensa quien piensa desde el Todo y hacia el Todo"». Y prosigue Savater: «¡Pasión del Todo, la pasión de Platón y de Hegel, de Marx y de Comte, de Joseph de Maistre y de Talcott Parsons! Pasión de los conservadores y de los revolucionarios, de los justicieros y de los explotadores, de los teóricos y de los empíricos, de los burócratas y de los dinamiteros». Presentía o asumía el eterno joven filósofo que se tensaban en España y en el mundo los invisibles hilos de látex que unían cada sujeto de pasión, individual o colectiva, con el Todo. «¿Qué queremos? ¡Todo!», se habían preguntado y contestado los sindicalistas autónomos italianos y la crisis del desencanto español procedía de que la ascesis mística al Todo se había interrumpido como un orgasmo insuficiente y en las manos quedaba lo poco o la nada. Los rebrotes de fundamentalismo hacia el Todo renovado no eran otra cosa que una transitoria histeria generalizada ante la evidencia de que se consumaba la pregunta de Hölderlin: «Los dioses se han marchado, nos queda el pan y el vino». En un extremo quedaban los que recuperaban viejas imágenes sagradas para llenar el vacío de los dioses huidos y en otro los que se quedaban con la segunda parte de la premonición de Hölderlin. Inevitable la pregunta de por qué en la España de la transición florecieron las bodegas y las cazuelas y la madura progresía sustituyó en ocasiones el mandil de impresores clandestinos por el delantal sutil, leve parapeto ante las leves grasas de la *nouvelle cuisine* o las muchas pomadas de la cocina de la

abuela. *Cuando sólo nos queda la comida*, titulaba Xavier Domingo un libro y una actitud moral, civil que inculcaba desde una de las páginas más leídas de *Cambio 16*. Convertido en el *magister elegantiae* de una naciente y frenética curiosidad por el bien comer, el bien beber y el bien guisar, Xavier Domingo iluminaba a la *chandelle* el camino de regreso del Todo.

Sin duda era otra la propuesta de Savater cuando utilizaba la cita de Nietzsche para ejemplificarla: «Cien profundas soledades forman en su conjunto la ciudad de Venecia; éste es su encanto. Un modelo para los hombres del porvenir». Cien profundas soledades en lo profundo de cocinas-laboratorio donde se ensayaba las berenjenas gratinadas a la manera de El Rincón de Pepe o se seguían los consejos de Simone Ortega o Ana M.ª Calera, alternativas posmodernas a *Sabores* o *Carmencita o la buena cocinera*. Por el abstracto camino de regreso de la no menos abstracta expedición de conquista de un Todo abstracto, se llegaba a la concreta madriguera de renta limitada o ilimitada, donde sólo la cocina competía con el televisor por la hegemonía en la cultura del ocio. Retorno a la *privacidad*, diagnosticaron los sociólogos, hasta que los académicos de la lengua les metieron caña y dejaron la factura en «retorno a lo privado». No era esto tampoco lo que pretendía Savater. El filósofo soñaba de hecho con la responsabilidad individual libre en una naturaleza (o cualquier otro paisaje cósmico organizable) igualmente responsable y libre. «Los lazos que nos aprisionaban eran también los que nos mantenían próximos: perdido el calor de establo, ¿hallaremos algo en nosotros —llama, ardor pasional— con qué combatir el frío de nuestra desamparada libertad?».

Ferocidad de lo concreto. ¿La *desamparada libertad* sería a la larga otra cosa que el despido libre?

Mientras tanto reunamos materiales

Urdidor del poco marxismo que nos llevábamos a la boca, Manuel Sacristán había reunido a sus discípulos en torno a la revista *Materiales* y al frente de una inevitable fracción con el tiempo fundaría *Mientras Tanto*, declaración orientativa en una temporalidad situada espacialmente entre el Todo y la Nada. Y en el primer número de *Materiales* se ofrecía una majestuosa pavana por una cultura agonizante de la izquierda, música de entierro a la vez y de melancólico bautizo de un largo tiempo de espera hacia la conformación de un nuevo saber y de una nueva praxis social. Tras esta noche oscura de la crisis de una civilización —venían a decir los editorialistas— despuntará una humanidad más justa en una Tierra habitable, en vez de un inmenso

rebaño de atontados en un ruidoso estercolero químico, farmacéutico y radiactivo. La tarea no se puede cumplir con agitada veleidad irracionalista, sino, por el contrario, teniendo racionalmente sosegada la casa de la izquierda y consiste en renovar la alianza ochocentista del movimiento obrero con la ciencia: «Puede que los viejos aliados tengan dificultades para reconocerse, pues los dos han cambiado mucho. Y en este empeño pueden reunirse movimientos varios, como el ecologista, portador de la ciencia autocrítica de este fin de siglo, o el feminista si funde su potencia emancipadora con la de las demás fuerzas de la libertad y, por qué no, las organizaciones revolucionarias clásicas si comprenden que su capacidad de trabajar por una humanidad justa y libre tiene que depurarse y confirmarse a través de la autocrítica del viejo conocimiento social que informó su nacimiento, pero no para renunciar a su inspiración revolucionaria, perdiéndose en el triste ejército socialdemócrata precisamente cuando éste, consumado su servicio restaurador del capitalismo tras la Segunda Guerra Mundial, está en vísperas de la desbandada, sino para reconocer que ellos mismos, los que viven por sus manos, han estado demasiado deslumbrados por los ricos, por los descreadores de la Tierra».

Reconstrucción del Todo, un programa para una izquierda abocada a la nada, aunque las apariencias aun entonces engañaran. Jacobo Muñoz, uno de los filósofos inspiradores de Materiales, anunciaba la preparación de su libro *El ocaso de la mirada burguesa* en la contraportada de *Lecturas de filosofía contemporánea*, excelentes lecturas graduadas de la modernidad filosófica que habrían podido titularse *El ocaso de una cierta mirada marxista*. Habla Muñoz del pesimismo final de algunos frankfurtianos, y especialmente de Horkheimer, y pido perdón por una larga cita que abreviará cualquier posible disquisición mía sobre la sensación de derrota racionalista que lleva encima la izquierda intelectual europea. La cita es de Horkheimer y había aparecido en la publicación *Sígueme*, editada en Salamanca en 1976, en compañía de trabajos de Marcuse y Popper. Curioso fragmento que Horkheimer repescaba de su juventud para darle un sentido final al ocaso de su mirada marxista: «La lucha de los grandes grupos de poder económico del mundo se lleva a cabo a costa del anquilosamiento de las aptitudes humanas positivas, de la mentira tanto interior como exterior y del desarrollo de un odio ilimitado. La humanidad es tan rica en el período burgués, dispone de fuerzas de ayudas naturales y humanas tan grandes que podría existir de acuerdo con objetivos dignos. La necesidad de ocultar este fenómeno, que lo envuelve todo, condiciona una esfera de hipocresía que no sólo se extiende a las relaciones internacionales, sino también al campo más personal, causando un menoscabo en los esfuerzos culturales, incluso de la ciencia, y un embrutecimiento de la vida personal y pública, uniéndose así a la miseria material la espiritual. Jamás

estuvo la pobreza de los hombres en una oposición tan aguda con la posibilidad de riqueza como actualmente, jamás estuvieron todas las fuerzas encadenadas de forma tan cruel como en esas generaciones en que los niños mueren de hambre, mientras las manos de los padres arrojan bombas. El mundo parece caminar a una catástrofe encontrándose ya más bien en ella, sólo comparable, dentro de la historia por nosotros conocida, a la caída de la Edad Antigua. La falta de sentido del destino individual, que ya antes estaba condicionada, dada la falta de la razón, por la naturaleza del proceso productivo, se ha constituido en la fase actual en la característica más aguda de la existencia. Todos se han abandonado al ciego azar».

Filosofía y poesía, dos metodologías fracasadas. Marx había querido cambiar la Historia, Rimbaud la Vida. Jaime Gil de Biedma ya había anunciado que la vida no es como la esperábamos. Ahora Horkheimer sancionaba una vieja sospecha. Tampoco la Historia es como la esperábamos. Es decir, como nos la merecíamos.

Los nombres y las cosas

Los nuevos poderes municipales tratan de repartir la pobreza presupuestaria y patrocinan nuevos protagonistas locales entre la épica, el alcalde de Marinaleda, y la novela de amor. El alcalde socialista de Besalú se enamora de la concejal comunista Josefina Sala y, a la estela del modelo de comportamiento del duque de Windsor, abandona la alcaldía e instala su amor frentepopulista en Vic, ante la indignación hipócrita de las derechas y una secreta esperanza en la izquierda: creemos en el amor. Los alcaldes demócratas tratan de cambiar el nombre de las calles que reflejan el espíritu de la Cruzada franquista y su victoria. Por lo general, renuncian al desquite histórico y no cambian los nombres franquistas por nombres republicanos, sino por la nomenclatura tradicional previa a la grave escisión de 1936. La prensa pregona la revolución del callejero de Marinaleda. Las sustituciones son a la vez entrañables, elocuentes, cultas y responsables: avenida del 18 de Julio se convierte en avenida de la Libertad; acceso Queipo de Llano, en Mariana Pineda; travesía de Queipo de Llano, en León Felipe; General Castejón, en Antonio Machado; Castiella, en Jornaleros; Daoíz y Velarde, en Unión Obrera; Dos de Mayo, en Uno de Mayo; José Antonio, en Andalucía; Mola, en Boabdil; Muñoz Grandes, en Che Guevara; plaza de España, en plaza del Pueblo; plaza de Franco, en plaza de Salvador Allende; General Varela en Miguel Hernández; General Sanjurjo, en García Lorca... Batallas dialécticas contra bustos, estatuas ecuestres de Franco y desaparición de la noche al día de casi todas las avenidas del Generalísimo Franco o de José Antonio Primo de Rivera. Las calles

siguen, los nombres cambian.

Se habla de inseguridad ciudadana. Navajeros; lironeros, violadores parecen haber salido de una oscura reserva para complicar la democracia y se dice que cuando acudes a las comisarías a pedir protección o justicia, más de un funcionario con maneras de *ancien régime* te contesta: «¿No queríais democracia?». Y se pregona que otra consecuencia nociva de la democracia es la dictadura de la droga dura, en plena campaña de los partidos de izquierda, especialmente de sus formaciones juveniles, por la despenalización de la droga. Una estadística publicada a finales de 1979 decía: «Mediante un sondeo realizado en una muestra de mil seiscientos jóvenes, entre los doce y los veinticuatro años, residentes en 65 localidades diferentes, se ha comprobado que el 34,6 por ciento de los jóvenes ha tenido alguna experiencia con drogas y que el 9,6 por ciento desearía probarlas. Pero sólo 1/3 aproximadamente de los que se habían drogado pueden considerarse como consumidores habituales, lo que no significa que sean drogadictos. Los que se drogan habitualmente —más hombres que mujeres— son gente que vive en situaciones insatisfactorias: en paro, en la mili, desorientadas, que no hacen nada en la vida y pretenden "pasar" de todo. En la muestra de los que se drogan habitualmente sólo son adictos al pinchazo en las drogas duras (opiáceos y derivados) una minoría que no llega al 1 por ciento. La gran mayoría, el 90 por ciento, toman o tomaron drogas blandas, preferentemente las derivadas de la cannabis (hachís o marihuana)». El estudio de EDIS y CIDUR sirve para que lo agiten las manos de la extrema derecha contra la ola de corrupción que nos invade.

¿Cómo combatir la angustia concreta, la desesperanza motivada? Tal vez cuando se controle el código genético, y a este tema alude un informe francés sobre ingeniería genética, encabezado por una reflexión de mismísimo Giscard d'Estaing: «Informe sobre las ciencias de la vida y la sociedad». ¿Por qué les gustará tanto a los políticos el tema de la ingeniería genética? ¿Por qué les gustará tanto todo lo que tienda a reducir la poética de la variable y la improvisación? Michel Foucault se lo tomó como un ataque: «La genética moderna nos ataca de muchas maneras; afecta algunos de nuestros postulados fundamentales donde, de una manera confusa, se forman nuestras verdades transitorias y se albergan nuestros sueños inmemoriales». Más de un ciudadano del Estado español donde se estrenan autonomías provisionales sueña en un posible futuro en que la ingeniería genética ayude a los vascos a ser radicalmente diferentes de los de Segovia y a los segovianos a tener una coloración tornasol exactamente diferenciada del posible color a *seques amb botifarra* de los catalanes. La ingeniería genética tal vez será la clave para que Historia y Vida sean como las esperábamos.

«Los polis hacen su trabajo y no hay por qué hacerse concesiones mutuas». Era casi la norma filosófica de Jacques Mesrine, el más célebre gánster de Francia y de Europa, según los franceses. Pues bien, la policía hizo su trabajo. Bloqueó su coche y trece tiradores de élite parapetados tras la caja de un camión acribillaron al gánster trabado por el cinturón de seguridad de su coche. Veintiún balazos de carabina y ametralladora alcanzaron a un gánster mitificado, mitificable sobre todo por su condición de escritor. *L'instinct de mort* era el título de la obra escrita durante su estancia en La Santé, por la que percibiría casi diez millones de pesetas de derechos de autor. Nadie protestó por el exceso de balazos. Al fin y al cabo el propio Mesrine había dicho: «Quien tire primero tendrá razón».

Del gánster literario al espía no menos literario. El año 1979 termina con un personaje de Le Carré de carne y hueso, el profesor Anthony Blunt. El anciano especialista en arte, y en ocasiones asesor privado de la mismísima reina de Inglaterra, había sido reclutado para el espionaje comunista en Oxford, entre las dos guerras, al igual que Burgess, Maclean o Philby. Confesaba el propio Blunt: «A mitad de los años treinta nos pareció a mí y a muchos de mis amigos que el partido comunista y Rusia constituían el único baluarte firme contra el fascismo, puesto que las democracias occidentales estaban adoptando una actitud incierta hacia Alemania. Fui persuadido por Guy Burgess de que la mejor forma de luchar contra el fascismo era unirse a él en su trabajo a favor de los rusos. Esto era un caso de conciencia política contrapuesto a la lealtad a mi país; escogí mi conciencia». Según Blunt, en 1951 le pidieron que se trasladara a la URSS y se negó. Posteriormente confesaría su traición y ganaría la impunidad a cambio de revelaciones sobre la red de espionaje en Occidente. Permaneció agazapado en sus antiguos cargos para evitar sospechas y escándalos, pero las revelaciones del libro de Andrew Boyle *El clima de traición* sacaron a la luz a este «miserable espía y homosexual degenerado», según pregonó la prensa sensacionalista británica.

Duros tiempos en los que se había perdido la razón ética y el estilo ético. No parecía haberlos perdido Felipe González, alias Isidoro, alias el Moro. Entre mayo y septiembre de 1979, el PSOE vivió aparentemente sin secretario general como consecuencia de la dimisión de Felipe González en el transcurso del 28.° Congreso. El triunfo de las tesis del sector radical provocó la dimisión de González y la apertura de un período de *impasse* y orfandad que no pudo ser aprovechado por la izquierda socialista. A pesar de que Tierno Galván se había ofrecido a través de *Cambio 16* para arreglar el asunto o que Paco Bustelo había acusado a González de socialdemócrata

irrecuperable, la retirada de González en nombre de la razón ética, dejaba un vacío interior y una incógnita exterior sobre la actitud que iba a tomar la SPD y Willy Brandt como principales valedores del triunfador de Suresnes. «La ponencia política —declaraba Tierno— está mal redactada. ¿Por qué no me dejaron intervenir, cuando yo soy el único teórico de cierta altura sobre marxismo en este país? Realmente tiene gracia, porque, a lo mejor, yo hubiera resuelto el Congreso». Bustelo iba más allá: «Bajo el pretexto del consenso, González ha querido imponer al PSOE un viraje hacia la derecha, negando así las tradiciones ideológicas de nuestro país. España pertenece a la Europa del sur. La socialdemocracia al estilo alemán o sueco no es importable entre nosotros. Los socialistas españoles no están hechos para un centroizquierda indefinido e indefinible...». ¿Por qué se equivocarán tanto las palomas? ¿Por qué siempre se creen que el norte es el sur y el trigo el agua? Se equivocó Bustelo, se equivocaba. Años después, a raíz del Congreso de 1984, Ignacio Sotelo, tradicional teórico del nuevo PSOE, llegaría a escribir, desde su desánimo, que el socialismo del sur había hecho bueno al socialismo del norte. Pero de momento, Felipe González resurgiría en septiembre de 1979 como Cristo de nuevo resucitado, sobre una ponencia política de compromiso que le renovaba el cheque en blanco del pragmatismo y le restituía las «razones éticas» que le habían obligado a dimitir. Pasaba por encima de la ponencia y en el futuro por encima de un Tierno Galván desterrado a la alcaldía de Madrid y de un Bustelo, primero ajusticiado críticamente por los jóvenes intelectuales neosocialdemócratas del partido y luego ni siquiera respaldado como rector de la Complutense. El talante dirigente de Felipe González al parecer lo había aprendido en un libro, *Memorias de Adriano*, de Marguerite Yourcenar. La escritora francófona atribuía a Adriano una afirmación que Víctor Márquez Reviriego traspasaba a Felipe González en su larga entrevista: *Felipe González: un estilo ético*. «No desprecio a los hombres. Si así fuera no tendría ningún derecho, ninguna razón para tratar de gobernarlos». El doble congreso del PSOE de 1979 concentró definitivamente sobre Felipe González la atención de todo el país, y Víctor Márquez recurrió «... a lo que Leo Spitzer, con feliz troquelación expresiva llamara "enumeración caótica"...», para retratarle: «Y así Felipe González nos aparece en enumeración caótica como un agregado sedimentario de socialismo posible, didactismo, puros habanos, sensatez, sencillez, moderación, patriotismo, falta de crispación, trajes de pana, sevillanismo no empalagoso, olor a vacas, conciencia histórica, cierta dosis de ilusión atemperada por el pragmatismo, sentido ético, falta de afectación, capacidad para la concordia..., etc., etc.». ¿Qué más quieres, Baldomero? ¿Acaso este retrato de Felipe González no se halla situado en un punto equidistante entre el Todo y la Nada?

23. Centros y periferias: los lendakaris

«Aunque, ciertamente, todos contribuyeron, desde distintas opciones, a la transformación política más completa y espectacular de nuestra historia contemporánea, no cabe duda de que la dirección de esta operación correspondió al presidente Adolfo Suárez, quien adoptó las decisiones en los momentos más conflictivos y sufrió el mayor desgaste por el esfuerzo realizado. Acertó en lo más importante y siempre se le recordará por ello. Quizá su principal fallo consistió en intentar crear un partido —Unión del Centro Democrático— que le permitiera conservar el poder sin tener en cuenta ni la procedencia, ni la ideología, ni el talante de sus componentes, a quienes solamente unía la ambición en la conquista y la permanencia en ese poder». Fernando Álvarez de Miranda, veterano antifranquista democristiano, corresponsable entre otros del «contubernio de Múnich» y primer presidente del Congreso reconstituyente de la democracia española, sanciona así en su epílogo a *Del «contubernio» al consenso* lo que llevó a lo largo de 1980 al principio del fin de UCD, y añade: «La verdad pura y dura —al menos tal como hoy la veo— es que Unión del Centro Democrático y su primer presidente, Adolfo Suárez, desde una perspectiva política, no murieron de muerte natural, sino que fueron asesinados en una conspiración en la que se conjugaron armónicamente intereses, frustraciones e impaciencias, hasta llegar al crimen perfecto, que algún día quizá se descubra». Tal vez el propio Suárez sepa ya, a estas alturas de 1985, el nombre del criminal o de los criminales. En el verano de 1984 reveló al que esto suscribe que tardó en darse cuenta de quiénes eran los caballos troyanos que poderosos intereses de las finanzas y el empresariado habían infiltrado en UCD, para derechizarla en primera instancia o dinamitarla y reconstruir con sus pedazos la gran derecha. Es más, en ese verano de 1984, Suárez vigilaba que la jugada no se repitiera dentro de su pequeño CDS. Pero Suárez tiene a comienzos de 1980 casi intacto su encanto. El recién elegido presidente de las juventudes de UCD, hijo de Fernández-Miranda, declararía a la prensa que su ideal político era Adolfo Suárez. Los barones de UCD empezaban a asomar sus cabecitas, inquietos porque el partido no tenía una mayoría suficiente y dependía del apoyo del cinturón autonómico de castidad: PSA, Minoría Catalana,

PNV. El año 1980 se inicia con la amenaza del referéndum andaluz. Euzkadi y Cataluña han refrendado su estatuto por la vía del artículo 151 de la Constitución, es decir, por mayoría del voto del conjunto de la población. UCD ordena que las demás autonomías lo aprueben por la vía del artículo 143, según el cual se exige que el estatuto sea sometido a referéndum y aprobado por mayoría en todas y cada una de las provincias. Ante el referéndum andaluz, UCD decide abstenerse en vista de que se ha convertido en un sí o no a la vía del 143. La consigna de UCD sólo triunfa en Almería y por un margen de 8.000 votos. Dos millones de andaluces se han pronunciado por el 151 y legalmente debe imponerse el 143 sólo por 8.000 votos de una provincia.

Este pleito se arrastrará hasta el mes de octubre y contribuirá a deteriorar la imagen de UCD. Por otra parte, el 9 de marzo ganan las elecciones autonómicas de Euzkadi el conjunto de partidos nacionalistas (PNV, Euskadiko Ezkerra y Herri Batasuna) en detrimento de los llamados *partidos estatales* (UCD, PSOE, AP y PCE). Y el 20 del mismo mes, Convergencia i Unió, presidida por Jordi Pujol, gana las elecciones autonómicas de Cataluña y el partido del gobierno central queda en cuarta posición, detrás de socialistas y comunistas. Los hechos se mostraban más tozudos que los programas del gobierno y Suárez trata de salir al paso de la rebelión de las periferias mediante un plan autonómico que formula en mayo y que trataba de acelerar, generalizar e igualar los procesos autonómicos, para evitar agravios comparativos y el contrasentido de la pérdida de hegemonía de UCD en todas las elecciones autonómicas. Martín Villa razona la necesidad de programar un Estado de las Autonomías cuando el gobierno aún está a tiempo de controlar el proceso: «Después de que el referéndum de Andalucía hubiese reclamado un estatuto semejante al de Cataluña, el País Vasco y Galicia, la suma de éstos, más los regímenes especiales de las islas Baleares y Canarias, más la foralidad de Navarra, suponía que una parte muy importante de la población española se encontraría ya en el marco de una organización autonómica de la máxima extensión posible según la Constitución».

La monarquía como paraguas

El acoso paragolpista de algunos sectores de la jefatura militar, la sensación de desconcierto político y programador que emanaba de UCD, la pérdida de influencia política sobre el electorado, la agudización de la crisis económica que enfrentaba la estrategia sindical de UGT y Comisiones Obreras en busca de la mayoría en las

elecciones sindicales, la avaricia inversionista de un empresariado que ejercía un bloqueo factual a la política económica de UCD, la voluntad suarista de retrasar el cumplimiento de la petición norteamericana de plena integración en la OTAN, fue configurando una sensación de incertidumbre que se trataba de compensar recurriendo a la presencia del Rey, como si se exhibiera el paraguas definitivo frente a los aguaceros. Los restos mortales de Alfonso XIII volvieron a España por donde se habían ido los restos vivos, el puerto de Cartagena, y casi al mismo tiempo el Congreso de los Diputados aprueba la ley propuesta por el PSOE de restituir como emblema del Estado el escudo nacional de 1868, encabezado por una corona y no por el águila imperial que Dionisio Ridruejo y Serrano Súñer habían situado como respaldo del escudo nacionalfranquista en 1938.

Como islote republicano intramuros queda el pequeño grupo catalán de Esquerra Republicana, que consigue situar a su líder, Heribert Barrera, como presidente del Parlament de Cataluña, más por desidia circunstancial socialista que por la fuerza de los votos. A Heribert Barrera se le consideraba en España un feroz republicano que en cierta ocasión encontró el taxista que se merecía. Acudía don Heriberto a una cita con el Rey en el palacio de la Zarzuela y el taxista madrileño le llevó al teatro de la Zarzuela, con lo que llegó tarde el político a tan alto emplazamiento y la excusa sonó a chiste de Primera República. Pero todos los demás se ponían el paraguas monárquico como si fuera una vieja prótesis de ortopedia política. Ya no era identificable la monarquía con aquel Alfonso XIII que preguntara a Ortega y Gasset: «¿A qué te dedicas?», y que al recibir la hermética respuesta de: «Yo, majestad, soy catedrático de Metafísica», el cerebro y los labios reales no fueran capaces de otra locución inteligente que la palabra «¡Coño!». La monarquía española en 1980 ya era como la de Holanda, donde la apacible reina Juliana abdicaba para entregarle el trono a su hija Beatriz, princesa de leyenda roja, pero casada con un alemán exmiembro de las Juventudes Hitlerianas que con el tiempo iría a parar a un frenopático, víctima de la melancolía o de la esquizofrenia o del matrimonio. El Rey de España era el heredero de la dinastía borbónica, de Franco, de la ruptura pactada y de Josep Pla, el escritor catalán que le legó su masía de Llofriu. Heredaba demasiadas legitimidades como para convertirse en tema de debate y de momento se comportaba como esos buenos árbitros de fútbol que pitan sin que se note.

Monarquía discreta e íntima, en el otro polo de la escandalosa casa de Mónaco, donde Carolina padecía la incomprensible competencia de Giannina Facio, un *sex symbol* pasajero que se llevó tras su estela al carolino consorte, mister Junot, mientras Carolina buscaba consuelo cerca del cariñoso Robertino Rossellini, afortunada síntesis cromosomática de Roberto Rossellini e Ingrid Bergman. También en el otro

polo del ejemplar escarmiento histórico sufrido por el sha, mal desterrado, incómodo exiliado perseguido por su leyenda negra y por el cáncer, que encontró su casa de la muerte en el Egipto de Sadat, mientras Jomeini lanzaba a sus turbas al asedio humillante de la embajada norteamericana en Teherán. Aquel asedio le costaría a Carter su carrera política y marcaría el punto más bajo del prestigio norteamericano en el mundo, bola de sangre en caída acelerada desde el desastre de Vietnam.

Mientras los xenófobos jomeinistas cercaban la embajada norteamericana y convertían en habitual del mercado mundial de la noticia la imagen de las masas en la calle dispuestas a expander el islamismo por el mundo, los ayuntamientos democráticos españoles recuperaban la calle para la fiesta y renacían los carnavales o se inventaban allí donde no tenían tradición. Hubo mucho empeño en crear una nueva cultura de la alegría urbana, en unos tiempos que *a priori* ni la presentían ni la necesitaban. El propio Caro Baroja reflexionaba escéptico ante una redactora de *ABC*: «Para la sociedad antigua, la marcha de las estaciones tenía importancia; la idea del invierno, de la primavera, influían en las fiestas y en el trabajo. En cambio ahora, un hombre de fábrica o de oficina o de taller está pensando en que en verano tiene unas vacaciones que le permiten salir de la rutina y nada más».

Qué manera de morirse

El 1980 fue un mal año para el talento. De pronto desaparecieron un puñado de hombres que habían sido puntos de referencia de la capacidad de asombro del espíritu humano. Para empezar, Lacan disuelve su escuela freudiana, como si se dispusiera a morir solo, lejos de pirañescos discípulos interpretadores. Poco después muere Kokoschka, uno de los penúltimos exponentes de la posible síntesis entre vanguardia estética y vanguardia política, y se deja atropellar por un automóvil Roland Barthes, cansado quizá de que sus teorías sobre la Literatura no hubieran hecho ni peor ni mejor la Literatura. Tal vez Barthes quisiera simplemente penetrar en la fuerza vital del olvido mediante la estructura de la muerte: «Si quiero vivir debo olvidar que mi cuerpo es histórico, debo lanzarme hacia la ilusión de que soy un contemporáneo de los jóvenes cuerpos presentes y no de mi propio cuerpo pasado. O sea, periódicamente debo renacer, hacerme más joven de lo que soy...», y concluía líneas después: «Voy a intentar dejarme llevar por la fuerza de toda vida viviente: el olvido».

Legaba Barthes a la posmodernidad su morbosa denuncia de la historicidad, pero

la muerte le unió en un destino común con historicistas a la manera de Erich Fromm o Sartre, desaparecidos los dos a pocas semanas de distancia. Para los educados en la búsqueda de lo que quedaba de la moral de la Historia después de la Segunda Guerra Mundial, la muerte de Sartre fue una catástrofe casi física y el impresionante despliegue de franceses que siguieron los restos mortales del filósofo era la estampa misma del final de una sentimentalidad intelectual. Y como si esperara la ocasión de tan fastuosos entierros para colar fugazmente un fotograma del suyo, tal como se había colado como anodino extra en casi todas sus películas, se moría impertérrito Alfred Hitchcock, el gran banalizador del tabú de la muerte violenta. Banalizador porque la convirtió en un juego de luz y sombras destinado a las masas. Hitchcock le robó la muerte a la tragedia griega y la entregó a las masas tragicómicas y agridulces del siglo xx.

Pero entre nosotros, la muerte que realmente impresionó fue la de Félix Rodríguez de la Fuente, el naturalista más famoso de España y Latinoamérica, gracias a sus series televisivas sobre la vida libre en la naturaleza libre. Rodríguez de la Fuente murió como consecuencia de un accidente aéreo cuando iba hacia Alaska a realizar un programa para Televisión Española, y su desaparición fue sentida por la inmensa mayoría de los telespectadores, ávidos consumidores no sólo de la perfección técnica de sus filmaciones, sino del protagonismo del naturalista, apasionado relator de su propia pasión y por lo tanto parte misma indispensable de su mensaje. Vejez, enfermedad, azar, accidente son factores de muerte que el gran mercado mundial y cotidiano de la información ha banalizado hasta la insensibilidad casi total del receptor. Y sin embargo, la muerte de Rodríguez de la Fuente fue sentida. Llegó a boquiabrir incluso el asesinato del arzobispo de El Salvador, Óscar Arnulfo Romero, baleado mientras oficiaba misa en la catedral por un comando teledirigido por la extrema derecha. Como si el cuerpo del arzobispo fuera simplemente un cebo para una mayor cosecha sangrienta, las mil personas que en la plaza de la catedral asistían a su funeral fueron bombardeadas y ametralladas hasta añadir cuarenta cuerpos muertos al del arzobispo.

Mas estas muertes tenían una lógica tercermundista, del mismo modo que se supone que en la Tierra aún hay volcanes y arenas movedizas, lejos muy lejos de los centros urbanos desde los que se dirige el destino del mundo. Y al mismo capítulo de exotismo se sumó el ajusticiamiento de Somoza en las calles de Asunción a cargo de un comando que prolongó el brazo armado de la Revolución sandinista hasta la madriguera del dictador. Tardaría en saberse que en el comando habían participado militantes de ETA y tardaría en comprenderse cómo la policía de Stroessner, el dictador anfitrión de otro dictador, había sido tan torpe defensora de tan ilustre

compinche. No muy lejos de este inventario de muertes tercermundistas, habría que situar el asalto a la embajada española en Guatemala a cargo del Ejército regular. Un grupo de campesinos invadió la embajada como acto propagandístico de sus reivindicaciones y el Ejército, dirigido por un futuro presidente de la República hoy felizmente reinante, arrasó la embajada a sangre y a fuego, exterminó a los campesinos y a los funcionarios y a duras penas pudo salvarse el embajador español, Máximo Cajal, huyendo por una ventana: «Por un agujero transmití a la policía nuestros intentos de negociar. Nos dieron dos minutos para salir sin condiciones. En un momento, los campesinos sacaron sus pistolas, se produjo una llamarada impresionante y empezaron a oírse tiros. Calculé que nos íbamos a freír todos, y sin pensarlo pegué un salto, pasé por encima de una butaca, salí de mi despacho, bajé las escaleras y en ellas me detuvo un policía que me metió en un coche celular. Mientras, los de arriba se estaban friendo». No había terminado la odisea del embajador. Recelaban los energúmenos de que hubiera sido demasiado complaciente con los campesinos y además le tenían por incómodo testigo de la masacre. Una vez en la clínica, Cajal vio cómo un grupo de soldados remataba en su cama a uno de los supervivientes de la matanza y a él mismo se le amenazó si carecía de prudencia y silencio. A su regreso a España, Máximo Cajal hubo de ser ingresado en el centro de quemados de la Cruz Roja de Madrid.

Los lendakaris

Lendakari es el nombre histórico del presidente de la autonomía vasca y por extensión fue un título popularmente aplicado a todos los presidentes autonómicos que en España empezaron a florecer al frente de comunidades autonómicas o preautonómicas. Cinco años después de la puesta en marcha práctica de los estatutos de autonomía podría hacerse un tétrico balance del destino de los lendakaris y la constatación de que sólo sobrevive uno de los autores del invento semántico: Jordi Pujol. Tan vitalicio como Pujol, parecía hasta hace poco Carlos Garaikoetxea, el lendakari propiamente dicho, pero a estas alturas es un exlendakari que unos quisieran historificar definitivamente y otros mantenerle a lomos del caballo para que gane una batalla después de muerto.

Sin discusión, Garaikoetxea y Suárez fueron los dos *sex symbol* de la transición, aunque Ignacio Camuñas y Javier Rupérez no tenían mal perfil y sobre todo el segundo madurara para mejor, especialmente en cuanto a la estrategia de la canosidad se refiere. Don Carlos era un navarro peneuvista de la nueva ola,

emparentado con una familia industrial responsable del *foie-gras* Mina, aunque se desentendieran prontamente de esta relación industrial en cuanto Garaikoetxea empezó a subir como la espuma. Muerto el histórico y batallador Ajuriaguerra, obsoleto por histórico Leizaola, temible por lo coriáceo el exjesuita Arzalluz, Garaikoetxea era un *look* competitivo que ganaba la batalla de la imagen y representaba en sí mismo la reivindicación vasquista de Navarra. No fue el lendakari un instrumento dócil en manos del aparato peneuvista y tardó cinco años en pagarlo.

Escuredo también tenía su palmito de rey moro pasado por los versos de Rafael de León y encarnó un andalucismo socialista que no recordaban ni los más viejos del lugar. Tan poco lo recordaban que tardaron en darse cuenta de los riesgos que entrañaba el protagonismo del abogado sevillano, urdidor de la protesta andaluza contra el 143 y cocreador de un molesto y no previsto andalucismo que podía molestar por igual al estatalismo de derechas como al de izquierdas. Víctima o verdugo de su propio personaje, también resistiría lo suyo don Rafael Escuredo hasta que fue dimitido de común acuerdo consigo mismo.

Don Jordi Pujol i Soley era el más bajito y feo de los lendakaris, pero ha sido el más duradero, tal vez porque antes de llegar a su estatura actual se había preocupado de echar raíces hondas y complementarias. Vinculado al catolicismo nacionalista desde su más tierna infancia, hizo frente al franquismo y sufrió por ello tortura, tribunal militar y cárcel. A esta raíz resistencial unió la de crear una banca nacional, la Banca Catalana, piedra filosofal con la que Pujol esperaba convertir el sentimiento nacional en oro y el oro en sentimiento nacional. También se había dedicado Pujol a la promoción de cultura, pero confiaba más en la cultura como patrimonio clasificado que en la cultura como proceso vivo en manos de sus agentes, los intelectuales. Pujol tenía mala sombra intelectual y periodística, como consecuencia de su cacharrera entrada en el zoo de cristal de la *Gran Enciclopedia Catalana* y del ramalazo de policía del espíritu que le llevó a depurar de marxistas la redacción de la revista *Destino*. Mal banquero y con veleidades de ángel exterminador de heterodoxias, en cambio Pujol se reveló como excelente político nacionalista que se beneficiaba de la carencia de proyecto nacional catalán alternativo. A diferencia de Garaikoetxea, controlaba el aparato de su propio partido; de Escuredo le separaba lo fundamental para durar en el cargo: que Pujol encabezaba un partido nacionalista y Escuredo era simplemente el excéntrico nacionalista andaluz de un partido radicalmente estatalista.

Casi todos los lendakaris han muerto a manos del aparato de su propio partido y, menos Pujol, los que han sobrevivido lo han conseguido por el procedimiento empleado por Claudio, emperador de Roma: o haciéndose el cojo o el tonto o el tartamudo. Porque aquellos lendakaris que han andado con demasiado desparpajo,



listeza o locuacidad crían las malvas del olvido enterrados a pico y pala por toda clase de peones camineros y sus nombres han ingresado en el acongojante libro de lo que pudo haber sido y no fue.

24. La semilla del diablo

Algunos nombres, a pesar de su cercanía en el tiempo, ya han pasado a la historia: Iván, Pedro Marín, los Pecos, tres ídolos del momento que con el añadido de Miguel Bosé formaron lo que los comentaristas de entonces llamaron «el póquer de ídolos rubios». Ídolos a la medida biológica de un público de quinceañeros, aunque los Pecos admitieran más lecturas y Miguel Bosé viniera de más lejos y fuera más allá de una circunstancia oportunista. La electrónica se adueñaba de la música popular y la monarquía electiva del pop music coronaba al *Rey del reggae*, Bob Marley, otro rockero premuerto, otro de esos rockeros de muerte anunciada, para que no decaiga la sombra maldita, necesaria incluso en las operaciones más comerciales. En plena hecatombe de españoles y no españoles universales, si en 1980 se hubiera hecho un balance de la España presente en las primeras páginas del mundo, ese balance se reducía a un nombre: Julio Iglesias. Confusa imagen del cantante se tenía en la propia España. Portero juvenil del Real Madrid, lesión de espalda, *siempre hay por quién luchar, por quién vivir*..., festival de Benidorm, de Eurovisión, *Gwendolyne*, Isabel Preysler, hijos, Chabeli..., pero y de pronto, como si se tratara de un milagro mutante, nos vemos al paisano, caralla, encaramado en lo más alto del *hit parade* y en Miami para más señas, con un romance cada semana y un *brain trust* alrededor que no se lo salta un gitano. Y un día sale Julio del brazo de la señora Sadat, otro se inclina, irónicamente ceremonioso, sobre el escote de Gracia Patricia de Mónaco y hay colas de jefes de Estado para posar en el *souvenir* hectacrome junto al español más famoso de todos los tiempos, seguido a poca distancia, hay que reconocerlo, por Cervantes o Picasso. Y un buen día Isabel Preysler, su filipina mujer, le dijo a Julio: o la señora Sadat o yo, o tal vez el dilema estribara entre la reina de Inglaterra y ella, pero Julio eligió el viaje hacia las estrellas e Isabel Preysler se quedó en España para concederle su mano momentáneamente al marqués de Griñón. La fama de Julio Iglesias convocó sobre su persona un perpetuo chorro de luz de reflector que no sólo lo perseguía a él sino a todo su entorno humano y tanta fama tuvo la recatada discreción de su madre, como el estallido de la sexta o séptima juventud de su padre.

Víctima indirecta de tanta fama excesiva sería el padre del cantante, secuestrado por ETA pm en unos años en que a los etarras les dio por el secuestro de postín: Rupérez, Cisneros, el señor Iglesias.

Carne de primera página de revista del corazón, Julio Iglesias también merecería un análisis crítico cargado de simpatía en un diario de cejas altas como *El País*. A pesar de todas las reticencias, un paisano que triunfa en el mundo y que consigue tener una casa con piscina y embarcadero en Miami no es un cualquiera, hay que reconocerlo. Contraste de luminarias. Televisión Española pasa a las manos de Castedo, un abogado proclive a Suárez que potencia a los sectores más avanzados de los profesionales de Prado del Rey y pone a Iñaki Gabilondo al frente de los telediarios. Notorios cambios de programación y de talante informativo. El gran espectáculo de masas sigue siendo la televisión, pero la radio ha conseguido niveles de audiencia desconocidos desde los años cincuenta. Unos cuantos profesionales se convierten en palo de pajar del prestigio de programas que copan la atención de las mañanas, las tardes, la medianoche y la madrugada, esas horas que la televisión duerme. *Protagonistas*, de Luis del Olmo; *Directo, Directo*, de Alejo García; *Hora Veinticinco*, de la SER, servida por distintos y excelentes profesionales; la voz íntima de sobremesa de Andrés Aberasturi; el surrealismo del único locutor mitad poeta mitad pollo, Arribas Castro; y si por las mañanas se hace indispensable el despertador irónico de la voz de Silvia Arlet, José María García hará largas y agresivas las noches de la SER hasta que tope con la pared de Pío Cabanillas y deba marcharse a Antena 3. Del éxito de audiencia de la radio, da idea la batalla por la propiedad pública y privada de las ondas. Los ayuntamientos democráticos inauguran emisoras municipales de FM, la iniciativa privada suma tan extraños compañeros de cama como Antonio Asensio de *Interviú* y el conde de Godó de *La Vanguardia*, para formar Antena 3, esperando el Godó de la televisión privada. La radio vuelve a ser una manía que se hace madrugada, secuestra a hombres y mujeres heridos por la noche y la soledad y se los lleva a la colina donde les espera el único loco que se ha hecho el psicoanálisis con la ayuda de millones de radioyentes. Jesús Quintero, el único hombre que ha sido capaz de competir en esta vida con Encarna Sánchez, otro animal radiofónico, entonces nocturno, aplicado a una solidaridad beneficiente y de estilo agresivo que demostraba el carácter de madre omnipresente, entera, distante, arropadora de la radio.

La colina está al este del Edén

Casi todos estos programas de éxito público se los reparten entre Radio Nacional y la SER, pero pronto se producirían movimientos de reajuste de mercado profesional o de intolerancia política e institucional que provocarían trasvases de audiencias y profesionales, traspasos y fichajes millonarios que boquiabrían tanto al personal como a la vieja guardia de radiofonistas. Las grandes estrellas de la radiofonía se llevaban a cuestas sus programas y en ocasiones hasta sus equipos de guionistas. Casi siempre llevaban consigo el éxito y el secreto de la fórmula. En otras ocasiones su vacío sería espléndidamente ocupado por otros profesionales, caso de Julio César Iglesias en *Directo, Directo*, o daría paso a una nueva radio conectada con una nueva sensibilidad, con una nueva mirada sobre la realidad. Ésta sería la letra y la música de los programas marginales de Manolo Farreras, el radiofonista que llevó la arruga a las ondas, fuera bella la arruga o fuera horrorosa.

Mas no adelantemos acontecimientos. *El Loco de la Colina*, Jesús Quintero, empezaba a tumbar en el gran diván radiofónico nacional a todos sus clientes. Él mismo dijo: «La colina es un congreso de alucinados, la colina está al este del Edén, la colina es un campo elíseo, la colina es el paraíso perdido de los sentimientos, la colina es el monte de Venus de la noche, un faro libre del planeta Tierra, una radio en tu guantera, el lejano sur de los locos y los poetas, el escondite de los Magos, la cueva de los marginados, el Hawái de los soñadores...». Hawái, Hawái, Hawái ¿o Bombay? Anticipo del tema canoro popularizado cinco años después por Mecano, viajar con Jesús Quintero a Hawái o Bombay sin otro mar que el de una bañera imaginaria llena de espuma de gel de fresa. Con una canción de los Beatles por detrás y un poema de Walt Whitman por delante, Quintero consigue que los políticos más correosos o anodinos se conviertan en el personaje de la *Canción de amor de J. Alfred Prufrock*, en flagrante demostración de que quitarse la máscara no conduce al rostro de la verdad, sino a otra máscara y quizá a la evidencia de que el rostro no existe, a no ser que sea un círculo vacío abierto después de la última máscara, como se abre la boca de un pozo al final de la caída por una pesadilla.

De haber tumbado en su diván herciano a Rafael Escobedo o a Myriam de la Sierra o a su hermano Juan o al mayordomo o... en fin... tal vez Quintero habría conseguido saber toda la verdad del crimen de los Urquijo. Un éxito de programa radiofónico informativo, *España a las Ocho*, se abría en la mañana del primer viernes de agosto de 1980 con la noticia del doble asesinato cometido en las personas de María Lourdes Urquijo Morenés, de cuarenta y cinco años de edad, y de Manuel de la Sierra y Torres, de cincuenta y cinco, marqueses de Urquijo, muertos a tiros en sus dormitorios del chalet de Somosaguas. Semanas después también moriría el perro, único testigo, aunque no de cargo, capaz de olfatear a todos los asesinos.

La ultraderecha italiana pone una bomba en la estación de Bolonia, ciudad de alcaldía comunista, como para castigar simbólicamente un vicio electoral o al género humano, así, indiscriminadamente, por no nacer fascista. Estalla la guerra entre Irán e Irak, interés creado que paraliza la irresistible ascensión del islamismo chiita para llegar de la nada a la más absoluta pobreza. Jomeini aún convoca un amplio espectro político y tiene al frente del poder laico a un aparente moderado, Bani Sadr, que no tardaría en preguntarse: «Pies, ¿para qué os quiero?». Una guerra milenaria que rebrota cíclicamente, dicen los toynbistas. Una guerra de redivisión zonal que sirve a los intereses imperialistas del capitalismo, para frenar la ruina de la división internacional del trabajo instaurada después de la Segunda Guerra Mundial, dicen los marxistas. Y en cuanto a los partidarios a la vez de Marat y de Sade, ven la guerra como un tapón para la botella donde mora el genio de un islamismo tan contagioso en la URSS como en Oriente Medio y el norte de África. El mismo islamismo en cuyo nombre se convoca al pueblo afgano para luchar contra el comunismo ateo de su gobierno marxista y parasoviético, abriendo así el camino a una ocupación soviética que causaría estragos en la conciencia del comunismo parademocrático occidental y en España sería uno de los puntos de referencia obligados para entender la precipitación de la crisis del PCE. Mientras tanto el Papa viaja en su *Tour operator* apostólico perpetuo: Zaire, Kenia, Ghana, Congo, Alto Volta, Costa de Marfil, Francia, Brasil, República Federal de Alemania, y se abre en España la que sería casi vitalicia Conferencia Internacional, tercera parte del espíritu de Helsinki que ya había casi desaparecido en Belgrado y que en Madrid se esfumó como si fuera un perfume de paz demasiado volátil. Además, la amenaza Reagan cabalgaba al frente de un Occidente azuzado por la crisis interna y por el *pressing* de sus esclavos del tercer mundo: Centroamérica, Oriente Medio, Irán... Con todos sus problemas, la colina española aún estaba al este del Edén, a pesar de que UCD hacía aguas, Fraga volvía a pedir «la mayoría natural» y el PSOE preparaba su moción de censura, mientras Suárez perdía aliados internos y externos, según la vieja ley moral sobre la sabiduría del comportamiento de las ratas en los barcos heridos de hundimiento.

Mirada de perro apaleado

«A Reagan se le ha elegido, sobre todo, porque parece más capacitado para la tarea que su infortunado predecesor, cuya mirada de perro apaleado traicionaba mejor que cualquier discurso o iniciativa su fundamental incapacidad. Más que a un viejo sensato es al hombre nuevo al que los norteamericanos han decidido confiar su

destino. Su edad —cumplirá los setenta años pocos días después de instalarse en la Casa Blanca— no es precisamente para él una baza, sino una desventaja que ha superado gracias a su aspecto enérgico y sonriente, en contraste con la manifiesta irresolución y el penoso *jogging* de Jimmy Carter», escribía André Fontaine en *Le Monde*. Mirada de perro apaleado también tenía Adolfo Suárez al final de la moción de censura a que le sometieran los socialistas en octubre, indicio de un ajustamiento político a plazo fijo que pilló a Suárez a contrapié y casi a contraganas, consciente de que los barones de su propio partido le abandonaban como abandona la sangre el cuerpo repetidamente acuchillado. El PSOE enseñó sus bazas argumentales de alternativa de poder y a parte de su futuro gobierno: Solchaga, Lluch, Guerra, flagelaron a una UCD contra las cuerdas y a un Suárez desmoralizado por la conspiración que le cercaba. Se supo que dirigentes de la propia UCD recomendaban votar contra su propio partido para castigar o hundir a Suárez, y la operación recambio era urgida por los poderes económicos y militares. Los primeros porque consideraban que la política económica de Suárez o era demasiado izquierdista, o demasiado confusa y los segundos porque veían en Suárez al gran Houdini de la transición, el hombre que les había metido en la legalidad a la España vencida en la Guerra Civil, primero por la puerta trasera, luego por la puerta principal. Suavemente. Como un supositorio.

Conspiraban los dueños del dinero con sus caballos blancos de la política y conspiraban los militares entre sí o se iban a la Zarzuela a quejarse al Rey. Les calmaba el Rey o les dejaba decir, y quizá de uno de esos «dejar decir» derivaran convencimientos de que el Rey estaba de acuerdo en ese *cambio de timón*, que reclamaría el presidente Tarradellas. Lo evidente es que la moción de censura dejó al gobierno para el arrastre taurino y para el arrastre lingüístico, porque el ilustre poeta y editor, con el tiempo senador socialista, don Carlos Barral, hizo su particular balance crítico de la oratoria política y se llevó sus marineras manos a la canosa cabeza ante tal promiscuidad de «yo diría», «en base a», «a nivel de», «de alguna manera», «temática», «problemática», «reconducir», «resituar», y veía en todo aquel despliegue de verbalidad las ruinas inequívocas del lenguaje totalitario, aunque más justo era, quizá, verlas como modernas construcciones, ruinas contemporáneas aunque futuras, del lenguaje de los ejecutivos agresivos, trasladado a la política y entonado a lo Castelar. Mas no estaba la situación para análisis lingüístico y aunque al gobierno aún le sobraban energías marginales para negociar el retorno del *Guernica*, la cólera social por los incumplidos Pactos de la Moncloa, el azote terrorista, la insidia conspirativa, el fracaso de la aspiración de cambio en la sociedad creaban condiciones de inestabilidad de la conciencia social. Un síntoma fue el

anuncio anticipado de la crisis del PCE-PSUC como consecuencia de la primera escaramuza dialéctica sobre el balance de la transición. El PSUC iba a celebrar su 5.° Congreso y en las tesis se recogía una autocrítica de la política de la transición que en realidad era una crítica de la dirección, personalizada en Carrillo. Como fondo de esta letra crítica, una cierta música fundamentalista que apuntaba hacia el reforzamiento de las esencias octubristas de un partido nacido bolchevique y a combatir el reformismo socialdemócrata entrevisto en la propuesta eurocomunista, Carrillo puso cerco a las críticas del PSUC y abrió la caja al mago de la discordia interna. Simplificando la cuestión, quiso basarse en los supereurocomunistas catalanes, para no excitar a los antieurocomunistas de su sede central, y con el tiempo chocaría con unos y con otros, hecho un lío con su propia sombra, como suele ocurrirles a los futbolistas demasiado regateadores que se emborrachan de balón. Y en el fondo del todo o de la prenada del comunismo español, una devastadora pobreza de saber y de teoría, un oportunismo importador de ideología al itálico modo y una desfachatez aventurera en los supereuros y los superfundamentalistas que llevaría a no muy lejanos y radicales desastres. Mas no era la crisis exclusivamente hispana, y en el caso Althusser que conmovió al universo marxista se vio un signo de tiempos de crisis, casi tan evidente como el suicidio de Poulantzas, padre del posmarxismo. Althusser, el filósofo francés que más había hecho por una textualización de Marx, más allá o más acá del cerco bíblico al que había sido sometido por sus utilizadores, se convertía en protagonista de la crónica negra universal por el procedimiento de estrangular a su esposa. Se le conocía cierta tentación de tocón visual de mujeres de buen ver, pero nunca hasta el extremo de que ese coleccionismo ocular de conferenciante pudiera derivar hacia el asesinato de una esposa, pesado obstáculo metafísico para toda aventura de la carne, sobre todo cuando se comparte con Marx la dependencia con Jenny de Westfalia y pellizcar el culo de las criadas como una única posibilidad de devaneo.

Más que de tango, el tema Althusser era de congreso de psiquiatría, no en balde era uno de los espíritus inteligentes más finos de su tiempo. Desde el «parece mentira que un marxista...» de sus compañeros de ideología o militancia, hasta «el marxismo con sangre entra» de sus enemigos de trinchera, todas las gamas de puntos de vista se dieron en el caso Althusser y hasta los posmodernos dijeron la suya, acusando al humanismo ilustrado de estar condenado a no entender *lo trágico*, y el caso Althusser, al parecer, era inexplicable sin esa dimensión de *lo trágico*. También el rostro de Althusser tenía la mirada de un perro apaleado sobre fondo de una inmensa, inútil, silenciada de repente, librería.

En Nueva York, a las puertas del edificio Dakota donde se había filmado *El bebé de Rosemary* o *La semilla del diablo*, en su versión castellana, era asesinado John Lennon en el mes de diciembre. Acaba de editarse *Double Fantasy*, su resurrección como músico después de casi cuatro años de silencio. «No hemos hecho un LP de canciones complicadas. Los temas llegan directamente. Las complejidades y experimentos pueden venir más adelante». Un loco solitario, al asesinarle, daría la altura final a la estatua de un mito y cauce a su frustración de adorador de ídolos sin posibilidad de alzarse sobre otros tacones postizos que no fueran los de la violación del tabú: «No matarás a tus dioses». La semilla del diablo, la semilla de la violencia americana entronizada casi paralelamente en el poder en la figura de Ronald Reagan. Un día antes, el mismo asesino le había pedido a Lennon que le firmara un ejemplar de *Double Fantasy* y, cuando consumó su crimen, los médicos le tumbaron en el diván, le auscultaron las vísceras más secretas del cerebro y dictaron: «Suicidio psicológico». «Mark David Chapman al matar a Lennon se ha matado a sí mismo».

Algo de balance vital, bipersonal, tenía la canción *Starting Over*, contenida en *Double Fantasy:*

Nuestra vida juntos es tan preciosa, juntos
hemos crecido, hemos crecido
pero nuestro amor sigue siendo especial.
Démonos una oportunidad y volemos a algún sitio solos.
Hace demasiado tiempo que desgastamos el tiempo,
nadie es culpable, sé que el tiempo vuela demasiado rápido
pero cuando te veo, cariño,
es como si volviéramos a enamorarnos,
igual que si comenzáramos de nuevo, como si volviéramos a empezar.

«La semilla del diablo», la armería como supermercado de la violencia para una sociedad civil consumidora de su propia agresividad, tal vez porque aparentemente no ha de defenderse de la violencia de un poder que tiene todos los maquillajes de las tolerancias. En la otra punta del continente, la violencia del poder requiere el tenebrismo del asesinato de catacumba oficializada y la contrapartida de la reacción de la moral de la Historia dándole a Pérez Esquivel el Premio Nobel de la Paz, por su oposición a la barbarie de una Junta Militar que no podría asesinar sin el visto bueno de Carter o de Reagan. Y al otro lado del Atlántico, la semilla del diablo es una

violencia cargada de historicidad, bien sea la del terrorismo vasco o la del golpismo que no cesa, aunque ya se detecta una agresividad social de consumo, homologable con la de cualquier sociedad de *capitalismo avanzado*, esa agresividad social de consumo que hará verosímil, más que en cualquier otro tiempo pasado, el discurso narrativo de la llamada «novela negra española».

Mataba ETA y conspiraban los militares, por las buenas o por las malas. «No era un propósito acabar con la situación, sino solamente corregirla —escribe Emilio Romero en *Tragicomedia de España*—. En aquel verano se notaban esas actividades y se pedían informes o dictámenes a personas especializadas. A mí me enseñaron un documento en el verano de 1980 que habían enviado al Rey para saber mi opinión. No me revelaron a los redactores y les dije que algún análisis era acertado y otros no. Paralelamente a esta preocupación de corregir y de no acabar, con la democracia de 1977, aparecían otras actividades y propósitos militares, con cierto acompañamiento civil, cuyos orígenes estaban claros y que daban por supuesto el error y el fracaso de esta democracia, por el comportamiento de sus gentes y los resultados; la receta o la solución era acabar con ella, y después hacer otra cosa, sin que estuviera claro la planificación de nada, sino acabar con lo que había y embarcarse en otra cosa. Era la posición radical que, como era lógico, era la más preocupante. Los dos temas básicos para estas instancias de corrección o de mudanza eran el *vacío de poder* y el terrorismo del norte».

25. Adivina quién viene a dar el golpe esta noche

¡Dios la que se armó! Permítasenos un resumen de lo publicado: estaba la UCD contra las cuerdas como consecuencia de la «moción de censura» y de las levantiscas baronías internas que se iban por una parte hacia los cerros del PSOE, por otra a los cerros de «la derecha natural» y no escaseaban los que volvían a los cerros de Úbeda. «Algunas fuerzas sociales o poderes fácticos —escribe Federico Ysart— no llegaron a estar a la altura de las circunstancias cuando una vez resuelta la gran incertidumbre del "¿después de Franco, qué?" con la Constitución y la celebración de las segundas elecciones generales, pasaron a tratar de intervenir en la vida política como históricamente lo habían venido haciendo. Echaban en falta el ejercicio visible del "ordeno y mando", la Guardia Civil en las fábricas y, sobre todo, el control de un futuro puesto en manos del voto popular».

Parecía, insiste Ysart, como si la derecha del país se hubiera cansado de ser inteligente y civilizada o desdeñase la irreversibilidad de la marcha hacia la libertad, que estas hambres se juntaban con las ganas de comer del socialismo al acecho del poder y sólo faltaba ya la avidez de los barones, insaciables como los sobrinos del Pato Donald. «La primera crisis seria en el seno de la comisión permanente centrista se había abierto con el inicio del verano de 1980. En "la casa de la pradera", junto al embalse madrileño de Santillana, Joaquín Garrigues, que fallecería a los pocos días, Paco Fernández Ordóñez, Landelino Lavilla y Martín Villa acusan los efectos de la táctica socialista y también su propia marginación dentro de las esferas de decisión del gobierno y del partido. La puesta en cuestión ya pública de su liderazgo y sus previsibles consecuencias en el grupo parlamentario aconsejaron al presidente iniciar la búsqueda de una mayoría suficiente en el Congreso de los Diputados y así preservar la estabilidad del primer gobierno constitucional, frente a cualquier eventualidad dentro del propio grupo».

Dentro de UCD los hay partidarios de pactar con los nacionalistas catalanes y los hay que buscan formar la mayoría con los socialistas. Se imponen los primeros, por la decantación del propio Suárez, y Roca Junyent llevaría desde entonces por la calle de la amargura a sus aliados. Al decir de Martín Villa: «No me gusta hablar mal de los

compañeros metidos en la cosa política, pero si alguna vez hiciera una excepción la haría con Roca Junyent». O Roca *Chun Chén*, como le llaman los presentadores de TVE, dispuestos a pronunciar como nativos cualquier apellido anglosajón, pero freudianamente patosos ante los apellidos y nombres catalanes, en la evidencia de que el psicoanálisis aún no ha estudiado el lapsus centralista. Pero la impía alianza no salvaría el liderazgo político de Suárez. En el Congreso de Palma fue ajusticiado moralmente entre aplausos o convertido en el bonito de un hipotético bocadillo en el que Miguel Herrero y Alzaga, por un lado, y los azules martinvillistas, por el otro, ponían el pan y Adolfo Suárez el solomillo. Suárez era como una bola en caída por un plano inclinado y en su rodar se metió por la puerta de la Zarzuela para ver qué tono tenía la voz real ante los desastres que le aquejaban. Aquel día estaba fría la voz real y salió el presidente del Gobierno de la audiencia con la sensación de que la vida nunca es como la esperábamos y nos la merecíamos. Es decir, dimitió el 29 de enero de 1981, con más ojeras que Juanita Reina en el momento de irse a los puertos y con las sienes más moraítas de martirio que la María Amparo de la copla. Curioso personaje que en el momento de la derrota conmovía por los acentos de su evidente dignidad histórica, una dignidad construida con materiales innobles de acarreo tardofranquista, pero que él supo homologar con la dignidad histórica de la democracia. ¿Por qué dimitió Suárez? Para preservar la supremacía del poder político, dice Ysart, que estaba muy cerca de él en aquella circunstancia. «Para que la democracia no sea una vez más un paréntesis en la historia de España», dijo el propio Suárez ante las cámaras de Televisión Española, y mientras lo decía, en algún despacho ya se estaba preparando el nombramiento del general Armada como subjefe del Alto Estado Mayor. Un nombramiento al que Suárez se había opuesto porque «... a Armada le gustaba demasiado ir por ahí cenando con los políticos».

«¡Se sienten, coño!»

Espíritu curioso que durante casi cuarenta años ha contemplado la política española desde la fila cero de la platea, Emilio Romero, se decía, almorzaba frecuentemente con generales dispuestos a largar sus inquietudes y de vez en cuando avisaba de ellas mediante sus colaboraciones periodísticas. Bien situado, pues, don Emilio para ofrecernos un balance del clima militar levantisco que llevaría al 23 de febrero. Según él, había malestar entre los generales por la política de Gutiérrez Mellado derivada de una clasificación de militares en *dudosos* y de *confianza*. «El caso es que en aquel verano de 1980 yo oía, en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de

Santander, que se barajaban tres nombres para un posible gobierno de gestión. Ésta era la noticia política de moda: el *gobierno de gestión*. Aquellos nombres eran los de dos militares y un político civil. Eran los generales Alfonso Armada y Álvaro Lacalle Leloup y el que fuera ministro de la Presidencia en el primer gobierno de Adolfo Suárez, Alfonso Osorio. Los presupuestos de este "gobierno de gestión" eran los siguientes: acabar con el terrorismo de ETA y de los GRAPO; negociar bien el autonomismo, que resultaba conflictivo por la vaguedad del título VIII de la Constitución; tranquilizar a las fuerzas económicas y financieras; moderar a las fuerzas sociales; salvar la democracia y la corona y corregir la Constitución. No era su propósito acabar con la situación, sino corregirla». A Emilio Romero incluso le mostraron un documento casi programático en aquel verano santanderino y universitario de 1980. «No me revelaron los redactores y les dije que algún análisis era acertado y otros no».

Unos militares eran partidarios de un golpe moderado, otros de un golpe radical. Los primeros habrían tratado de pactarlo oficiosamente con algunos políticos, los segundos no. Aún queda la duda de si unos y otros se pusieron de acuerdo para moderar el golpe radical o radicalizar el golpe moderado, lo cierto es que pocas horas después de que Leopoldo Calvo-Sotelo, encargado de formar gobierno, dijera aquello tan gracioso de «la transición se ha terminado», el repetido y repetible Tejero penetraba en las Cortes al frente de sus guardias civiles y se escuchaban nuevos gritos de rigor que trataban de *resituar* la democracia: «¡Se sienten, coño!» y «¡Todos al suelo!». Un vídeo vale más que mil palabras y no insistiré en unos hechos que aún hacen cosquillas al espíritu democrático de las Españas, pero sí rendiré un homenaje personal y transferible a la diputada Anna Balletbò, socialista y madre, a la que el golpe sorprendió con gemelos en sus entrañas. Indultada *in situ* por militares con las espadas rendidas ante la evidente maternidad. Anna Balletbò se fue en busca del primer teléfono para contarle al Rey todo cuanto ocurrió en la secuestrada Asamblea. Nadie conocía a su alrededor tan alto teléfono y la diputada tuvo que llamar al presidente de la Generalitat de Cataluña, Jordi Pujol, para que se lo diera. Un diálogo para la Historia: «¿Para qué quieres el teléfono, Anna?», «Para explicarle lo que pasa». «¡Hum! Buena idea. Yo también voy a llamarle». Y así lo hizo el lendakari catalán, propiciando el famoso: «¡Tranquilo, Jordi, tranquilo!» con el que el Rey le sacó de dudas situacionales. Mientras tanto, Anna Balletbò conseguía contactar con la Zarzuela y el Rey le preguntaba si había heridos. No. No había heridos. Le hizo la diputada a su majestad una pregunta ya clásica en la historia de la política: «¿Qué hacer?», y le contestó el Rey que se estaba haciendo lo mejor para España. Demasiado abstracto le pareció a la diputada el propósito, porque insistió y entonces el Rey le

habló, como suelen hacerlo los reyes, con majestad: «La corona está al servicio de España y de la democracia». ¡Uf! Tras el suspiro de alivio, tranquilizó la Historia a doña Anna Balletbò, señora de Giral, parió sus gemelos, dos españolitos a los que estuvo a punto de helárseles el corazón ya en el vientre de su madre. El 23 de febrero es ya un montón de imágenes rotas sobre el que nunca debiera ponerse el sol. Ahí está Gutiérrez Mellado a la altura de su responsabilidad, zarandeado por los resituadores de la democracia. Y Suárez dando la cara, a la altura de su mejor patrimonio humano y político. Y Carrillo fumando de perfil, como el personaje de una moneda en homenaje a la historia de la rebeldía hispana. Y Senillosa cariacontecido porque un guardia civil no le dejaba escribir: «Me di cuenta enseguida de que no eran gente de letra».

La paradoja del actor

El acceso de Ronald Reagan a la presidencia del Sacro Imperio Romano de Occidente introdujo otro talante en el fabuloso genocidio del supersistema mundial. Para empezar, Reagan se apunta el éxito de la liberación de los rehenes de la embajada norteamericana en Teherán, retenidos por los *guardianes de la revolución*, desde noviembre de 1979 a enero de 1981. Reagan recibe a los liberados rehenes en la Casa Blanca y pronuncia un discurso que será el punto de arranque de la recuperación de la moral histórica del Imperio, alicaída desde la derrota en Vietnam y acorralada por el acoso indómito de un tercer mundo que no se resigna a la impuesta división internacional del trabajo. Neoliberal en economía, neointervencionista en política internacional, dependiente de los intereses tecnoeconómicos de la industria armamentista más influyente de toda la historia de Estados Unidos, Reagan aparece como el símbolo humano de la recuperada ferocidad agresiva de un sistema que no se resigna a morirse de una crisis cíclica.

Tal vez para compensar, la conciencia abstracta, que desde algún rincón concreto de la galaxia rige los destinos de la Creación, hizo lo imposible para que Mitterrand ganara las elecciones francesas, a pesar de que Giscard era un rey *in pectore* y de que a ambos les salió un cómico competidor o un competidor cómico: Coluche, caricato que se presentó como candidato en defensa del *Estado-espectáculo*, más allá o más acá del Estado asistencial o del Estado policía o del Estado totalitario. Y espectáculo marxista-leninista por todo lo alto en Pekín, donde se juzga a «la banda de los cuatro» encabezada por la viuda de Mao, demostración de que la realidad imita al arte y que *Johnny Guitar* pudo tener un final infeliz, de no haberse impuesto los

productores a la amargura lúdica de Nicholas Ray. Carrillo se paseó por China y volvió muy *antibandadeloscuatro*, dotado una vez más de esa fabulosa capacidad de olvido que le ha permitido contemplar todas las caídas en desgracia de todas las bandas de los cuatro que el sistema comunista necesita de vez en cuando para depurarse y autorregenerarse. Deng Xiaoping, nuevo «hombre fuerte», transitoriamente, informaría a Oriana Fallaci de que la viuda de Mao «es una mujer mala, malísima. Tan mala que todo lo que de ella se diga nunca será bastante». Circuló entonces la carta, la última carta que Mao dirigiera a la que iba a ser su viuda, lúcido documento sobre la condición de la verdad y la mentira en relación con el poder político: «Es posible que estas palabras sean el último mensaje que te mando. La vida humana es limitada, pero la revolución, no. En las luchas de estos últimos años, he tratado de llegar a la cumbre, a las últimas metas de la revolución. No lo he conseguido, pero tú, tú quizá lo consigas. Si fracasas, caerás en un abismo insondable. Tu cuerpo será destrozado. Tus huesos, rotos».

Excelente profeta, como excelente poeta, nadador y revolucionario fuera. La viuda se revuelve como una tigresa verbal y contesta con acusaciones a sus acusadores. Nada afectada de *bujarinitis*, o síndrome de sentido de la autodestrucción personal en aras de la supervivencia de la *razón del partido*, Jiang Qing contesta bofetada por bofetada. K. S. Karol escribía en *Le Nouvel Observateur*: «Nunca en un proceso de este tipo, en la URSS o en las demás democracias populares, un acusado ha sabido desmontar las trampas de un falso proceso con tanta valentía como Jiang Qing». Una exactriz interpreta su último papel político, mientras otro exactor asume la capitanía del sistema capitalista universal. ¿Qué método interpretativo elegir? Meterse en el personaje o controlarlo a distancia. La viuda de Mao se ha metido en el personaje. Reagan lo controla a distancia. Tienen un sentido del tiempo muy predeterminado. La viuda tiene toda la historia por detrás, Reagan sólo ocho años por delante. En cambio, en España, el Rey, recién salido de la pesadilla golpista, después de haber recibido a los líderes de los partidos y de haberles encarecido que se esfuercen por la concordia, que él no puede dar garantías de parar otro golpe: «La próxima vez vendrán, ante todo, a por mí». Juan Carlos I de Borbón y Borbón tiene un sentido del tiempo diferente. Debe rendir cuentas de una razón dinástica y perpetuarla, y en ocasiones su oficio es algo más que dar la mano en las audiencias o escuchar con cara de interés los discursos inaugurales más peregrinos. A veces, como en febrero de 1981, su discurso protocolario en la Casa de Juntas de Guernika fue interrumpido por el *ruido* de los diputados abertzales, desacato real que no se repetía desde el famoso juramento de Santa Gadea del que fue víctima, si no recuerdo mal, Alfonso VI. Voces airadas generalizadas contra la provocación abertzale, en un país

que no estaba para bromas, donde las noticias sobre lo que pudo haber sido el *golpe de los coroneles* resucitaba la imagen de la Guerra Civil y donde ETA asesinaba al ingeniero de Lemóniz o el etarra Aguerri moría de mala manera, es un decir, en las dependencias de la Dirección General de Seguridad.

No estaba el horno para bollos, no, pero es oficio de reyes poner al mal tiempo buena cara. Servidumbre de un actor que interpreta un papel no sólo vitalicio sino heredable.

Los delanteros centro son secuestrados al atardecer

Se muere la reina Federica de una operación en un párpado, sutil muerte atípica, sólo al alcance del alma oculta de la delicadeza de los héroes y los reyes. Aquella reina, que organizaba cruceros por el Egeo de princesas ni feas, ni católicas, ni sentimentales, vivía sus últimos años en la India, en busca de filosofías orientales que la aliviaran de una cierta sensación de cansancio y fracaso histórico. Como todas las madres hacía balance y era el suyo un balance agridulce. Tenía una hija bien casada, otra que iba de pianista por la vida y un hijo que había perdido una corona, uno de los objetos más difícilmente recuperables.

Las desgracias nunca vienen solas. Núñez, el presidente del Barça FC, parecía gafe y se decía que de ser director de circo asistiría a un súbito crecimiento de sus enanos. Iba el Barça hacia la victoria en la liga 1980-1981 y me le secuestran a Quini, el Brujo asturiano, animal de área con instinto de gol. No fue un secuestro político, sino una chapuza de cuatro insolventes que con el tiempo incluso merecería el perdón de Quini y la consiguiente indignación de Núñez, incapaz de comprender la solidaridad entre el secuestrado y el secuestrador. Feroces tiempos en los que resulta imposible grabar cualquier jerarquía de valores en piedra, en los que se cuestiona toda clase de legitimidad, aunque desde una sensación de impotencia del radicalismo como no se recordaba desde los años de la consolidación del nazismo. Tal vez Núñez viera en la actitud comprensiva de Quini un caldo de cultivo para el principio del fin de los valores sólidos en que debe creer todo constructor de edificios y de coliseums del Pan y Fútbol. Y de Europa llegaban ecos que anunciaban malos tiempos para la propiedad inmobiliaria. Aparecían los *squatters*, nacidos en Hamburgo y propagados a Holanda, último modelo de contestatario concreto que ante la evidencia del fracaso de toda posibilidad de asalto al palacio de Invierno se apoderaba de cualquier casa vacía, para utilizarla como vivienda y denunciar de paso su desprecio a las leyes de la especulativa propiedad privada del suelo urbano. De la violencia revolucionaria de un

nihilismo abstracto, del Todo o Nada de los terroristas italianos, a la violencia ocupadora de pisos vacíos, pasando por la rebelión sindical inglesa contra las primeras medidas antisocialistas de la Thatcher, Europa demuestra que no está del todo paralizada por el miedo a su propio pavor. Pero la victoria de la Thatcher y la derrota laborista han iniciado un proceso de autofagia interna en el Labour Party que lleva a la escisión entre socialdemócratas y socialistas, los primeros en busca de una alianza futura con los liberales y los segundos radicalizados a la medida de la renaciente radicalización de las Trade Unions.

Y se muere Bill Haley en febrero del 8, el padre fundamental del lío rockero, precursor de Presley y de cuanto vino después, muerto a los cincuenta y tres años, como Dios manda a los héroes del rock. Julio Iglesias se autoanuncia en grandes murales callejeros de París: «*Je vous attends au Palais du Congres*...», para cantarles *De niña a mujer*, canción dedicada a su hija Chabeli. El grupo sueco Abba se apodera del mundo con su canción *Chiquitita* y los expertos dicen que lo que priva es la *salsa*, música pachanguera de baile, para mover el cuerpo, pero sin romperlo. Los oyentes de España se van detrás de la música de *Pajaritos* como los niños se iban tras el flautista de Hamelín o imaginan marginalidades urbanas gracias a ese espléndido poema cantado dedicado a un chorizo sin suerte: *Pedro Navaja*. Un comunicólogo de prestigio universal, Umberto Eco, sale de su laboratorio lingüístico con una novela que será el *bestseller* fin de siglo: *El nombre de la rosa*, novela a lo Agatha Christie pero en la Edad Media y por lo tanto novela intelectual e intertextual donde las haya, que es acogida como ejercicio experimental por los exquisitos y como divertimento prestigiado por todos los demás.

En España aún se vive la psicosis de golpe de Estado, como se demostrará en todo cuanto ocurriera en torno al asalto al Banco Central. Pero de momento se aguarda con expectación las primeras medidas del nuevo jefe de Gobierno, Leopoldo Calvo-Sotelo por parte de padre y Bustelo por parte de madre. Don Leopoldo parece la encarnación misma de la serenidad y la gravedad históricas y son muchos los que se frotan las manos ante una definitiva racionalización de la vida española. Si bien se había equivocado en su primer discurso programático como jefe de Gobierno, anunciando que la transición «se había terminado» a pocas horas de distancia del golpe de Tejero, un mal día lo tiene cualquiera y que tire la primera piedra aquel que nunca cometiera error histórico alguno. No se sabía aún entonces que don Leopoldo poco notable haría durante su mandato y aun diría yo que lo único fue meternos en la OTAN, como si la Providencia, o quien fuera, le hubiera prefabricado para este fin. Así como la beata Gelsomina, en *La strada*, razona el sentido metafísico hasta de las piedras, Leopoldo Calvo-Sotelo algún sentido histórico y metafísico tendrá. Antiguo

argumento el que cuestiona el aborto porque de haberlo practicado la madre de Colón no se habría descubierto América. En el caso que nos ocupa, un aborto nos hubiera impedido entrar en la OTAN, tema que dejo sobre la mesa para uso, que no abuso, de abortistas y antiabortistas.

26. Aquí se ahorca simplemente

Un comentarista de la *pop music*, al hacer balance de 1981, escribe: «... Y como si la frialdad fuera el signo, también la música fue avanzando hacia un futuro lleno de máquinas y de rock cibernético. La nueva tecnología musical estaba cambiando el perfil de la inquietante década de los ochenta. Por lo demás, durante 1981 hubo un intento de golpe de Estado en España (23 de febrero), un intento de asesinato del presidente Reagan (30 de marzo), un intento de asesinato del papa Juan Pablo II (13 de mayo)..., muchos intentos fallidos relativos a hechos de singular importancia mundial. Parecía el sino del año. En música, las realidades tristes y duras se imponían con las muertes de Bob Marley y Bill Haley, mientras Bob Dylan asombraba con otra de sus vueltas, inflamado por el fervor de su reciente conversión al cristianismo. En verano, el electropop movía los hilos de la música en Gran Bretaña mientras América seguía durmiendo...».

Jaque a los reyes. *Jaque al Rey* se titularía precisamente uno de los libros exculpatorios de los golpistas del 23-F, escrito por uno de los abogados y un periodista adicto, prologado por el mismísimo Milans del Bosch, el último capitán general que mantuvo un pulso telefónico de madrugada con el Rey, después de haber proclamado el estado de excepción en Valencia y sacar los tanques a la calle para *proteger la tranquilidad ciudadana*. Al día siguiente del 23-F, seguía sin saberse el nombre del *elefante blanco*, el general que Tejero estuvo esperando inútilmente en el Parlamento que había ocupado, desdeñoso de los ofrecimientos del general Armada como árbitro de la situación. No, no se había hecho la Guerra Civil para esta democracia, ni se había dado el golpe para que un politiquero, en opinión de Tejero, como Armada, asumiese el poder. La tozudez de Tejero frustró la formalización del golpe, casi tanto como la decisión real de no respaldarlo. Mientras circulaba la noticia de que Armada había sido detenido, el Rey recibía en la Moncloa a los líderes políticos y les recitaba la cartilla de todo cuanto inquietaba en los cuarteles. No se sabe a qué compromisos verbales se llegaron, pero se dedujeron de la serie de iniciativas y proyectos que exhibió Calvo-Sotelo a partir de su definitiva posesión del cargo de jefe de Gobierno y sobre todo de la política hacia los militares que exhibiría

el nuevo ministro de Defensa, Alberto Oliart, basada en un cambio radical de talante al empleado por Suárez, convertido a la fuerza en un arriesgado domador, asistido del principio de que al lenguaje castrense no hay mejor respuesta que el lenguaje castrense. Calvo-Sotelo y Oliart respetaron el principio de la autonomía del poder militar, aunque insistieron en la hegemonía del poder civil. Un somero censo de las intentonas golpistas aportado por César Alonso de los Ríos y Carlos Elordi en su esclarecedor estudio *El desafío socialista* revelaba las causas de por qué el anterior ministro de Defensa, Rodríguez Sahagún, siempre llevara los pelos de punta: «Reunión en Játiva en septiembre de 1977 con el objetivo de preparar un pronunciamiento militar. Asistentes, los generales De Santiago, Milans, Álvarez-Arenas, Pita da Veiga, Prada Canillas y Coloma Gallegos. — Operación Galaxia; la llamada *charla de café*. Preparativos de un pronunciamiento para noviembre de 1978, fecha en la que el Rey debía viajar a México. — El coronel Quintero redacta un informe sobre el golpe turco. Al mismo tiempo se lanza la idea de un gobierno de gestión. La CIA está al tanto de todo. — El general Torres Rojas encabeza otro intento de golpe que debía iniciarse en la BRIPAC (Brigada Paracaidista de Alcalá) y la DAC Brunete, apoyadas por fuerzas de aviación. El general Torres Rojas fue trasladado al gobierno militar de La Coruña, mientras era procesado por lo militar el periodista Miguel Ángel Aguilar, director de *Diario 16*, que había publicado los hechos. — Es nombrado segundo de la JUJEM el general Armada, que había sido trasladado a Lérida por Suárez, ya que eran bien conocidas sus aspiraciones desestabilizadoras y conspiratorias. Volvió a Madrid días antes del 23-F.- La "blandura" o cobardía del poder civil fue la tónica de todos estos casos, desde la descubierta operación de Játiva, pasando por la operación Galaxia, el pacto del capó, según el cual se aceptaron las condiciones de los golpistas, hasta la cesión a la jurisdicción militar del caso 23-F, con el consiguiente desprestigio para el sistema democrático. Por fin, quedó en agua de borrajas la "supuesta" acción que planeaba Ynestrillas con motivo de la onomástica del Rey, en el palacio de la Zarzuela». No muy lejos de esta ristra de picantes ajos quedaría la conferencia pronunciada a finales de 1981 por el general José Gastón Molina, nuevo director de la Academia de Infantería de Toledo, en el transcurso de la cual 120 capitanes pudieron oír rotundidades como las que siguen: «España está sometida al ataque de los partidos marxistas, dirigidos por la Internacional Socialista y por Rusia... los diputados son falsos representantes del pueblo... deben los militares volver a hacerse cargo del poder...», Alonso de los Ríos y Elordi añaden que el preclaro general también evocó «... la destrucción de España por las llamadas autonomías... y... los golpes de Estado de Bolivia y Turquía».

Mientras Calvo-Sotelo posaba la quijada en una mano, la mano en su codo respectivo, el codo sobre la rodilla, en busca de la actitud de *El pensador*, la afición intelectual predominante en todo el mundo occidental era jugar al «cubo diabólico», un juguete matemático constituido por veintisiete cubitos básicos. Recién salido de tienda, el cubo muestra seis caras, cada una de un color diferente. Cada cara se compone de nueve cuadrados correspondientes a los nueve cubitos que la integran y cada cara de esos cubitos puede girar alrededor de su centro mediante unos ejes rotarios centrados. Basta hacer girar uno de los cubitos para que la armonía de los colores se descomponga y se inicie un forcejeo con la bestia por parte del paciente consumidor, en busca de la armonía cromática original.

El diabólico entretenimiento fue inventado por el profesor Erno Rubik, al parecer variante húngara de lo que fue el profesor Franz de Copenhague para la España de los años cuarenta y cincuenta. Fue diseñado en 1975 «... para agudizar la visión espacial de los alumnos», hasta que cayó en manos de un ingeniero japonés, Terutoshi Ishige, y poco después se convertía en el juguete más neurótico y neurotizante de la historia de la humanidad. En España, por ejemplo, consiguió que los ojos se apartaran de la televisión, en uno de los momentos más interesantes y abiertos de TVE, la etapa Castedo, simbolizada tal vez por la contratación y el inicio de exhibición de la serie *Enredo*, una lúdica desfachatez moral norteamericana sobre las hilarantes corrupciones de dos familias en las que cabe todo, incluido el incesto latente. Poco después de llegar Calvo-Sotelo al poder, entregó las riendas de TVE a Robles Piquer, el invicto cuñado de Fraga, medida que fue interpretada por algunos como el principio de la operación de búsqueda de la *mayoría natural* reclamada por Fraga y por otros como un suicidio político voluntario de Calvo-Sotelo, personaje enigmático tal vez por el procedimiento de ser demasiado transparente. Uno de los primeros signos adversos que aparecieron en los cielos presidenciales de Calvo-Sotelo fue que UCD perdiera las elecciones autonómicas de Galicia y que las perdiera incluso en Ribadeo, lugar de origen de Calvo-Sotelo. Marino Gómez-Santos, en *Conversaciones con Calvo-Sotelo*, le expone el asunto: «¿Cómo explicaría usted haber perdido en Ribadeo?». «Hombre, nadie es profeta en su tierra. Yo en Ribadeo nunca he hecho campaña electoral; no la hice entonces; no he pronunciado un solo mitin. Me he ocupado mucho de Ribadeo sin esperar nada a cambio y me ha dado un cierto rubor el ir a pedir el voto a mis conciudadanos».

Calvo-Sotelo parecía un jugador matemático con el cubo matemático en las manos matemáticas, pero los tres, hombre, manos y cubo, víctimas de una misteriosa

avería interna que jamás le permitió recomponer la armonía original del artefacto. Y es que, más que tener el cubo en las manos, Calvo-Sotelo parecía haberse perdido dentro. Por estallarle le estalló hasta el conflicto de *la colza*, con toda la violencia acumulada y desbordada a partir del comentario del ministro Sancho Rof sobre la relación entre historia y azar. Es azaroso que se meta «un bichito» en el aceite que espachurre al personal sin dejar huella sobre su origen ni intenciones. El tema de la colza desata la imaginación, lo más liberal que siempre ha habido en España, y se llega a la sospecha de que detrás de la coartada del aceite, evidentemente adulterado, hay un secreto de Estado ligado o bien al abuso de pesticidas agrícolas, o a una fuga de vaya usted a saber qué misteriosas radiactividades, de esas que han traído los norteamericanos y que no pueden revelarse. Y mucho menos ahora, a pocos meses de distancia del silencio yanqui ante el golpe del 23-F, justificado por el aún entonces secretario de Estado, general Haig, como un deseo de no intervenir en los asuntos internos de España. Deseo y actitud paralelos a los demostrados por la Conferencia Episcopal Española, reunida precisamente en la noche del 23-F para elegir sucesor a Tarancón y callada como un muerto hasta que la situación fue democráticamente controlada. Fue entonces cuando salió el comunicado de la Iglesia, marchando todos juntos, ella la primera, por la senda de la Constitución.

Más polonesas

En la original Polonia se produce el primer golpe de Estado militar de la Historia para salvar un régimen comunista. Entre la presión de Solidaridad, cada vez con más capacidad de articular la protesta social, y la anunciada invasión soviética para mantener a Polonia dentro del bloque socialista, el Ejército, personificado en el mariscal Jaruzelski, asume el poder. El mariscal era respetado entre la ciudadanía por su negativa a emplear el Ejército en la represión de los huelguistas y al mismo tiempo pertenecía al sector militar más concienciado políticamente, más convencido de la necesidad de depurar el proceso socialista de la sociedad polaca, sin erradicarlo. Después de la guerra entre países socialistas, encarnada en el choque asiático entre Vietnam y Camboya, el golpe militar como recurso para impedir el estallido en un régimen socialista significaba una segunda dura experiencia, demasiado cercana en el tiempo, para la racionalidad interna del marxismo. Pocos meses después, el atentado sufrido por Juan Pablo II en la plaza de San Pedro, a cargo del turco Alí Agca, fue inevitablemente relacionado con la *desestabilización de las conciencias* que había aportado el pontificado de un Papa tan polaco como beligerante. La misteriosa

condición humana y política de Alí Agca, miembro de la extrema derecha turca, reclamado por la justicia de su país tras su fuga de la cárcel, acentuó el misterio y por lo tanto la leyenda sobre los reales promotores del atentado, leyenda que permaneció latente hasta que Alí Agca destapó una supuesta conexión con los servicios secretos búlgaros e indirectamente con el KGB. Aunque recientemente se ha revelado la posibilidad de que la declaración de Alí Agca le fuera inspirada por los servicios secretos italianos para aportar su grano de arena a la guerra fría, lo cierto es que una pregunta elemental en cualquier novela de Agatha Christie, «¿a quién beneficia el asesinato de Juan Pablo II?», conducía a la respuesta, no menos elemental, de que perjudicaba al nuevo espíritu de cruzada occidental urdido por el presidente Reagan y los estrategas de Occidente. Sin embargo, esta pregunta no tendría sentido ante el segundo atentado de Juan Pablo II, en Fátima, a manos de un joven sacerdote integrista español.

El plan Reagan de belleza occidental en siete días se había aplicado a rajatabla: «1) Dentro de las cuarenta y ocho primeras horas de mandato, congelar, con carácter retroactivo al 4 de noviembre anterior (día de las elecciones presidenciales), el reclutamiento de personal en todos los estados federales. 2) Remitir a las cámaras, para su legislación, la transferencia a cada estado de los programas sociales dependientes del gobierno federal. 3) Remitir a las cámaras, para su aprobación, un paquete de reducciones fiscales: de un 30 por ciento, escalonado en el plazo de tres años, de los impuestos que gravan las rentas personales; supresión de tasas fiscales sobre bienes inmuebles e intereses del capital; reducción de los impuestos a la empresa privada (hasta en un 40 por ciento de los fondos destinados a la inversión y a la recapitalización). 4) Empezar a desarrollar los proyectos de actualización del B-1 o de un nuevo bombardero. 5) Gestionar con los aliados de la OTAN la instalación en Europa de misiles con cabeza de neutrones. 6) Solicitar a las cámaras fondos adicionales para la defensa, aumentando el presupuesto de la administración Carter para el año 1981. 7) Empezar a desmantelar los departamentos de Energía y Educación».

Pues bien, a pesar de todo lo dicho, Reagan estuvo a punto de ser asesinado por amor. «Jodie, te pido *por favor* que apeles a tu corazón y me des por lo menos la oportunidad de ganarme tu respeto y tu amor con este acto histórico», escribió John W. Hinckley mientras preparaba el magnicidio. Jodie era Jodie Foster, la quinceañera protagonista de *Taxi Driver*, y el «acto histórico» era disparar contra Reagan, acto fallido que, si bien dejó al presidente a las puertas de un quirófano, no tuvo otro saldo irreparable que el descerebramiento de su jefe de prensa, Jim Brady. En un momento de *Taxi Driver* el personaje que encama Robert De Niro le dice a Jodie Foster: «Si no

cambias de vida, mataré al presidente». Hinckley se tomó el guion cinematográfico al pie de la letra. Como todos los actores *amateurs*, no estaba preparado por las técnicas del distanciamiento.

Demasiadas coincidencias. El Papa en Roma. Reagan en Washington. Un aceite de colza universal atentaba contra los principales valedores de la recuperación moral de Occidente, evidencia misma de que corrían malos tiempos para las realezas. Para más desgracia, no contentos los dioses negativos con el susto del 23-F, dejaban al Rey de España huérfano de padre literario al morirse Josep Pla, genial escritor e ilustre cínico, cuyo único acto de fe en el futuro fue legar su masía de Llofriu a Juan Carlos de Borbón y Borbón.

Al pan pan y a los huevos huevos

Inagotable cantera de talentos esta España que siempre ha dispuesto de caudillos providenciales en los momentos más amenazadores, no podía el *Espíritu Nacional* dejar en la estacada al glorioso club del Atlético de Madrid tras la dimisión de su histórico presidente, señor Calderón. Y así dispuso el providencial agente velador de España que apareciera en escena don Alfonso Cabeza, médico por más señas y por lo tanto intelectual inclinado a la teoría y la práctica de un cierto naturalismo paranatómico: «Sí, podría un día, en efecto, utilizar mi popularidad para hacer política. ¿Cuál sería mi partido? El de llamar al pan pan y al vino vino y a los huevos huevos...». Especialmente dotado para el pensamiento testicular, el doctor Cabeza fue un efímero protagonista de la actualidad deportiva de España, heredó deudas que aumentó, estuvo a punto de ganar una liga, pero chocó con la superestructura federativa y atribuyó a los árbitros una conjura contra el club y contra sus originalidades presidenciales. Fue protagonista habitual de la crónica nocturna y hay quien dice que digirió mal su repentina popularidad, que con el tiempo le llevaría a ser comentarista deportivo, demostración, una vez más, de que los mejores frailes fueron antes cocineros.

Hombre de cartón piedra o de mármol, el doctor Cabeza fue un líder de masas con ganas de divertirse en una España abocada a la organización de los Campeonatos del Mundo de Fútbol, en la que la inmensa minoría pensante no del todo desencantada se entusiasmaba con *El hombre de mármol*, la película de Wajda que reflejaba la evolución del talante individual y colectivo de la clase obrera polaca, o en la que las gentes se echaban a la calle para practicar la protesta del silencio frente a la llamada *escalada del terrorismo de ETA*, culminada en el atentado contra el teniente

general Valenzuela, jefe de la casa militar del Rey, y complementada con los atentados del GRAPO contra el general González de Suso y dos guardias civiles asesinados en un bar de Barcelona. El atentado contra el teniente general Valenzuela formaba parte de la tenaza del jaque al Rey: de un lado el golpismo, del otro el terrorismo provocando directamente a los militares, para que se echaran al monte, aunque fuera a los cerros de Úbeda.

Y ambiente de salir de las casillas y de las casernas lo había. Para muestra, el caso Almería, el macabro ajusticiamiento de tres jóvenes que viajaban desde Santander hasta Almería para asistir a una celebración familiar y fueron detenidos por la Guardia Civil bajo la sospecha de formar parte de un comando de ETA. Los cuerpos de los jóvenes aparecieron calcinados en un intento de atribuir su muerte a un accidente de coche provocado por los disparos de la Guardia Civil ante su intento de fuga. Pero se descubrieron balazos en la pared de una casa abandonada, como si en aquella fachada se hubieran practicado fusilamientos recientes, y las contradictorias declaraciones llevaron a procesar al responsable de la comandancia de Almería y a tres de sus más directos colaboradores. El responsable era el teniente coronel Castillo Quero, recién salido de un psiquiátrico. El *Diario de Barcelona* apuntaba estos datos biográficos del personaje: «Ha tenido una rápida y gris carrera en la Guardia Civil. Primero estuvo en Barcelona, donde dejó como recuerdos alborotos de alcohol; posteriormente, como comandante en Córdoba, le tocó reprimir —lo hizo con dureza— las agitaciones de los jornaleros. Sin expediente brillante, pero con buenos amigos, consiguió ser nombrado jefe de la 262.° comandancia, pasando para ello por encima de otros oficiales de su misma graduación con mejores expedientes y más años de servicio». Luis Cobo, Luis Montero y Juan Mañas pagaron muy cara la confusión de ideas y procedimientos que precedieron a sus muertes. Se convirtieron involuntariamente en protagonistas de *El caso Almería*, una de las más repugnantes constataciones de lo que puede hacer la arbitrariedad testicular cuando va armada. «Ocurrió algo más que un *trágico error* cuando Luis Cobo Mier, Juan Mañas Morales y Luis Montero García fueron obligados a interpretar los papeles de los etarras Mazusta, Bereciartua y Goyenechea Fradúa hasta morir mil kilómetros al sur». Según Antonio Ramos Espejo, autor de *El caso Almería*, «mil kilómetros al sur…», las tres víctimas fueron consecuencia de un clima de cacería y de histeria generalizada, de la que no se podía eximir al propio gobierno, que en un primer momento trató de justificar indirectamente los hechos, construyendo una supuesta vinculación etarra de los jóvenes asesinados. Meses después, el ministro Rosón hablaría de «trágico error». Tal vez había olvidado aquella premonición balance de la historia de un temple cainista que Machado reproduce varias veces en sus escritos y sublima en su

poema testamento, una de las más altas cotas de la poesía universal, los «Recuerdos de sueño, fiebre y duermevela»: «¿Quién llama, di? / ¿Se ahorca a un inocente, en esta casa? Aquí, se ahorca, simplemente».



27. ¡Qué tiempos éstos en los que hay que luchar por lo que es evidente!

«Nada cansa tanto como luchar por las causas que son evidentes», dijo Fernández Ordóñez, ministro de Justicia, tras la aprobación de la ley del divorcio por el Parlamento español. Remedaba así el ilustre ministro al gran Dürrenmatt, que había dicho: «¡Qué tiempos éstos en los que hay que luchar por lo que es evidente!». La credibilidad democrática necesitaba la aprobación de una ley perteneciente a la enciclopedia en doce tomos de asignaturas pendientes de la convivencia española. Los alzados el 18 de julio de 1936 habían situado la ley del divorcio de la Segunda República como una de las causas más sagradas para un golpe de Estado en defensa de los valores eternos de la familia. Ahora la ley ratificaba un estado de conciencia general, pero llegaba en un clima de incertidumbre y de continuados intentos de desestabilización. En un mismo mes, mayo, un comando terrorista de independentistas catalanes secuestra al escritor y profesor de instituto Federico Jiménez Losantos, le interroga en un descampado y le pega un tiro en una pierna «como recuerdo», Jiménez Losantos había sido uno de los primeros firmantes del llamado «Manifiesto de los 2.300», memorial de agravios contra los supuestos excesos de la recatalanización lingüística de Cataluña emprendida por el gobierno de la Generalitat, firmado en su mayor parte por funcionarios de la cultura residentes en Barcelona. El comando pertenece a Terra Lliure, brazo armado del independentismo catalán, que nunca conseguiría el respaldo social de ETA y, por lo tanto, se limitaría a acciones guardianescas, y frecuentemente mal urdidas. La estupefacción por el atentado contra Jiménez Losantos reflejaba la perplejidad de la sociedad catalana, tan radicalmente nacionalista en su mayoría como incapaz de asumir una reivindicación independentista por la vía del terror sistemático. Pero como si la violencia fuera a donde no era llamada, dos días después del atentado al profesor aragonés, un grupo de hombres armados penetra en el edificio principal del Banco Central en Barcelona, toma como rehenes a más de doscientas personas y exige la liberación de algunos detenidos por los hechos del 23-F. En un primer momento se sospecha que al frente del golpe está el capitán Sánchez Valiente, uno de los golpistas de febrero en paradero desconocido; pero a medida que pasan las horas se descubre

que el asalto al banco ha sido perpetrado por *chorizos*, que tratan de ganar tiempo para llegar a la caja central del banco y conseguir a continuación una salida «política» a su latrocinio.

La acción de los GEO permite la solución del desafío sin otra víctima que uno de los atracadores, pero la versión oficial, asumida por el propio Calvo-Sotelo sobre el carácter de delito común del asalto, jamás sería creída del todo por la prensa y la opinión pública. Uno de los asaltantes, Juan José Martínez, el Rubio, tenía antecedentes como confidente de la policía, utilizado como infiltrado en el movimiento anarquista, y fueron abundantes las versiones de que el asalto era un intento desestabilizador urdido por la trama civil golpista, instrumentalizadora de un comando de «chorizos» mercenarios. Los sucesos del Banco Central se producen a pocos días de distancia de la celebración de la Semana de las Fuerzas Armadas en Barcelona, acontecimiento situado bajo el microscopio de los analistas por si diera lugar a manifestaciones nacionalistas antimilitares. Apenas algunos carteles con el lema: «Peligro, Ejército» y la acción de Terra Lliure consistente en la voladura de un repetidor de televisión instalado en Montserrat.

ABC publica un artículo comprensivo de Tejero y en Madrid aparece la industria de venta ambulante de insignias, símbolos y objetos sagrados relacionados con el teniente coronel. Pero Calvo-Sotelo, al explicar al país el carácter choricesco del asalto al Banco Central, insistirá en que un nuevo golpe es impensable y los barones de UCD proseguirán sus batallas internas en pos del mejor jirón posible de la túnica sagrada. Como si se tratara de un experto equipo de artificieros que desarticularan los golpes de Estado mirando al tendido, los responsables de UCD se pagan el gusto y el lujo de proseguir la conspiración interna, mientras la prensa habla de otro golpe de Estado destinado a asaltar la Zarzuela y secuestrar al mismísimo Rey. Nombres y apellidos de militares, pero sigue sin aportarse ni un indicio cierto sobre la trama civil. Al parecer, el único civil golpista que hay en España es García Carrés, suficiente por su tamaño y por su voluntad, pero a todas luces improbable su soledad golpista. Entre los nombres militares otra vez el compadre de Tejero en la operación Galaxia, el comandante de Infantería Ricardo Sáenz de Ynestrillas. Esta vez se trata de calentar al país en vísperas del 18 de julio y luego dejarlo todo en manos del magnetismo de la fecha.

Franco, Franco, Franco

En julio se casan el príncipe de Gales y lady Diana Spencer, una muchacha dotada de

un indudable encanto fotográfico, de excelente escote y una deliciosa caída de cabello, llamada a crear modas así en el vestuario como en la actitud de las muchachas que le fueron contemporáneas. Espontánea en sus orígenes, con el tiempo lady Diana evolucionaría hacia el tipo de *mujer amueblada* más que vestida, según la espléndida descripción que Juan Marsé hiciera de uno de sus personajes. Según el *New York Times*, la gran virtud de la familia real británica es saber mantener el matrimonio entre la realidad y el mito. A noventa mil pesetas se vendían en Londres copias *prêt-à-porter* del traje nupcial utilizado por la princesa y los hinchas de la monarquía dormían en las aceras para no perder el lugar de excepción que les permitiría ver un fragmento de cincuenta metros de cortejo. La futura reina tiene ideas propias y, en vez de prometer obediencia a su marido, se compromete a amarle hasta la muerte, en presencia del obispo de Canterbury satisfecho por la nueva formulación: «Mejor así que empezar la vida conyugal con una mentira», opinaría el señor arzobispo en un rasgo de humor extraño en brujos de su condición y alcurnia.

A unos cuantos kilómetros de distancia, su majestad el Rey de España asistía en la Academia General Militar a la entrega de despachos a la treinta y seis promoción de tenientes. Uno de los nuevos tenientes se llama Cristóbal Martínez-Bordiú Franco, es nieto del exjefe de Estado por parte de madre e hijo del marqués de Villaverde por parte de padre. Al recibir el despacho el heredero del espíritu castrense de su abuelo, estalló una salva de aplausos que agitó vientos de referéndum y volvió a sonar el «¡Franco, Franco, Franco!» como en los mejores o en los peores tiempos. Ya se sabe lo poco que duró Cristóbal Martínez-Bordiu en el Ejército. Se ignora en cambio el talante íntimo del Rey ante el acontecimiento, pero consta que había urgido a los poderes políticos a que racionalizaran en lo posible la Constitución según razones que asistían a los más moderados sectores militares. Y una de ellas era la necesidad de una ley que armonizara la entidad y correlación de las autonomías, con el fin que ninguna fuera más que la otra y ni por separado, ni juntas y sumadas más que el Estado. Se le encargó el milagro administrativo al catedrático García de Enterría, oráculo especializado en remiendos constitucionales, que aportaría la LOAPA o Ley Orgánica de Armonización del Proceso Autonómico. La LOAPA fue consensuada entre UCD y PSOE y se opusieron a ella los partidos nacionalistas y los comunistas, los primeros por su misma naturaleza política y los comunistas por el empeño del PSUC, concretado en las actitudes de su entonces secretario general, Paco Frutos, y del portavoz en el Parlamento de Cataluña, Rafael Ribó. El anuncio de la LOAPA moviliza a los catalanes y se convoca un acto de afirmación catalana en el Camp Nou bajo el lema «*Som una nació*» (Somos una nación). Cantan la Trinca, Marina Rossell, Lluís Llach y andaluza el acto el quejío de Manuel Gerena. Han convocado la

concentración hasta 923 partidos y entidades cívicas, primera demostración pública de la trama nacionalista que en el futuro será exclusivamente capitalizada por el pujolismo, y el espíritu de la fiesta se decanta hacia el independentismo, mientras Terra Lliure trata de convertirse en el correlato subjetivo de la fiesta con sus proclamas en las que asegura «... defender la tierra, atacando instalaciones de empresas y personas con responsabilidades respecto a la destrucción de nuestro territorio; defender la lengua y la soberanía nacional, mediante el ataque directo a los responsables de las políticas lerrouxistas y españolistas que pretenden dividir nuestro pueblo». Los de Terra Lliure manifiestan al mismo tiempo su rechazo a las maniobras antiobreras, paracapitalistas, diezmadoras de puestos de trabajo y su voluntad de «... hostigar a las fuerzas de ocupación y atacar los aparatos de difusión de la ideología españolista y militarista». Los más pesimistas piensan que la democracia española no durará lo suficiente como para que el ministro de Asuntos Exteriores, señor Pérez-Llorca, o el director general de Bellas Artes, Javier Tusell, puedan posar junto al *Guernika* de Picasso devuelto a la soberanía artística española. Los más optimistas consideran en cambio que sí, que podrán posar, pero justo el tiempo de la fotografía y luego al destierro, cuadro, ministro y director general. Si la vida española de aquel verano de 1981, primer verano posgolpe de Estado, se hubiera podido traducir en un cómic lleno de personajes de cómics, la imagen se habría reducido a millones de cuellos tragándose los congojos y sobre las cabezas un único sonido colectivo: ¡Glup!

Tetas, tetas, tetas

Aquel verano, las mujeres del mundo occidental perdieron las pocas vergüenzas que les quedaban y enseñaron las tetas tanto y cuanto pudieron. Mientras tamaño despelote, con perdón, era amenazado no sólo con penas del infierno, sino también con premoniciones de cáncer de mama, se le retiraba el título de Miss Italia a Patrizia Nanetti por el delito de haber enseñado las glándulas mamarias en la prensa, sin atender al descargo de que en Estados Unidos se presta a salir en *Playboy* la espléndida señora Rita Jenrette, divorciada del congresista norteamericano John Jenrette. Son tan excelentes las carnes y la percha de la rubia señora Rita, que nadie se la había tomado nunca como esposa legal del congresista, como si ser esposa legal y tener un cuerpo de *Playboy* fueran metafísicas opuestas por el vértice. «Todo el mundo me confundía con su amante», argumenta la señora para justificar su exhibicionismo a tumba abierta.

¿En qué creer? ¿A quién creer? Un comando inglés secuestra en Brasil a Ronald Biggs, el cerebro del asalto al tren de Glasgow, y lo traslada como un paquete a una isla caribeña de obediencia británica, las Barbados, islas con leyenda de piratería. Pero el Tribunal Supremo de las Barbados falla contra la legitimidad del secuestro y Biggs regresa a Brasil entre aclamaciones de la multitud que sigue inclinándose por los ladrones en su eterna dialéctica con los guardias. Casi todo está permitido. Como la boda de una española que triunfa en París por méritos corporales, Norma Duval, enmaridable con Jorge García Lago, un novio enfermo para uno de los cuerpos femeninos con más salud de Europa. Poco duraría el propósito matrimonial de Norma Duval y García Lago. También en el verano, la estrella del Folies Bergère sería detenida en el domicilio de su novio, tras la denuncia de su presunta suegra, Elvira Lago, por el delito de allanamiento de morada. La peripecia merece ser número estelar del mejor programa de una televisión española sometida al cilicio de Robles Piquer: *Esta noche...*, ideado y realizado por Tola y presentado por Carmen Maura, que va de presentadora tímida por la vida. En cambio se divorcian sin traumas, aunque con suegra rampante sobre campo de gules, Carlos Hugo, el líder del carlismo-leninismo español, e Irene de Holanda, una de las primeras princesas reales que se habían puesto el bikini con propiedad.

Nada prueba que el empeño de Fernández Ordóñez por que prosperara una suficiente ley española del divorcio tuviera algo que ver con el destape y el contradestape de un mundo situado entre las desnudeces de Rita Jenrette y el empeño fundamentalista de Jomeini de que las mujeres árabes volvieran al velo y a todo lo demás. Pero los ultramoralistas españoles sacaron el argumento del demonio destructor de la familia del desván del atrezo de guerras civiles y protagonizaron cruzadas privadas que en nada impresionaban a una sociedad dispuesta a conciliarse con sus necesidades evidentes. Por su parte, la empecinada Shere Hite publicaba el *Informe Hite sobre la sexualidad masculina*, a manera de segunda parte del *Informe Hite sobre la sexualidad femenina* de 1976, a partir de recientes interpretaciones bíblicas que convertían a Adán en costilla de Eva y no a la inversa. Según la señora Hite, a los hombres les gusta más masturbarse que contribuir al coito, ratificando así una de las opiniones más sólidas de uno de los mejores autores vivos de la narrativa española, convencido de que: «Mejor que uno mismo, nadie». En las antípodas de tales indecencias, que nada bueno aportaban ni al cuerpo ni al alma, Jomeini empieza a ahorcar a todo el que se opone a su cruzada fundamentalista y ni siquiera está seguro el cuello del primer ministro, el moderado Bani Sadr. Primero, el señor jefe de Gobierno desaparece y los muros de Teherán se llenan de carteles que reproducen su fotografía, acompañada de la leyenda: «Será ofrecida una recompensa a toda persona

que indique a los Guardianes de la Revolución el sitio donde se encuentra este hombre. La recompensa: un lugar en el cielo». Menos mal. Menos mal que en tiempos en que se relajan toda suerte de esfínteres, aún hay quien promete un lugar en el cielo a cambio de una conducta recta en la tierra. Sadr había colaborado con Jomeini en la esperanza de que la revolución se desteologizase y acentuar su contenido de reforma social; ahora se veía obligado al ocultamiento y al destierro, desde el que escribiría: «Yo, como mi antepasado el imán Hussein (nieto del profeta Mahoma), mártir chiita ahora, estoy en situación de prever graves desventuras. De los tres eslóganes de la revolución: independencia, libertad y república islámica, no ha quedado nada».

Entre el erotismo y el degüello, el Mediterráneo aporta dos estatuas de bronce que erotizan a los hijos e hijas de este mundo con libertad de mirada. En 1972, un pescador italiano había localizado en las aguas del Jónico, junto a Riace, en Calabria, dos gigantescas estatuas de guerreros datadas por los expertos en el siglo de Pericles. Se llamarán desde entonces *Los guerreros de Reace* y durante casi diez años pasarán por un complicado proceso de cirugía estética hasta que en 1981 son exhibidas en distintas capitales de Italia y se convierten en reclamo de peregrinos fanatizados por la armoniosa belleza de los dioses guerreros. Los expertos indican que son estatuas fuera de serie, de la escuela de Policleto, según indica «... el tratamiento del vello del pubis». Los guerreros de Reace se convierten en pósters que ayudan a superar noches en vela de muchos de los protagonistas de los informes Hite, así los femeninos como los masculinos.

Muertos, muertos, muertos

Se muere Natalie Wood de un cóctel siniestro: alcohol en las venas y agua del mar de California en los pulmones. La actriz nadaba borracha a poca distancia de un yate donde su marido, el actor Robert Wagner, reparaba fuerzas tras una noche de vino y rosas. Desaparecía una niña prodigio en las puertas de la muerte de su propia juventud, aún no agotado el esplendor en la hierba cantado por el poeta y llevado al cine por Elia Kazan. Y se moría Georges Brassens de muerte innatural: el cáncer, al pie de sus últimas canciones, cavando su propia tumba con una ironía más sabia que la de su personaje, el *pauvre Martin*, / *pobre Martín*, / *pobre miseria*, / *cava la tierra*, / *cava el tiempo*. Tras la muerte de Brel, ahora la de Brassens. Ya en solitario el tercer gran cantautor francés, Léo Ferré, y en bancarrota un género que reflejó la lucidez sentimental de la primera Europa democrática de la segunda posguerra mundial.

Brassens había escrito en vida varias veces su propio epitafio. Ninguno tan lúcido como el de: «Cerrado por causa de enterramiento». Ninguno tan estremecedor como esa imagen de «… la fosa común del tiempo».

Y empezaba a morirse, simbólica, políticamente, Carrillo. Como el caballero de Olmedo, *voces le avisaron que no saliese*, y el que esto suscribe le mató referencial y amablemente en una novela, por su bien, para que reflexionara sobre las crisis tóxicas que como un tapón retenía en la botella agitada del Partido Comunista de España. Halcón sobre el PSUC para que se eurocomunistase, paloma en el PCE con los «bolcheviques», aunque compañero de juegos con los renovadores, Carrillo jugaba demasiadas simultáneas para un partido con veinte duros de teoría, pero millonario en sacrificio histórico mal recompensado por las urnas. También Rossana Rossanda le había avisado desde *Il Manifesto*: «Carrillo ganará el 10.° Congreso, pero el partido no sólo sufrirá una involución, sino que saldrá debilitado». El congreso de julio parece una victoria de la maniobra equilibradora de Carrillo, pero desencanta a la vanguardia renovadora del PCE, y en septiembre Roberto Lertxundi, secretario general del Partido Comunista Vasco, decide iniciar conversaciones con Mario Onaindía, secretario general de EIA, la formación política más importante de Euskadiko Ezkerra. Se va hacia una integración orgánica de una izquierda nacional vasca bajo el signo del eurocomunismo y la decisión de Lertxundi es respaldada por destacados renovadores del PCE: Pilar Brabo, Manuel Azcárate, Cristina Almeida, Carlos Alonso Zaldívar, Jaime Sartorius, Eduardo Mangada, entre otros. Ramón Tamames se había quedado por el camino y ahora el comité central debía decidir la suerte de quienes se habían alineado al lado de Lertxundi. Fiel a una cultura de la poda revitalizadora de los partidos, Carrillo no ayudó a saldar la crisis con una integración deseada por la mayoría de las bases y la expulsión de los renovadores debilitaría por un flanco a un partido que por el otro flanco, en Cataluña, vivía la escisión larvada y el empujón orgánico hacia la exclusión de los llamados prosoviéticos.

Nadie supo a ciencia cierta entonces qué fuerzas secretas tenía Carrillo en su interior, en cualquier caso suficientes, a su criterio, para soportar sangrías en uno y otro sentido. Paco Frutos, secretario general del PSUC, zarandeado por los supereuropeos y por los prosoviéticos, convocaba un congreso extraordinario del PSUC en busca de un centro del partido que le ayudase a imponer una integración pacificadora de los extremos. Pero ese centro no estaba articulado. Los prosoviéticos se negaron a jugar en un congreso que tenían perdido y los supereuros tuvieron al alcance una victoria pírrica que les devolvería el poder interno, pero no la fuerza social, electoral, política, que había hecho del PSUC el tercer partido comunista de

Europa occidental. Jorge Semprún llevaba las aguas a su molino poscomunista y escribía en *Le Nouvel Observateur* que la crisis del PCE, aún explicable por la idiosincrasia del partido y por el personalismo de Carrillo, sobrepasaba lo uno y lo otro: «Es la crisis del eurocomunismo que no ha sido capaz de elaborar una autonomía real frente a Moscú, ni una nueva inserción en el frente popular que en Europa aspira al cambio social. Si esta crisis se muestra particularmente devastadora dentro del PCE, es porque su grupo dirigente, bajo el impulso de Carrillo, es el que ha ido más lejos en su alejamiento de Moscú y, al mismo tiempo, es el más estalinista de los partidos europeos, por sus métodos de dirección y su memoria colectiva». No. No era estalinista la memoria colectiva de los nuevos cuadros forjados en la reconstrucción de la razón democrática y comunista, a lo largo de los años cincuenta, sesenta, setenta. Ni estalinista, ni seguidista, ni incondicional, como tampoco era incondicional el voto que aún respaldaba al PCE a pesar de su precaria instalación electora. Pero eso Carrillo aún no lo sabía.

Era evidente. Y no tardaría en enterarse.

28. Los gozos y las sombras

Se atribuye a Licio Gelli la afirmación: «En Italia los militares son los más fáciles de manipular y los más importantes en el momento preciso». Persiste en Italia la tentación golpista, acentuada cada vez que los comunistas suben un punto por encima de ese constante 30 por ciento de voto con el que tratan de abrirse paso hacia el gobierno. Licio Gelli encabeza una nueva masonería, la logia P2, infiltrada en el aparato militar, pero también en las finanzas, las instituciones políticas, las fuerzas culturales y el mismísimo Vaticano. Las escandalosas revelaciones sobre la relación entre el banquero Calvi, posteriormente «suicidado» bajo un puente de Londres, y Marcinkus, el obispo americano responsable de las finanzas del Vaticano, tienen a la P2 como punto de referencia, y las salpicaduras de rumores se convierten en sumario judicial, en órdenes de busca y captura que hacen de Gelli todavía hoy en un fugitivo internacional de la justicia. El banquero Sindona, estafador del Vaticano por un procedimiento similar al del *toco mocho*; el exjefe de los servicios secretos italianos, general Viezzer, encarcelado por su contribución a los intentos desestabilizadores de los fascistas; el general Giudice, en la cárcel como responsable de una estafa al Estado italiano mediante una masiva y para él lucrativa importación de petróleo, son la punta del iceberg de la P2. A medida que los jueces investigan aparecen nuevas conexiones que afectan a casi todas las fuerzas políticas, económicas, institucionales italianas y que abarcan incluso a la Mafia y a servicios secretos extranjeros. Escribía Maurizio de Luca en *L'Espresso*: «Mudos o casi mudos los comunistas, esquivos los socialistas, inaprensibles los socialdemócratas, aterrorizados los democristianos. Ninguna voz se ha levantado oficialmente para pedir exhaustivas investigaciones: todo ha sido oscuro parloteo de pasillo, acompañado de murmullos y escalofríos de miedo. Resultado: se ha creado una situación de hecho desestabilizadora que sólo ha conseguido beneficiar a los sospechosos y alejar las certezas. Ciertos silencios han aparecido ante la opinión pública como pactos de *omertá* (ley del silencio entre la Mafia). Y el Estado en su conjunto ha dado una prueba de extrema debilidad ante la cantera de nombres de las listas llevadas a Roma por los jueces milaneses».

¿Debilidad del Estado? Más bien cínica lucidez y comprensión de que necesita de toda clase de parapoderes para superar su propia crisis.

El escándalo salpica al Vaticano, vía Calvi y Marcinkus y obliga a dirigir el reflector de la curiosidad pública hacia los sótanos y las finanzas del hasta entonces impenetrable edificio central del poder temporal y espiritual fe la Iglesia católica. Y el reflector descubre una situación límite al borde de la bancarrota. Crisis de fidelidades espirituales y materiales y como síntoma de una decadencia, en primer plano, la crisis de vocaciones sacerdotales, denunciada repetidamente por la jerarquía como un signo de la mundanalidad de los tiempos. Wojtyla reacciona mediante una cruzada espiritualista que pone en cuestión muchos de los logros «laicos» del Concilio Vaticano II y al mismo tiempo acentúa los lazos de dependencia con el Opus Dei, por su poder económico y porque ha sido la institución espiritual paravaticanista que mejor ha sabido adaptarse a las exigencias estratégicas de la posmodernidad. Mientras los jesuitas se han dejado ganar por las causas emancipatorias del siglo XX, el Opus Dei prosigue implacable su tarea de infiltración en todos los aparatos de poder. Wojtyla cree arrimarse al buen árbol. El Papa ha contribuido a la polonización del universo y no es extraño por lo tanto que la ya no tan nueva administración norteamericana propicie y promocione una película de guerra fría bajo el título: *Que Polonia sea Polonia*, cine comprometido contra el régimen militar polaco. Un excelente reparto de actores para un *teleshow* presentado por Charlton Heston, con la participación de Max von Sydow, Kirk Douglas, Henry Fonda, Glenda Jackson, Orson Welles y la aparición de once jefes de Estado o Gobierno, caballos regalados a los que no se mira el dentado. Y así sale Reagan junto a Calvo-Sotelo y muy cerca del primer ministro turco, Bülent Ulusu, preocupado por la mala suerte de los derechos humanos... en Polonia. Esta aparición fílmica de Calvo-Sotelo es una de las pruebas irrefutables de que existió y de que además fue jefe de Gobierno durante un período a la vez difícil y fácil de concretar. Pero son tiempos de cruzada y la Providencia juega misteriosamente sus cartas terrenales. Calvo-Sotelo en la mundovisión y Wojtyla de nuevo volando por los cielos. Recién recuperado de las heridas del atentado, el Papa se va a África, tradicional tierra de misión cada vez más llena de Polonias.

La Europa de Fassbinder

La juerga cultural va por barrios. Mientras en España se instala el... *osá*... por el *o sea*, como principal bisagra del idioma coloquial y no se lleva otra cosa que posmodernidad y gran liquidación de valores absolutos e históricos fin de

temporada, los alemanes, como años más tarde descubriría Juan Benet tras un *paso honroso* doctrinal con Günter Grass, seguían empeñados en una reflexión sobre la relación entre conducta individual y social y una y otra en el contexto de lo histórico y utilizando oferta estética, es decir, o cine o literatura o cualquier otro bla, bla, bla. El premio del festival de Berlín a *La ansiedad de Veronika Voss*, de Rainer Werner Fassbinder ratifica convencionalmente un cine de investigación psicohistoricista que se vale de un lenguaje parabólico y moralizante, algo así como un brechtismo nihilista, aunque en el fondo del fondo se vislumbre la añoranza de unos tiempos en los que aún se podía creer en las revoluciones pendientes. Si ésta es la filosofía dominante entre la progresía intelectual alemana, con la cara olímpica, aunque sarcástica, como si se tratara de un Goethe ironizador, de Hans Magnus Enzensberger o con la cara conmovida y antiespejo del presuicida Fassbinder, tampoco se oculta un respeto por el terrorismo desesperado que trató de despertar a las masas de un sueño de bienestar insolidario y paralizador de la Historia. *Las hermanas alemanas* de la Von Trotta será el mejor exponente de esa conciencia avanzada posrevolucionaria, escindida entre el respeto al altruismo terrorista en una sociedad mezquina y el rechazo de ese terrorismo como destructor de la paz personal, sin ofrecer a cambio ninguna esperanza colectiva verificable. Como si se hubiera producido la maldición hegeliana del final de la Historia, como si el fotógrafo tratara de reducir el devenir a una foto fija de la crisis del Estado asistencial, la situación menos mala, antes de que llegue otra peor, *la conciencia crítica alemana* era la excepción cultural en una Europa mayoritariamente entregada al formalismo y al ahistoricismo. Y sin embargo tal vez habría que convenir que, en España por ejemplo, ese ahistoricismo ayudó a crear un cierto clima de banalidad en torno a situaciones que en otro tiempo habrían puesto la piel de gallina a todo el país. Por ejemplo, el 19 de febrero comienza la vista procesal contra los treinta y tres encausados por el intento del golpe de Estado del 23-F. Y no fue un comienzo fácil, porque un día antes había circulado por Madrid un documento que previamente había pasado por los cuarteles en el que se lamenta «... la división, el odio y el enfrentamiento de las Fuerzas Armadas» y se denuncia a nueve generales, once coroneles, cuarenta y dos comandantes y veinte capitanes como *indeseables*, simpatizantes de la UMD, también calificados de «demócratas-constitucionalistas», «arribistas» y deseosos de ver triunfar los «idearios marxistas». En el escrito se dice que casi todos los tenientes generales son reos de alta traición, se supone que por no haber secundado el golpe de Estado de Milans del Bosch. Y los propios encausados, más que acusados parecen acusadores del régimen democrático y pagan los platos rotos de ese clímax los periodistas que van a hacer la información del proceso, tanto

Luis Ángel Aguilar, enviado de *El País*, como Pedro J. Ramírez, director de *Diario 16*. Encontraría el tono narrativo justo para tan tragicómico sainete, Martín Prieto, autor de una impagable crónica de un proceso que pronto podía ser un instrumento de liquidación del atávico golpismo español como el detonante de un nuevo golpe. Durante semanas y semanas los personajes conocidos o intuidos refuerzan su propio retrato y son pocas las sorpresas, quizá la del comandante Cortina la más soberana. Militar de pasado progresista, rápidamente adscrito a los servicios de información, oficial de la promoción del Rey y al parecer relacionado con la Zarzuela, Cortina Prieto fue denunciado por Tejero meses después del golpe como uno de los conspiradores. Durante el proceso se fue conformando una imagen del comandante un tanto maquiavélica. ¿Había sido el provocador de un golpe inmaduro para desarticular toda la trama conspiratoria? ¿Era simplemente un chivo expiatorio inventado por Tejero y los cerebros del golpe para dar implicaciones institucionales al 23-F? Cortina se encerró en la primera explicación. Fue absuelto, mientras su subordinado el capitán Iglesias era condenado porque estuvo junto a los guardias civiles alzados hasta el punto de acompañarles hasta los autocares que les llevarían al palacio de las Cortes. Ya libre, el comandante Cortina viviría una durísima y alarmante experiencia: su padre, inválido, moriría en el incendio de su piso provocado por unos presuntos ladrones. La *vox populi* habló de venganza o de disuasión. Cortina habló del azar, de un siniestro azar que se cebaba en su persona y en su familia. En cuanto a los supuestos «ladrones», responsables de la cremación del anciano, el comandante no quiso ni ver las fotos que le tendía la policía para que los identificara. «No quise hacerme mala sangre».

Sueño de Andalucía

El alcalde de Marinaleda no sólo pasará a la Historia por el original trueque de nomenclaturas callejeras. Obsesionado por el hambre tan real como estadística de Andalucía, protagonizaría distintas huelgas de hambre para concienciar a todo el Estado sobre la verdad y la mentira del caso andaluz. Mientras Casero conseguía no morirse de hambre a pesar de sus repetidas huelgas en ese sentido, la Guardia Civil caminera mata de nuevo por exceso de celo, de camino, de sol o vaya usted a saber de qué. Fue en Trebujena. Ignacio Montoya y Antonio López, jornaleros en paro, circulan a lomos de una pequeña motocicleta y son abatidos por los disparos del guardia civil Juan Macías Morente, alertado de que por la zona merodean ladrones de ganado. Poco ganado podían llevar en la motocicleta los baleados, el uno,

Montoya, muerto y el otro herido. Huelga, huelga general en Trebujena, lugar del suceso, y en Lebrija, patria del muerto.

De nuevo el clima lo justifica todo. No el clima meteorológico como en las novelas o en el teatro *emocional* de los años cuarenta, sino el clima de inseguridad. ETA secuestra y mata, y en los actos organizados en San Sebastián conmemorativos del primer aniversario de la muerte de Telesforo Monzón, el peneuvista que tenía el alma etarra, unos encapuchados queman la bandera española y se gritan las consignas: «ETA prosigue la lucha armada» o «Independencia». Es este clima el que sirve de coartada para que en Rentería una dotación de la Guardia Civil de Acción Rural dispare contra una manifestación de abertzales y los disparos encuentren por el camino a un niño de siete años, un anciano y una mujer. El ayuntamiento local pide «... la expulsión de los cuerpos de ocupación de las cuatro provincias históricas de Euskadi Sur», y en la misma Rentería, semanas después, un comando de ETA asesinaría al cabo de la Guardia Civil Modesto Martín Sánchez en presencia de su esposa y de su hija: «Contra vosotras no tenemos nada», dirían los etarras después del pim pam pum. Y mientras tanto la extrema derecha no se rinde, porque practica un ejercicio táctico de ocupación del pueblo madrileño de Parla y se descubren alijos de armas a exdirigentes del sindicato vertical.

Rosón y Bandrés negocian la posibilidad de la reinserción social de los etarras que no sean reos de delitos de sangre y que manifiesten su propósito de abandonar la lucha armada. Será la variante española de «los arrepentidos» terroristas italianos. Queda bien claro, entre Rosón y Bandrés, que en ningún caso a los etarras voluntariamente reinsertados se les exigirá que delaten a sus compañeros, ni que hagan declaración expresa de condena del pasado. La medida tiende a crear un clima de pacificación civil, pero suscita muchas suspicacias y una reacción frontal de ETA militar y de Herri Batasuna contra Euskadiko Ezkerra, que pagará su gesto pacificador con la paralización de su expansión política. En cambio el partido de Bandrés, Onaindía y Lertxundi es en aquel momento el partido de moda entre la camada roja civilizada de las Españas. «Si Euskadiko Ezkerra pudiera presentarse electoralmente fuera de Euzkadi, convocaría la mayor parte del voto de socialistas de izquierda y eurocomunistas», decían los expertos, y no se equivocaban.

De momento el desafío electoral estaba en Andalucía. En primer plano, un pulso a tres manos: UCD, PSOE, PSA y la suerte de los comunistas después de los escándalos escisionistas y podadores experimentados en distintos lugares de España. Las elecciones andaluzas, según los sondeos, van a ser la ratificación de la voluntad socialista del votante español y la patronal se dispone a una lucha a fondo para impedir que Andalucía sea socialista. El jefe de la patronal andaluza, señor

Almendro, da el visto bueno a un anuncio en el que el PSOE es una manzana corroída por el gusano comunista. La campaña de la patronal es burda, zafia, primitiva e inútil. El PSOE pega una paliza a todos sus competidores, hunde a UCD un poco más, extermina al PSA y deja al PCE en difícil situación en una de las zonas de España donde gozaba de mejor salud. Dentro del PCE son pocas las voces que entonces se alzan reclamando un cambio de personas y palabras que evite la ya cantada catástrofe de las próximas elecciones generales. Se impone el miedo de los barones comunistas a enfrentarse a Carrillo. Todos esperan heredar la túnica sagrada y no quieren enseñar el culo desnudo cuando la túnica aún está en manos de don Santiago.

Los gozos y las sombras

Televisión Española se lanza a una operación de salvación y rescate del cine español por el sistema de coproducción a cambio de los derechos de programación televisiva. Es un excelente momento cinematográfico que se llama Mario Camus, Manuel Gutiérrez Aragón, García Sánchez, Olea, Pilar Miró y un suficiente etcétera en el que se incluye el largo silencio de Erice entre *El espíritu de la colmena* y *El Sur*. Por fin el público ha podido ver *El crimen de Cuenca*, la película de la Miró secuestrada en plena transición y la personalidad cinematográfica, es decir, la mirada de Gutiérrez Aragón sorprende como una de las más sugestivas del cine español, especialmente en su obra más equilibrada hasta entonces: *Maravillas*. Sigue Berlanga pegando escopetazos nacionales, con el determinante Azcona vigilando en lo posible las concesiones comerciales de lo que se ha convertido en una serie. Y también es política televisiva adaptar obras literarias mediante superproducciones conducidas por Martín de Blas, quizá el único ejecutivo de televisión que jamás ha tenido mala prensa. Fruto de esa política de adaptaciones serán las versiones de *Fortunata y Jacinta* de Pérez Galdós y de *Los gozos y las sombras* de Torrente Ballester, o la biografía de Cajal, el mejor intento biográfico acometido por Televisión Española.

Fortunata y Jacinta como recreación de una historia y de una época y *Los gozos y las sombras* como intento de traducir una atmósfera literaria fueron experiencias no sólo afortunadas en sí mismas, sino de gran éxito de audiencia y la segunda aportó la consagración definitiva de una actriz, Charo López, descubierta de pronto como una Ava Gardner española en la apariencia y en lo demás como un excelente animal dramático, dotado de la química de la comunicación. Ambas series pudieron incluso dar la batalla a la ola de extranjería televisiva que nos inundaba, incluso a *Dallas*, el

serial televisivo norteamericano que narraba las peripecias de una familia de petroleros texanos, tan ricos como zafios, mediocres, traidores, mentecatos y prelógicos. El retrato de la sociedad americana que se da en *Dallas*, como posteriormente en *Dinastía*, parece escrito por la oficina de la Agitprop soviética en los más combativos tiempos de la Komintern. Pocas veces el retrato de la necedad de una clase dominante ha sido más panfletario e inverosímil, porque de ser tan imbécil la élite del poder económico norteamericano no se explica la excelente salud económica de Estados Unidos. La serie provoca una de las tomas de partido moral más sorprendentes de la historia de la moralidad. Nacido como personaje *malo*, J. R., el empresario sin escrúpulos, es el que se hace dueño del personal, que respalda militantemente las zorrerías que el mayor de los chicos Ewing hace a todo el mundo, sin respetar ni a su padre, haciendo buena aquella sentencia de maldad tan implantada en España: «Eres más malo que pegarle a un padre». El imbécil del hermano de J. R., la borracha de su mujer, el cretino de su rival Cliff Barnes, el retrasado mental de su padre, la soplapollas de su madre, conforman en la pantalla una hilarante propuesta urdida por algún genio, el equipo guionista, sin duda el colectivo creador más maligno, sabio y corrosivo de toda la cultura occidental, antes y después de Cristo.

Como parte del esfuerzo de impulsar un cine que alimente el cuerpo y el alma, que entretenga y apueste por los empeños democráticos de la transición, ahí queda la coproducción propiciada por TVE sobre la novela de Mercè Rodoreda: *La plaça del Diamant*, dirigida por Paco Betriu. Novela simbólica sobre una sentimentalidad femenina arrollada por la Guerra Civil, una de las piedras fundamentales de la reconstrucción literaria de Cataluña después de la guerra y una de las mejores novelas peninsulares que puedan leerse, la versión cinematográfica contribuye a popularizar el nombre de la autora a pocos meses de su repentina muerte. La Rodoreda forma parte de la promoción creadora de la República, y tras un largo exilio en Suiza, recobró a su público tras el éxito, transmitido boca a boca, de *La plaça del Diamant* a comienzos de la década de los sesenta. Gracias a o por culpa del cine y la televisión, tanto Mercè Rodoreda como Torrente Ballester tuvieron de pronto gozos de gloria y fama que compensaban las sombras en las que habían vivido como autora marginada o escritor aplazado.

Acostumbrados a la tragedia, los pueblos acaban por banalizarlas y ni siquiera aceptan que las viven. En España, por ejemplo, tanto la crueldad del terrorismo como la amenaza del golpe de Estado eran tan cotidianas, tan omnipresentes que habían conseguido una cierta insensibilidad receptora. En la España que se metía en la primavera de aquel año decisivo, 1982, seguía siendo más fascinante y agresivo el

espectáculo de la realidad que cualquier otra posible superproducción. El claroscuro de gozo y sombra se daba sobre todo en las calles de la muerte o en el laboratorio de la sentencia sobre el golpe de Estado del 23-F. Pero vivir pendiente de este espectáculo significaba no poder descansar del terrible trascendentalismo histórico hispánico y quizá negar los ojos a la tragedia sea una de las formas de evitarla.

No siempre puede conseguirse. Los argentinos se vieron de pronto convocados a una guerra por un dictador militar, Galtieri, en un arrebato tan épico como lírico y etílico. La ocupación de las Malvinas trató de ser la huida hacia delante por encima de los cadáveres de los desaparecidos y de la ruina económica. Sería el fracaso que llevaría a una dictadura sangrienta a la caída, pero también un test sobre el talante del mundo civilizado y el control de los instintos primarios de los pueblos. El universo de Fassbinder, de la movida madrileña, de los posmodernos, de J. R., de Manuel Gutiérrez Aragón llevaba en sus cuerdas vocales gritos guturales de mando y muerte de horda primitiva.

29. La guardia civil acata, pero considera dura la sentencia

La penúltima aportación de España en el segundo milenio de la era cristiana al acervo cultural de Occidente fue Naranjito, la mascota del Mundial, una horrible naranja animada, llena de zumo y sonrisa, contratesis de la España alegre y confiada a la naranja mecánica de Anthony Burgess. ¡Año 1982, qué bien pareces! Nacido para el esplendor en la hierba de los campos de fútbol, tuvo en el triunfo de la Real Sociedad en la Liga la ratificación de que siempre fue el fútbol compañero del signo político de los tiempos. Real Sociedad, Atlético de Bilbao, Barcelona FC conseguirían la hegemonía futbolística en España entre 1981 y 1985, en coincidencia con el arranque del Estado de las autonomías. Estuvo el Barcelona a punto de ganar la Liga pese al secuestro de Quini, y llegó a lo que en lenguaje convencional *ad hoc* se llama recta final con cinco puntos de ventaja, pero los hados victóricos contemplaron este valle de lágrimas y comprendieron que más oportuno para la pacificación de los espíritus era que ganara la Real Sociedad, vanguardia épica por entonces de la nación vasca. Y así se hizo. Un relámpago de furia rasgó el decorado y un trueno de final infeliz de drama romántico aturdió a las clientelas, porque Núñez, el presidente del Barcelona, no se conformó con el veredicto de los dioses, y, como Escarlata O'Hara en el final de la primera parte de *Lo que el viento se llevó*, se prometió a sí mismo no pasar nunca más hambre. Mientras el Barcelona acentuaba las presiones para fichar a Maradona, el niño prodigio del fútbol argentino y mundial, los espectadores se veían venir un mundial de fútbol organizado en España y contemplaban el padrinazgo de Naranjito con una cierta inquietud evidentemente premonitoria. Recuerden los hechos y no los malolviden las generaciones venideras. La selección española era de la exclusiva competencia de Santamaría, un buen defensa central primero del Peñarol y luego del Real Madrid de los grandes tiempos. Parco en palabras, Santamaría ofrecía la solidez del callado y se fue del escaparate del país sin decir nada, escondiéndose con la derrota de la selección española en algún valle recóndito para lamerse las heridas como hacen los leones taciturnos.

La llegada de Maradona a España fue más estruendosa que la legendaria llegada de san Pablo a las costas de Tarraco, pero menos rentable. Aún no se sabía entonces,

cuando la prensa reproducía los vaticinios de José Luis Núñez: «Yo estoy haciendo un negocio; si los políticos no saben hacerlos, que se vayan a casa. Cada día hay más paro y no soy el responsable de ello. Llevo un equipo de fútbol. El mejor del mundo, y además, millonario. El Barça está muy bien y todo lo demás está mal. ¿Por qué no nos fijamos más en lo que está mal?»... A por ello. En los prolegómenos del Mundial de 1982 se falla la sentencia de proceso por el 23-F, Suárez es apeado por Calvo-Sotelo de la presidencia de UCD, Calvo-Sotelo y Pérez-Llorca demuestran que han venido a este mundo a meternos en la OTAN, y en cuanto a la economía, sólo activada por la presencia de Maradona en los estadios de fútbol, al decir de un economista de la época, «... presentaba al cierre de 1982 una serie de desequilibrios y desajustes cuyos orígenes se remontan a varios años atrás. Los aspectos más preocupantes al término del ejercicio se concretaban en el insistente crecimiento del paro, que a finales de año alcanzaba a 2.234.000 personas; el aumento del déficit del sector público, calculado en 1,1 billones de pesetas (casi el 6 por ciento del producto interior neto); la deteriorada situación del sector exterior, con un déficit por cuenta corriente de 4.059 millones de dólares, y la inflación, inferior a la registrada en 1981 (14 por ciento frente al 14,4 por ciento), pero cuya diferencia respecto al conjunto de los países industrializados había experimentado un aumento de 2,5 puntos en el transcurso de los últimos doce meses».

De entrada, no

Calvo-Sotelo le puso al mal tiempo larga cara y se fue a ver el Mundial de Fútbol.

En cambio la economía norteamericana se recuperaba como consecuencia del restablecimiento de un capitalismo agresivo, así hacia el interior como al exterior, y en condiciones de imponer un marco de límites a todas las economías planetarias satelizadas. No fue un invento socialista lo de que la economía norteamericana sería la locomotora que tiraría de la española si el vagón de tercera español se enganchaba a tiempo, aunque fuera como furgón de cola. Y, de hecho, la obsesión calvosotelina y perezllorquina por otanizarnos procedía, en su parte confesable, de la buena intención de que la locomotora, en vez de arrollarnos, se nos llevase de excursión hacia el futuro. Los socialistas se habían opuesto a la decisión gubernamental de que España entrase en la OTAN mediante una campaña regida por el ambiguo eslogan: «De entrada, no». Podía querer decir que, de entrar, nada, o bien que así, de buenas a primeras, no... pero... quién sabe... La primera interpretación fue la que asumió la izquierda de siempre. La segunda era la que llevaba *in mente* la plana mayor del

PSOE, Felipe González a la cabeza, con quien Calvo-Sotelo consultó y trató de consensuar la atlantización de España, como previamente había consensuado la LOAPA. Se dice que Felipe González le dijo a Calvo-Sotelo no, pero sí, o sí, pero no, en la confianza de que el jefe de Gobierno otanizaría y nadie sería capaz en el futuro de desotanizar lo que otanizado estaba. Al fin y al cabo, la atlantización de España se metía en el capítulo de la herencia recibida en el caso de que el PSOE ganara las elecciones, y santas pascuas.

Temas importantes, pero secundarios ante el espectáculo del Mundial. Lo había organizado una comisión real presidida por Raimundo Saporta. El en otra época lugarteniente todopoderoso del omnipotente Bernabeu comprobó en sus propias carnes el cambio de los tiempos. Ya no se respetaba nada ni a nadie. Le llovieron críticas en cuanto bajó el ceño y quedó sepultado bajo ellas cuando el Mundial se convirtió en un fracaso deportivo total y económico relativo. La selección española recibió ayudas arbitrales para superar la fase inicial y llegar a la segunda parte del torneo y así animar a un público que no participó en el empeño con demasiado entusiasmo. Pero era una selección alicaída y faldilarga a la que le pesaban las responsabilidades y las impotencias, y tuvo que dejar pasar a los equipos más fuertes e imaginativos, como el francés o el brasileño o el italiano, los tres grandes conjuntos del torneo. La victoria de Italia fue también la de Sandro Pertini, el anciano presidente de la República, que se apoderó del palco presidencial, saltándose el protocolo a la napolitana y jaleando los goles de Italia con gritos y saltos alborozados a pesar de las presuntas rigideces articulares que acompañan a toda ancianidad.

En aquel palco, la única rigidez, *rigor mortis* sin duda, era la de Calvo-Sotelo, y, en cambio, el Rey contemplaba divertido y cómplice los saltitos patrióticos del efectivo y efectista estadista. «Parece como si se hubiera tragado un palo» es el dicho popular español que describe los portes rígidos y severos, y palo interior ortopédico llevaba sin duda el enigmático Calvo-Sotelo, como si de niño hubiera caído en una bañera de almidón y de allí hubiera sido extraído tarde y luego mal aclarado. ¿O era conciencia del drama personal y colectivo?

Y como quien quiere colar la noticia entre los pliegues de un verano hecho para la molicie, se falla la sentencia por la matanza de Almería. El teniente coronel Carlos Castillo Quero, jefe de la comandancia de Almería, responsable supremo de la matanza de tres inocentes, fue condenado a tres penas de ocho años y un día, «... estimándose que en su caso había concurrido la eximente incompleta de cumplimiento del deber». Cumplimiento del deber. ¿A qué deber se referían los sentenciadores? No al de primero preguntar y luego disparar, desde luego. Con todo, excesiva le pareció la sentencia al máximo responsable de la Guardia Civil, teniente

general Aramburu Topete, uno de los mandos militares constitucionalistas. Menos mal que se conocía su constitucionalidad, porque su comentario ante las sentencias del caso Almería invitaba a la diáspora. Dijo el ilustre militar: «La Guardia Civil acata, pero considera dura la sentencia». Por los pasillos se decía que cuanto antes entráramos en la OTAN y se loapizaran las autonomías más neutralizados quedarían los militares, aunque nunca se aclarara de qué militares se estaba hablando, si de los golpistas o de los constitucionalistas.

El día en que se dejó morir Romy Schneider

Tal vez sólo las muertes de Marilyn Monroe o Jean Seberg sean contemporáneamente tan patéticas como la de Romy. Mucho se ha escrito sobre la muerte de Marilyn, carne de intelectual y de político. Luz y sombras sobre el empujón hacia la muerte de la tenue Jean Seberg, perseguida por el delito de haber amado a un líder de los Panteras Negras. Aún tiene poca literatura esa larga agonía de pez fuera del agua que tuvo Romy Schneider, desde la horrible muerte de su hijo, ensartado en la verja de la casa de sus abuelos paternos, hasta ese suicidio o desidia vital propiciada en la soledad de una habitación donde ni siquiera suena el vals para dos cuando ya no se quieren demasiado. «No sé hacer nada en la vida; pero en el cine, todo…», había declarado la actriz más de una vez e interpretado el papel de Isabel de Austria adulta en la cámara de Visconti; de hecho, la Schneider ya había cerrado el ciclo de todo lo que hubiera podido hacer en el cine. Había nacido como Sissi de postal austríaca para adolescentes monárquicos y se moría después de haber interpretado a la misma emperatriz mordida por las alimañas nocturnas de la historia, con música de fondo del Wagner de su ambiguo enamorado Luis de Baviera. Pocas mujeres han dejado sobre la tierra una presencia tan hermosa, con la totalidad semántica de la palabra, como Romy Schneider. Hermosa la figura, el pequeño y rotundo volumen, la huella sobre el camino que lleva desde los prados de Sissi hasta el dejarse ahogar en las aguas de la propia amargura, previo paso por los decorados achicadores de *El proceso*, de Kafka y Orson Welles.

Y dentro de la misma Comunidad Económica Europea se morían Fassbinder, Peter Weiss y Louis Aragon, cada cual con una muerte a la medida de su lógica interna. Fassbinder se fue legando el enigma de si se murió o se mató, después de haber dejado para la posteridad, a pesar de su juventud, más de veinte películas, más de veinte miradas homosexuales y tristes sobre lo privado y lo colectivo de una Alemania en otoño, de una Europa en otoño, de un mundo en otoño. Peter Weiss

había hecho el teatro posbrechtiano más espléndido, había llevado a sus posibles consecuencias aquella mirada dialéctica de su genial compatriota, y las posibles consecuencias eran sus dramatizaciones investigadoras de la moral de la izquierda, investigación presente por igual en su *Marat-Sade* o en *Trotsky*. Weiss era un alemán que había necesitado subir a Suecia para contemplar con perspectiva su propia racionalidad, mientras Fassbinder, en cambio, se revolcaba en el charco de la Alemania tan rica como superviviente y aterrada.

¿Y qué decir de Aragon? A su retrato lírico de corresponsable del esplendor superrealista, es decir, del esplendor de la mejor poética europea de este siglo, se añadió el retrato épico del resistente, así en su compromiso político con el antifascismo y el comunismo como en su compromiso amatorio con Elsa, la musa de sus mejores versos de amor. La revisión crítica del pasado de la intelectualidad *engagée* de los años cuarenta y cincuenta, revisión crítica que va de Simone de Beauvoir hasta Simone Signoret, coloca al Aragon civil en la incómoda posición de comisario político fideísta, con ese fideísmo que sólo puede tener un intelectual o un artista cuando considera necesario pedir perdón por sus orígenes y riquezas mentales, causa y efecto de su hegemonía moral y social. Y una vez muerta Elsa, Aragon echó una cana al aire y reveló su amor por los jóvenes de su propio sexo, patético vampirismo que él vivió con una majestad olímpica, irritante, de los que le exigían que muriera virgen, lírico y épico. Tristes muertes. Pero el día en que murió Romy Schneider, sin duda más inocente que Fassbinder, Weiss o Aragon, cualquier muerte quedó justificada en su repugnante obscenidad reaccionaria. «Una vela que arde por los dos cabos dura poco», sentenció la abuelita de Romy. Una abuela, sin duda, memorable.

Un Papa para un barrido y un fregado

La visita de Juan Pablo II a Inglaterra fue aún más escandalosa que la que había hecho a Argentina. Parecía como si el intrépido Papa quisiera demostrar que no tenía prejuicios históricos extrapolacos. Había bendecido implícitamente la dictadura argentina y ahora bendecía no menos implícitamente a la minoría católica de un Reino Unido que salía de la guerra de las Malvinas relamiéndose las fauces llenas de la sangre enemiga, demostración tardía, pero oportuna, de que el hombre es un lobo para el otro hombre en cuanto suena el tambor y los desfiles militares se convierten en toques de carga. Mientras Juan Pablo II se va a besar el aeropuerto de Londres, los argentinos se echan a la calle protestando contra sus generales, y hay que decir que las

protestas iban más dirigidas a su fracaso en la guerra de las Malvinas que a su conducta como carniceros históricos cebados en los desaparecidos. Pero el descrédito bélico de los militares es el supremo descrédito dentro de su peculiar lógica, y fue galopante la desmoralización del Ejército, colectiva y mayoritariamente implicado en el llamado *Proceso*, en el exterminio sistemático e ilegal de la extrema izquierda, fuera o no guerrillera, con el respaldo de la violencia estructural legal, paralegal e ilegal. *Hombres de a caballo*, título de una obra del novelista argentino David Viñas, se venían abajo y rodaban sobre el tapizado de sus invisibles víctimas. Entre las víctimas estaban familiares del propio David Viñas, exiliado en España: hijo, nuera, nieta... Para qué contar después de todo lo que se ha sabido y todo lo que se presiente. La visita del Papa a Inglaterra es más aplaudida por la jerarquía anglicana que por los católicos ingleses. No en balde Juan Pablo II se persona en Canterbury, la Roma anglicana, y el gesto es asumido como el respaldo del Vaticano a una escisión histórica.

Ecos de guerra y emancipación en el Atlántico Sur. Revelaciones sobre la inoperancia del mando militar argentino y sobre inútiles crueldades prepotentes de la Armada inglesa, como el hundimiento del *Belgrano*, buque insignia de la Armada argentina. Pero la Thatcher se crece en su estatura belicista y devuelve a los británicos el orgullo de ser vencedores en una guerra, orgullo que parecía lejos del alcance de cualquier inglés hasta una venidera guerra de las galaxias. Desde España se contempla aquella desigual lucha y su resaca con sentimientos encontrados: Inglaterra, según los manuales escolares aún vigentes en la España democrática, ha sido uno de nuestros enemigos tradicionales y Argentina es una de nuestras hijas americanas. Es inevitable que a Calvo-Sotelo se le pregunte por el posible paralelismo entre las Malvinas y Gibraltar, y el jefe de Gobierno aporta una respuesta para la historia: «El caso de las Malvinas es distinto y distante». Si se analiza en profundidad esta sentencia no produce ni más ni menos perplejidad que si se analiza superficialmente. Es una frase destinada a eso, a producir perplejidad. Pero en la piel de Calvo-Sotelo debieran meterse sus críticos cuando esgrimen esta frase como una prueba de su actitud distinta y distante ante el drama angloargentino. Conocía el percal don Leopoldo, y se temía que al calor del malvinazo cualquier sector ultra apostase por un gibraltarazo. Las sentencias del proceso del 23-F, recurridas enérgicamente por el gobierno y posteriormente agravadas, crispaban a los acuartelados y eran cotidianas las noticias de que pequeños, medianos o grandes oficiales hacían alarde de que se pasaban las sentencias y la democracia por los órganos. Sumarísimamente, naturalmente.

El deterioro de UCD se acentuaba bajo la presidencia de Calvo-Sotelo y el

progresivo alejamiento de Suárez. Se le pedía al duque que no alzara bandera, que no se fuera, que siguiera respaldando a UCD ante las temidas elecciones inevitables e inevitadas. Pero el duque estaba de conspiradores hasta la coronilla y con su alejamiento se propició el progresivo derrumbamiento de un edificio obsoleto, pura ruina contemporánea. El corrimiento de tierras lógico no se hizo esperar y la estatura del Rey tuvo que acudir a compensar la sensación de vacío de lógica y de poder que empezaba a sentir la inmensa mayoría del pueblo español. Si a la monarquía española se le complicaban las circunstancias históricas, a la monarquía inglesa se le metía el pueblo hasta en la alcoba. «No se asuste, su majestad; siento presentarme aquí de esta manera, pero era la única forma de que alguien me escuchara». La majestad a la que se refería el coloquiante era la mismísima Isabel II de Inglaterra y primera de las Malvinas. Michael Fagan, un peatón de la historia que se dio a sí mismo el gustazo de infiltrarse en la alcoba del palacio de Buckingham para contemplar el sueño de la reina. Cachondo mental o monárquico, lo cierto es que mister Fagan consiguió un rato de palique con su reina hasta que los servicios de seguridad cortaron la conversación. Se desconoce el talante de la reina, pero según parece, una vez comprobadas las buenas intenciones políticas y sexuales del intruso, su majestad se prestó a una amena conversación sobre lo divino y lo humano. «Hablamos de nuestras cosas, de la vida, de mis hijos, de mis penas», revelaría el entrañable Fagan días después, y su esposa le respaldaría eficazmente. «Mi Michael es muy buen conversador y muy alegre». «Y muy monárquico», apostillaría el padre de Michael, y añadiría: «Es un fenómeno este chico. Salta sobre los muros como si no existieran; es un verdadero hombre araña».

Difícil papeleta la de la Reina, pero bien afrontada. Más difícil papeleta la del Rey de España cuando el 27 de agosto de 1982, con veraneidad y alevosía, en un mes en que España no existe, en la que tiene puestas las costas pero no las calles, Calvo-Sotelo comunicó a su majestad la disolución de las Cortes y la convocatoria de elecciones legislativas para el 28 de octubre. ¿Por qué precisamente en aquel otoño de 1982? El Papa. Una vez más, el Papa. Para un barrido y para un fregado. Su visita a España coincidiría con el cenit de la campaña electoral y Calvo-Sotelo confiaba en que las distantes y distintas alas de Superman Wojtyla amparasen milagrosamente a las huestes que habían planteado la batalla. Con Wojtyla y el factor sorpresa aún podía salvar lo salvable. Los sondeos de opinión en manos del PSOE decían, en cambio, que con Wojtyla o sin Wojtyla la suerte estaba echada. España se acostaría centrista y se levantaría socialista. Además, Wojtyla retrasó su venida y Calvo-Sotelo se quedó sin séptimo de caballería a lo divino.

30. Todo el poder para los inocentes

Un libro desatendido en el momento de su aparición, o quizá sólo atendido como esfuerzo parapropagandístico del PSOE, aunque sus autores eran veteranos militantes del PCE, merece ser recuperado con la perspectiva actual de tres años de gobierno socialista y como guía del espíritu de aquella victoria aplastante del 28 de octubre. En *El desafío socialista*, de César Alonso de los Ríos y Carlos Elordi, se hacía algo más que dar las claves de una victoria y su análisis de un programa. Allí está el talante histórico y la norma ideológica del postsocialismo, fraguado dialécticamente en España entre el congreso de Suresnes, el entonces nacido liderazgo de Felipe González y la victoria electoral de 1982. «En ocho años, la dirección socialista ha conseguido montar sobre el cañamazo obsoleto del viejo partido un instrumento cuyo objeto ha sido la toma del poder político para modernizar, hacer eficaz y honesta la maquinaria del Estado. En torno a este propósito, moderado y radical al tiempo, la dirección del PSOE ha cribado a los hombres aptos para esta política. ¿Socialdemócratas? Justamente aptos para los objetivos de la dirección». Añaden los dos autores que el PSOE ha reclamado repetidamente el poder, no ya como partido socialista, sino como partido para el cambio, y citan las siguientes palabras de Joaquín Almunia, por entonces responsable del área de Estudios y Programas: «El partido ha tenido una clara evolución que no sólo afecta al terreno económico. Es una evolución lógica en un partido que sale de la clandestinidad con una fuerte carga ideológica y un cierto despegue de la realidad. El PSOE no puede regirse por los viejos esquemas del siglo xix, los de la izquierda de los años veinte o treinta o los de la izquierda de la posguerra. Ha optado por soluciones nuevas, lo cual significa una actitud radical. La izquierda ha tenido hasta ahora dos postulados que ahora no sirven: los que leían mecánicamente a Marx y pensaban que el sistema capitalista caía por sí mismo, y los socialdemócratas, que solamente se ocupaban de distribuir riqueza. Ahora sabemos que el capitalismo no se cae y que ha sido bastante ágil para encontrar soluciones a su propia crisis, y que los socialdemócratas, en medio de la penuria, no tienen nada que repartir. Nosotros ponemos el acento en un problema nuevo, como es el de aumentar la producción».

No engañaba a nadie Almunia. Ni engañaba una lectura a fondo del programa que los socialistas pasearon por España entre septiembre y octubre de 1982. Era una apuesta general de progreso dirigida a una supuesta mayoría moralmente centrista, defraudada por el fracaso histórico de UCD, y a una amplia mayoría de izquierda cansada de quimeras verbalizadas. «La dictadura caerá por sí sola. Al PSOE le bastará entonces con enarbolar sus siglas para conseguir un sensible porcentaje de votos», había respondido así Alfonso Guerra a la propuesta de Alejandro Rojas Marcos de una integración de los socialistas en la Junta Democrática inspirada por Carrillo. Aunque sea un análisis hecho con la facilidad que otorga el toro pasado, hay que detener la imagen en esa foto fija Guerra-González, un tándem *sine qua non* para explicar la lucidez del sujeto orgánico colectivo llamable PSOE, que entre 1974 y 1982 se sitúa en mejores condiciones que cualquier otro intelectual orgánico para interpretar el signo del tiempo histórico español. Pragmatismo y radicalidad, en constante interacción dialéctica; y cuando conviene separar el uno de la otra, Felipe González se queda con el pragmatismo y Guerra con la radicalidad. Igual hacen en Alemania Brandt y Schmidt. Pero que nadie se engañe. Los cosmonautas han saltado al vacío unidos a la nave espacial por un mismo cordón umbilical. A Guerra algunos le llaman Alfonso Beria, y a él no le importa. Telecontrola un partido que él ha construido desde la casi nada o el pretodo, y cuando no lo controla directamente, lo paraliza con una sola mirada desde el centro: la mirada de un Beria que puede hacer y deshacer cargos en horas. «En realidad, el radicalismo verbal de Guerra —escriben Elordi y César Alonso—, como sucede con otro estilo en Felipe, no supone contenidos políticos más a la izquierda que los que están en los textos del partido. Si un día afirma que va a haber nacionalizaciones, después de haber tranquilizado Felipe a los empresarios y banqueros, es seguro que se refiere simplemente a la red de alta tensión que está en el programa».

Un partido que sólo utiliza las raíces para convocar la memoria histórica, la radicalidad crítica para arrebatársela a la izquierda y que propone una integración de España en la modernidad sobre un fondo de fracasos de todas las derechas y los centros posibles. Así se presentaba aquel PSOE bifronte al desafío electoral de 1982.

El discreto encanto de Landelino Lavilla

Fernández Ordóñez dio un paso a la izquierda marchándose de UCD y creando el Partido de Acción Democrática (PAD), movimiento de fichas previo a la integración en el PSOE. Suárez se aprestó a fundar su propio partido, el Centro Democrático

Social (CDS), en la creencia de que él solo podía salvar los restos del naufragio de UCD. En cuanto a UCD, el sálvese quien pueda se gritaba los lunes, miércoles y viernes, y los martes, jueves y sábados se aplaudía a Landelino Lavilla, elegido líder del partido ante la convocatoria electoral. Calvo-Sotelo había admitido su escaso talante y talento para el liderazgo, y Lavilla tenía el gesto de un muchacho cumplidor, que durante la campaña llegó a despeinarse y a ponerse luz artificial en los ojos, cuando arengaba a las masas y les proponía alejarse por igual de los dos vacíos: el de la derecha fraguista y el del socialismo. Lavilla había sido elegido no tanto por su poder orgánico como porque era el líder de UCD menos impregnado de fracaso gestor o de simonía interior. Pero, a la vista de los acontecimientos, parece hoy obvio que fue un recurso para cumplir un expediente en el que pocos barones de UCD creían.

Aunque Calvo-Sotelo dijera que «Felipe comunica bien, pero no comunica nada», lo cierto es que a medida que avanzaba la campaña, la sensación de desastre se apoderaba de las formaciones políticas que lo obtuvieron (PCE y UCD) y la euforia crecía en los cuarteles generales de socialistas y aliancistas. El PCE planteó una campaña que era una auténtica huida hacia delante, encabezado por un Carrillo en horas bajas, discutido desde dentro de su propio partido y totalmente desacreditado como alternativa, o como posible aliado de una alternativa socialista. Los programas de comunistas y socialistas eran parecidos, pero los lenguajes eran radicalmente diferentes: los comunistas hablaban a la contra de la derecha y de los socialistas, el PSOE expresaba su confianza en sí mismo para abrir las ventanas al futuro. Ochocientos mil puestos de trabajo prometían los socialistas. Un millón los comunistas. Sinceramente, era lo de menos. Las gentes se iban detrás de la flauta de Felipe González porque tenían ganas de meterse en el mar. Fue este clima de deseo generalizado de aventura, de cambio, el que hizo imposible cualquier lúgubre contraofensiva resucitadora del fantasma de la Guerra Civil, aunque en plena campaña electoral se produjera la revelación de un intento de golpe de Estado a cargo de coroneles, no se sabe si el famoso golpe de los coroneles que Tejero precipitó y frustró, o bien se trataba de otro de nueva factura. Lo cierto es que, según revelaciones del ministro de Defensa, Alberto Oliart, dos coroneles, Luis Muñoz Gutiérrez y Jesús Crespo Cuspinera, y un teniente coronel, José Crespo Cuspinera, preparaban un golpe de Estado para el 27 de octubre, jornada de reflexión, víspera del día electoral. Rosón decía: «La dureza del golpe habría sido grande y sus consecuencias cruentas», y el ministro Oliart presentaba un informe sobre la conspiración ante la Diputación Permanente del Congreso, exactamente el 11 de octubre: «El proyecto que debería ponerse en ejecución el día 27 de octubre se basaba

en la realización de un conjunto de acciones, simultáneas unas y sucesivas otras, tendentes a la neutralización de los principales centros del poder civil y de mandos militares, así como de las personas que realmente se hubieran opuesto a la operación. Posteriormente, se declararía el estado de guerra y se impediría la circulación en Madrid, cerrando las carreteras de acceso y ocupando las estaciones de ferrocarril y el aeropuerto de Barajas».

La eterna visión centralista de España se consuma en la no menos eterna aspiración al golpe militar. Mientras Oliart asustaba al país, Lavilla se despeinaba por esos mítines de Dios, amenazando con el estatalismo controlador socialista, y don Santiago Carrillo alargaba aún más sus ya de por sí largas pausas en busca, en angustiosa búsqueda, de algo que decir y que sonara a nuevo. En cuanto a los socialistas, agradecieron la desarticulación de la conjura, pero insinuaron que se había escogido el mejor momento para que las masas se asustaran y no votaran la gran aventura del cambio. Las masas estaban, no obstante, dispuestas a perderse. No hay virginidad más difícil de guardar que la que no quiere guardarse.

Judíos, princesas, actores y poetas

¿Quién salvará a Israel de sí mismo? Los judíos salieron de la Segunda Guerra Mundial como la imagen misma de la víctima de la intransigencia y el fanatismo: era la estampa del superviviente de los campos de concentración, agigantada como un fantasma ante la mala conciencia del mundo. Pero las acciones del Estado de Israel, nacido como patria para los judíos errantes y perseguidos, condicionaban una imagen radicalmente diferente en aquel verano, casi otoño, de 1982, cuando la noticia de las matanzas de los campos de refugiados de Sabra y Chatila desplazaron de las primeras páginas las postrimerías del accidente en que había muerto Gracia Patricia de Mónaco, de soltera Grace Kelly de Boston, conciudadana del famoso estrangulador de Boston. «¿Quién salvará a Israel de sí mismo?», se preguntaba el corresponsal de *L'Espresso*, Antonio Gambino, ante la matanza perpetrada en los campamentos palestinos por miembros de las falanges libanesas y consentida por los guardianes de los campos: el Ejército de ocupación judío.

Era como si el Estado de Israel avalase la *operación final* contra los palestinos, queriendo perder las razones morales que le quedaban a un Estado nacido más como garita anglonorteamericana en Oriente Próximo que como auténtica patria de los judíos perseguidos. El mundo hipersensible condena a Begin y a su ministro de Defensa, Sharón; el mundo endurecido hace una simple mueca de disgusto, porque

el espectáculo es demasiado horroroso para ser fácilmente olvidado bajo las toneladas de noticias cotidianas que informatizan la conciencia de la Tierra. La dimisión de Sharón será un precio efectista político y el comienzo de la decadencia de Begin. Además se moviliza el Israel democrático profundo, el Israel antigenocida convocado por el propio Yaser Arafat: «¡Begin y Sharón no son judíos! ¡Los crímenes que cometen no son conformes ni a la moral ni a la tradición!».

La Mafia demuestra su poder asesinando al general Carlo Alberto dalla Chiesa, su perseguidor implacable y una de las cabezas visibles del Ejército democrático italiano. El general estaba investigando una lista de más de 3.000 italianos que vivían por encima de sus ganancias legales y se interesaba también por el lavado del dinero sucio en Sicilia, una isla que había presenciado un inusitado boom económico mediante las inversiones secretas de la Mafia. Leonardo Sciacia, el adaptador de la poética de Dashiell Hammett a la metafísica de la corrupción política, escribía: «Creo que antes de atacar a la Mafia es necesario que, en Italia, los políticos no tengan ya más necesidad de utilizar sus servicios para ser elegidos», y añadía en descargo de algunos políticos: «La Mafia va a continuar atacando a los hombres símbolos del Estado en tanto éste demuestre su incapacidad para protegerlos».

La noticia de la impunidad mafiosa es tan normal como la muerte terrorista, sea terrorismo en contra del Estado o sea terrorismo de Estado. Por eso quizá conmueve más la muerte de un elegido por los dioses de la belleza y la singularidad, en este caso la princesa de Mónaco, la dulce reprimida blanca de *La ventana indiscreta*, *Fuego verde* o *Mogambo.* A Grace Kelly le iban los papeles de reprimida, y tal vez por eso le sentó siempre tan bien el papel de princesa de Mónaco y su oculta carnalidad se rebeló en los cromosomas de sus dos hijas, *sex symbols* sucesivos de dos generaciones: Carolina, una prolongación del erotismo carnoso, y Estefanía, el nacimiento del erotismo del músculo femenino.

El Rover donde viajaban la princesa y su hija Estefanía se despeñó en una curva y la princesa se llevó a la tumba el secreto de quién y cómo conducía el coche de la muerte. Un camionero que presenció el accidente habló de distracción y de una extraña incapacidad del vehículo para eludir el despeñamiento. Lloró Raniero en el funeral como no suelen llorar los príncipes, aunque él siempre tuvo conciencia de ser un príncipe de casino, más que de principado; y muy cerca de él está Estefanía, con las cervicales enyesadas, en peligro su esqueleto privilegiado. Se moría también Henry Fonda, el hombre de las pistolas de oro y de la mirada limpia. Y la obscena muerte se llevaba a la merecidamente inmortal Ingrid Bergman, la responsable de *Casablanca* para los mitómanos y de la madurez del mejor cine de Rossellini. El único que debió de alegrarse por la muerte de Ingrid fue Sam, el pianista, algo molesto ya

por la maldición histórica que constantemente sonaba a sus espaldas: «Tócala ya, Sam». No fue noticia universal, pero la muerte a la española nos dejaba sin Josep Renau, el gran cartelista épico de la pintura española contemporánea, y sin Moreno Torraba, el último zarzuelero de la derecha, por oposición a Sorozábal, el último zarzuelero de la izquierda. Moreno Torraba había escrito, tal vez sin ser consciente de ello, uno de los alegatos ideológicos musicales de la España apostólica y eterna en la romanza de Vidal de *Luisa Fernanda*. Vidal se compromete con la causa de la reacción porque su rival está comprometido con la causa liberal: «Yo, que no soy más que un hombre, / lucho por una mujer. / Si ella me pide el honor y la vida, / de ella serán mi vida y mi honor...».

Cuarenta y tres años después

En 1939 perdía la Guerra Civil un gobierno encabezado por un presidente socialista, don Juan Negrín. El 27 de octubre de 1982, el Rey de España aprovechó la jornada de reflexión previa a la batalla electoral para recibir a los líderes de los principales partidos políticos. Era ya rumoroso el clima de victoria socialista, pero aún no se conocían sus alcances. Por eso se multiplicaban los micrófonos ante los labios de un Felipe González a medio camino entre Suresnes y el Olimpo: «Con esta reunión, los políticos hemos expresado nuestra voluntad de que los españoles puedan estar tranquilos a la hora de votar, porque todos vamos a respetar estos votos». Cuarenta y tres años después todo estaba preparado para demostrar la inutilidad monstruosa de la Guerra Civil, de aquella paz posterior salvaje y usurera, de una represión que sólo consiguió esconder las razones debajo de las cosas o a su sombra.

En la noche del 28 de octubre, las primeras votaciones sirvieron a Alfonso Guerra para comunicar al país una desbordante victoria del PSOE, quizá no del PSOE de Juan Negrín y Largo Caballero, pero sí del PSOE de Prieto y Julián Besteiro. Y no sólo victoria por mayoría, sino condena a los infiernos del casi no ser para UCD y para los comunistas, principales fuentes nutridoras de la inflación de voto socialista. La UCD estaba realmente descabezada y, por tanto, no valen las cabezas cortadas parlantes de Lavilla o Calvo-Sotelo, aunque era evidente su patetismo. Pero allí estaba la cabeza cortada de Carrillo, por primera vez refugiada en la pausa más que en la palabra, con el sentido de la orientación roto y sólo la entereza del gesto. Era como si se hubieran borrado cuarenta y tres años de la historia de España, ilusión óptica sin duda. Porque partidos y una idea vencidos en la Guerra Civil ganaban la batalla de la democracia y abrían las puertas a la esperanza del cambio. Breve

antología de frases: «Estamos dispuestos y preparados para asumir la responsabilidad que el pueblo español nos ha confiado» (Felipe González). «Pronto se sabrá que la única fuerza definitiva es la nuestra: la mayoría natural» (Fraga Iribarne). «Sólo nosotros hemos podido con la avalancha socialista» (Roca Junyent).

No tenía casi rostro Antonio Gutiérrez Díaz, secretario general del PSUC, el partido que bajaba de siete diputados a uno, de casi un 20 por ciento de instalación electoral a la preinexistencia. Había recuperado el liderazgo de su partido en una pírrica victoria supereurocomunista, pero la conciencia del voto no había parado mientes en el asunto y hasta los más duros rivales del Guti se mostraron aquella noche incapaces de alegrarse por una derrota personal de un resistente ejemplar, que era también la derrota histórica de la más combatiente izquierda catalana de la posguerra. Quedaban apeados del Parlamento nombres como el de Solé Tura, uno de los coautores de la Constitución, y el desastre era ciclópeo en las filas de UCD. Fraga Iribarne asumía la cabeza política de una derecha clarificada, pero también revelaba el techo de la intención de voto que él podía concitar. Fraga no creía en ese final feliz, pero insuficiente para su carrera. Al día siguiente de que los socialistas obtuvieran la mayoría absoluta, escribía en el prólogo de *La leal oposición*: «España habrá terminado su transición política cuando hayan ocurrido tres cosas: la extirpación real del terrorismo, el establecimiento de una buena ley electoral y la posibilidad de una televisión pluralista. No hay que engañarse. Será entonces cuando se hayan completado las condiciones del proceso democrático, las bases de la seguridad de la inversión y el estímulo de una verdadera competencia política para que nadie se duerma en oropeles o frivolidades». Fraga anunciaba el desgaste previsible de los socialistas en el gobierno, gobierno obtenido mediante un programa electoral, en su opinión, demasiado moderado, demasiado contra natura. Fraga esperaba que los socialistas o defraudasen a los suyos por un forzado viaje hacia la derecha pragmática, o fracasasen por un proyecto renovador, opuesto a los intereses de los poderes fácticos y el bloque económico-social dominante.

La noche del 28 de octubre de 1982 las masas vencedoras se echaron a la calle a cantar victoria en el marco de una Europa que se entregaba al socialismo, en busca de una esperanza fin de milenio. La derecha profunda empezó a sentirse exiliada interior por primera vez desde 1975, y la izquierda soñaba en una noche de otoño que todo era posible, aunque nadie tuviera presente en aquellos momentos el programa que el PSOE había presentado. El medio era aquella noche el mensaje. El medio eran los dos rostros, las dos siluetas de Felipe y Guerra, dos de los nuestros, dos inocentes históricos como nosotros. La inocencia histórica había llegado al poder y quizá, quizá la transición, la eterna transición de la historia de España, esa historia triste



porque siempre termina mal, como había escrito Gil de Biedma, había terminado de una vez por todas.

31. No me acaricies el pelo, que me queda poco

«La nostalgia es un error», ha escrito José Luis de Vilallonga, y *La nostalgia no es lo que era* ha sentenciado para siempre Simone Signoret. *No me cuentes tu vida* fue un primer corte dialéctico que separó el talante, la sentimentalidad, la emotividad de dos promociones de españoles: la última educada en la búsqueda de un siempre nuevo humanismo y la que nació a la lucidez desconfiando de cualquier proyecto teórico de humanidad. También los historiadores, los científicos supremos de la conducta, se han mostrado siempre recelosos ante la nostalgia, bien porque en sí misma la han visto como la negación de la objetividad del progreso, bien porque la nostalgia no depende del conocimiento del precio del trigo en el siglo xviii o de las etapas verificables de conformación de un mercado nacional. La nostalgia es una manera de falsificar la lectura del pasado y a la hora de hacer esta crónica sentimental de la transición comprendí que no podía abordar el encargo con la misma desfachatez nostálgica con la que en 1963 di por terminado *Una educación sentimental* o en quince días de agosto de 1969 escribí la *Crónica sentimental de España* para *Triunfo*. No podía, no por lealtad a una forma superior de verdad periodística, sino por mi propio recelo ante la función de la memoria y la nostalgia. De hecho, mi *Crónica sentimental de España* era una proclama generacional dirigida a gentes de mi quinta, tan maleducada sentimentalmente como yo. En cambio, ahora me creo en la inseguridad o en la obligación de recordar para otros una época que me afecta, pero que no es el país de mi infancia, que no es mi patria, aunque en ella se haya cumplido parte del programa moral de nosotros, los acuarentados, los que ya somos definitivamente responsables de nuestra cara. Desde esta inseguridad y obligación he tratado de recordar como un acto de servicio a otras posibles capacidades de recordar, pensando que el método era también en sí mismo una declaración de solidaridad relativa. Son, no lo olvidemos, malos tiempos para la lírica e imposibles, o casi imposibles, para la épica, y dar el tono de años fugitivos del terror a las creencias conllevaba arrastrar el mayor número posible de textualidades, para que cada cual se pinte su nostalgia al óleo.

El mismo concepto de transición es incierto. La transición es la historia misma o

la transición son las horas que separan la muerte física de Franco de la lectura del testamento a cargo de Arias Navarro, o los tres años que van del 20 de noviembre de 1975 a las elecciones de junio de 1977. La transición es una línea imaginaria, como el ecuador, el antes o el después de Cristo, la generación del 27, los novísimos, la posmodernidad. Una línea imaginaria que descarga de la obligación de llevar a cuestas toda la historia y ayuda a buscar el antes y el después de los hechos, hasta el momento en que las líneas imaginarias los empaquetan y lo falsifican, como han conseguido falsificar la cultura. En plena cultura del estuche es lógica la dictadura de las líneas imaginarias y una profunda repugnancia a la historia como totalidad sin final. Un día es una línea imaginaria. Una hora. Un minuto.

Pero construir una posible crónica de la transición que implica casi diez años de vida española conduce a la ilusión óptica de que la transición es un período con entidad propia y el paquete es perfecto si abarca desde la arteriosclerosis profunda del franquismo hasta ese desquite moral de la izquierda española el 28 de octubre de 1982. Pero desde entonces han pasado casi tres años, que dentro de quince, en el borde del milenio, si Dios y el presidente Reagan me dan vida y si alguien me lo pide, serán distancia suficiente para que me plantee una tercera y probablemente última crónica sentimental, ¿de qué?, probablemente de otra línea imaginaria, de la era socialista o del principio y el fin de la primera posmodernidad. Ahora contemplo estos tres años de gobierno socialista sin el filtro viscoso pero afectivo de la nostalgia: son tres años que caben y están en el día de hoy, en el telediario de dentro de un cuarto de hora, día 9 de julio de 1985, Barcelona 8.45 de un día caluroso en el que han atentado contra dos guardias civiles en el País Vasco y el cantante Imanol probablemente pase a disposición judicial porque dos etarras se han fugado de la cárcel de Maturene escondidos dentro de sus bafles.

Boyer Salvador

Es imposible la nostalgia a partir de ese 28 de octubre, pero será posible quizá en 1999. Ahí quedan como recuerdos o imágenes rotas ese despertar civil del día siguiente de la victoria socialista o la estampa de aquella señora de derechas, morena de verde luna aunque suene a tópico, que al ver aparecer a Guerra triunfador en la televisión empezó a gritar: «¡Afganistán! ¡Afganistán!». Creo que Guerra y Felipe la oyeron y por eso nombraron ministro de Economía y Hacienda a Miguel Boyer o ministro del Interior a Barrionuevo. El primero tranquilizaba a las derechas, el segundo bien pronto intranquilizaría a las izquierdas. Y en Defensa, a Serra, para que

durmiera a los militares, a los americanos, a los pájaros carpinteros. Y en Industria, a un hijo del pueblo pasado por másters anglosajónicos para que reconvirtiera a la clase obrera de tú a tú, y de tú a tú Almunia, laborista, ayudaría a metabolizar cuatro millones de parados y no sé cuántos puestos de trabajo en la economía sumergida.

Miguel Boyer Salvador, un cabeza de huevo hasta cierto punto, porque la naturaleza le amplió la frente y le puso rizos de violinista y miopía de catador de escotes. Sí, sí, ha dejado recuerdos como la expropiación de Rumasa, un intento de ejemplarizar a un truculento sector de empresariado de corte y milagros franquistas, que cargó de esperanza al paciente camello del pueblo español para una travesía del desierto de las concesiones de las expectativas de la izquierda. Y luego vino lo del bolso de Loewe, que, según la prensa del corazón o de la bragueta, Miguel Boyer le regaló a Isabel Preysler, mujer canción de Julio Iglesias y al mismo tiempo mujer botella de vino blanco del marqués de Griñón. ¿Es esto nostalgia o fenomenología del espíritu? Creo que ya no estoy haciendo una crónica de la transición, sino un inventario de hechos que condicionan el nerviosismo de una próxima campaña electoral. Miguel Boyer ha hecho mucho por aquella morena de verde luna que se puso a gritar «¡Afganistán, Afganistán!» cuando vio en la pantalla de televisión a Alfonso Guerra cerniéndose sobre los hímenes de las vírgenes de la derecha. Demostró que la economía es cosa de expertos, de empresarios y de consumidores y que la lucha de clases, correctamente entendida, ha terminado o delegado su decurso en las computadoras, como nuevos árboles de la ciencia del bien y del mal económico. Y al mismo tiempo Miguel Boyer, físico y economista, tenía la suficiente filosofía para interpretar por escrito una partitura de Popper con motivo de la glosa de la obra de un pensador alternativo a la dictadura del marxismo cultural.

Fue la nueva derecha española la que empezó a cavar la tumba del marxismo cultural, otro no había, allá por los años setenta y siete, setenta y ocho, pero ha sido la práctica política del PSOE desde el gobierno el primer intento serio de probar la no existencia de la revolución, evidencia que permanecía entre lo dicho y lo no dicho, es decir, en entredicho. Y tras el PSOE, el pobre PCE, con la lengua y las tripas fuera, con todo el aliento gastado en escisiones y pocos recursos para reorientar los puntos cardinales de la utopía. Durante estos años de contemporaneidad socialista se ha instalado de nuevo una cierta metafísica regeneracionista: ¿Qué es España? ¿Qué es la izquierda? ¿Qué es Bibí Andersen? ¿Qué es una hamburguesa? Mientras, los socialistas, como realquilados del Estado burgués, han eludido la cuestión de la metafísica del Estado por el procedimiento de creer que ellos eran el Estado. Lo que cambia la naturaleza del Estado es que llegue a ministro del Interior alguien que en algún momento de su vida ha creído en la desaparición del Estado, o a ministro de

Economía alguien que estuvo a punto, a punto de considerar que la propiedad privada era un robo. Desde esa íntima legitimidad de haber cuestionado el Estado se puede llegar a avalar su legitimidad y finalmente su atemporalidad, su ahistoricidad, su esencialidad.

Pero a cambio de las inevitables concesiones a la realidad económica, militar, social, bajo Boyer Salvador han florecido las artes y las letras, y una sensación de libertad total para los moderados inmoderados o para los inmoderados moderados. Ahí está sin más el esplendor de Madrid, convencida de ser candidata a la capitalidad cultural del mundo en cuanto Nueva York se descuide y decaiga un poco, y mientras los catalanes van en pos de una Olimpiada para 1992 que relance su economía. Y es audacia lo que canta el ¡por fin! rock español, más allá de la evidencia Miguel Ríos, evidencia de que los viejos rockeros no mueren nunca. La posmodernidad ha cuajado bajo el reinado socialista como una ultimación de la pegamoidad fundada por Alaska y los Pegamoides y Paco Umbral como Lanza de Vasto de la secta. Por aquella puerta abierta llegó Radio Futura, Derribos Arias, Golpes Bajos, los Ilegales... Toda una poética del título, del estuche, de líneas imaginarias en torno a protestas controladas en el campo de concentración del *hit parade*. Pero que nadie se crea que estos conjuntos, sean de Vigo, Asturias, Madrid o Valencia, las capitales de las movidas más movidas, se creen el rollo de que le deben algo al sentido de la historia, administrado por el primer gobierno socialista. Se dejan colocar en el escaparate de una España que a base de posmodernidad aplaza el reencuentro con su historia, pero en cuanto les dejas subir al escenario escupen al califa como las Vulpes o cantan como los Ilegales: «No me acaricies el pelo que me queda poco, / pero no tengo ni uno de tonto».

Morán marín

Como un anacronismo lúdico, el gobierno socialista ha mantenido demasiado tiempo como ministro de Asuntos Exteriores a Fernando Morán, un humanista a la vieja usanza cuya función al frente de su Ministerio ha consistido en compensar y, en cierto sentido, tal vez a su pesar, entretener al personal mientras el meollo del gobierno se otanizaba. Morán ha encantado a las masas con su papel de víctima de chiste, con su pajarita, con sus cejas despeinadas, mientras Narcís Serra y Caspar Weinberger pactaban la nuclearización del cielo de Madrid. Ese gran urdidor de cielos de decorado que es Manuel Gutiérrez Aragón jamás hubiera imaginado el cielo de *Maravillas* sin una confianza ciega en la *skyline* de Madrid. Es hermoso que las

ciudades se amen a sí mismas y es el primer paso para que sean realmente hermosas; de ahí que revistas como *La Luna de Madrid* o *Madrid me mata* sólo sean explicables en unos tiempos en los que, a pesar de ser malos para la lírica, el presidente de la comunidad autónoma madrileña, es decir, el jefe de los separatistas e independentistas madrileños, le encarga el himno autonómico al anarcolatinista García Calvo.

Morán, las Vulpes, la Luna de Madrid, Leguina y sus impuestos, el himno de García Calvo, o todos posmodernos o todos maricones... Delicias turcas mientras Serra se sube al Pershing y Felipe González se baja de la vaca y Alfonso Guerra tiene una hija telúrica con Alma Mahler y Aranguren se apodera del no es esto, no es esto de Ortega y Gasset, aunque con desencanto posmoderno, y Javier Sádaba filosofa de perfil y Paco Fernández Buey trata de meter el rigor marxista en la botella, donde se la come el gigante embotellado, el gigante que está siempre escondido en las botellas mágicas, y el Paramio y el Claudín se van a la OTAN para pacificarla un poco y los reclutas se mueren más que en tiempos de Franco, porque en tiempos de Franco hacíamos la instrucción mejor... Liberal se llama el militar que manda y también su misión consiste en entretener al personal mientras Serra y Caspar se dividen el universo en partes proporcionales y Boyer recibía al jefe de los banqueros y al jefe de los empresarios y les acariciaba el pelo, tranquilos, tranquilos.

Es decir, ya no se trata de distinguir los ecos de las voces sino los teloneros del quid del drama que ha puesto plata de nieves del tiempo en las sienes moraítas de martirio de Felipe González y le ha obligado a cambiar de vestuario, a prescindir de aquella chaqueta de pana que tanto le echa en cara la cínica derecha. También la derecha ha contribuido poderosamente al espectáculo. Brummmm, brummmm, brummmm es el sonido gutural de Narcís Serra cuando trata de despegar en su Pershing de despacho. Greggg, greggg, gregg es el pie quebrado de los sonetos de Fraga Iribarne cuando se desmelena y se echa a los montes llanos de una oratoria sin vocales. Teloneros, teloneros quemados a lo largo de tres años de metamorfosis en los que la mariposa se volvió oruga y sólo dos o tres artistas importantes interpretan papeles intransferibles, haciéndolo todo por el bien de la clientela por tantas cosas entretenida.

Boyer Salvador, como su segundo apellido indica. Morán Marín, como su lugarteniente apostilla. Una imagen rota para la crónica sentimental de mañana la de Marín, el supernegociador del ingreso conseguido en la Comunidad Económica Europea, el hombre que se aprendió de memoria la *Estructura económica de España* de Ramón Tamames y la negoció, mientras el autor del libro urdía una nueva utopía pasteurizada, no en botella sino en tetrabrik, como el buen vino de Gredos. Pero tal

vez sea Tamames uno de los pocos que, habiendo sido convocado para el espectáculo de entretenimiento, no ha aprovechado para salirse de la comedia. Porque en la comedia han quedado durante demasiado tiempo incluso los comunistas, haciendo de Quasimodos de Notre-Dame, de gárgola en gárgola, buscando los rincones donde ocultar sus heridas y tumores o gritando unos más que otros para que no se oyeran las pausas de Carrillo, entre romanza y romanza de zarzuela grabada en 78 revoluciones. Y ha interpretado muy bien su papel corresponsable UGT, transigiendo en lo transigible, pero no en lo otro. Y Comisiones Obreras, coco histórico para noches sin lunas, que se hurga las narices con los dedos y merece no ser invitado a los mejores salones. Sólo el Rey, desde su alta estatura institucional y su majestad, invita a Camacho en el día de su cumpleaños. La monarquía es la única entidad llamada a acariciar el pelo sin ofender a nadie, como sabiamente detectó García Márquez en aquel año marcado por un signo providencial, ¿recuerdan?, 1982, victoria socialista en España y Premio Nobel para García Márquez. Demasiado para la nueva derecha, que reprochó a García Márquez abusar de su buena literatura para hacer propaganda del marxismo latinoamericano en presencia de los reyes suecos, esa nueva derecha que ve a García Márquez en el ojo ajeno y no ve a Octavio Paz en el propio.

Por lo demás, cuando se pueda tener nostalgia de lo que nos pasa e incluso sea nostalgia la literatura comunicacional que desciende a ser crónica cotemporal, frente al neoacademicismo que apuesta por la metáfora una, grande y libre, nos daremos cuenta de que el gobierno socialista consiguió finalmente poner el mundo entero al alcance de los españoles. Lo que en el pasado estaba reservado a los españoles universales parecía fatalmente ligado a las bondades o maldades de Severiano Ballesteros, Plácido Domingo, Montserrat Caballé, Josep Carreras, Raphael o Julio Iglesias, se ha convertido en programa exterior de gobierno y ahí está el liderazgo de Felipe González en la Internacional Socialista sección atlántica o la corte de maquiavelos asistiendo al bautizo europeo de España y Portugal o Portugal y España o la primera mirada a la galaxia de Reagan desde el observatorio canario más importante del mundo o el observatorio mundial más importante de Canarias.

Y EL CORRELATO

Y si queréis correlato creo que no hace mucho la prensa especializada criticó a lady Di porque ya no es como antes. Se ha amueblado. Como se amuebló Grace Kelly. No aparecieron los *desaparecidos*, pero sus madres siguen convocándolos a la rueda de la

plaza de Mayo y Alfonsín aprovecha los entierros para pedir austeridad económica y los bautizos para pronunciar frases definitivas: «A los intelectuales les recordaría que a veces lo que separa la llamada democracia formal de la dictadura es lo mismo que separa la vida de la muerte». Alfonsín se ha fraguado mientras tanto, como si fuera una de esas aleaciones posmodernas de radical y *computer*, y entre sus méritos figura el de haber desmilitarizado casi por igual a Borges y Sábato, incluso de haber hecho volver a Borges al anarquismo que nunca debió abandonar y de haber convertido a Sábato en el demiurgo de la dignidad colectiva de los argentinos.

El Lute se hizo abogado y socialista crítico. Susana Estrada recuperó cierta intimidad. Jimmy Giménez-Arnau se separó de la más hermosa de las nietas de Franco y la nieta mayor, la presunta princesa, se casó con su amante en París y vivió de cerca y de lejos la tragedia de dos niños perdidos en el laberinto del nunca jamás. El duque de Cádiz quiere ser rey olímpico. Barcelona quiere ser sede olímpica. Felipe González quiere ser olímpico como Goethe y como Goethe indignar a los liberales por llevar casaca atlantista y a los reaccionarios por fumar tabaco cubano, contribuyendo al equilibrio de la balanza de pagos de una nación escandalosamente comunista. En cuanto a Reagan, fue reelegido y su mujer bailó flamenco en Madrid en pleno proceso postoperatorio, y en la Unión Soviética se agotaron los ancianos del gran consejo y subió al poder un pragmático casado con una aspirante a ser cliente de Adolfo Domínguez.

Adolfo Domínguez. No se habla de otra cosa. No se viste de otra manera. La clase obrera española vive una Etiopía interior de sumergidas economías, pero está a punto de demostrarse que la clase obrera ha desaparecido y permanece en alguna secreta y extrasensorial quinta dimensión. Adam Schaff viene de cuando en cuando a profetizarnos que la revolución tecnológica lleva, necesariamente, al comunismo con rostro humano y el exjefe de los empresarios, Ferrer Salat, consciente de que habla de un peligro superado, se refiere al manifiesto comunista como «... una monada», mientras nuestros másters en economía al servicio de la modernización del Estado sueñan con el momento en que la gran locomotora norteamericana nos rapte y se nos lleve a las estrellas a los acordes de un órgano de bolsillo. Y es curioso que Adolfo Domínguez haya sido reservado para los jóvenes delgados, mientras los dueños de esta historia que aún no es ni crónica, que probablemente ni siquiera nunca sea nostalgia, siguen apegados a un Cortefiel de ejecutivos con menos imaginación que posibles. En cuanto a Tierno Galván, quería irse a la montaña con Susana Estrada y una cantimplora. Susana Estrada ya no ocupa la primera página de la transición, las mujeres en paro vuelven a ser vírgenes, Tierno Galván fue retenido y *peinado* por Barrionuevo, y aunque tal vez sea adelantar acontecimientos, en fuentes

generalmente bien informadas se asegura que Barrionuevo tiene su más preciada condecoración reservada para el estrangulador de Boston. En cuanto al Estado de las autonomías, dependerá de cómo acabe el proceso contra Pujol por la bancarrota de Banca Catalana y de cuánto necesita el PNV al PSOE para no seguir ofreciendo a su pueblo sólo palabras y chapelas incorruptas. Los hipocampos, animales simbólicos de la conciencia última que se entera y asume todo cuanto pasa en la tierra, al referirse a España siempre preguntan por Pedro Almodóvar. En el futuro, cuando definitivamente yo o alguien escriba la *Crónica sentimental de la postransición*, se descubrirá que tuvo en Pedro Almodóvar su poeta, en Adolfo Domínguez su modisto y en José Barrionuevo su peluquero.